F
2263
.D45
1909

LIBRARY OF PRINCETON
JUN - 4
THEOLOGICAL SEMINARY

F2263 .D45 1909
Delgado, Daniel.
Excursiones por Casanare /

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/excursionesporca00delg

EXCURSIONES POR CASANARE

POR EL

R. P. F. DANIEL DELGADO DE LA VIRGEN DEL ROSARIO

Agustino Recoleto (Calendario)

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

LUZ"

LIBRARY OF PRINCETON
APR 15 2002
THEOLOGICAL SEMINARY

EXCURSIONES POR CASANARE

POR EL

R. P. F. DANIEL DELGADO DE LA VIRGEN DEL ROSARIO

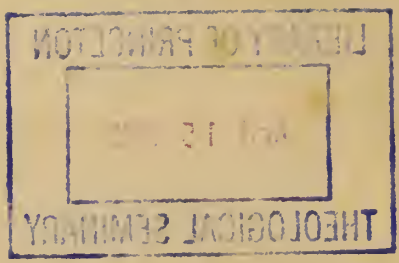
Agustino Recoleto (Candelario)

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

LIBRARY OF PRINCETON
APR 15 2002
THEOLOGICAL SEMINARY

PRIMERA PARTE

BOGOTA
IMPRENTA DE "LA LUZ"
1909


THEOLOGICAL SEMINARY

A la memoria

de los Ilustrísimos y Reverendísimos Señores Obispos

D. Fr. EZEQUIEL MORENO

y

D. Fr. NICOLAS CASAS

Dignísimos Vicarios Apostólicos de Casanare,
dedica este modesto trabajo

EL AUTOR

LICENCIA DE LA ORDEN

Habiendo leído detenidamente el opúsculo titulado *Excursiones por Casanare*, que escribió el Reverendo Padre Fray Daniel Delgado del Rosario, los infrascritos creen que se puede proceder á su publicación, por no haber encontrado cosa alguna que á ello se oponga.

FRAY REGINO MACULET DE LA MERCED

FRAY IGNACIO SANMIGUEL DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de Octubre de 1908.

En vista del juicio emitido por los Reverendos Padres censores, facultamos al Reverendo Padre Fray Daniel Delgado del Rosario para que publique el folleto titulado *Excursiones por Casanare, servatis servandis.*

FRAY MANUEL FERNÁNDEZ DE SAN JOSÉ
Provincial.

Bogotá, 12 de Octubre de 1908.

Gobierno Eclesiástico—Bogotá, Octubre 27 de 1908

Puede imprimirse.

✝ BERNARDO
Arzobispo de Bogotá.

PROLOGO

Quien conozca la historia de Colombia habrá admirado la estupenda labor de los misioneros católicos en la evangelización de las tribus salvajes. A los Reverendos Padres Candelarios, á los hijos de San Ignacio y de San Francisco de Asís y á los religiosos de la Orden de Predicadores corresponde la gloria de obra tan meritoria, á la cual sólo han puesto grandes obstáculos, cuando no destructora mano, la persecución religiosa y nuestras frecuentes guerras civiles.

Guiados esos beneméritos apóstoles de Cristo por su amor á Dios y por la santa aspiración de sacar de las sombras de la muerte á tántos seres desgraciados que vagan buscando miserable alimento por los montes y por las orillas de los ríos, han renunciado todas las comodidades de la vida civilizada para sufrir trabajos sin cuento en montañas insalubres y pobladas de fieras, ó en inmensas llanuras desprovistas de todo humano socorro. Estos milagros de abnegación sólo se realizan en el seno de la Iglesia Católica, cuyo espíritu y doctrina han llevado sus ministros hasta las más bárbaras gentilidades. Galardón de sus sacrificios ha sido el ver cumplida aquella magnífica promesa de la Santa Escritura: *Dabo tibi gentes hæreditatem tuam.* ¡Cuántos misioneros han recibido el frío abrazo de la muerte en una cueva solitaria ó en las garras de bestias feroces!

En su carrera civilizadora, los misioneros no se han limitado á enseñar las verdades cristianas, á derramar en la frente de los salvajes las aguas regeneradoras, á darles vida espiritual con el Pan Divino: ellos han fundado ciudades, abierto caminos, descuajado montañas seculares, estudiado la fauna y la flora, y hecho importantes investi-

gaciones geológicas é inapreciables servicios á la ciencia del lenguaje.

Los Reverendos Padres Candelarios, creadores en Bogotá de un célebre Instituto religioso, y fundadores de la célebre casa llamada *Convento del Desierto de la Candelaria*, tienen muy gloriosa página en la historia nacional. Hacía muchos años que trabajaban con éxito brillante en la Santa Viña cuando en 1863 fueron expulsados de sus conventos. Felizmente conservó el espíritu de esa venerable Comunidad el inolvidable Padre Juan Nepomuceno Bustamante, quien hizo dos viajes á Europa con el objeto de traer á Colombia religiosos españoles que hiciesen revivir el benéfico Instituto. Dios recompensó sus cristianos anhelos dándole una santa muerte y enviando á su país insignes obreros.

Del seno de la renaciente Comunidad han salido muchos religiosos á evangelizar á las tribus salvajes de Casanare. Inmortales maestros de esa heroica misión fueron el Ilustrísimo Señor Fray Ezequiel Moreno, Prelado santo y celebérrimo por su firmeza apostólica en combatir y condenar, hasta en sus últimos momentos, las malas doctrinas, y el Ilustrísimo Señor Fray Nicolás Casas, de preclara memoria. El ejemplo de estos venerables religiosos ha sido fecundo.

Testimonio de las magnas labores de los Padres Candelarios es no solamente el nacimiento á la vida cristiana de muchos salvajes que yacían sumidos en la más lamentable ignorancia, sino los trabajos literarios que, con el propósito de ilustrar al pueblo colombiano y de cumplir con más facilidad su laudable misión, han emprendido y coronado.

Entre estas obras, cabe citar:

1.° Los seis importantes volúmenes de *Los Padres Candelarios en Colombia*, publicados de 1897–1903 por el Reverendo Padre Santiago Matute;

2.° Los *Hechos de la Revolución en las misiones de Ca-*

samare, opúsculo dado á luz en 1900 por el Ilustrísimo Señor Casas;

3.° *El Doctor Navascués*, curiosa novela de costumbres, compuesta por el Reverendo Padre Fabo;

4.° *O con Jesucristo ó contra Jesucristo*, interesantísimo estudio del Ilustrísimo Señor Moreno sobre la imposibilidad de conciliar el liberalismo con el catolicismo, publicado en Pasto en 1898;

5.° *Instrucciones del mismo Prelado al Clero de su Diócesis*, opúsculo de sabia doctrina, editado en Barcelona en 1903; y

6.° El *Ensayo de Gramática hispano-goahiva*, publicado en 1895 por los Reverendos Padres Manuel Fernández y Marcos Bartolomé.

Esta última obra es de altísimo mérito y de evidente utilidad así para los misioneros que han menester hablar el goahivo, como para los cultivadores de la ciencia del lenguaje. Los autores de esta gramática, sobre haber dado una brillante muestra de su versación en la hermosa lengua de Castilla y en las disciplinas gramaticales, revelan cuán asiduas é inteligentes fueron sus investigaciones y procedimientos para constituír, por vez primera y sin elemento alguno de escritura goahiva, la gramática de este dialecto. El estudio de sus orígenes, empresa en extremo difícil, dará tal vez, comparándole con otros dialectos congéneres, algunas luces sobre su parentesco con las lenguas asiáticas (1) y sobre la raza á que pertenece la tribu goahiva. Así en 1767 un sabio helenista, el Reverendo Padre Coerdeur suministró, estudiando la clásica lengua de la India, los primeros elementos, de incomparable precio, para descubrir el parentesco entre el sánscrito y las lenguas de la Europa. Los estudios hechos en Colombia sobre el chibcha y el goajiro se deben á misioneros católicos.

A enriquecer la literatura de los Padres Candelarios

(1) Acaso la voz *Dioni*, Dios, se derive de la raíz sánscrita *div*, brillar, de la cual se formó el sustantivo *devas*, divinidad.

viene hoy la obra del Reverendo Padre Daniel Delgado. En ella habla el piadoso é ilustrado misionero, en estilo ameno y castizo, de sus tareas de apóstol agustiniano en las vastas selvas y llanuras de Casanare; hace su descripción geográfica; muestra los estragos que ha producido en las misiones el flagelo revolucionario; suministra datos muy curiosos sobre los pueblos de aquella región; exhibe al misionero como impulsor, cuando no como creador de empresas agrícolas; trae interesantes noticias acerca de los hábitos y costumbres casanareños, é ilustra con juiciosas observaciones la flora colombiana, ora indicando sus propiedades, ora dando nombre técnico á árboles y plantas.

No es esto solo. El autor ya deleita á sus lectores con la descripción de una cacería ó de una pesca, ya les lleva á contemplar, con poética elación, la inmensidad de los Llanos y la majestad y secular fiereza de la montaña de Banadía, donde estuvo su vida en grave peligro. En todo el libro se siente ese espíritu de piedad, ese amor á Jesús y á su Madre Santísima que hace llevaderos y á veces dulces los trabajos del misionero. El Reverendo Padre Delgado ha prestado con sus escritos muy valiosas luces á la etnografía y á la geografía de Colombia, y rectificado el erróneo y no raro concepto de que el conquistador Quesada ha debido fundar en Casanare la capital de la República.

Pronto dará á luz la segunda parte de su interesante narración, en la que tratará del curso de las misiones en los últimos años.

¡Cuán elocuente es la lección que este libro, las notables obras precitadas y la vida de todos los Padres Candelarios, en su mayor parte españoles, consagrada á Dios, al estudio y á la salvación de las almas, dan á aquellos que, so pretexto de celo por las glorias nacionales y de amor al Clero colombiano, condenan ó niegan la luminosa, abnegada y benéfica labor de los sacerdotes extranjeros en nuestro suelo!

GABRIEL ROSAS

Bogotá, Diciembre de 1908.

CAPITULO I

Resumen: Casanare—Descripción geográfica, poética y política—Errores sobre el censo antiguo—Censo actual—Poblaciones—Aspecto religioso—Administración espiritual—Cómo lo encontraron los Padres Candelarios—Primeros trabajos de estos misioneros—Erígese en Vicariato Apostólico—Fundación de pueblos indígenas.

Con el nombre de Casanare designase un vastísimo territorio de más de quinientos treinta miriámetros cuadrados de superficie enclavado en la región oriental de la República. Sus límites son: al Norte, los ríos Arauca y Sarare; al Sur, el Meta y el Upía; al Oriente, una línea imaginaria formada por el meridiano que pasa por el antiguo Apostadero del Meta y por El Viento; y al Occidente, la Cordillera Oriental andina. El río Arauca y el meridiano expresado separan á Casanare de Venezuela; los otros límites, del resto de Colombia.

Atendiendo á la naturaleza del suelo divídese naturalmente en dos grandes regiones: la montuosa formada por las vertientes orientales de la Cordillera, cuya altura alcanza en la Sierra Nevada del Cocuy, 5,080 metros sobre el nivel del mar, y la de los Llanos, que tiene una superficie de cinco mil leguas cuadradas.

De la región montuosa, poblada casi toda ella de bosques salvajes, nacen los grandes ríos que bañan el territorio casanareño: el Arauca, que da sus aguas al Orinoco; el Ele, Cravo N., Casanare, Ariporo, Pauto, Duya, Cravo S., Cursiana, Túa y Upía, los cuales, directa ó indirectamente entran al Meta, tributario á su vez, del Orinoco. Casi todos los nombrados son navegables.

Los Llanos están cubiertos de inmensos pajonales cortados de trecho en trecho por ríos y bosques. La gran selva de Banadía ocupa una extensión de centenares de leguas cuadradas. "La esplendidez y magnificencia de los Llanos, dice un historiador, no puede comprenderse sino viéndolos. La pluma es impotente, las palabras y las frases son inadecuadas, y todas las descripciones demasiado pálidas para dar á conocer este inmenso territorio que, semejante á la mar en calma, se extiende hasta donde la vista no puede alcanzar, y confunde sus límites con la bóveda azulada en el horizonte." Yo añadiré que aún anduvo un tantico mezquino el P. Rivero en sus elogios á los Llanos, sobre todo observados desde la cordillera. Y en un día despejado! Y á la salida del sol!.. ¡Qué majestad! ¡qué belleza! ¡qué tamañito se siente el espectador! Pero también ¡qué horror y qué desfallecimiento se experimenta, cuando, en la estación de las lluvias, es preciso atravesar esas llanuras solitarias, inundadas por las crecientes de los ríos, bajo un sol abrasador; ó en verano, cuando por necesidad se hacen jornadas de diez y veinte leguas sin encontrar una gota de agua!

Y no se diga que el mencionado padre no recorrió los Llanos *en invierno y en verano*. Harto fue lo que sufrió por la gloria de Dios este bendito padre en los muchos años que fue huésped de las pampas casanareñas! Pero debo advertir que en esto de ponderar la magnificencia de los Llanos de Casanare, hay mucho de poesía. Sobre el terreno estudiaremos lo que en esto haya de verdad.

Políticamente considerado es Casanare un sér indefinible. Empresa más hacedera sería averiguar lo que fue.

Antiguamente, con el pomposo título de Gobernación ó Provincia de los Llanos de Santiago, gozaba de no pocas prerrogativas; al fin y al cabo era uno de tántos hijos de la vieja Santafé. A fines del siglo dieciocho tenía Casanare tres ciudades: Santiago de las Atalayas (residencia del Gobernador), Pore y Chire; tres corregimientos: Meta,

Támara y Casanare; cinco parroquias y trece pueblos. Por los años de 1824 vino á formar parte de Boyacá, y treinta y cuatro años más tarde constituía una provincia del mismo Estado Soberano, dividida en cinco cantones, cuya capital era la ciudad de Pore. Cambió de amo en 1869, constituyendo el Territorio Nacional de Casanare, dependiente del Supremo Gobierno. Eleváronlo después á la categoría de Intendencia; y más tarde, creyéndolo seguramente el Gobierno Nacional más acertado, formó parte de la Intendencia Nacional del Meta.

Ni aun después de tántos vaivenes de fortuna han dejado tranquilo al asendereado Casanare. Actualmente ni es Gobernación, ni Provincia de Boyacá, ni Territorio Nacional, ni Intendencia, ni.... nada. Me equivoqué: tiene su algo de cada cosa: díganlo Boyacá y Tundama y la Intendencia Nacional del Meta, á cuyas manos han ido á parar los despojos del territorio casanareño! Puede decirse que Casanare ha pasado por todas las fases administrativas posibles; pero es preciso confesar que ninguna de ellas ha producido los frutos apetecidos. Lo que no se hizo después de creada la Intendencia; lo que no hizo, digo, el Sr. Caro por medio de los intendentes Sres. Dr. Elisio Medina y D. Marco A. Torres E., jamás lo hubiera hecho nadie en idénticas condiciones; y sin embargo, los esfuerzos de uno y otro se estrellaron contra mil y mil obstáculos insuperables. Se vio, pues, que los variados ensayos que en esta región se hicieron para darle vida y encaminarla por la ruta del progreso, no tuvieron nunca resultados satisfactorios. Sólo quedaba un medio (á mi parecer, el único) capaz de regenerar á Casanare; y este medio es el llevado á cabo por el Excmo. Sr. General Reyes. No, Casanare no hubiera salido nunca de su nada, con sus propias fuerzas; necesitaba que Boyacá y Tundama le dieran calor y vida, le comunicaran sus energías y encaminaran por la vía del progreso.

El determinar la población de este territorio es uno

de los puntos que ha dado lugar á errores groserísimos. Al hablar los historiadores y geógrafos de los indios que lo poblaban, échase de ver una marcada y *contagiosa* tendencia á exagerar su número. De aquí el que hayan desbarrado inconscientemente muchos de los que han tratado este asunto.

Conténtanse con decir, verbigracia, que «no tienen número las capitanías y parcialidades de todo el chiricoísmo y de la Nación goahiva;» «que hay tantos como arenas en el mar y estrellas en el cielo,» etc. etc. Y no podían ser menos, porque «sólo en las riberas del río (?) Cuiloto había más de cien mil indios.»

Sin embargo, los mismos autores de quienes tomo estos datos nos relatan un viaje que en remotos tiempos hizo un padre misionero, y no vuelven á decir palabra de tan crecido número de infieles. Y eso que el padre expedicionario recorrió buena parte del río Casanare, y probablemente remontó el Cravo N. y el Lipa, y estuvo en las sabanas de Cuiloto; y después de tan larga peregrinación se topó con un reducidísimo número de indios que tuvo que sacar de sus madrigueras para que fiebres y tigres no acabaran con ellos. No ignoro que posteriormente se fundaron las misiones de Cuiloto, formadas por los pueblos Cravo, Cuiloto, Ele y Lipa; pero estas misiones poco prosperaron, y el número de pobladores fue siempre muy escaso.

Después de habernos enterado del asunto, nos atrevemos á asegurar que en los siglos diecisiete y dieciocho (que fue, según nuestro pobre entender, el tiempo en que alcanzó Casanare su mayor grado de prosperidad y grandeza) no pasaron de cien mil los habitantes civilizados é infieles que poblaban este territorio. El número de pueblos que entonces tenía era el doble de los que ahora tiene. San Joaquín de Lipa, San José de Ele, La Concepción de Cravo, Betoyes, Barroblanco, Santiago de las Atalayas, Surimena, Casimena, Agua-azul, Guanapalo, Guayabal,

Santa María, Purare, Patute, Cravo, Surivana y otros que sería fastidioso enumerar, sólo han dejado de su existencia leves vestigios que van desapareciendo bajo las selvas yá seculares que han surgido de entre sus ruinas. Otros de los pueblos antiguos todavía existen; pero no son ni sombra de lo que fueron. En este caso se encuentran las célebres ciudades de Pore y Chire.

Pero dejemos estas disquisiciones, y fijemos un poco nuestra atención en la población civilizada de Casanare, en nuestros días.

Si mucho se ha errado respecto del número de indígenas, no se ha errado menos en lo referente á la población civilizada. Y nada tiene de extraño; tal vez hasta que los padres misioneros actuales se encargaron de hacer el censo, no hubo jamás otro, llevado á cabo con escrupulosidad. Tengo para mí que la población de Casanare, descontando los infieles, llegó al máximum en los años de 1895 y 1896, y esto debe atribuirse, sin duda, al movimiento de inmigración que se inició al crear la Intendencia.

Dos años después ordenó el Illmo. Sr. Casas que los misioneros levantasen personalmente y con toda escrupulosidad el censo de este territorio. El resultado fue el siguiente: población civilizada, 17,145 habitantes; infieles (número aproximado), 2,000. Compárense ahora estos otros datos, suministrados por las estadísticas de la República: población de Casanare en el año 1825, 19,080 habitantes; en 1851, 18,573; número increíble si se tiene en cuenta que veinte años más tarde se computaban en 8,685 habitantes.

En el año que termina se ha levantado de nuevo el padrón de este territorio; ignoro el resultado total, pero es opinión general que la población actual no pasa de 16,000 habitantes.

Los pueblos principales de Casanare son los que á continuación se expresan: Támara, Arauca, Nunchía, Chámeza, Tame, Orocué, Pore, Moreno, Ten, Manare, Chire,

Sácama, San Lope, Macaguane, Arauquita, Todos-Santos, Marroquín, El Maní, La Parroquia ó Trinidad, San Salvador ó Puerto de Casanare, Zapatosa, San Pedro de Upía, Tauramena y Santa Elena. Algunos de ellos son simplemente corregimientos. De cada uno en particular diré algo en su lugar respectivo.

Bueno fuera hacer ahora una breve reseña histórica de Casanare por su aspecto religioso; pero ¡qué campo tan dilatado se presenta ante mis ojos! Tendría que dedicar á este objeto no uno, sino muchos capítulos; y aun así y todo, poco podría decir de aquellos sacerdotes y doctrineros que emprendieron la conquista espiritual de este vastísimo territorio; ni de aquellos abnegados misioneros que consagraron su virtud, saber y vida á transformar los indios erráticos y supersticiosos en ciudadanos modelos de virtud y laboriosidad; ni finalmente, de los laudabilísimos esfuerzos que, en todo tiempo, han hecho ambas potestades, eclesiástica y civil, en favor de los habitantes de esta sección de la República. A su tiempo se publicará un trabajo completísimo sobre esta materia, y que trae entre manos un padre misionero.

Extinguidas las antiguas y célebres misiones, comenzó Casanare á vivir una vida lánguida y anémica, sin que esto quiera decir que las autoridades eclesiásticas á que estaba sometido no extendieran sus miradas paternales sobre esta importantísima región. Si no fuera por no aumentar demasiado las dimensiones de este capítulo, de buen grado consignaría en este lugar lo mucho que en bien de Casanare hicieron los prelados de Bogotá y Tunja.

Yá en el año 1833 fue preconizado Obispo Auxiliar del Arzobispado de Santafé el Illmo. Sr. D. Fray José Antonio Chaves, para que, residiendo en Casanare, atendiese á la administración espiritual de este territorio. Después fueron nombrados sucesivamente (con la misma obligación de residir en Casanare) el Illmo. Sr. Barreto, el Sr. Dr. D. Francisco de P. Reyes y el Illmo. Sr. Higuera.

Mientras que el últimamente nombrado contribuía con cuantos medios le sugería su celo apostólico á la evangelización de este país, segregábase del Arzobispado la nueva Diócesis de Tunja; y bien notorios son los nobilísimos esfuerzos de su primer Pastor, el Illmo. y Revdmo. Sr. García, para llevar adelante la empresa del Sr. Higuera.

¿Y quién ignora que una de las preferentes atenciones del Illmo. Sr. Perilla, segundo Obispo de Tunja, fue la evangelización y adelanto de Casanare? Si mucho bien se ha hecho á esta región desde que los Padres Agustinos Recoletos (candelarios) se encargaron de su administración espiritual, débese en gran parte al Illmo. y Revdmo. Sr. Perilla.

Siempre, pues, se atendió á Casanare en la mejor forma que se pudo; pero forzoso es confesar que «ya sea por lo especial de las circunstancias de esta región, ya sea que para empresas de misiones donde todo es trabajo, peligro, sufrimiento de todo género, se necesite vocación especial de Dios,» (1) ya, en fin, porque nunca tuvo Casanare el clero suficiente para su buena administración espiritual, el hecho es que corría precipitadamente hacia su ruina.

«Campo de desolación puede decirse que era Casanare, campo agostado por la acción abrasadora del *simún* del vicio, de la pasión sin freno, de la indiferencia religiosa en casi toda su plenitud. La voz de la religión había ido extinguiéndose poco á poco; la palabra divina apenas resonaba de vez en cuando, á largos intervalos, y no más que en determinados lugares y tiempos; los Sacramentos casi no estaban en uso, fuera del bautismo y del matrimonio, que se administraban de tiempo en tiempo, cuando el celo ó la devoción á algunas fiestas traía por aquí algún ministro de Dios, pues entonces apenas había para todo Casanare dos ó tres sacerdotes que tuviesen residencia fija.»...

(1) Illmo. Sr. Casas.

«El amancebamiento era casi general; el vicio reinaba por todas partes; la bebida, el juego, la deshonestidad, el negocio....en fin, da pena decirlo todo: digamos en dos palabras que quien reinaba aquí sin oposición y á sus anchas, era el mal, el espíritu del pecado; y que Dios, Dios Sacramentado, no existía en Casanare, ó era sólo en algún rincón de él, y aun en éste, acaso no de un modo continuo y constante.» (1)

Tal es el cuadro que ofreció Casanare en casi todo el siglo diecinueve, y tál el que contemplaron nuestros misioneros cuando por primera vez lo visitaron en el año de 1891.

Orocué fue el primer pueblo donde desplegaron su apostólico celo los nuevos misioneros, mientras se inspeccionaba el dilatado campo de operaciones; Orocué, cuyo terreno moral era á la sazón «como el material en el que está asentado, azoico, sin vida, arcilla pura, cuando no durísimo arrecife, donde apenas podía germinar una buena semilla.»

Al Illmo. Sr. Moreno, de perdurable memoria, como jefe que era de aquella pequeña expedición, cupo la suerte de recorrer los pueblos de Casanare con el fin de informar sobre el terreno á sus superiores eclesiásticos.

Entretanto, los padres que habían quedado en Orocué emprenden la reducción de la pequeña capitanía de indios *goahivos* que vagaban por las orillas del Meta, y, vencidos obstáculos sin medida, potentes para acobardar al más intrépido misionero, fundan el pueblecito indígena de Barranco-pelado.

Llegan nuevos operarios evangélicos, establecen el simpático pueblo de *sálivas* (San Juanito ó Tagaste), que fue objeto de las caricias é ilusiones de sus fundadores, y demarcan en *Caño de María*, otro nuevo pueblo de *piapocos*, para hacerlo tan floreciente como el de San Juanito.

(1) Illmo. Sr. Casas. *Hechos de la Revolución en Casanare*, págs. 55 y 56.

Mientras esto acontecía, llegaba á Casanare otro refuerzo de misioneros, los cuales hacían teatro de su celo los pueblos de la Cordillera. Támara, Nunchía, Arauca, Pore, Moreno y otros pueblos comenzaron á sentir la benéfica influencia de la acción de los misioneros.

La elección que para primer Vicario Apostólico hizo Nuestro Santísimo Padre León XIII en la persona del P. Moreno (q. g. h.), comunicó á los misioneros nuevos alientos para continuar la empresa regeneradora de Casanare.

Al Illmo. Sr. Moreno sucedió el Illmo. Sr. Casas, quien con su virtud y saber dio tál impulso al adelantamiento de las misiones, que pudo gloriarse de escribir, para gloria de Dios, que «después de bien enterado de lo que fueron las misiones antiguas, se lisonjeaba de que tal vez nunca habían estado tan bien servidas como á la sazón lo estaban.» Escribía en el año de 1899.

No exageraba nuestro distinguido Hermano: en cada uno de los pueblos principales del Vicariato había dos ó tres misioneros que cultivaban con santa emulación esta parte de la viña del Señor; el culto divino y las asociaciones piadosas auguraban brillante porvenir; la educación é instrucción de la juventud florecía en Casanare como acaso jamás se había visto, y las obras materiales que en este tiempo se llevaron á cabo confirman elocuentemente el aserto del Illmo. Sr. Casas.

Pero forzoso me es acabar este capítulo, aunque tenga que dedicar el siguiente al mismo asunto.

Es tánto lo que se puede decir de Casanare!...

CAPITULO II

Resumen: Desastres de la Revolución de 1899—Expulsión y regreso de los misioneros—Reanudan los trabajos apostólicos—Notable sermón del Illmo. Sr. Casas—Nuevo impulso á la instrucción pública—Circunscripciones eclesiásticas—Dificultad para la administración espiritual de Casanare—Pueblos indígenas.

El estado floreciente de las misiones de Casanare, que de erial infecundo se iba transformando por la divina gracia en ameno jardín de virtudes, no pudo resistir al terrible golpe asestado inhumanamente por la injustificable rebelión que trastornó el orden público el año de 1899 y siguientes.

No entra en nuestro propósito hacer un relato de los tristes sucesos que entonces se desarrollaron en Casanare, y que tan amargamente describió el Illmo. Sr. Casas en la obrita antes mencionada. Las potestades del infierno se conjuraron contra la obra redentora de las misiones, y el Illmo. Señor Obispo, Vicario Apostólico, fue su primera víctima. Después de soportar desacatos é injurias gravísimas y recibir la intimación de prisión, se vio el ilustre prelado en la dolorosa necesidad de abandonar su territorio para tratar, aunque en vano, de poner en salvo á sus misioneros que estaban encarcelados. Estos no tardaron mucho tiempo en seguir camino del destierro!...

Y los indios casanareños, esos indios infelices que centenares de veces habían visto llenos de júbilo á los PP. Misioneros bajar por las aguas de los ríos Casanare y Meta, los vieron ahora con asombro embarcados en una balsa como inmunda mercadería!...

Quedó, pues, Casanare sin misioneros, sin sacerdotes! Acatemos los inescrutables designios de la Providencia

Divina, y no investiguemos ahora las causas morales que pudieron determinar acontecimientos tan dolorosos!

Corría el año de 1903. Cuando ya en el resto de la República había cesado el pavoroso ruido de las armas de guerra, y en Casanare resonaban aún los últimos disparos fratricidas, lanzáronse los misioneros á proseguir su obra civilizadora, aunque fuera preciso reedificar sobre las ruinas que en pos de sí había dejado la pasada tormenta....

Y llegaron á Casanare!... Y contemplaron con indecible amargura los campos, desolados; la piedad, amortiguada; las virtudes, marchitas! Solamente ellos podrían darnos una idea del estado del Vicariato á raíz de la última guerra.

Empero no desfallecieron ante espectáculo tan aterrador; inmediatamente comenzaron á desplegar su actividad y celo por la salvación de las almas, luchando contra las pasiones é indolencia que se habían apoderado de los casanareños, á consecuencia del estado anormal de cosas. No quiero decir que todos los habitantes de este territorio fueran de esta tristísima condición; preciso es confesar que, si no en gran número, no faltaron almas varoniles y privilegiadas que sin flaquear, sin desfallecer por un solo momento, se mantuvieron fieles á las enseñanzas cristianas y aun las defendieron contra los ataques de la infidelidad y la apostasía; como después de furiosa tormenta quedan siempre algunos robustos cedros que han resistido la violencia del vendaval.

La primera empresa de los misioneros fue recorrer todos los pueblos y vecindarios del Vicariato para satisfacer las necesidades más urgentes de los fieles, y después estableciéronse formalmente en los pueblos de Támara, Manare, Nunchía y Chámeza, mientras llegaba nuevo refuerzo de operarios evangélicos que completasen el número necesario para la buena marcha de las misiones.

Providencia del Señor fue, y no pequeña, que á principios del año de 1904 estuviesen establecidos los misio-

neros; pues en este tiempo comenzó á desarrollarse con rapidez espantosa el terrible azote de la viruela que diezmaba los pueblos sin la menor conmiseración. Entonces eran de verse los ministros del Señor, recorriendo las casas de los apestados, consolando á unos, ayudando á otros en la forma que podían, é impartiendo á todos, los auxilios de la religión. Penosa tarea si se atiende á que, en muchas ocasiones, eran solicitados estos auxilios por enfermos que distaban del pueblo dos y más días de camino! Afortunadamente no estaban solos en estas labores: las Hermanas de la Caridad, esos ángeles humanos que fincan todo su placer, toda su dicha en socorrer y aliviar á los desgraciados, fueron, como en todas ocasiones, los auxiliares más decididos y eficaces del misionero.

En estos santos afanes encontró el Illmo. Sr. Casas á sus misioneros cuando llegó á Támara después de haber realizado penoso viaje. Si el Illmo. Sr. Casas, Vicario Apostólico de Casanare, regresó á su territorio, del cual había salido huyendo cual si fuera un malhechor, un asesino. Aún parecen resonar en mis oídos aquellas tiernas palabras llenas de amor y mansedumbre que dirigió á sus fieles congregados en el templo, á los siete días de su regreso á Casanare. Era el domingo de Resurrección. Después de recordarnos aquellas palabras *Pax vobis*, que el Señor dijo á sus discípulos al presentarse á ellos resplandeciente de gloria después de la horrible tragedia de su Pasión, prorrumpió en estas palabras: «Eso mismo, *Pax vobis*, os digo de todo corazón al venir de nuevo á estar entre vosotros. Sí; paz hayáis, *Pax vobis*, queridos hermanos nuéstros, colaboradores nuéstros en la obra del apostolado que ejercemos; paz á vosotros, y en vosotros á todos vuestros antecesores en estas misiones, que, como valerosos confesores de la fe, como mártires de la Religión, sufrieron en estos lugares persecución é insultos, amenazas y ultrajes, temores sin cuento, y por fin, un destierro violento, cruel é inicuo!...» «*Pax vobis:* paz, la paz del Señor sea con vos-

otras, amadísimas Hermanas de la Caridad, que por tánto tiempo fuisteis víctimas y mártires de esa misma caridad, sufriendo por la defensa y sostenimiento de la religión en estos lugares amarguras sin medida, afanes incesantes, escaseces y privaciones; que sufristeis en el alma cuanto en el cuerpo y el espíritu sufrían vuestros Padres espirituales, los misioneros; que con tristeza infinita presenciasteis la expulsión de ellos, y con amargura indecible tolerasteis su ausencia, y con su ausencia la carencia de los consuelos espirituales!...» (1)

«*Pax vobis:* paz también á vosotros, niños y niñas educados por los Padres y las Hermanas, que en medio de la tribulación habéis sabido mantenerос fieles á la enseñanza cristiana que recibisteis....» «*Pax vobis:* paz á vosotros, autoridades y súbditos, superiores é inferiores, para que cada uno sepa cumplir fielmente con sus deberes, y cumpliéndolos contribuya eficazmente cada cual al desarrollo del bien público y social. *Pax vobis:* paz hayáis, hijos carísimos, amigos fieles de la Religión y sus ministros, que sin flaquear estuvisteis á ellos adheridos frente á frente de los adversarios en la forma y manera que pudisteis....» «*Pax vobis*, en fin, paz también á los adversarios y perseguidores que hemos tenido en el tiempo pasado, y tengamos aún en el presente; hoy es día de paz universal....» «Es día de gracia y de perdón general....» «y esa paz, esa gracia y ese perdón, como fieles imitadores de Jesús, nuestro Divino Maestro, se los damos de corazón á nuestros mismos enemigos, olvidando todo lo pasado, perdonando todo el mal hecho, todas las iniquidades cometidas con nosotros y con nuestros hermanos é hijos espirituales. *Pax vobis* les decimos de todas veras; paz y perdón os damos, desechando de nuestra memoria todos los agravios, y de nuestro corazón todo resentimiento. No abriga-

(1) Desde que fueron desterrados los misioneros hasta que llegó á Casanare el M. R. P. Santos Ballesteros transcurrieron catorce meses. A este tiempo se refiere el Illmo. Sr. Casas.

mos contra ellos animosidad de ningún género, no queremos vindicta ni satisfacción dolorosa....» «Como Jesucristo Nuestro Señor en la cruz, así nosotros pedimos al Eterno Padre perdón para todos ellos, excusándolos con que no supieron lo que se hicieron; no comprendieron, ciegos, que toda su maldad se volvía contra ellos mismos....» «Convertíos á Dios de todo corazón, volved al camino real de la verdad, de la justicia y de la salvación, apartándoos de la senda de perdición, que hasta ahora habéis seguido; arrepentíos de veras, y esto nos basta; no queremos más; os perdonamos de todo corazón y pedimos al Señor que os perdone y reciba en su gracia.»

El Illmo. Señor Obispo terminó esta primera parte de su discurso prometiendo que, como garantía firme de la paz y la gracia que á todos deseaba, daría al fin de la misa la bendición papal con la indulgencia plenaria anexa á ella, conforme al encargo especial que le hizo Su Santidad León XIII. Continuó después con la idea de la Resurrección á la vida pasada, con la de nueva regeneración en la vida moral, en la sumisión á las autoridades eclesiásticas, en el trabajo, instrucción de la juventud, etc. etc.; en una palabra, desarrollando el programa que se proponía cumplir durante su nueva permanencia en Casanare.

Después de proveer á las necesidades más urgentes del Vicariato, la instrucción de la niñez y juventud casanareña, que más de dos años hacía que estaba paralizada, fue el primer cuidado á que dedicó su paternal solicitud el Illmo. Sr. Casas. Y efecto de esta solicitud fue el que pronto comenzaran á funcionar en Támara el colegio de niñas bajo la dirección de las Hermanas de la Caridad, y la escuela de varones á cargo de un padre misionero. Poco después abriéronse sucesivamente las de Manare, Nunchía, Ten, Marroquín y alguna otra.

La vasta extensión del Vicariato Apostólico continuó dividida para su mejor administración en siete Circunscripciones, de este modo: 1.ª *Támara*, con Ten y Pore;

2.ª *Manare*, con Moreno, Chire, Sácama, San Lope, Puerto de Casanare, Tame y Macaguane; 3.ª *Nunchía*, con Marroquín; 4.ª *Chámeza*, con Pajarito, Zapatosa, Tauramena, Santa Elena y San Pedro de Upía; 5.ª *Orocué*, con Santa Elena de Cúrsiva y El Maní; 6.ª *San Juanito*, con la Trinidad; 7.ª *Arauca*, con Todos-Santos, Arauquita y Cravo. El Llano, donde están la generalidad de los hatos y fundaciones, quedó repartido entre todas las Circunscripciones. Exceptuando en las de *Orocué* y *San Juanito* (con sus pueblos y vecindarios anexos) á las cuales no se pudo atender por entonces, en las demás Circunscripciones había dos ó tres padres misioneros para la buena administración espiritual de las mismas.

Quedaban, pues, cinco casas-misiones, que suponen por lo menos diez sacerdotes, para administrar unos 16,000 habitantes. ¿Parece excesivo el número de misioneros? No se olvide que Casanare no es un solo pueblo, ni una reunión de pueblos al estilo de nuestra España, ni siquiera como los del interior de Colombia. Puede decirse que en Casanare hay tantos pueblos como familias; pues como podrá observarse en los capítulos siguientes, los habitantes que moran en poblado no constituyen ni la tercera parte de la población total; lo cual no deja de ser gravísimo inconveniente para su buena administración, y trabajo ímprobo para el pobre misionero que tiene que recorrer el dilatado campo del Vicariato para cumplir fielmente con su ministerio apostólico.

Voy á terminar este capítulo, pero antes quiero decir dos palabras sobre los pueblos de indígenas.

Bien sabido es lo que sucedió con el pequeño pueblo de Barrancopelado, que fue incendiado alevosamente durante la revolución del año de 1895. Los indios *goahivos* que lo poblaban se desparramaron por los Llanos de Casanare y San Martín, sin que tuvieran resultado práctico cuantos esfuerzos se hicieron para volver á reunirlos. El pueblo de indios *sálivas*, San Juanito, que iba prosperan-

do de una manera consoladora, dejó de existir en 1899, víctima de voraz incendio. La iglesia, casa de los padres, escuelas y casa de las Hermanas, ranchos de los indios, todo fue pasto de las llamas. ¡Tántos afanes, tántos desvelos y sacrificios que costó á los misioneros, para perderlo todo en un instante! Mas no, Dios Nuestro Señor no valora las acciones de los hombres por el éxito obtenido.

Tál era, á grandes rasgos, el estado de Casanare á principios del año de 1904.

CAPITULO III

Resumen: Támara—Su historia y censo—Su industria y sus productos agrícolas—Los misioneros fomentan la industria algodonera—Caminos: cómo los componen y cuántos comunican con el interior—Progreso y porvenir de Támara—Estado de la instrucción.

Tal vez se espera leer en este capítulo lo que todavía no he pensado yo escribir, á saber: la continuación de la reseña histórica de las misiones hasta la fecha en que estamos.

Como ante todo pretendo que estos apuntes sean un como recuerdo de mi permanencia en Casanare, quiero seguir en ellos el mejor orden cronológico posible, ciñéndome escrupulosamente á lo yá escrito en mi cartera; lo cual no impedirá que al dar noticia de los pueblos y lugares que vaya recorriendo, consigne los hechos recientes acaecidos hasta el día. Así quedará reunido en pocas líneas cuanto diga acerca de los expresados pueblos.

Pero antes de lanzarnos en busca de aventuras por caminos y encrucijadas, paréceme muy puesto en razón dar algunos datos de la población que será en adelante el punto de partida para mis correrías.

Támara, residencia del Vicario Apostólico de Casanare, es una de las poblaciones más importantes de esta región; hállase situada en las inmediaciones del célebre río Pauto, sobre pequeña explanada que se eleva, en los últi-

mos estribos de la gran Cordillera Oriental andina, á 1,360 metros sobre el nivel del mar y á unos 900 sobre los Llanos. Su clima es templado y apacible en todo el año, pero muy húmedo á causa de las frecuentes nieblas que, durante la estación lluviosa, suben de la llanura empujadas por violentos huracanes.

La época de su fundación se remonta á la primera mitad del siglo XVI. Cuando Gonzalo Jiménez de Quesada solicitó y obtuvo autorización para conquistar á costa suya los *afamados, ricos y poblados territorios de Pasto y Papamene*, Támara era yá pueblo de indios (*doctrina*, como entonces se decía), y en él había una pequeña fuerza de españoles para defensa y resguardo del naciente pueblo; pero subsistió muy poco tiempo: al recibirse la fatal noticia del desastre de Quesada y trágico fin de la expedición del Dorado, retiráronse los españoles, y, con ellos, el sacerdote doctrinero. Los indios *támaras* (1), que estaban encomendados en Quesada, y de quienes afirma la Historia que eran «los más cerriles y trabajosos para poblar,» «repartiéronse como fieras por los arcabucos y montes en distancia y contorno de cinco á seis leguas de camino, y allí se estaban hilando para pagar los tributos y trasegando estos sitios para pescar y sustentar la vida, con menos cuidado de sus almas que el que tuvieran de una bestia.»

(1) Probablemente fue dado este nombre á los indígenas de estos lados por los españoles que acompañaban á Hernán Pérez de Quesada, en memoria de un pueblo de igual nombre (Támara), enclavado en la provincia de Palencia (España). El vocablo es de origen árabe y significa "dátiles en racimo" Haré observar de paso (y en contra de varias Geografías de Colombia) que Támara nunca ha sido célebre por sus dátiles, mientras que los de la población española de igual nombre son famosísimos.

Parece que los indios de estos lugares eran de origen *muisca* y conservaban esta lengua. "Los indios de Támara y Pauto llámanse *moscas*, y los conquistadores los llamaron así por su multitud." "Los indios de Bogotá y Tunja se llaman *moxcas*. . . .; deben estar mudados, pues los de Pauto hoy se llaman *moscas*, alterando la *x* en *s*." (Documentos inéditos. Misiones de Casanare). El P. Rivero los hace *muiscas*; el P. Cassani, *moscas*; etc. etc.

En tan lamentable estado halló á Támara su primer misionero, el P. José Dadey, S. J. (1), de quien puede afirmarse con toda justicia que fue su fundador y llevó á cabo la conquista espiritual y completa reducción de los «medio desbastados y nada políticos» támaras. Esta nueva fundación tuvo lugar el año de 1628.

Desde entonces comenzó á prosperar: edificáronse casas y tornóse la capilla en iglesia; pero cuando el celoso misionero comenzaba á cosechar los frutos de su apostólica empresa, vióse vejado y calumniado, y hubo de abandonar su querido pueblo en cumplimiento de órdenes superiores. Y lo dejó tan próspero y floreciente, que luégo fue erigido en parroquia y entregado para su administración al clero secular.

Fueron muy celebrados en Casanare los tejidos de algodón fabricados en Támara. Sus «copiosos telares» abastecían de lienzos y otros géneros á gran parte de las misiones de Casanare y aun á las lejanas de Guayana.

A fines del siglo XVIII era capital de la provincia de los Llanos, y corregimiento que comprendía, entre otras, las poblaciones de Pore, Nunchía y Labranzagrande. En la última centuria ha sufrido las mismas contingencias que Casanare. Perteneció al Estado Soberano de Boyacá; hizo parte del Territorio Nacional de Casanare, dependiente del Supremo Gobierno, y después, de la Intendencia Nacional del mismo nombre. Bajo este último régimen administrativo alcanzó su mayor desarrollo y prosperidad: hízosele capital de la Intendencia; fundáronse colegios de varones y señoritas; trájose imprenta (acaso la primera que se introdujo á Casanare), y en ella se publicaron sucesivamente los periódicos que se llamaron *Gaceta Oriental*, *Gaceta de Casanare* y *El Hogar;* y finalmente, al crearse el Vicariato Apostólico de Casanare, Támara fue designada para residencia del Vicario.

(1) Era milanés, de ilustre familia. Publicó el primer *Arte y Vocabulario de la lengua muisca*, y murió en Bogotá, á 30 de octubre de 1660.

Los habitantes que hoy día tiene Támara calcúlanse en más de 3,000. El censo de 1897 le da 2,855 habitantes, de los cuales 522 vivían en el casco de la población, y 2,323 en los vecindarios ó veredas. Supuestas las terribles y asoladoras epidemias que han atormentado á este pueblo en los últimos años, parece que debiera haber disminuído considerablemente el número de sus pobladores; pero por fortuna no ha sucedido así, merced á la pequeña corriente de inmigración que continuamente le viene de los pueblos del otro lado de la cordillera. Socotá, Jericó, Lagunaseca, Chita, etc., etc., son los pueblos á quienes debe Támara quizá su propia existencia. Fomentárase y encauzárase de modo conveniente dicha inmigración, y Támara ocuparía el primer lugar de Casanare.

Los edificios son, por lo general, de construcción ligera, techados con paja; pero también los hay cubiertos de teja ó de planchas de hierro, entre los cuales sobresalen la iglesia, la casa municipal y el colegio de las Hermanas de la Presentación.

En sus inmediaciones existen riquísimas fuentes termales, cuya temperatura se aproxima á la de ebullición; manantiales de agua salada, de los cuales se benefician algunos en pequeña escala.

Hállanse en sus bosques maderas preciosísimas, como el *granadillo*, que es de color morado oscuro, muy pesada y susceptible de hermoso pulimento; el *moral* ó morera, de color castaño naranjado, finísima y brillante; el nigüito, de vivo color amarillo; el cedro de varias especies y colores, etc., etc.

Cultívanse con notables rendimientos en cantidad y calidad, café, maíz, caña de azúcar, plátano ó banano de múltiples variedades, algodón, añil, etc., etc.; y crecen espontáneamente en las selvas y á orillas de los ríos, el árbol de la quina, el caucho, la vainilla y bellísimas parásitas (orquídeas).

El café, del cual se exportaba al exterior antes de la

última guerra más de 4,000 quintales, ha sido siempre para esta población su principal fuente de riqueza; pero en estos últimos años se ha descuidado mucho su cultivo por la baja de precio de este artículo. (1)

La vainilla (*epidendrum vanilla*) (2), es otra de las plantas que, de rendir utilidades, podría explotarse aquí con éxito notable. Esta orquídea crece espontáneamente en las vegas, á orillas de los ríos y *quebradas*. En ciertos parajes húmedos abunda tánto, que podría cogerse en cantidad considerable sin esfuerzo ninguno. Aquí nadie se preocupa de ella, y no es extraño, pues gentes hay que ni siquiera saben que tenga aplicación alguna. Aún recuerdo con pesar lo sucedido hace un mes con un pobre campesino. Había éste oído por ventura que la vainilla era muy estimada y creyó cosa sencilla encontrar en el pueblo quien la comprara, y en esta persuasión trajo consigo cosa de dos libras del aromático fruto. ¡Quién lo creyera! Ofreció su mercadería á cinco centavos oro la libra, y no halló comprador! Los ensayos que algunos PP. misioneros han hecho para cultivar esta especie han dado los resultados más apetecibles.

En estos últimos años se ha comenzado la exporta-

---

(1) Hace tres años vendíase la carga (dos quintales) de café á cuatro pesos oro. Ahora hay compradores que pagan diez y aun doce pesos por carga.

(2) Varios son los nombres con que se distingue esta orquídea. Santiago Cortés, en su *Flora Colombiana*, vol. I, menciona la *vanilla lutescens* (Maquin Tandon) y la *planifolia* (Andrew). El Dr. Monserrat y Archs (*La Creación*, tom. VII), se inclina á creer que la mencionada *vanilla planifolia* es la *epidendrum vanilla* de Linneo, y *vanilla aromatica* de Swartz. Dejando esta cuestión para que la resuelvan los botánicos, tan sólo enumeraré los caracteres con que distingue el Dr. Monserrat á la *vanilla aromatica;* caracteres que convienen perfectamente á la vainilla de los bosques casanareños. Son los siguientes: tallos cilíndricos, nudosos; hojas sesiles, oblongas, ovales, agudas, enteras, carnosas, coriáceas, ligeramente ondeadas en sus bordes. El fruto es una caja lisa, lampiña, en un principio, verde, y después de un color rojizo oscuro, carnosa, unilocular.

ción de parásitas, pero es de temer que se agote pronto esta riqueza, toda vez que se destruyen frecuentemente los árboles en que se crían. Se pueden calcular en unos cincuenta quintales de orquídeas las que salen cada año de Támara para el exterior.

El algodonero, si se persevera en su cultivo yá iniciado, dejará indudablemente más provecho á los habitantes de Támara. Hasta el año próximo pasado, fuera de alguna que otra persona, nadie se preocupaba de cultivar esta rica planta; pero desde que aquí fue recibida la semilla enviada por el Ministerio de Instrucción Pública, y los padres misioneros estimularon á los tamareños al cultivo de ella, se ha comenzado con entusiasmo á realizar pruebas que han dado éxito satisfactorio. Por lo pronto, el algodón que se cosecha en Támara comienza á figurar como factor importante en el escaso número de artículos de venta, susceptibles de convertirse en dinero. Actualmente lo compran á ocho centavos oro la libra tamareña (libra y media española), por supuesto que sin desmotar; y al llevarse á cabo el proyecto de introducir máquinas sencillas de hilar y tejer, proyecto acariciado por el malogrado Illmo. Sr. Casas y que su inmediato sucesor el M. R. P. Ballesteros ha proseguido con entusiasmo, dará indudablemente resultados más ventajosos.

En Támara faltan caminos y más caminos; mejor dicho, lo que falta es mejorar los yá existentes, que no serían pocos, si en buen estado estuvieran. Los caminos tamareños pocos gastos han ocasionado á la Nación; todos son abiertos sin más instrumento que los pies del hombre y los cascos y pezuñas del ganado; el ardiente sol del verano es el único ingeniero encargado de mejorarlos.

Ciertamente que todos los años se emplea buena parte del trabajo personal subsidiario en la reparación y mejora de algunos caminos, pero, ¿cómo se hace esta reparación y esta mejora? Del modo más sencillo: córtase con el machete la maleza que en las orillas de ellos crece, y retíranse

bonitamente los *componedores* para que el *gran ingeniero*, el sol, complete la obra. Si, lo que sucede frecuentísimamente, cae un árbol (ó dos ó veinte) y queda sobre el camino á guisa de arco triunfal muy á propósito para descalabrar, cuando menos, al distraído viajero; ó bien queda de través en el camino como descomunal traviesa, allí permanece eternamente. Cuando el tránsito se halla totalmente obstruído, el remedio es sencillo en extremo: con media docena de mandobles ábrese una pica ó trocha á la derecha ó izquierda del camino obstruído, aunque se desvíe la dirección del mismo media legua, si necesario fuere. A estas sencillas operaciones quedan reducidas la reparación y mejora de los caminos de Támara, que, después de todo, son las mismas que se estilan en todo Casanare.

El camino más breve que pone á Támara en comunicación con el interior de la República es, sin disputa, el llamado de Minas, el cual se bifurca en lo más alto del páramo, siguiendo un ramal para Chita y Jericó, y otro para Socotá y Lagunaseca; pero es tan horroroso que no puede ser transitado sino con gravísimo peligro para el viajero. Otro es el que pasa por Ten y se junta al de Sácama; y el tercero es el que por Nunchía conduce á Labranzagrande y Sogamoso. Estos dos tienen el gravísimo inconveniente de los ríos, que, particularmente en ciertas épocas del año, son barreras infranqueables. Todos tres comunican, como queda dicho, con el interior de Colombia. Hay otro camino que, si no por su buen estado, al menos por su trascendental importancia, es el más interesante para Támara. Refiérome al que comunica á esta población con los puertos de La Plata y Remolinos, sobre el río Pauto. Pero lo malo es que el camino en cuestión tiene tan poco de camino como los anteriores, á pesar de invertirse en él la mayor parte del trabajo personal subsidiario. Diré para terminar que las vías de comunicación de Támara, como observa muy bien el ingeniero Sr. Brisson, son la mejor defensa natural de ella.

Por fortuna no parece lejano el día en que se inaugurará una nueva éra de prosperidad para este pueblo, así como para los del resto de la Cordillera. Los Gobiernos nacional y departamental están animados de los más laudables deseos, y lo que se está haciendo en casi toda la República ¿por qué no hemos de esperar que se realizará también en estas apartadas regiones? Hace tres ó cuatro años ¡qué digo! hace un año no más ¿quién no hubiera tenido por visionario y soñador al que hubiese asegurado que en el año de 1906 veríamos enlazadas por el telégrafo las poblaciones principales de Casanare, *región inculta* y *salvaje, morada de fieras y endriagos*, y *colosal cementerio de las víctimas de las fiebres?* Pues lo que el año próximo pasado parecía una quimera, un sueño fantástico, lo vemos convertido en realidad consoladora. Marroquín, Nunchía, Pore, La Trinidad y Orocué, ven cruzados sus bosques y sabanas por los hilos eléctricos; y probablemente dentro de pocos meses podremos añadir á los anteriores los nombres de Támara, Moreno y otras poblaciones casanareñas. (1)

No se ha limitado el Gobierno Nacional á poner á Casanare en comunicación telegráfica con el mundo civilizado; la instrucción pública, la educación de la juventud, que es la esperanza de la familia y de la sociedad, es atendida de la manera más decidida, eficaz y digna de todo encomio. De este asunto trataremos en el lugar correspondiente. En Támara hay funcionando dos escuelas que bien pudiera llamar colegios; la de varones y la de niñas, dirigidas por un padre misionero y las Hermanas de la Caridad, respectivamente. A ellas acuden más de cien alumnos. Existe, además, otra rural en el vecindario de Chiflas, á orillas del Pauto. Gozo da ver cómo estos niños, que hace un año se diferenciaban muy poco de los salva-

(1) Ya va á hacer un año que se inauguró en Támara la estación telegráfica.

jes, obedeciendo alegres al ronco sonido del cuerno, corren y retozan para llegar á su querida escuelita.

Quiera Dios que la buena semilla que, con mano generosa se está sembrando en este pueblo, dé á su tiempo los apetecidos frutos que todos anhelamos!

CAPITULO IV

Resumen: De Támara á Manare—Río Ariporo—Monos araguatos—Bálsamo de copaiba ó aceite de palo—Descripción de Manare—Carácter refractario de sus habitantes—El carate y modo de curarlo—Agricultura é industria—La Virgen de Manare—La sarrapia—Panorama de los Llanos—Moreno: historia de su fundación—Su desarrollo y decadencia—Necesidad de la presencia del misionero.

Yá había comenzado en toda la Cordillera la estación lluviosa con gran lujo de relámpagos y truenos, y las veredas se encontraban no muy á propósito para viajar; esto no obstante, dispuso el Illmo. Sr. Casas que emprendiéramos viaje á Manare para tener el consuelo de postrarnos á las plantas de la Reina casanareña y recibir de ellá luces y energías con que emprender la regeneración espiritual del Vicariato.

Dejámos á Támara en uno de esos días bellísimos que tan sólo se disfrutan en Casanare después de haber caído las primeras lluvias del invierno; el sol aumenta su calórico y brillantez; la vegetación toma ese color verde subido que tan grato es á la vista, y la atmósfera límpida y transparente queda saturada de balsámicos efluvios que adormecen el espíritu y lo trasladan á regiones eternales!

Afortunadamente, el mío no se adormeció, ni salió de sus prisiones, pues de lo contrario ¡sabe Dios de qué talante hubiera salido mi figura de aquellos profundos lodazales que comienzan en las afueras del pueblo y terminan dos leguas más adelante! Fuera de esto, poco interés despierta lo restante del camino. De trecho en trecho se encuentran algunos menguados ranchitos con su correspondiente cafetal y algunas matas de plátanos. Las guacama-

yas, loros y pericos, que son verdadera plaga en estos lugares, nos distraen admirablemente con sus variados y vivos colores las primeras, y los segundos, con su enrevesado idioma, aprendido, según fama, de los indios *goahivos*.

Después de seis horas de continuo caminar, dimos vista á las cuatro ó cinco casitas que componen la *vereda* de Bujío, situadas al pie de Samaricote, cerro singular en esta región por el imponente aspecto que le dan los áridos y elevados picachos que le coronan. Nada de particular diré de este sitio que tan pocos atractivos tiene, fuera de proporcionar á los padres misioneros un rato de solaz en sus viajes por estos lados, y nada más. El resto de la tarde transcurrió en las faenas de siempre: desensillar, amarrar las bestias, y rezar el Oficio divino mientras preparan los plátanos fritos. Si aún queda algo de tiempo, allá, enfrente de nuestra posada, hay un árbol cargado de oropéndolas (*cassicus Alfredi*) que darán mucho que aprender á los curiosos.

Al día siguiente proseguímos el viaje sin contratiempo ninguno y llegámos al Ariporo, río importante de Casanare, el cual, después de recoger las aguas del Tate, Aricaporo y Chire, las tributa al Casanare, una legua antes de que éste desemboque en el Meta. Su profundidad en el vado no pasaba entonces de un metro, pero hay ocasiones en que es impracticable.

Al otro lado comienza la *montaña* del Ariporo. En ella vi por primera vez multitud de monos araguatos (*mycetes seniculus*) que son de color rojo y tienen una gran bolsa en la garganta á guisa de *coto*. Esta bolsa les sirve de caja de resonancia para producir los terribles aullidos que se oyen á una legua, y que tánto se asemejan al gruñido de los marranos. Su cola es prensil, y pasan todo el santo día encaramados en los árboles cantando ó lamentando lo que ellos se sabrán. Tuve la satisfacción de conocer el *copaifera officinalis*, L., árbol del que se extrae por incisión el bálsamo de copaiba, llamado aquí *aceite de palo*.

La madera de esta leguminosa es incorruptible como ninguna otra. Cuando reconstruímos la casa cural de Arauca, nos llamó la atención un hermoso *horcón* de esta madera. Veinte años hacía que estaba ocupando su lugar, clavado en terreno pantanoso, y lo encontrámos en tal estado de conservación que mereció continuar en su puesto, preferido á otros nuevos pero de diferente madera. Estaba como petrificado. Poco se preocupan estas gentes de extraer el óleo-resina de copaiba. Sucede lo propio que con la vainilla. Como nadie lo compra!... Cuando mucho, *cajean* alguna que otra *mata* para untarse el pelo.

Sin más novedades llegámos al término de nuestro viaje, al caer de la tarde.

Sobre pintoresca meseta cortada en su mitad por una cinta de bosque, elévase la iglesia y las pocas casitas que forman el pueblo de Manare.

Su primitiva posición fue en el sitio denominado *Llanorredondo*, de donde fue trasladado á las riberas del Tate. Posteriormente, acaso á mediados del siglo XVIII, los PP. Jesuítas encargados de esta misión netamente indígena se establecieron con los indios en el lugar que ahora ocupa el pueblo. Construyóse entonces un magnífico templo (el mayor de Casanare), dedicado á la milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Dolores, y dos bonitas ermitas á ambos lados de aquél. Un voraz incendio redujo á cenizas gran parte de la obra; techaron de palma lo que restaba y nuevo incendio, ocasionado por una exhalación, vino á mermar el edificio. Finalmente, construyóse el actual, dentro del antiguo, y fue techado de teja. Después de la expulsión de los PP. Jesuítas quedó este curato á cargo de sacerdotes seculares.

Su clima es saludable; pero malsano en las hondonadas del contorno. El número de sus habitantes asciende á 300, de los cuales apenas un centenar moran en el pueblo los restantes viven desparramados por las vegas del río Tate y las del Aricaporo. Como se ve, el pueblo es pequeño

en demasía, pero hay que confesar que nunca ha sido mayor de lo que es ahora. El conservarse en estado estacionario, débese en primer lugar á que no proporciona á sus pobladores otras ventajas materiales que las suministradas por su rutinaria é incipiente agricultura, es decir, que en Manare no hay oportunidad de *ganar el cuartillo;* y después, á la necia y suicida pretensión de sus vecinos (indígenas en su mayoría), quienes miran de mal ojo á todo extraño que intenta avecinarse en el pueblo. A este propósito recuerdo las amargas quejas que me daba un pobre hombre de Sácama que á la sazón vivía en Manare. Lamentábase de lo inhospitalarios que eran los indios manareños con los que del *Reino* venían á quedarse entre ellos. «Sobre todo, decía, cuando han bebido bastante *guarapo*, nos echan en cara que hemos venido á quitarles las tierras que les dio el rey de España, y que tienen ellos los *papeles* del rey. El otro día, añadió, fuimos á preguntar á D. N.... y nos dijo que era cierto lo del rey; pero que ahora yá no tenemos rey, sino gobierno; y desde que tenemos libertad, podemos sembrar todos en las tierras que queramos; pero yo, terminó diciendo el sacameño, siempre me voy á Sácama, porque estos indios son muy trabajosos.» No le faltaba razón para expresarse en estos términos que tan poco honor hacen á los indios de Manare. Si no fuera porque no han faltado misioneros en este pueblo desde nuestra primera entrada en Casanare, no es aventurado asegurar que á este pueblo hubiera sucedido lo propio que á Chire....

Esto no obstante, debo dejar consignado que los manareños han sido en todas ocasiones, prósperas ó adversas, los más dóciles y sumisos á los padres misioneros; en tan alto grado, que el Illmo. Sr. Casas, para premiar la nunca desmentida fidelidad de los mismos, escogió á Manare para establecer el Colegio en que habían de educarse las niñas de todo el Llano, bajo la dirección de las Hermanas de la Caridad; á cuyo efecto hizo construír el

amplio local que visitámos en este viaje y que ahora yá no existe.

La mayor parte de los indios de Manare tienen el cuerpo pintado de *carate*, enfermedad horrible que, si bien no ocasiona fuertes dolores al paciente, le deja en un estado repugnante por las muchas manchas blancas, azuladas ó negras que aparecen en todo el cuerpo. Y lo peor es que la enfermedad en cuestión es contagiosa en extremo; una gota de sangre de individuo *caratoso*, ingerida en una fruta, en café tibio ó en cualquiera otra bebida ó alimento, es suficiente para comunicar á varias personas tan repugnante enfermedad. ¡A qué menguadas venganzas se presta el terrible *carate!* Desgraciadamente no son raros estos casos, como podríamos comprobar con recientes ejemplos.

Hasta hace muy pocos años se consideraba incurable dicha enfermedad; ahora, aunque con medios crueles y dolorosos se consigue su curación, como lo hemos visto personalmente. Para ello es de necesidad guardar rigurosa dieta por espacio de diez ó doce días, suministrando entretanto al paciente notables cantidades de sublimado corrosivo (solimán). Algunos no aguantan este régimen y se ponen á punto de morir; otros adquieren llagas dolorosas en la garganta; pero los más quedan libres del *carate*. Lo cierto es que había muchos que sufrían esta enfermedad y ahora los hemos visto enteramente libres de ella. Esta enfermedad estaba muy extendida en la época de la conquista, pero era mirada de distinto modo del que lo es ahora, pues asegura el P. Cassani que «los tunebos hacían gala de tener *carate*, en tanto extremo, que la moza que estaba sana no hallaba casamiento hasta que se le pegaba el mal.»

Yá queda dicho que los manareños se dedican en su totalidad á las labores agrícolas, especialmente al cultivo del arroz y el maíz; del primero coséchanse unas doscientas cargas, y casi otras tantas del segundo. La yuca y el plátano también se producen en abundancia. Tampoco

les falta la pequeña industria de sombreros, que fabrican con cierta especie de palmas; así como en Támara los hacen con las venas del cogollo de caña-brava (*ginerium saccharoides*).

En una sola cosa aventaja Manare á los demás pueblos de esta región; posee la milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Dolores, llamada vulgarmente la Virgen de Manare. El día 6 de enero de cada año se dan cita millares de casanareños para pagar á su celestial Patrona el tributo de veneración, gratitud y reconocimiento; entonces el pequeño pueblo de Manare se transforma en ciudad populosa; mas de este particular trataremos en otro lugar. Sólo diremos aquí que el Illmo. Sr. Casas trabajó con santo entusiasmo por arbitrar recursos con qué construír un hermoso templo que fuera digno de tan excelsa Reina. No fueron pequeños los esfuerzos que hizo, ni despreciables los resultados que obtuvo; empero, la desastrosa guerra que le obligó á abandonar su territorio dio en tierra con tan laudables proyectos. Quizá en día no lejano podrán realizarse.

Uno de los pocos días que permanecimos en Manare lo dedicámos á hacer una excursión botánica por los alrededores del pueblo. Era nuestro fin principal dar con unos árboles de sarrapia (*dipterix odorata*) que, según referencias, debían de estar en un próximo bosquecito. Así fue, en efecto: después de media hora de dále que le das al machete, lográmos penetrar en la *mata de monte* (así diré sirviéndome de la *jerga llanera*), y encontrámos cinco arbolillos del fruto medicinal y aromático. Después de saciar la curiosidad y coger varias estacas para plantarlas en la casa cural, nos encaminámos hacia el Cuzco, que es una altísima meseta que domina dilatado horizonte. Vistos desde aquí los Llanos, nada desmerecen de la descripción hecha por el Padre Rivero: «son como la mar en calma..... cuyos límites se confunden con la azulada bóveda en el horizonte.» Y á la verdad, no hay cosa más impo-

nente á la par que placentera que contemplar los Llanos desde una meseta como la del Cuzco: alternando como en gigantesco mosaico, divísanse ondulados bosques que cubren las orillas de los ríos Pauto, Tate, Ariporo, Casanare, etc.; extensas lagunas (esteros), en cuyas aguas reverberan los últimos rayos del sol moribundo....; inmensurables sabanas que se pierden allá, en el horizonte!... Y bosques, y ríos, y esteros, y sabanas están velados por ligera bruma que comunica al panorama los atractivos del misterio!

Con estas impresiones emprendimos viaje de retorno á Manare, por una escarpada ladera sembrada de chaparros.

Dejámos este pueblecito, y, por un camino en regular estado, nos trasladámos á Moreno, después de repasar el río Ariporo.

Moreno

El pueblo de Moreno, que está situado al pie de los últimos estribos de la cordillera, fue fundado á principios del pasado siglo en memoria del prócer de la Independencia, General Juan N. Moreno. A unos dos kilómetros hacia el mediodía divísanse entre árboles y maleza las ruinas del antiguo pueblo llamado La Fragua (1) que subsistió hasta los años de 1825. En esta época su menguado vecindario, que tenía sus viviendas al rededor de una capilla de palma, trasladóse á la *fundación* del General Moreno, situada al pie de la cordillera, quedando así constituída la base de la futura población que había de perpetuar la memoria del revoltoso general, paladín de la anexión de Casanare á Venezuela, vencedor de Patria y Briceño en la acción de Cerinza, aprendiz de dictador, inquieto y turbulento en todos los sucesos de Casanare....

En sus comienzos fue Moreno una bonita población;

---

(1) ¿Será este el famoso lugar donde acampó Fredemán? No parece que lo sea, por más que lo afirman autores de gran valía. Al hablar de los antiguos pueblos de Casanare nos prometemos dilucidar el punto.

su espaciosa plaza hallábase rodeada de airosos edificios cubiertos todos de teja (1); sus calles eran rectas y anchas como las de la ciudad de Pore. Más adelante edificóse en el costado norte de la plaza un elegante edificio destinado á oficinas de la Gobernación y al mismo tiempo se construía la iglesia, fábrica nada singular, pero sólida y adecuada á las necesidades del pueblo y enriquecida con dos retablos tallados y dorados, procedentes de la iglesia de Manare.

Siguió Moreno su evolución progresiva en circunstancias ventajosísimas, pero á expensas de su vecina, la noble ciudad de Pore. El máximum de vida de Moreno coincide exactamente con el aniquilamiento y total ruina de Pore.

Durante los años que corrieron de 1870 á 1885 llegó al apogeo de su grandeza (material é inmoral); todavía son proverbiales las orgías, bailes y juegos de Moreno. No le faltó su correspondiente colegio de enseñanza (que en materia de instrucción justo es confesar que Moreno va siempre á la cabeza de muchos pueblos casanareños); pero desde hace unos diez años comenzó á decaer tan rápidamente, que cuando lo visitámos por vez primera parecía un montón de ruinas.

Debo añadir que actualmente comienza á levantarse de su postración; se han edificado amplios y cómodos locales para oficinas municipales, para la instrucción pública y la casa cural; hase reedificado el templo que estaba en ruinas, y se han hecho otras varias mejoras de relativa importancia para la población, todo debido en gran parte al espíritu emprendedor y progresista de los Sres. Bernales, secundados por los vecinos y los PP. misioneros de Manare.

Pero, con todo, lo diré de una vez, Moreno no tiene PP. misioneros permanentemente.... y es cosa averiguada que en Casanare, como en ninguna otra parte, son el

(1) En Casanare van siendo cada día más raros los edificios de teja.

primer factor para la prosperidad de los pueblos. Si aquéllos faltan, éstos van pereciendo miserablemente por consunción. La historia de los pueblos casanareños atestigua á voz en grito lo que acabo de afirmar; un pueblo sin misionero, sin sacerdote, es un cuerpo sin alma, que á la larga entra en descomposición y desaparece.

Casi todos sus habitantes se dedican á la ganadería, como sucede en casi todos los pueblos del Llano; aquéllos se calculan en 800, de los cuales solamente la mitad habitan en el casco de la población; los demás, en hatos y fundaciones.

CAPITULO V

Resumen: Visita á Ten—Datos históricos—Indios tunebos—Una entrevista con el Capitán Segundo—Sus pueblos y censo—Su porvenir. Sus posesiones—Su agricultura é industria—Farmacopea tuneba. Religión de los tunebos—Religiosidad de los tenanos.

Si cuando realizámos el viaje anterior yá había comenzado la estación de las lluvias, al emprender este que vamos á referir, estábamos en pleno invierno. A pesar de esta circunstancia tan poco favorable, aprovechó el Illmo. Señor Obispo la pequeña tregua que todos los años da el invierno, conocida aquí con el nombre de *veranito de agosto*, para hacer la santa visita pastoral y celebrar las fiestas de la Patrona de Ten.

Con el dicho Señor Obispo y el P. Santos Ballesteros dejé á Támara en un hermoso día del expresado mes. El camino (no hay para qué decirlo) no solamente estaba malo, rematadamente malo, sino que en algunos puntos había desaparecido por completo, siéndonos preciso echar mano del machete para hacerlo nosotros; violento huracán había arrancado de cuajo muchos árboles, y éstos habían obstruído el camino. Con el retraso y contrariedades consiguientes llegámos al vecindario apellidado *Cacical* (muy poblado antes de la guerra y ahora casi desierto),

donde se produce el mejor café de Támara, y después á *La Palma*, otro vecindario algo más importante que el anterior. Todo el trayecto recorrido está cubierto de exuberante vegetación; hay pocas casitas; sus habitantes se dedican á la agricultura, particularmente al beneficio del café. Descansámos un rato y comenzámos á subir la cuesta que termina en el alto del *Mosco*, para bajar otra mucho más larga que acaba en la hoya del río Ariporo. En las vegas de este río no solamente se cosecha el café, sino también, y en mayor cantidad, la caña dulce. Observámos varias enramadas con su trapiche correspondiente. Costeámos el río por su banda derecha, toda ella poblada de espinosos guaduales, y después de vadearlo con no pocos trabajos, ganámos la pequeña explanada sobre la cual está asentado el pequeño pueblo de Ten, en el vértice del ángulo que al juntarse forman los ríos Tenecito y Ariporo. Nos hospedámos en el rancho destinado al servicio municipal, que estaba engalanado con festones y arcos de flores silvestres.

Al siguiente día de nuestra llegada, mientras se reunía la gente que habitaba en los campos, tuve ocasión de dar un paseo por nuestro pueblo y conocer lo más importante de él. Por cierto que si el curioso no se va en derechura á la iglesia, lo demás que puede ver es bien poca cosa. Los edificios, que no llegan á veinte, son de bahareque y palma y están como acorralados por los ríos y el bosque.

Del mismo género de construcción es la iglesia, pobre en demasía, pero bastante bien conservada, atendido el corto número de vecinos del pueblo; por más que, si he de hablar con exactitud, debo confesar que en esta ocasión se me antojó algo mejor de lo que es en realidad, sin duda por estar *adornada* con todos los trapos de colores que pudieron encontrarse en el pueblo, con espejillos, estampas, figurines, etc. etc. No puede pedirse más á esta pobre gente!

Hasta hace unos diez ó quince años, conservaba la

iglesia algunos objetos y ornamentos pertenecientes á la época en que era Ten parroquia importante de Casanare; mas todo fue consumido por voraz incendio que ni siquiera perdonó á la imagen de la Patrona, Nuestra Señora, bajo el misterio de su Asunción gloriosa. En Ten, al igual de otras iglesias de Casanare donde no residen padres misioneros, sólo quedan recuerdos dolorosos: restos de un púlpito elegante, imágenes mutiladas, artísticos candeleros de madera carbonizados, cuadros magníficos medio podridos, etc. etc.; esto es lo que posee la iglesia de que trato, tan floreciente en otro tiempo!

Muy embebecido estaba yo tratando de obtener algunos datos sobre el pueblo, cuando me notificaron que acababan de llegar varios indios *tunebos;* y como no me faltaban ganas de pasar un rato con estos individuos, trasladéme al domicilio del señor Alcalde, adonde ellos habían ido á formular una demanda contra un *blanco.* Inútil será decir que acosé á preguntas al pobre Capitán, que era el único que de cristiano entendía; y como él se allanaba á ello de buen grado, máxime después de haberle brindado con un *recortadillo,* entablámos una interesante conversación que voy á referir con toda fidelidad. En ella se echará de ver el crédito que debe darse á las noticias que de sí mismos dan estos pobres indios.

Comenzó diciendo el Capitán Segundo que su gente de *Barronegro* se componía tan sólo de seis ó siete hombres y unas catorce mujeres; pero que en otros parajes tenían parientes crecidos. «En *Mundonuevo,* añadió, hay cien hombres y cien mujeres, total.... *trescientos;* en Guachiría también hay *tunebos,* cien familias; en Macaguane, muchas más!»

Y después de discurrir un breve rato, prosiguió con la mayor frescura: «En Bogotá hay también mucha gente tuneba....» No pude contener la risa al oír semejante desatino. Luégo, explicándose más claramente, comprendí que no se trataba de la capital de la República, sino de

Bocotá, ranchería tuneba sita en las inmediaciones de Banadía. A cada momento lamentábase de la pobreza de los *tunebos*, y en prueba de ello aducía que no tenían más bienes que sus sementeras, y que los *cachicamos*, marranos de monte y *picures* se los comen y no les dejan plata. Preguntado si quería hacerse cristiano, respondió que con mucho gusto, si le daba una muda de ropa y plata. Poco después cambió de parecer y dijo que ni él ni los suyos querían bautizarse, porque, decía: «*tunebo no entiende de aguas y siendo más bonito que los blancos.... tunebo rezando mucho en su lengua á Dios y reza en cristiano y en tunebo, ese blanco no sabe rezar en tunebo.*» Terminó su perorata diciendo que «*ese tunebo ha sido gente buena, no matando blancos como los goahivos.*»

Así por este estilo fue ensartando disparates á disparates. ¡Aténgase, pues, uno á las noticias que los indios dan de sí mismos, y á las relaciones que de aquéllos hacen los *blancos!*

Con posterioridad á este viaje he visitado varias veces estos lugares, y aun he estado en el propio *Barronegro*, habiendo podido observar y averiguar cuanto se puede saber sobre los *tunebos*. Es indiscutible que los indios de *Barronegro*, *Mundonuevo*, *Guachiría*, *Tierradentro*, etc., los cuales componen un total de unas cien almas, son rezagos de las antiguas misiones de Casanare. En el primer tercio del siglo pasado eran numerosos; solamente los de *Barronegro* pasaban de cincuenta; pero posteriormente una peste asoladora casi acabó con ellos, hasta el punto de que no quedaron sino tres hombres. Las fiebres los diezman con mucha frecuencia, y además, según decía el Capitán Segundo, se *jogan* muchos en el río Casanare; «mejor, añadía; los tunebos quieren morirse y no dejar raza.» Con todo, en *Barronegro* hay actualmente unos diez hombres y otras tantas mujeres; pero al fin y á la postre se saldrán con la suya. Los tunebos están llamados á desaparecer muy pronto. En el año que termina han dado un paso

que puede precipitar su ruina total. Desde muy antiguo poseían la gran porción de terreno que se extiende por la banda derecha del río Casanare, desde más arriba de la *quebrada Casirvita* hasta la denominada *Macaguán*, cuyos títulos de propiedad decían poseer. Pues bien, esta propiedad que para ellos había sido sagrada, acaban de venderla por cuatro baratijas, por una nonada. Y cuenta que la finca no es pequeña; en recorrer uno de los lotes vendidos gasté cuatro horas á caballo. No ignoro que este terreno permanecía (y permanece no obstante la enajenación) inculto casi por completo, por más que su feracidad es exuberantísima; los tunebos no habían de cultivarlo ni habían de sacar producto ninguno de él, pero á lo menos no impedían que los pobres emigrantes del interior de la República que bajan á establecerse en Casanare, roturasen los bosques, hicieran sus sementeras y aun se dedicaran á la cría de ganado en sus fértiles sabanas; mientras que ahora, los nuevos amos parece que pretenden desterrar á los pocos habitantes que hay en esos sitios. A unos yá se les ha notificado que abandonen sus cultivos, á otros permítenles continuar en sus labranzas á condición de percibir la mitad de los frutos (1). Que esto se hiciera en regiones donde los terrenos valen algo, podía pasar; pero que esto suceda aquí, donde no faltan razones poderosas aun para subvencionar á los infelices que se establecen en estos lugares, es cosa que nunca he llegado á comprender. Según mi leal entender, estos terrenos debieron haber pasado á manos del Gobierno, toda vez que se autorizaba á los tunebos la venta de ellos. Pero, en fin, lo que á mi juicio es un mal, la cosa yá no tiene remedio.

Los tunebos tienen más que suficiente con *Barronegro*. El lugar donde viven, que es una feracísima selva casi plana, es de clima templado. Cultivan la caña dulce,

(1) Parece que todo esto se redujo á amenazas, pues nadie que yo sepa ha sido obligado á dejar sus sementeras.

maíz, yuca, plátano de diferentes especies y variedades, etc. etc. Tienen su pequeña industria figulina, y fabrican objetos de cordelería, como chinchorros, balsas, *chivas*, etc., en lo cual se ve que son más inteligentes que los *goahivos*, quienes han olvidado hasta la fabricación de chinchorros.

No se le olvidó al Capitán Segundo ponderarme con entusiasmo los célebres medicamentos tunebos; la *caraña* y la *otoba*. Extraen la caraña del árbol que los botánicos distinguen con el nombre de *icica caranna*. La benefician por un método análogo al empleado para la extracción del *bálsamo* de copaiba. Pocas utilidades les reporta hoy día este medicamento que hace pocos años estuvo tan en boga entre estas gentes. Empléanla ahora *con gran suceso* para combatir ciertas enfermedades de los niños conocidas aquí con el genérico nombre de *sutismo*. Y lo curioso es el método que para la curación emplean, método que consiste en poner al paciente unas ligas untadas con caraña!... Usanla también como preservativo de dichas dolencias, y aseguran que jamás se *ensuta* un niño que lleve caraña de esa guisa!

La *otoba*, llamada *aggua* por los tunebos, constituye el otro específico. Poniendo en agua hirviendo los frutos del árbol *myristica sebifera* (Swartz), después de triturarlos convenientemente, sobrenada en el líquido una especie de manteca, la *otoba*. Aseguran los tunebos que no hacen más manipulaciones. El árbol mencionado abunda en la montaña de Banadía, particularmente en las márgenes del río Cusay, de donde la extraen los tunebos. Hubo un tiempo en que la *otoba* alcanzó tanta fama como los remedios del Dr. Lobb; hasta se escribió un libro para ponderar las excelencias de tan milagroso medicamento; ahora ha vuelto á ocupar el humilde lugar que le corresponde en la farmacopea tuneba. Eso sí, me juró el Capitán Segundo, que no había específico más eficaz para combatir la *derritación del estómago*.

Hase atribuído á estos indígenas que adoran al sol. (1) Esta aserción es errónea, en mi concepto. Los tunebos creen en un Dios que todo lo gobierna con su providencia, y á Él elevan sus plegarias. Esta idea está íntimamente enlazada con la creencia en la vida futura, creencia que tienen los indios, aunque algo corrompida. Ciertamente dirigen al sol una especie de himno sagrado con que le piden lluvia para sus sementeras, calor para los tunebos que tienen frío, etc. etc.; pero esta deprecación no es, en ellos, incompatible con la creencia en un Dios único, creador del universo, toda vez que la idea que de Dios tienen es bien clara y distinta. Es preciso confesar que todo lo mezclan con mil supersticiones groseras, imputatables á su crasa ignorancia. No se olvide que estos indios descienden de cristianos. No es raro ver en sus ranchitos la alta guadua clavada en la prominencia más cercana y coronada por el signo de nuestra Redención.

Cuatro días permanecímos en Ten consagrados al divino ministerio. No faltó trabajo; pues hay que confesar en honor de la verdad que los tenanos son en general buenos cristianos, y que por consiguiente, aprovechan siempre la ida de los padres misioneros para recibir los santos sacramentos. El Illmo. Sr. Casas administró la confirmación á unos sesenta niños; celebráronse ocho ó diez matrimonios y no pocos bautismos. Fiestas profanas no las hubo; en Ten se contentan con las religiosas. El mismo Illmo. Señor formó una Junta Católica para allegar recursos con que comprar una imagen de la Patrona. Más de dos años han transcurrido desde entonces y nada ó casi nada se ha hecho. Habiendo cumplido con nuestro cometido, sólo nos faltaba emprender viaje de retorno á nuestro Támara, adonde llegímos después de seis horas de continuo caminar.

---

(1) De esta afirmación se hace eco el Illmo. Sr. Rueda. Vid. *Informe que el Obispo de Sebastópolis y Vicario de Casanare presenta á S. S. el Ministro de Hacienda Nacional, sobre visita á las tribus de Casanare.*

CAPITULO VI

Resumen: Reconstrucción del Vicariato—Viaje del Illmo. Sr. Casas á Bogotá—El río Pauto—Nunchía—Ríos Nunchía, Payero y Tocaría—Aventuras de viaje—Puente de hamaca—Marroquín—*Las Barras*—Bello panorama de los Llanos—Mongua y Tópaga.

El Illmo. Sr. Casas había llegado al territorio de su jurisdicción animado de los más ardientes deseos de emprender con energía y ánimo esforzado la reconstrucción del Vicariato Apostólico de Casanare. No ignoraba que para llevar á cabo tamaña empresa tenía que luchar valerosamente contra los mil obstáculos que, en regiones apartadas como ésta, suelen hacer fracasar los más estudiados proyectos y las más nobles aspiraciones; pero en el breve tiempo que había permanecido en Casanare después de la pasada guerra, vio palpablemente que sus esfuerzos, por grandes que fueran, podían carecer de resultado práctico (cuando mucho, éste sería dudoso y tardío) si el propio Illmo. Señor no se personaba en la capital de la República para gestionar con las autoridades correspondientes lo pertinente al caso.

En otro capítulo trataremos con más amplitud de estas gestiones que hizo el Illmo. Sr. Obispo y del resultado obtenido, el cual, sea dicho de paso colmó sus esperanzas. Ahora tan sólo diré que me cupo el grande é inmerecido honor de acompañar en su viaje á S. S. Illma. Por eso, fiel á mis propósitos de antemano señalados, voy á hacer de él una ligera reseña.

Era el día 8 de noviembre del año 1904 cuando abandonámos la capital del Vicariato y emprendimos el viaje que motiva este capítulo. El camino que llevámos nada desmereció de los otros recorridos, con la desventaja de estar todo él expuesto á los ardorosos rayos del sol, cosa que no sucede con los otros caminos de la Cordillera.

Desde que se domina la pequeña prominencia de *Cruz-verde*, es de descenso todo el camino, hasta llegar al

río Pauto, cuyas aguas negras durante todo el invierno, se revuelcan estrepitosamente en su lecho sembrado de grandes pedruscos. Durante tres horas, antes de bajar á la playa, aparece el turbulento río á cortos intervalos, ora ocultándose en los senos de las montañas que le sirven de granítica muralla, ora empeñando reñido combate con los enormes bloques que se oponen á su antojadiza marcha, ora, en fin, deslizándose tranquilo y majestuoso por las primeras sabanas del Llano; pero entretanto siempre se oye el ruido atronador del chocar unas piedras con otras al ser arrastradas por la impetuosa corriente.

Vadear el Pauto es en todas ocasiones empresa asaz arriesgada y llena de graves peligros, por ser su corriente veleidosa y cambiar de lecho principal con suma frecuencia. Su cauce tiene cuatrocientos metros de anchura, pero sólo en los meses crudos de invierno corren las aguas por todo él; fuera de este tiempo, el caudal de sus aguas va repartido entre diez, quince y, á veces, veinte brazos. Cuando yá toca á su ocaso la época lluviosa, decrece notablemente. Cinco brazos contámos en esta ocasión, así que no sufrímos retraso ni peligro alguno. En diferentes ocasiones hase tratado de construír un puente para evitar las muchas desgracias que hay que lamentar todos los años, pero nada se ha hecho hasta el día, no obstante las muchas facilidades que existen para ello.

En lo restante de la jornada, nada de particular se nos ofreció.

Dos leguas antes de llegar á Nunchía, franqueámos el río del mismo nombre, el cual, como el Pauto, no opone dificultades para ser vadeado en esta época del año; así que, sin más, llegámos á aquel pueblo, habiendo empleado en la jornada seis horas y media.

Después de Arauca (y acaso Orocué) es Nunchía la población más importante de Casanare. Dícese comúnmente de ella que es de reciente fundación, como que hasta hace muy pocos años vivían sus fundadores. En la

Colección de Documentos inéditos del General Cuervo aparece una estadística de los *Llanos de Santiago*, correspondiente al año 1784, y en ella figura Nunchía como *parroquia*. Bien puede ser que la llamada fundación sea simplemente traslación del lugar que antes ocupaba, como acontece con casi todos los pueblos de Casanare, ninguno de los cuales ocupa el lugar de su asiento primitivo. Es residencia de padres misioneros, y actualmente asiento del Alcalde Provincial, dependiente del Gobernador de Tundama. Por ser la población principal en la vía de Labranzagrande y Sogamoso, es muy frecuentada por cuantos se dirigen á los Llanos en negocios de ganado. Está situada á 360 metros sobre el nivel del mar.

Dos días permanecimos en Nunchía ultimando los preparativos del viaje; el día once celebrámos misa á las cuatro de la madrugada y salímos.... á las ocho! Estábamos en Casanare!

En las puertas del pueblo encuéntrase el viajero con otro interesante río de Casanare, el Tocaría, que mide cincuenta metros de ancho; sigue la misma dirección que el Nunchía, y, después de pasar el último contrafuerte de la Cordillera, se les agrega el Payero, para confundirse los tres en un solo río con el nombre de Tocaría.

Río Tocaría

Tranquilos seguíamos nuestra ruta tratando de recobrar el tiempo perdido involuntariamente en Nunchía, cuando un aguacero torrencial, de esos con que suele despedirse el invierno, nos obligó á hacer alto en *El Gacal*, no obstante ser aún medio día. No hubo otro remedio; era preciso secar la ropa que llevábamos en el cuerpo, lo mismo que los bayetones que debían servirnos de lecho. Varias fogatas que hicimos en el corredor de la casa fueron los auxiliares más eficaces para el caso. A causa de la lluvia, que continuó cayendo hasta que se ocultó el sol tras la serranía, no fue pequeño el trabajo que nos costó encontrar peones que nos ayudaran al día siguiente á pasar el río Payero; pero apenas cesó la lluvia y corrió la voz de

que el Illmo. Sr. Obispo era quien los solicitaba, se nos ofrecieron nada menos que nueve de ellos. Y con todos llegámos á la orilla del temible río....

Estábamos enfrente de un viejo *puente de hamaca*, cosa por mí nunca vista. Amarrados fuertemente á gigantescos árboles de las opuestas riberas, y enlazados toscamente entre sí, había más de doscientos bejucos tejidos á manera de hamaca. Tál es el puente del Payero, que mide más de cuarenta metros de ancho. Un poco palo arriba se me hacía meterme en aquella ingeniosa red de bejucos, que, suspendida sobre un abismo, se mecía blandamente al pisarla. Y lo más sensible era que los tales bejucos estaban medio podridos. Todos los años hacen de nuevo este puente, pero en esta ocasión yá llevaba unos tres años de vida; esto no obstante, pasaron los peones con maletas al hombro como si tal cosa. Y no les faltaba razón para obrar así, porque la seguridad y excelencia de los puentes de hamacas están bien confirmadas por la experiencia de luengos años. Cuando Quesada envió al Capitán Sanmartín al descubrimiento de los Llanos, «encontraron los soldados un puente hecho de bejucos delgados y mal tejidos, amarrados fuertemente en sus extremos á dos árboles» (1); y añade la Historia que los españoles no creyeron de rondón que fuera puente cabal, sino astucia de los indios para que se cayeran al río. Al fin, como deseaban pasar, lo probaron y «aunque daba tántos vaivenes como si fuera un columpio» lograron pasar sin novedad. Lo mismo lográmos nosotros en esta ocasión, después de haber empleado cosa de una hora en trasladar las bestias al otro lado del río, amarradas á fuertes *rejos* y guiándolos desde ambas ripas. En breve llegámos á *Pie Vanegas*, donde nos desmontámos un rato con ánimo de descansar y continuar luégo hasta Marroquín. No conseguímos esto último por habérsenos hecho tarde; y como al día siguiente era domingo,

(1) Fr. Pedro Simón, *Noticias Historiales*.

mandámos un propio á Marroquín para que de este pueblo nos enviasen lo necesario para celebrar misa.

Hasta las siete del siguiente día esperámos al peón, quien á la postre llegó con las manos en los bolsillos; al entrar en la montaña de Marroquín se desencadenó, según dijo, terrible tormenta que le impidió avanzar hasta el pueblo. En vista de esto, reanudámos el viaje, y en cuatro horas franqueámos la montaña y llegámos á Marroquín. Este pueblecito, situado á 720 metros sobre el nivel del mar, consta de unas veinte casitas de palma y bahareque, construídas al rededor de la plaza, que constituye el mejor *potrero* del vecindario. Sus habitantes se dedican á la agricultura y ganadería. Hay una pequeña capilla construída con los escombros que han quedado de la antigua iglesia; en ella reunímos la poca gente que había en el pueblo, rezámos el santo Rosario y predicó el Illmo. Sr. Obispo, Vicario Apostólico de Casanare.

El día catorce, celebrado el santo sacrificio de la misa, abandonámos el último pueblo del Vicariato, y por camino casi plano llegámos al *Morro*, que así llaman al puerto que hace el río Cravo S. ó Labrancero al romper el último estribo de la Cordillera Oriental andina para penetrar en el Llano. Poco más adelante, en la *quebrada* del *Almorzadero*, que es el límite del Vicariato, cambia por completo la dirección y calidad del camino.

Después de bajar del *Alto del Ciego*, el camino parece una quimera; estamos en *Las Barras*, las tan traídas y llevadas *Barras* que han dado margen á tántas aventuras andantescas. Las altísimas montañas que estrechan al Labrancero, se van aproximando cada vez más, casi se tocan en ciertos lugares, y el Labrancero corre con furia por su angosto lecho. Las montañas son tan escarpadas que no admiten camino ninguno. Para hacerlo fue menester fijar unos barrotes de hierro, perpendiculares al muro y cubrirlos de tablones y tierra. Pero los barrotes desaparecieron y han sido reemplazados por vigas de madera, cubiertas

de ramaje y tierra, que se pudren con suma facilidad por caerles encima el agua que destilan diferentes manantiales. De aquí el peligro continuo para los transeúntes. Y éste aumenta en ciertos lugares en que es preciso achicarse, so pena de sufrir alguna descalabradura contra la peña que forma una especie de bóveda. Conté veintitrés puentes ó series de barras, y gastámos en pasarlas veinte minutos. Se me olvidaba advertir que por arrostrar estos peligros hay que pagar una cuota que emplean, así dicen, en la reparación del camino.

Dejando en nuestro tránsito á Labranzagrande y otros puntos menos importantes, llegámos al alto de *San Ignacio*. Si el frío lo hubiera consentido, de buen grado me habría detenido un rato para contemplar el espectáculo que se ofrecía á nuestra vista, espectáculo de que raras veces se disfruta. El Oriente, la región de los Llanos, estaba cubierto de espesas tinieblas; una densa bruma lo ocultabaá nuestros ojos; mientras que el Occidente aparecía bañado en difusa claridad: montes, valles, ríos, árboles.... todo se distinguía con admirable precisión. Y pensaba yo: las tinieblas en que aparece sumido Casanare; ¿significarán acaso la barbarie? ¿Ó será que los Llanos, con ese manto vaporoso, quieren ocultar sus primores á las miradas indiscretas de los *guates?*

Descendimos á paso lento por la vertiente opuesta del San Ignacio, deseosos de llegar cuanto antes á un clima más benigno. En Mongua no lo hallámos, cosa que no es de extrañar, porque hasta Casanare llega la fama de su desapacible temperatura; y á la primera luz del siguiente día continuámos la marcha á Sogamoso. A tres leguas de Mongua se encuentra el pueblecillo de Tópaga; es de humilde apariencia y de escasos atractivos; sin embargo, para mí ha sido siempre en extremo simpático, aun antes de visitarlo por primera vez. Y mis simpatías por este pueblecito no provienen de haberlo ocupado mis paisanos antes del combate de *Los Molinos*, en la guerra de la In-

dependencia, combate en que no llevaron la peor parte; sino de otros recuerdos para mí más caros. A mi modo de ver, Tópaga influyó no poco en el desarrollo y progreso de las misiones antiguas de Casanare, cuando los padres jesuitas consintieron desinteresadamente en permutar la floreciente doctrina de Tópaga por la incipiente ranchería de Pauto, en Casanare. No es propio de este lugar decir cuanto se me ofrece á este propósito; solo diré que por este sacrificio, sin duda derramó Dios Nuestro Señor raudales de bendiciones sobre las misiones de Casanare. Gozo da leer las descripciones que los historiadores hacen de Tópaga al verificarse la permuta en el año de 1660. «Tópaga, dice el padre Cassani, comprendía en su distrito muchas poblaciones de indios; el culto divino estaba tan bien servido como pudiera en Europa; la iglesia era capaz, toda de cal y canto, con retablos dorados, todo género de ornamentos ricos, lámparas y candeleros de plata.» Y el padre Rivero agrega que «el célebre misionero padre Monteverde llevó maestros de música que enseñasen á cantar, y habiendo comprado órgano y chirimías y otros instrumentos músicos de todo género, parecía la iglesia en sus festividades una catedral.» Esto era Tópaga en aquellos felices tiempos.

La iglesia actual (que debe de ser la misma de que habla el padre Cassani) se conserva en buen estado, y lo que en ella se guarda todavía está de acuerdo con lo asegurado por los citados padres. La brevedad de nuestra permanencia en Tópaga no me permitió admirar la iglesia detenidamente. Era preciso llegar aquella misma noche á Sogamoso, y llegámos, gracias á Dios, aunque con el molimiento consiguiente á un largo viaje.

CAPITULO VII

Resumen: De Bogotá á Arauca—Una pesquería en el río Tate—Dos sistemas bárbaros de pesquería—Chire y Corozal—Ríos Casanare y Tame—Tristes recuerdos—Historia antigua de una guerra entre los indios.

Es indudable que el Illmo. Sr. Casas fue á Bogotá con ánimo de regresar á su Vicariato en el inmediato mes de enero. Si no cumplió sus propósitos, no fue culpa suya; más aún, á haber previsto que al salir de Casanare y despedirse temporalmente de sus amados misioneros, daba eterno adiós á los proyectos, designios y esperanzas que su gran corazón abrigaba de dar impulso serio á la obra de las misiones, no emprendiera quizá el penoso viaje de que trata el capítulo anterior. Empero, así lo tenía dispuesto Dios Nuestro Señor en sus eternos consejos.

Dejando para otra ocasión este asunto que no es del dominio de la presente, diré únicamente lo que ahora hace al caso, á saber, que el susodicho Illmo. Sr. quedóse en Bogotá, y en la nueva organización de las misiones me tocó en suerte la de Arauca, población situada en el *país de las amazonas*, que es lo mismo que decir en los cuernos de la luna. Allá tendrá que venir conmigo quienquiera que se sienta con fuerzas para arrostrar los peligros de este capítulo.

Afortunadamente yá nos es conocida la mitad del camino; así que bien podemos correr por él á ojos cerrados. Sin embargo, debo confesar en descargo de mi conciencia que no debí de correr yo con tánta ligereza, cuando no obstante haber dejado la capital de la República el día 28 de enero de 1905, sólo después de un mes justo y cabal llegué á la del Vicariato, con los padres que iban á restablecer la misión de Orocué. En Támara me reuní con el padre Bruno Castillo, en cuya compañía debía seguir hasta Arauca; pero nuestra salida tampoco pudo realizarse hasta el día 17 de marzo, fecha en que comenzaban á

verdear las pampas casanareñas, reanimadas por las primerizas lluvias invernales.

Tampoco nos es totalmente ignorado el camino que de Támara conduce á Manare. En este pueblecito teníamos que deliberar sobre el camino que habíamos de seguir; podíamos escoger el de Cravo ó el de Banadía; para atravesar las interminables sabanas de Cravo, es indispensable llevar dos ó tres bestias á prevención, so pena de quedarse uno á pie en la mitad del viaje, por ser el trayecto largo (de 70 á 80 leguas) y las jornadas forzadas. Este era un obstáculo invencible, por no disponer nosotros sino de las caballerías indispensables. El de Banadía quizá no es más breve, pero nos favorecía singularmente á nosotros que podíamos salvar embarcados la tercera parte del trayecto. Además, está sombreado en una extensión de muchas leguas, cosa que en los Llanos se apetece siempre, con ser que pocas veces se consigue. No deja de tener sus inconvenientes (y bien graves, por cierto), pero con todo, por él nos decidimos.

Quedó, pues, allanada una dificultad no pequeña, pero ¡cuántas no faltaban todavía por allanar!

—Que necesitamos dos *baquianos;* que tenemos que conseguir una *morocha;* que hay que tostar y moler café y comprar una cafetera para prepararlo en la montaña; pero y el tasajo? y los *topochos* para el sancocho?...

Faltábanos todavía un mundo de cosas!

Pero no te afanes, caro lector, que ni el viaje es mañana, ni á ti te corresponde hacer estos menesteres. Mientras que otros se entretienen en ello, desciende conmigo de la meseta manareña y dirijámonos por entre palmeras umbrosas á las agrestes riberas del río Tate. Allí se recreará mi memoria recordando la excursión amena que hice en esta ocasión y que ahora voy á referir brevemente.

Río Tate pesca

Tratábase de una gran pesquería organizada por cierto respetable señor de arco y flecha, gran cazador de dantas y jabalíes.

Por un pequeño claro que hay al comenzar el bosque, vi pasar á los de la comitiva con sendas mochilas al hombro. Dirigíanse al Tate, afluente del Ariporo, riquísimo en pescado. No bien llegados al río, se aliviaron de la carga y se dividieron en dos cuadrillas: unos se fueron río abajo á construír la *troja* (1), otros (mujeres en su mayor parte) se dedicaron á machacar y exprimir en el río las raíces del venenoso *barbasco* (2), cuyo jugo mezclado con el agua tiene la propiedad de embriagar á los peces.

Bien pronto comenzaron los inocentes pececillos á sentir los efectos de tan mortíferas raíces; unos salían á flor de agua y se dejaban llevar mansamente de la corriente; otros saltaban hacia la orilla y quedaban coleteando sobre la arena; aquí se veían descender desmayadamente á lo más profundo del río; allá saltaban sobre las piedras y *carameros* para librarse, aunque en vano, de la muerte....

Y entretanto, las implacables mujerzuelas continuaban la tarea de dale que dale á las raíces contra las piedras para acelerar la mortandad!

Terminada la construcción de la troja y agotado el barbasco, cada cual requirió su mochila, y á una señal del caporal, lanzáronse río abajo hombres y mujeres quienes, entre gritos de contento, iban llenando las mochilas de sabroso pescado. Los niños, armados de arcos y flechas asaeteaban sin piedad á los peces grandes que habían resistido la acción del barbasco. Los peces de la troja fueron repartidos equitativamente entre todos.

Total de la jornada: catorce ó dieciséis arrobas de pescado entre chico y grande.

---

(1) Tejido de ramas y bejucos á manera de cesto largo que fijan con estacas en medio del río, para aprisionar los peces que arrast a la corriente.

(2) El barbasco empleado generalmente en Manare para la pesca es el *ahephrosia emarginata*, leguminosa arborescente. En otros puntos de Casanare y aun en el mismo Manare usan con idéntico fin la pulpa del fruto del *jaboncillo* (*sapindus saponaria*) que aquí llaman *barbusco de jaboncillo*.

Como se ve, no deja de ser productiva la *industria*, pero al mismo tiempo es cruel, bárbara, porque se destruye así infinidad de pececillos que para nada se aprovechan, y á la larga se acaba con el pescado. Además, estas aguas *barbasqueadas* (perdóneseme el vocablo) son causa de muchas enfermedades en el ganado que las bebe; así como el pescado, cogido de ese modo, ocasiona muchas veces indigestiones fatales. Que lo digan los pobres *goahivos* inventores de este género de pesquerías.

Mucho más *humanitaria* á la vez que aristocrática y divertida es la pesca con dinamita. Exige pocos preparativos. Designado el pozo que va á ser objeto de explotación, dispónense en rededor de él los nadadores, enciéndese la mecha del cartucho y arrójase al agua. Silencio profundo y ansiedad angustiosa reinan en todos los espectadores.... De repente óyese el estallido potente, ronco de la dinamita y, simultáneamente, del lecho del río elévase una blanca columna de agua y de peces. Toda la superficie del río aparece cubierta de peces de todos tamaños, desde la diminuta sardina hasta el colosal bagre. Entonces es cuando los nadadores deben ostentar todas las reconditeces del *sport* natatorio. Arrójanse unos al agua y van lanzando á la playa los peces que sobrenadan, mientras que otros se zabullen para aparecer luégo con un pescado en la boca y dos en las manos. La operación se repite sin interrupción. Después de cinco minutos, no más, los habitantes de las aguas se van recobrando del susto; yá es difícil cogerlos. Aquí entran en juego las flechas, disparadas con certera puntería por los indios manareños. Pescado que deja ver sus plateadas escamas, es traspasado sin misericordia por las agudas púas de macana. El éxito más ó menos feliz de la pesquería depende de la riqueza del pozo y de la agilidad de los nadadores. En esta ocasión se cogieron unas cinco arrobas de diferentes peces, como bagres, bocachicos ó caporos y doradas.

Empero, preciso es regresar á nuestro Manare, donde todo está dispuesto para emprender marcha.

Habiéndonos despedido de la Virgen de Manare, salímos del pueblecito. Al bajar de la meseta sentímos un calor sofocante; la brisa que con tánta fuerza sopla en los meses de verano, había cesado por completo; parecía salir fuego de las pequeñas sabanas que íbamos atravesando. En el Ariporo nos apeámos un rato, mientras declinaba el sol, y lo propio hicimos en la ranchería que fue ciudad de Chire, reducida hoy á unas casuchas de palma con unos sesenta habitantes. Todavía en la *época de los Cantones* era Chire cabecera de ídem y tenía entonces cerca de 300 habitantes. Hoy yá no tiene ni iglesia.

En cinco horas y media llegámos á Corozal, importante vecindario de cerca de 200 habitantes, situado al borde de una gran sabana, cercana á la cordillera. Está atravesado de Norte á Sur por una preciosa y cristalina acequia de agua potable que va lamiendo los solares de la mayor parte de las casas. Abundan en sus cercanías los espinosos *corozos* (*alphonsia oleifera*), palmera de la cual toma el nombre el vecindario. Noté que nadie se dedica por aquí á extraer el aceite de esta planta; como la palma real, produce un vinete muy agradable al paladar.

Al día siguiente emprendimos la jornada á las ocho menos veinte minutos, y en tres cuartos de hora llegámos al primer brazo del río Casanare, el cual, á pesar del pleno verano, iba respetabilísimo. Cuarenta minutos empleámos en pasar el río. Conté veinte brazos. No puede vadearse sino en estos meses; en lo restante del año hay que bajar hasta el puerto de San Salvador, para pasarlo en canoa. El camino, que sigue por llano, al pie de la Cordillera, es magnífico, y lo hacen singular las muchas *quebradas* de agua pura que lo atraviesan y que están orladas por diferentes especies de palmeras. Sirven al viajero de un alivio inapreciable en medio del sol abrasador que se experimenta. Una de éstas es la *Tocaragua*, en cuyas orillas está

la hacienda de cacao que tan floreciente estuvo antes de la última guerra; sigue la *Caribabare*, donde los padres jesuítas establecieron la célebre procuración y hacienda del mismo nombre, de las cuales tan malignamente hablaron y escribieron los enemigos de los mismos padres; aún está por descubrir el tan traído y llevado *tesoro de Caribabare*, por más que algunos ilusos han trabajado lo indecible en su descubrimiento (1). *Las Palmas* y *Zaparay* son los nombres de otras dos *quebradas* de agua abundante; la últimamente nombrada se hizo célebre por la sangrienta emboscada de que fue víctima en la pasada contienda civil el General Abelardo Fernández.

A las cuatro menos cuarto pasámos el río Tame. Es el más peligroso que he pasado, excepto los ríos Casanare y Pauto; el único vado que tiene pasa por sobre una laja cubierta de piedras sueltas de gran tamaño.

Y estamos llegando yá á Tame. ¡Qué recuerdos tan tristes nos traían á la memoria aquellos bosques de palmeras, aquellas fértiles sabanas, aquella dilatada llanura que se extendía á nuestros pies! Todas estas soledades fueron un tiempo morada de innumerables tribus salvajes en que los misioneros ejercieron con tánto fruto su sagrado ministerio. Me parecía ver aún, entre la neblina que cubría el Llano, las belicosas capitanías de *ayricos*, *chinatos*, *jiraras*, haciendo las paces con *tunebos*, *betoyes* y *goahivos* para salir todos al encuentro de sus padres, los misioneros.... *¡Oh tempora!*...

Y al subir la empinada cuesta que termina en Tame no pudimos menos de conmemorar aquellos célebres y originales preliminares de la paz ajustada entre dos capitanías de indios. Por esta misma cuesta subieron los fero-

---

(1) Caribabare no es menos célebre por la horrible matanza de indios goahivos organizada por D. Pedro del C. Gutiérrez. Murieron como 200 indios.

En su lugar correspondiente se tratará de éste y otros sucesos relacionados con los indígenas.

ces *chinatas* con el fin de acabar con la recién fundada misión de Tamel Y puesto que hemos de demorarnos tres días en este punto, y es bien posible que ignores esta deliciosa escena salvaje, voy á aprovechar esta oportunidad para transcribirla de unos apuntes viejos, sacados de las crónicas antiguas, los cuales apuntes dicen así:

«La benéfica paz que se gozaba en Tame, á la sazón *capital* y *corte* de las reducciones indígenas, había sido turbada. Dos ejércitos numerosos, sedientos de sangre humana, se encontraban frente á frente. Allá estaban, de un lado, en apretada columna y con arreos de guerra, las belicosas tribus de *jiraras* y *chinatos*, quienes de lejanas tierras habían ido animados con el deseo de saciar sus apetitos salvajes en los reducidos indios que moraban en Tame; de otro, los habitantes indígenas de esta población, los cuales, dejada á un lado la mansedumbre cristiana, y recobrados sus feroces instintos, hallábanse organizados, con sus arcos levantados en alto y dando brincos y alaridos, señal para entrar en batalla. Todo presagiaba terrible combate!

«De pronto los capitanes de ambos ejércitos, y con ellos toda su gente, arrojaron al suelo arcos y flechas, quedándose tan sólo con las macanas. Un silencio profundo reinó en todo el campamento. Aquél fue seguido de infernal gritería cuando todos á una comenzaron á publicar á grandes voces las injurias y agravios inferidos á sus personas, á sus mujeres, á sus padres, á su nación, tratándose mutuamente de viles, embusteros, canallas y de cuantos baldones, improperios y desvergüenzas caben en su lengua. Este *grandioso* espectáculo duró un buen rato, pasado el cual, comenzaron á menudear terribles é implacables macanazos....»

No se crea que estoy relatando algunos de los muchos combates que tan frecuentes son entre las tribus salvajes. Todo menos eso; los dos ejércitos celebraban á la sazón los preliminares de la paz que acababa de ajustarse

diplomáticamente, á gusto y contentamiento de toda la nación.

Véase lo sucedido.

Corría el año de 1661. A una legua de Tame y con el nombre de *Espinosa de las Palmas*, habíase fundado una pequeña ciudad de españoles. Cierto día fue asaltada por los indios de Tame, quienes dieron traidora muerte á todos los peninsulares, sin perdonar al Adelantado Alonso Pérez de Guzmán, refugiándose aquéllos inmediatamente en la espesura de los bosques.

No tardó mucho tiempo en llegar á Bogotá la noticia de tamaña felonía; y al instante envió la Real Audiencia las provisiones del caso para castigar á los delincuentes. El castigo fue terrible. Allá, en las riberas del río Arauca, fueron ahorcados en sendos árboles los amotinados más notables, si bien no todos, pues los más bravos, los más belicosos se habían retirado á las impenetrables selvas de los ríos Ele y Cuiloto; los demás, arrepentidos de su crimen, volvieron á residir de nuevo en el pueblo de Tame. Los facciosos eligieron por capitán al indio Castaño, valiente, altivo y arriesgado, prendas con que se granjeó las voluntades de sus camaradas, y poco tiempo después concibió el proyecto de hacer un ejemplar escarmiento en los indios que de nuevo se habían reducido á la obediencia de los españoles. Quería exterminar el pueblo de Tame. Para esto alióse con los feroces *chinatos*, gente siempre dispuesta á la lucha.

Era un hermoso día del mes de noviembre. El numeroso ejército de *jiraras* y *chinatos* subía apresuradamente por la tortuosa vereda que conduce á Tame. Por no guardar la cautela y precaución debidas, fueron vistos por unos indios cristianos y denunciados á las autoridades del pueblo. Yá se deja adivinar el pánico que tal noticia produciría. No obstante, el padre Antonio Monteverde, misionero en Tame, sobreponiéndose á la situación, organizó la defensa del pueblo y salió después al encuentro de

los rebeldes para tratar de disuadirlos de su empeño salvaje, resolución arriesgada que exponía al susodicho padre á una muerte segura. Así fue en efecto, pues apenas hubo sido visto por los asaltantes, éstos echaron mano á sus arcos con el propósito de asaetearlo sin piedad ninguna. Por fortuna, el padre que más bien atendía al inminente riesgo de sus hijos, que á su propia vida, despreció las amenazas y comenzó á apostrofar á los *jiraras* con valor cristiano, echándoles en cara su apostasía, su infidelidad, su atrevimiento en venir de tan lejanas tierras á cometer maldad tan enorme.... Finalmente, cambiando de tono les brindó con la paz, asegurándoles que si la rechazaban, él estaba dispuesto á morir en defensa de su pueblo.

Los razonamientos del misionero produjeron los efectos apetecidos: Castaño y los suyos se rindieron al padre y le prometieron estipular paces y confirmarlas á usanza suya.

Con el padre al frente, entraron al pueblo y se encontraron con los indios que lo defendían, dispuestos todos en orden de batalla. Mucho costó al padre misionero evitar un rompimiento al verse los dos ejércitos. Predicóles la mansedumbre, y todo el pueblo se llenó de júbilo al saber que los recién llegados no eran yá enemigos sino muy hermanos suyos que deseaban vivir con ellos en paz y buena armonía. Dispusiéronse entonces, como dije al principio, dispararon todos sus flechas contra el suelo, arrojaron luégo los arcos, y principiaron á publicar los agravios que mutuamente se habían hecho, tratándose de embusteros, canallas, culebras, etc. etc.

Y es de notar (añade el padre Cassani) que este es un punto muy esencial para la paz, «porque todos los agravios de que se han dado quejas, con sólo decirlos, quedan perdonados y satisfechos.» «Esta gritería (prosigue) dura un rato, y después se satisfacen mutuamente, dándose unos á otros terribles golpes con las macanas;

bien que en esto hay gran orden, porque, pena de la vida, infamia y traición, ningún golpe puede ser mortal ni romper cabezas ni brazos: todos deben ser porrazos que duelan para memoria perdurable.»

Resultado de todo esto fue que la paz quedó asegurada con el último acto oficial, que consistió en un espléndido banquete con que los del pueblo obsequiaron á *jiraras* y *chinatos*.

Sólo diré para terminar esta historia que los *chinatos* desearon quedarse á vivir en Tame, cosa que el padre no consintió en manera alguna. El indio Castaño permaneció algún tiempo con el padre, pero como era muy descontentadizo y le soplaba, dice el padre Rivero, «el vicio de la ambición, llevado de sus humos se volvió á retirar con seis ú ocho de sus secuaces á sus antiguas madrigueras.»

CAPITULO VIII

Resumen: Tame—Macaguane—Laguna de Macaguane—Montaña de Banadía—Una noche en Salibón—Arboles importantes—Variedad de monos—Nos hacen huír derrotados.

Situado Tame sobre una meseta desprendida casi totalmente de la gran Cordillera, ocupa una bellísima posición topográfica. Por ser su clima suave y apacible y comprender en su jurisdicción numerosas tribus de indios salvajes, fue designada por los antiguos misioneros cómo centro de las misiones de Casanare. Fue fundado el año de 1661 por el padre Ignacio de Cano, S. J., y un siglo más tarde llegó á tener 1,800 indios *jiraras*, convertidos al catolicismo. En sus inmediaciones existieron, entre ótros pueblos, el yá nombrado de Espinosa de las Palmas, que tuvo efímera vida á consecuencia del trágico suceso consignado en el capítulo anterior. San Ignacio de Betoyes, fundado por el célebre P. Gumilla, que llegó á tener más de 2,000 indios civilizados; Macaguane, del cual hablaré luĕgo, y El Pilar de Patute.

Actualmente tiene Tame 560 habitantes, pero á pesar de haber sido favorecido por dos importantes vías de comunicación, las del Sarare y Cusirí, se halla en notable decadencia. Pueda ser que con los dos referidos caminos (más el de Betoyes á *La Pastora*, en construcción) reciba la vida de que carece; pero con todo, firmemente lo creo y francamente lo digo, difícil es que salga Tame del abatimiento en que se encuentra.

A unas tres leguas de Tame está el pequeño pueblo indígena de Macaguane, adonde teníamos que ir forzosamente para contratar los guías que nos habían de conducir hasta Arauquita. El mismo día que llegámos á Tame despachámos á Macaguane un propio, portador de la noticia de nuestra próxima visita á dicho pueblo, pero el propio regresó con la carta porque no había en el pueblo á quien entregarla: «solamente vi á un indiecito, dijo, y le di la noticia de palabra.» Un poco nos disgustó la embajada, pero ¡qué remedio!; había que esperar la venia de los indios para poder ir á su pueblo, pues de lo contrario nos exponíamos á encontrarlo desierto. Por dicha nuéstra no tuvimos que esperar mucho tiempo: el mismo día llegó á Tame uno de los indios para notificarnos que no avanzáramos á su tierra hasta pasados dos días, y las razones en que apoyó su decisión fueron que no tenían nada preparado para recibirnos; que deseaban asear la capilla y el pueblo, cortar y llevar pasto para nuestras bestias, é irse á *mariscar* para regalarnos con marrano de monte....

Preciso nos fue esperar en Tame, bien á pesar nuéstro.

Pero llegó el día por ellos designado y emprendímos marcha con el indio. El camino es regular, y atraviesa un espeso bosque. Cuarenta minutos después de nuestra salida pasámos el río Cravo (N.), que me pareció menor que el otro del mismo nombre; vadeámos después la *quebrada Macaguane* y entrámos á nuestro pueblo, en donde encontrámos al centenar de indios que lo componen

todos regocijados con nuestra llegada. Diéronnos hospedaje en el mejor de los nueve ranchos que tiene el pueblo. Después de lo que podemos llamar «presentación oficial» tratóse el asunto de los *baquianos*, que, gracias á Dios, se resolvió satisfactoriamente, es decir, que nos fueron facilitados dos indios para que nos sirvieran de guías á través de la selva de Banadía, ofreciéndoles en cambio nosotros reciprocidad en nuestros servicios. El resto del día transcurrió oyendo nosotros de los viejos las ponderaciones del antiguo poderío de los *macaguanes*, hoy tan humillado y abatido.

Macaguane, llamado también primitivamente San Javier de los Ayricos, fue fundado el año de 1662 por el padre Antonio Monteverde, S. J., con los indios *ayricos* que andaban errantes por las márgenes del río Ele. Jamás llegó á tener la importancia de Tame y Betoyes; sin embargo, fue objeto de singular predilección por parte de los misioneros que apreciaban debidamente la sumisión y laboriosidad de los indios. Llegó á tener este pueblo más de 1,000 indios sometidos, pero hoy día han quedado reducidos á un escaso centenar, los cuales conservan, con la religión de sus padres, la pureza de la raza. Hay en el pueblecito una pequeña capilla de palma donde se reúnen los domingos y días festivos á rezar el rosario y practicar otras devociones; sirve además la mencionada capilla para guardar lo poco que ha quedado de la antigua iglesia, como unos trozos de cornisa de madera, primorosamente labrados y dorados, las imágenes de San Ignacio y San Francisco Javier, y un elegante púlpito que podría lucir ventajosamente en cualquier iglesia del interior de la República. Los indios conservan y veneran estos recuerdos como trofeos de su pasada gloria.

En las cercanías de Macaguane existe la célebre laguna que servía de adoratorio cuando llegaron los primeros misioneros y que aun ahora infunde tánto terror á los indios. Bien podían los *macaguanes* desencantar la tal la-

guna con el método usado por los *tunebos*, método sencillo, barato y seguro, según me aseguraron en cierta ocasión con mucha reserva unos tunebos. Afirmaban estos sujetos que por muy bravas que estén las lagunas encantadas, quedan como una balsa de aceite si se les echa tabaco mascado y caraña!

Nada diré de una tribu de indios *goahivos* que á la sazón estaban á media hora de Macaguane; prometiéronnos venir á visitarnos, pero esperámos en vano; alguien les dijo, con dañada intención, que íbamos á casar á todos los *goahivos!*

Llegó el día de continuar el viaje; todo estaba dispuesto para la travesía de la *montaña*. Repetidas veces he escrito este vocablo de *montaña* sólo por acomodarme al significado exclusivo que se le da en esta región; pero he de advertir que los montes, cerros y montañas, en su genuina significación, terminaban para nosotros en Macaguane. Vamos, pues, á dejar por algún tiempo los montes para internarnos en los llanos y las selvas.

Rompió marcha un indio macaguane, que llevaba sobre sus hombros hermoso racimó de plátanos, y en sus manos, el arco de macana y provisión de flechas; seguía la bestia de carga, con las maletas y el matalotaje, una gran pieza de tasajo servía de cobertor á toda la carga; el otro macaguane, armado también de arco y flechas, conducía los peroles y guiaba á una bestia de repuesto. Nosotros cerrábamos la marcha. Eran las nueve de la mañana.

En una hora llegámos á la «boca de la montaña.» Muy poco trecho habíamos caminado, pero, con todo, nos desmontámos breve rato por contemplar la majestad aterradora de la selva y gozar por última vez de la claridad del sol que pronto íbamos á perder....

El camino de Banadía tiene 2 metros de anchura; los árboles en su generalidad son gigantescos, como colosales columnas de catedral, y con su ramaje forman sobre

el camino una compacta bóveda que impide que pasen los rayos solares; multitud de bejucos de variedades numerosas, entrelazados con los árboles y pendientes de las ramas, semejan mil figuras á cual más caprichosas; todo es salvaje, todo respira ese ambiente de las selvas vírgenes donde se confunde lo grandioso con lo terrífico! Aquí se oyen los aullidos de los monos *araguatos;* ahí, el penetrante silbido de los micos; allá, el acompasado bufido del oso palmero; acullá, el ronquido salvaje de los *cafuches*.... Todo contribuye á que la montaña de Banadía, reina de las selvas casanareñas, sea imponente, majestuosa!...

De cuando en cuando, viva claridad hiere nuestra vista: ahora es el río Ele, de cuyas aguas bebían *achaguas, ayricos* y *jiraras;* después, el Cusay; más tarde el Cusaicito.

Pasámos aún muy temprano junto á la única casita que hay en la montaña, la vivienda de un Julio del Sol; pero como á nadie vimos en ella, continuámos la jornada hasta llegar á *Salibón.* Éste no es pueblo, ni casa, ni ranchería: es simplemente un paraje de la selva, limpio de bejucos y maleza, donde suelen hacer noche los pasajeros. Echámos pie á tierra, desensillámos, asegurámos las bestias y, machete en mano, nos internámos en el bosque á cortar leña seca para preparar la comida. ¡Cuánta poesía tienen estas ocupaciones manuales en medio de una selva virgen! Y qué sabrosos saben entonces los comistrajos de cocineros improvisados!

Rezado el Oficio Divino y las devociones particulares, guindáronse en los árboles las hamacas, al derredor de la hoguera. Debajo de los *dormitorios* (que con este vocablo designan en el Llano la hamaca y el mosquitero), debajo de los dormitorios, diré, colocámos las monturas y demás utensilios de viaje. La noche estaba hermosísima; pero á eso de las tres de la madrugada del siguiente día nos despertaron los indios para tomar el obligado café y avisarnos

que el tiempo amagaba llover y que, por consiguiente, tomáramos las providencias del caso para que el agua no nos sorprendiera dormidos, consejo que no echámos en saco roto, pues al resplandor de la hoguera comenzámos á recoger trastos y disponernos á recibir la lluvia; mas como ésta no parecía, resolvieron los indios preparar el desayuno para continuar la marcha con la primera claridad del día....

A unos 200 metros de *Salibón* dejámos el camino del puerto de Banadía (vía fluvial de Arauca) y tomámos la *pica* ó trocha abierta el año de 1891 por el indio Macualo. Con decir que es una mala trocha, construída hace catorce años y que no ha vuelto á sentir el hacha, queda explicado cuanto de ella quisiera decir. En muchísimos lugares la única señal para deducir la dirección de la misma, es observar el tronco de los árboles, pues fácilmente se echa de ver los que han nacido después de abierta la trocha. Mil veces nos desmontámos, porque sólo á pie podíamos salvar la multitud de árboles descuajados por el viento, que impedían el paso. No son muy agradables, por cierto, estos continuos ejercicios de jineta; y lo hubieran sido menos si ellos no nos hubieran proporcionado otras tántas ocasiones de observar algunos árboles importantes, como el balsámico anime (*icica icicaribe*), el drago (*croton sanguifluus?*), el aromático sasafrás (*ocotea symbarum*), el flor amarillo ó cañaguate (*decoma spectabilis*), palo de aceite, trompillo, guarataro, etc. etc.

Nada de particular aconteció en esta jornada, fuera de que pudimos observar muy á nuestro gusto tres ó cuatro variedades de monos que no he visto en ninguna otra parte.

Pasado medio día, después de franquear un fantástico caño de agua purísima, ranchámos en el *Jujú*. Aún era muy temprano para hacer alto; pero tuvimos que obrar de este modo porque no había yá más agua en toda la montaña, y además, estaba el tiempo revuelto, con ganas

de llover. En el *Fujú* teníamos agua abundantemente, y podíamos construír una choza que en caso dado nos favoreciera de la lluvia.

A las cinco y media de la tarde éramos dueños de un magnífico rancho que bien hubiera podido figurar con ventaja en los arrabales de Bogotá, pues media 6 metros de largo por 5 de ancho. Los cuatro viajeros guindámos las hamacas dentro de él.

Al siguiente día, muy temprano cuando apenas comenzaba la cándida aurora á poner en movimiento á los mil seres, ocultos durante la noche bajo el verde manto de las selvas, abandonámos los *dormitorios* para hacer el frugal desayuno y emprendimos luégo la última jornada de montaña.

Dejámos nuestra vivienda á una cuadrilla de monos que, curiosos é inciviles, habían madrugado á visitarnos, y entrámos en el intrincado laberinto de la trocha. Eran las siete de la mañana. Lo que más me llamó la atención en este trayecto del camino fue la multitud de monos que vimos. Repetidas veces nos apeámos de las cabalgaduras para contemplarlos de cerca. Los que más abundan son los *aragnatos* y las *marimondas* (*alnates*). Hay también *perezosos* y titíes. Particularmente las *marimondas* son capaces de dar un susto al más majo. Estábamos una vez contemplando una cuadrilla de estos monos, los que nos miraban y remiraban mil veces como asombrados de nuestra osadía; luégo comenzaron á ejecutar las más difíciles suertes de su complicada gimnástica. Todo iba bien, cuando de pronto uno que aparentaba ser el abuelo de todos, se dejó caer de la copa de una robusta ceiba y con la cola queda asido de una rama que casi tocaba al suelo, muy cerca de nosotros. Cometimos entonces el pecado de sentenciar á muerte al *abuelo*, sin más formalidades que nuestro capricho; mas para esto, para ejecutar tan inicua sentencia, sólo disponíamos de nuestros machetes, pues los indios macaguanes, que traían flechas, ha-

bíanse quedado bastante rezagados, persiguiendo unos jabalíes. Vana pretensión la nuéstra! Apenas avanzámos un poco hacia el viejo marimonda, toda la tribu se nos vino encima como un alud. Aún insistímos en nuestro propósito, pero los monos en vez de amedrentarse con el brillo de nuestros aceros, cobraron nuevos bríos, comenzaron á agitarse, aullaban desaforadamente y en un instante nos vimos rodeados por ellos. Las bestias fueron nuestra salvación.... ¡Y aún nos siguieron un buen trecho de camino, echándonos en cara nuestra osadía!

CAPITULO IX

Resumen: *El Venado*—Nuestra pérdida en la montaña—Los trabajos que sufrímos—Cómo nos salvámos.

Eran las once y cuarto cuando llegámos al campamento denominado *El Venado*. A pesar de que la trocha estaba sombreada por tupido ramaje, una sed abrasadora nos devoraba; esa calma abrumadora que en Casanare acompaña á los primeras lluvias del invierno, enervando el organismo, le hace entrar en una fiebre lenta, aniquiladora. Tál fue la causa de que, confiando encontrar siquiera un charco de agua en las inmediaciones de *El Venado*, determináramos esperar á los guías, que venían rezagados, para que nos ayudasen en la empresa. Vana pretensión! Los guías llegaron, y con su llegada huyó de nosotros la esperanza: no había que esperar agua hasta Arauquita!...

Según aseguraban los *baquianos*, San Lorenzo, primera sección de Arauquita, estaba aún muy lejos, pero podríamos llegar en el día, siempre que no dejáramos dormir á las bestias. En esta persuasión y después de habernos afirmado los mismos *baquianos* que la trocha no tenía pérdida alguna posible (aunque podía estar intransitable en el caño *Totumal*, y en este caso debíamos esperar en él á los peones), resolvimos adelantarnos los dos padres para lle-

gar de día á San Lorenzo. A mata caballo proseguímos por la trocha, ávidos de llegar al término de la jornada. A las cuatro y cuarto de la tarde llegámos al *Totumal*, que estaba enteramente seco, y tan seco, que ni siquiera encontrámos una gota de agua con que refrigerar nuestros ardientes labios. Pasámos el caño sin dificultad, aunque desmontados; y sin demora alguna, continuámos por la trocha. A los diez minutos de pasado el caño entrámos en un camino espacioso, como de tres metros de ancho y perfectamente limpio. Se nos antojó un paseo de San Lorenzo. A los lados veíamos palmeras tronchadas, restos de embarcaciones, algunas tablas aserradas.... ¡Oh, qué alegría la nuéstra! Seguímos avanzando, y después de una hora, el padre Bruno, que se me había adelantado un poco, gritó, diciendo:

—Padre Daniel, yá se acaba la montaña!

Efectivamente, noté una claridad extraordinaria que me hería la vista acostumbrada á la oscuridad del bosque.

Avanzámos poco más, y apareció delante de nuestros ojos el río Arauca, explayado, hermoso, encantador, majestuoso! No parecía realidad lo que estábamos viendo. ¿Seríamos víctimas de una ilusión, de un sueño?...

Gozosos y rebosando alegría nos acercámos á la playa; y allí sin temores, sin recelos, permanecímos un rato, aspirando voluptuosamente el aire fresco y puro que venía del río! No considerábamos, pobres ilusos, que por allí no se veía un viviente; que no había indicios recientes de la presencia de ningún racional; y (lo que era más doloroso) que allí terminaba el camino!... Sí, el camino desaparecía allí, sobre la playa!

—Estaremos perdidos?

A esta pregunta que mutuamente nos hicimos, respondimos con un movimiento maquinal, echando una ojeada en nuestro derredor.... No vimos más caminos fuera del que acabábamos de recorrer....

Sin más reflexiones, volvimos grupas al río, y cami-

nando por la misma ruta que habíamos llevado, encontrámos á nuestra izquierda una angosta trocha que seguía la misma dirección del río, agua abajo, y seguímos por ella con confianza; pero bien pronto nos abandonó la pequeña esperanza recobrada, pues á los diez minutos de caminar se acabó la trocha y encontrámos un montón de astillas y aserrín. La trocha en cuestión había sido abierta para construír dentro del bosque un bongo ó canoa y botarlo después al río. Los despojos que teníamos presentes y lo trillado de la trocha eran muestras inequívocas de ello.

Llamámos, gritámos, por si alguien había por allí cerca; mas en vano: el eco de nuestras voces se perdió en la inmensidad de la selva!...

Determinámos entonces regresar al *Totumal;* pudiera ser que los guías viniesen en busca nuéstra! ¿Y si éstos habían pasado yá, creyendo que nosotros estábamos en San Lorenzo? ¿Y quién nos aseguraba que el caño en cuestión era realmente el *Totumal* y no otro bautizado por nosotros con ese nombre?

Nos dirigímos al *Totumal* (llamémosle así), retrocediendo legua y media de camino. ¿No podrían pasar aún los peones?

Entretanto, la noche avanzaba con su cortejo de lúgubres fantasmas!... Eran las siete de la noche.

Y llegámos al *Totumal*.... y nos convencimos de que nuestra pérdida era evidente; pero, sin haber perdido totalmente la esperanza, convinimos en que el padre Bruno se quedara en el *caño*, buscando el camino, mientras yo llevaba las bestias á la playa y apagaba la sed que me devoraba.

Nos separámos con profunda tristeza.

Después de hora y media, amarradas las bestias, regresaba al encuentro del compañero con una vela en la una mano, en la otra el machete y chorreando sudor por todos los poros de mi cuerpo. Al rato me encontré con

el padre Bruno que venía en la misma actitud que yo, pero más abatido, sin esperanzas.

—De manera que estamos perdidos? dije yo, rompiendo el silencio.

—Al menos por esta noche.... murmuró el padre Bruno.

No había más que preguntar. Tristes y pensativos regresámos á la playa, donde al menos encontraríamos agua para beber; que no era pequeño regalo encontrar agua, después de todo un día sin probarla. En cuanto á alimentos, no teníamos ni un pedacito de panela, ni una migaja de pan, absolutamente nada; la confianza que habíamos abrigado de llegar presto á Arauquita no nos dejó tomar esta precaución; todo el matalotaje lo llevaban los peones.

Llegámos al río Arauca, pero su belleza, sus encantos habían desaparecido para nosotros. A un día, cuyo sol esplendoroso alegraba nuestros corazones, había sucedido una noche oscura, lúgubre!... Allá, en el horizonte, á intervalos isócronos, veíase el instantáneo, siniestro fulgor del relámpago que anunciaba quizá próxima tormenta; mas aquí, el monótono chirrido de mil insectos, sólo interrumpido por el ronquido de las fieras; el río, cuyas aguas eran agitadas fuertemente por saurios y cetáceos, parecíanos triste, melancólico.... con la misma tristeza y la misma melancolía que quería apoderarse de nosotros!

Quisimos beber agua; pero un profundo barranco de movediza arena se oponía á nuestros deseos. Una idea salvadora se nos ocurrió entonces: á un palo largo con una cuerdecita, á guisa de caña de pescar, podíamos amarrar una taza que casualmente hallé en la montura. Parece que la suerte nos perseguía; en mala hora tomé con mis manos un *palo santo* (*triplaris noli tangere*), y vi mis manos acribilladas por venenosas hormigas. Pero, en fin, lográmos beber agua y con ella saciámos el hambre y la sed.

Sobre un montón de palmas que había en la playa del río tendímos los bayetones. Esta fue nuestra cama en

aquella terrible noche. Estábamos cansados, rendidos de fatiga; y para descansar era más que suficiente el montón de palmas. Conciliar el sueño era poco menos que imposible, cuando no peligroso, á causa de las muchas fieras que había en el bosque; pero lo que más nos preocupaba entonces era el trágico fin que por ventura nos estaba reservado.

Pusímonos en manos de la Divina Providencia y comenzámos á organizar el plan de salvación para ponerlo en ejecución apenas aclarara el día.

Para nosotros era indudable que nos habíamos extraviado del verdadero camino en el trayecto que hay del *Totumal* al río; había, pues, que buscarlo en dicho lugar, y, de no dar con él, abriríamos una trocha hacia donde sospechábamos que quedaba San Lorenzo. Para todo esto podíamos disponer del viernes (día 31 de marzo). Si en dicho día no salíamos del bosque, construiríamos el sábado una balsa y nos echaríamos río abajo, aunque se murieran las bestias. Dios nos ayudaría. No podíamos contar con más días, pues según nuestro cálculo, solamente podríamos conservar las fuerzas, sin comer, durante tres días.

Pero ¿á qué seguir relatando necedades? Nunca acabaría de contar cuanto conversámos en aquella noche funesta....

Amaneció el último día del mes de marzo. El cielo estaba encapotado con negros nubarrones; sólo por el Oriente veíanse algunos jirones azulados. Después de desayunarnos con agua fresca del río y proveernos de una botella del mismo específico, montámos á caballo para ir en busca de salvación.

Llegámos al *Totumal*, amarrámos las bestias á un árbol y nos internámos en el bosque, haciendo una trocha. Cada dos ó tres minutos nos llamábamos mutuamente para no separarnos demasiado. Y allá estuvímos, hora tras hora, sacando fuerzas de donde no las había, con el fin de

abrir la trocha que considerábamos salvadora. ¡Vano empeño! De Dios era de quien debía venirnos el socorro. A cada paso encontrábamos caminos que partían del que á la playa conducía y se internaban en la montaña para desaparecer luégo en la espesura del bosque. Eran caminos de dantas, jabalíes, tigres.... de cualquier cosa podían ser menos de seres humanos! Yo (confieso mi pecado) casi llegué á perder las esperanzas de salir de Banadía con vida.

Agotadas mis fuerzas con el dale que le darás al machete, me había sentado á reposar un poco sobre el tronco de un árbol cuando senti la voz de mi compañero de infortunio que me gritaba con voces, al parecer, impregnadas de la dulzura de la esperanza. Así fue, en efecto: el padre Bruno me anunciaba que había encontrado el camino, y que sin demora debíamos ir á montar á caballo para seguir hasta San Lorenzo. Así lo hizo él y mientras que yo, aún incrédulo, recorrí buena parte de la trocha descubierta, hasta que me convencí plenamente de que era en realidad la *trocha real.*

Y corrí en derechura al *Totumal;* y allí no solamente hallé á mi querido padre Bruno, sino también á los dos indios macaguanes, quienes, activos y solícitos, estaban preparándonos café, al rededor de una gran fogata!.....

.....

Cesó nuestra tristeza; se acabaron nuestros temores; mi corazón y mis labios bendijeron á Dios por el insigne beneficio que acababa de concedernos!

La gran selva de Banadía, que por un día había sido para nosotros sitio horroroso de tormento, instrumento de cruel martirio, recobró de nuevo su gentil belleza, sus primorosos encantos; el penetrante chirrido de los insectos, el variado cantar de las aves, el grito salvaje de las fieras resonaba otra vez en nuestros oídos como música agradable y embriagadora; poco antes nos parecían lamentos por nuestro infortunio....

Pero todos estos encantos, todas estas bellezas, todos los atractivos de la *montaña* teníamos que abandonarlos, porque el sol avanzaba rápidamente hacia su ocaso, como si huyera perseguido por la tempestad avasalladora que, á paso de gigante, venía por la selva....

Al entrar nosotros en San Lorenzo, oímos las primeras detonaciones que repercutían mil y mil veces en la inmensidad de Banadía; sintióse después el huracán que volaba haciendo crujir y derribando con ensordecedor estruendo los árboles seculares.... y finalmente, llegó la lluvia que comenzó á caer en gotas gruesas, pesadas como plomo, gotas que pronto se transformaron en torrentes....

CAPITULO X

Resumen: D. Valentín de los Santos—San Lorenzo—Su historia y agricultura—Arauquita—Feracidad de sus terrenos—Una orgía presidida por D. Valentín de los Santos—Siete días de reclusión—Indios goahivos—Causas de su longevidad y de no tener barba—Sus pueblos, su carácter y su vida.

De seguro que nunca se imaginó D. Valentín de los Santos que había de comenzar yo el presente capítulo hablando de su interesante y simpática figura. Es D. Valentín un sujeto de unos sesenta años, mediano de cuerpo, cenceño, tez morena, ojos lacrimosos á la vez que picarescos, narices algo más deprimidas de lo que se gasta comúnmente, boca rasgada, barba y bigote escasos y rucios, parecían éstos «un rastrojo mal quemado,» según expresión gráfica del mismo D. Valentín. No haré su retrato moral, porque no me siento con aptitudes para tamaña empresa; pero sí anotaré, para la clara inteligencia de lo que voy á narrar, que el señor de los Santos no tiene parientes, ni casa, ni propiedad alguna; nadie sabe de dónde viene ni á dónde va.

Este señor, tál como se lo figuren los lectores, se coló en nuestra posada tan pronto como amainó el temporal,

con el único objeto, según afirmó, de ponerse á la orden....

Aunque no teníamos maldita la gana de oír historias, comenzó por referirnos la suya propia, diciéndonos por remate de ella que había sido *antiguamente* mayordomo del templo de San Lorenzo «por el Gobierno Nacional,» empleo que actualmente ejercía por el santo Obispo de Casanare; que si no lo creíamos, podíamos averiguarlo en el Libro de Defunciones de Arauca, donde estaba refundido su nombramiento. Añadió D. Valentín que, en virtud de tal nombramiento, era solicitado con frecuencia por todos los vecinos de Arauquita *para rezar en los velorios;* quién sabe si este oficio será *güeno;* prosiguió pícaramente, rascándose detrás de la oreja derecha. Y viendo que nosotros hacíamos oídos de mercader, continuó diciendo:

—También vengo á entregar á mis superiores la *yave* del *templo*.

—¿Encontraremos en el templo lo necesario para decir misa?

—¡Gua! ¡cómo no, mi *ceñó* cura! lo que *farta* es *monigote* para contestar al cura, porque yo tengo que largarme esta noche con los santicos y las campanas para rezar en un velorio.

—¿Y dónde es el velorio, muy lejos?

—No, ceñó Cura; aquí no más, alantico del Guafar.

—Pero, D. Valentín, ¿cómo se va á llevar usted los santos y las campanas, teniendo que celebrar nosotros misa mañana temprano?

—Ah, no! yo siempre á la orden de mis superiores.

Como el templo estaba cerquita de nuestra posada, nos dirigímos á él, en compañía de D. Valentín, después de habernos obsequiado el *patrón* con una totuma de vino de palma.

El tan cacareado *templo* es una capillita de palma, en cuyo recinto no hay otra cosa que dos imágenes sin facha de nada (los santicos de D. Valentín), y dos campanillas.

Aseámos el local cuanto fue posible, para rezar el santo Rosario y regresámos á la posada sin sospechar siquiera la partida que nos iba á jugar D. Valentín; y fue que, en vez de irse por el caserío, tocando las campanillas para que concurriese la gente á la capilla, como habíamos convenido, cogió los santicos y las campanillas y se largó con ellos, embarcado en una canoa que tenía preparada en el río....

Luégo nos encontraremos inesperadamente con el muy pícaro de D. Valentín y se acabará esta verídica historia.

Entretanto, bueno será ir anotando lo poco que se me ocurre decir sobre San Lorenzo.

Parece que este pueblo fue fundado por los indios de Cuiloto. Al extinguirse las misiones, á principios del siglo XIX, se refugiaron los indios en la montaña de Banadía y ribera del Arauca, trayendo consigo las campanas, ara, custodia y dos cálices (que todavía deben de conservarse en el pueblo), más la imagen de San Lorenzo y algunos ornamentos sagrados; pero éstos se destruyeron con otras cosas en los dos incendios que sufrió el pueblo, causados por los indios de Cuiloto, que querían llevarse las campanas é imagen.

Extendióse poco á poco el pueblo por la ribera del río y vino á formarse el agregado de vecindarios llamado Arauquita.

San Lorenzo apenas tiene doce ó quince casas con unos sesenta habitantes que viven de la agricultura, si tal nombre merece el arrojar perezosamente á la madre tierra un puñado de semillas para recoger luégo abundante cosecha. Plátanos, maíz, yuca, arroz, caña dulce, sandías, melones, piñas, aguacates, mangos, cocos y otros mil diferentes productos crecen en esta sección de Arauquita, de un modo maravilloso. Sin embargo, ninguno de estos frutos son explotados en grande escala, fuera de la caña de azúcar, de la cual hay una pequeña hacienda en las afueras

del vecindario. En la orilla opuesta del río Arauca (territorio de Venezuela) se divisan algunas casitas tan mezquinas como las de San Lorenzo.

Al día siguiente de nuestra llegada, nos despedímos de nuestros fieles compañeros de viaje, los indios *macagüanes*, quienes estaban locos por volverse á su tierra, y emprendímos la jornada por toda la ribera del Arauca. Todo el trayecto que íbamos á recorrer en este día (unas tres ó cuatro leguas) es lo que se llama Arauquita. Después de franquear la pequeña montaña que separa á San Lorenzo del resto de Arauquita, pasámos de largo por el caserío del *Guafal*, algo más poblado que el anterior. Aquí mejora grandemente el aspecto pintoresco de la afamada Arauquita: vemos por primera vez grandes plantaciones de caña y de plátanos de todas variedades conocidas, extensos bosques del *theobroma cacao*, que ostenta sus troncos cuajados de ricas mazorcas; esbeltas palmeras de cuyas copas penden hacinados los sabrosos cocos; los cacaotales están protegidos de los ardientes rayos solares por árboles gigantescos, como el algarrobo (*hymenea courbaril*), el ceibo (*bombax ceiba*), el balso (*ochroma tormentosum*), etc. etc. Razón tuvo el ingeniero Sr. Brisson para estampar en su libro *Casanare* que «en catorce años que hacía que viajaba en Sur América, raramente había hallado un lugar tan feraz y admirable en cuanto á la producción del suelo, como Arauquita.» Me admiré de no ver plantaciones de café, artículo que se consume aquí, como en todo Casanare, en grande escala, y que se consigue á precios muy subidos. Tan sólo vimos un cafetal que, por cierto, producía á sus dueños buenos rendimientos.

Yá nos íbamos acercando al *Troncal*. El camino continúa por entre una vieja plantación de cacao. Sin percatarnos de ello, nos extraviámos un poco y dimos con una casita de la cual salían gritos como de gente alegre y regocijada. No pasó mucho tiempo sin que averiguáramos la causa del alboroto, pues al entrar en el patio, que parecía

un bello jardín por la multitud y variedad de las flores que en él había, topámos con.... D. Valentín de los Santos, el cual, poco menos que en *guayuco* y liada la cabeza con un gran pañuelo de colores, á manera de turbante, estaba haciendo grotescas ceremonias delante de los *santicos*....

—Buenas tardes, D. Valentín!...

Ni la explosión de una bomba de dinamita hubiera producido efectos tan desastrosos en nuestro amigo. D. Valentín quedó pasmado, pero recobrado luégo del susto, emprendió rápida carrera y se ocultó en el vecino cañaveral. Acercámonos á la casa para preguntar por el camino, pero no obtuvimos contestación satisfactoria; allí no había más que cuatro ó seis beodos que estaban *echando cuartetos* á un garrafón de aguardiente. Por fortuna no nos costó gran trabajo dar con el camino, y continuámos por la orilla del río. La ribera venezolana está casi totalmente inculta; sólo vimos dos pequeños caseríos, Santa Rosa y La Victoria; y aun en la colombiana, la zona cultivada es muy pequeña proporcionalmente á los terrenos baldíos.

Después de trotar durante una hora, llegámos á la última importante hacienda de Arauquita, fin de nuestra jornada. D. Luis Bageón, dueño de la expresada finca, nos recibió con exquisita amabilidad, dándonos hospedaje en su propia casa.

Nunca podré olvidar los siete días mortales que hubimos de permanecer en este sitio de Arauquita, no obstante que el Sr. Bageón nos trató con todo género de atenciones é hizo cuanto en su mano estaba para hacernos llevadera, yá que no grata, nuestra permanencia en su casa: la vida á que forzosamente hay que hacerse en Arauquita, así como en el resto de Casanare, una vez que entra la estación de las lluvias, no es vida para los pobres *guates* que, como nosotros, no están familiarizados con el uso del *chinchorro*.... Y con toda verdad, que eso de estar veinticuatro horas por día embutido en ese nido de la pereza, para los que no han nacido llaneros no es cosa de tomar-

la en un sorbo....¡Y vaya usted á decirles á esta gente que «en esta vida caduca, el que no trabaja no manduca!»

Alguna distracción nos proporcionó la visita á la enramada donde se beneficia la caña para la fabricación del aguardiente. El local es amplio y bien ventilado; hay en él dos trapiches, uno de madera y otro de hierro, con todos los accesorios que requiere la fabricación del asqueroso brebaje que por aquí llaman *claro* (*a.* aguardiente).

También matámos algún ratico recorriendo los frondosos platanales de la hacienda; pero lo que verdaderamente fue para nosotros un pequeño paréntesis en la vida monótona que llevábamos en Arauquita fue la visita con que nos agraciaron los habitantes de las selvas casanareñas, los indios *goahivos*....

No se borrará jamás de mi memoria el recuerdo de aquella mañana en que los vi por vez primera. Tras una noche borrascosa amaneció un día espléndido, cuyo sol enviaba raudales de luz sobre la playa de blanca y menuda arena que teníamos enfrente de nuestra casa. Allá, en esa playa, estaban los infelices nómadas: unos se mecían blandamente en el chinchorro; otros, tendidos en el suelo, se cubrían el cuerpo con fresca arena; quién componía el arco ó afilaba las flechas; quién saltaba á la insegura canoa para lanzarse quizá al río en busca del sustento....

Como alguien les diera á entender que allí habían llegado padres misioneros, volaron todos á pedirnos *corotos*, esto es, baratijas.

La impresión que me causó el ver junto á mí aquellas criaturas de Dios, en la misma forma en que Él los echara al mundo, no es para descrita; tanto hombres como mujeres llevaban únicamente el primitivo *guayuco* ó taparrabos de fibras de palmera. Nunca me imaginé que esta pobre gente anduviera así, tan en cueros vivos.... Entonces me expliqué que aquel buen Hermano, recién venido de España á estas misiones de Casanare, se alarmara al verlos de esta traza y les increpase diciéndoles con la mayor

candidez: «Indecentes! no os presentéis así delante de mí; marchaos de aquí, y ponéos siquiera los calzones!...» Entonces comprendí la razón que asistía al padre Cassani al asegurar que el vestido de los indios casanareños «para el abrigo es ninguno; para la decencia y para el trabajo, muy impertinente....»

En general, son los *goahivos* bien formados, de estatura regular y constitución robusta; tienen el cabello crespo, barba rala, narices chatas, y en general todos los caracteres de la raza americana. Había dos indios y cuatro indias pintorrajeadas de colores vivos, queriendo imitar sin duda el tatuaje. Fuera de un viejo panzudo, de piel arrugada, que podría tener sus ochenta invíernos, eran todos jóvenes; los niños y niñas no pasaban de una docena. Si el historiador Fray Pedro Simón hubiera vivido en nuestros días, de seguro que no perdiera el tiempo en investigar la causa de la longevidad de los indígenas. Su razonamiento es *sustancioso;* pero hay que convenir en que no solamente por comer *cazabe* y hormigas *culonas* vivían los indios larga vida. Dice así el autor nombrado: «Comen los indios casi exclusivamente *cazabe*, el cual mezclan para que tome gusto, con unas hormigas gruesas, aludas, tostadas en unas cazuelas de barro, con que pasan su vida hasta llegar á los cien años. Con que podemos advertir cuántos quitan de los nuéstros las varias invenciones de potajes y comidas compuestas que ha inventado la madre gula, madre de tántos hijos, y madrastra de nuestra salud y vida, pues tánto nos la cercena, gastándola y fatigándola con tan grasientos comistrajes, pues sólo el simple manjar de unas raíces y hormigas les acrecienta un año sobre otro á estos pobres indios hasta llegar á más de ciento, *y al cabo mueren sin enfermedades.*» *Oh tempora!* Ahora comen los indios (y otros muchos que no son indios) cazabe y hormigas, y ninguno se hace viejo.... *Oh tempora!*

El mismo historiador también da la *razón* por qué los

indios no tienen barba. Dice que los autores lo explican de diferente modo, pero que, á juicio suyo, la más fundada es ésta: «que desde muy antiguo han ido dando en enfadarse de ver junto á la boca aquellos estorbos de pelos y se los iban arrancando....; y como poco á poco se han ido vertiendo la naturaleza, de unos en otros, yá no tiene fuerza para producir barbas.» Y poco después añade: «Podemos traer de símile el de los perros perdigueros, que de habérseles cortado á muchos las colas, de quien ellos han venido á nacer, yá nacen sin ellas.» Lo cual es cuanto decirse puede á este respecto.

Volviendo á la visita de los indios, agregaré que D. Luis Bageón nos presentó al capitán de la tribu, único que hablaba el castellano, quien, después de saludarnos á lo indio, ordenó á su gente que nos pidiera la bendición, lo que hicieron todos en el acto, arrodillándose y juntando las manos. Y como si el haberles bendecido fuese una autorización para que pudiesen pedir mercedes, comenzaron á menudear las peticiones de *corotos*. Unos se contentaban simplemente con *corotos;* otros pedían *camisón;* quién, tabaco, y no faltó quien se atreviera á pedirnos una *cabaya*, esto es, una de las bestias en que habíamos llegado montados á Arauquita!

Dijimosle al capitán que en otra ocasión volveríamos á visitarlos y les traeríamos una *corotería*, pero que entretanto nada teníamos que darles. Ignoro si el capitán nos comprendió; ello es que todos se dirigieron en tropel á casa de D. Luis y en medio del mayor regocijo comenzaron á desliar las maletas de nuestro equipaje que yacian en el corredor. Al fin les ofrecimos un poco de tabaco y alguna otra cosilla que hallámos á mano y lográmos que se apaciguaran un tantico. «*Cuñao*, me dijo el capitán al despedirse, en el verano llevándote *éste* una danta.»

Mientras esto acontecía, la crecida del río Arauca, avivada por las últimas lluvias, aumentaba por instantes; y esto fue la causa de que los indios nos dejaran tranqui-

los. En la playa, que las aguas iban ocultando aceleradamente, tenían lo que ellos llamaban su *pueblo* (es decir, unos ochenta palos clavados en el suelo, los cuales servían para amarrar las canoas y guindar los chinchorros), y se fueron corriendo á recoger los palos y fundar el pueblo en otra parte.

Como algún día, Dios mediante, han de ser los indios objeto de un estudio especial, voy á terminar estos apuntes con la siguiente *loa* que de los goahivos hizo el padre Rivero: «No se ha hallado en esta América gente más parecida á los gitanos de España. Andan errantes y vagabundos, y por eso no benefician tierras ni hacen labranzas. Por esta razón son insignes y contumaces ladrones.... No se han descubierto hasta ahora gentes más pedigüeñas, ni talentos más escogidos de limosneros en todo el orbe. Todo lo han de pedir, y, si se les comienza á dar, han de estar pidiendo hasta el fin del mundo.... Todas las sabanas, los montes y las orillas de los ríos son sus pueblos, su ciudad, su despensa y sus bienes patrimoniales; andan de sabana en sabana, de palmar en palmar buscando frutas y *mariscos*.»

CAPITULO XI

Resumen: Caminos de Arauquita á Arauca—Peripecias del embarque. Humoradas del patrón Fandiño—Todos Santos—El cazabe.

«Hemos llegado á Arauquita esperanzados de poder continuar á caballo hasta Arauca, término de nuestro pesado viaje. No nos faltaba motivo para abrigar esta esperanza, porque además de constarnos ciertamente haber existido años atrás un camino terrestre construído para traer ganado á este rincón de Casanare (camino por donde pasó el General Uribe con su gente en la última lucha fratricida), habíannos asegurado en algunos pueblos del tránsito que el camino en cuestión era todavía transitable en verano, si bien muy peligroso por estar expuesto á las

acometidas de los indios *cuivas* que demoran en esos lados. Mas acaba de manifestarnos D. Luis que la tal vía ha dejado de serlo, y sólo aventurándose á gravísimas contingencias es como han transitado por ella contadas personas. Añádase que la crecida del rio ha podido inundar gran parte de la sabana, imposibilitando así todo viaje por tierra. Desistímos, pues, de hacer el viaje como teníamos pensado y aceptámos el generoso ofrecimiento, que nos ha hecho el Sr. Bageón, de pasaje gratuito en una canoa de su propiedad, la cual canoa partirá el miércoles, Dios mediante. En tal virtud, nos demoraremos en Arauquita.... cuatro días. Dios nos dé paciencia.»

Así escribí en mi cartera, alarmado con tan intempestiva detención en Arauquita. Y tratábase no más que de cuatro días! De haber olido entonces que los días estos habíanse de convertir en seis prolijos; quién sabe si al fin nos hubiéramos decidido á probar fortuna por las sabanas de los cuivas! Al menos no fuéramos víctimas de esa fiebre que avasalla y devora al viajero cuando es neciamente detenido al tocar al fin de su viaje.

Amaneció el lunes, y con harta complacencia nuéstra vimos al patrón de la canoa, quien venía no en verdad para emprender viaje, sino á fin de calafatear la embarcación que, de puro vieja, agua hacía.

El martes trascurrió en la misma faena de calafateo.

El miércoles.... debiéramos haber salido, pero menester era preparar el cargamento de la canoa, consistente en unos ochenta garrafones de aguardiente. Comenzóse á cargar muy tarde, y, con todo, insistía el patrón en que saldríamos ese mismo día, afirmación que sostuvo el muy ladino hasta que el sol se hundió en los abismos del Occidente, pues entonces declaró con pasmosa indiferencia que emprenderíamos viaje al día siguiente.

Pero aconteció el juéves que por querer el patrón hacer en una hora lo que no pudo (ó no quiso) realizar en veinticuatro, rompió una vasija del espirituoso líquido y le cayó

no poca cantidad de éste (acaso involuntariamente) dentro del estómago!... Lo cierto es que se aplazó la marcha hasta el viernes.

Las cinco de la mañana del dicho día serían cuando, después de tomar el obligado café *cerrero*, nos aproximámos á la vera del río, donde estaba la embarcación, dispuestos á no abandonarla mientras permaneciésemos en Arauquita. Ya á bordo, escribí en la cartera: «¿Saldremos hoy?» Y después agregué: «Yá llevamos más de dos horas esperando, y Fandiño (así se llamaba el cachazudo patrón) no parece por ningún lado.» Quien pareció fue don Luis diciéndonos que no consentiría que saliéramos sin antes desayunar, pues aun dado caso que nuestra partida fuese á las diez, daríamos á Todos-Santos antes de anochecer.

Por mera cortesía condescendimos con el Sr. Bageón, que bien sabe Dios que el trasnochado desayuno aquel sirvió tan sólo para acrecentar la bilis que tan á mal traer nos traía! No se ahogaron aquí nuestras malaventuras: cuando pasajeros y bogas nos dirigíamos á paso tirado hacia la canoa, salió de la hacienda uno de los perros bravos, y, arremetiendo furioso contra un boga, le arrancó de un mordisco un pedazo de pantorrilla.

No sigo comentando las peripecias del embarque porque me duelen aún como si estuviera en Arauquita; añadiré á lo dicho que, no sin trabajo, pudimos conseguir de otro goahivo que sustituyera al herido. Al fin nos acomodámos en la canoa, la cual, apenas hubo pronunciado Fandiño las imprescindibles palabras de «¿con quién *vamo*? —Con la Virgen, — vamo, *pue*, con *Dio* y con la Virgen,» comenzó á deslizarse mansamente hacia el medio del río por los remos impulsada. Bendito sea Dios! Aún había sol en las bardas!... Quizá llegáramos á Todos-Santos....

De haber disfrutado nosotros en la embarcación de cierta comodidad, de algún desembarazo, el viaje hubiera sido agradable, delicioso, porque agradable y delicioso es navegar por cualquiera de los ríos casanareños, en cuyas

riberas abundan los paisajes silvestres más bellos y fascinadores. Mas esto no nos fue dado en la ocasión presente: bogábamos en insegura canoa, víctimas de un sol vengador y equiparados á garrafones de aguardiente.

Gracias al patrón Fandiño que con sus célebres humoradas (de que participan más ó menos todos los llaneros) (1) nos hacía salir con frecuencia del forzoso amodorramiento causado por la quietud en que íbamos. Y desde luego que todos, ó casi todos sus chistes recaían sobre *lo señore cura*, como decía él. No bien divisaba á un cristiano, aunque fuera á media legua de distancia, cuando soltaba el trapo con el mayor desparpajo inquiriendo si había por allí algún *orejano* para bautizarlo, porque él (Fandiño) lle-

(1) Cierto *crítico* que jamás puso ni pondrá los pies en Casanare, al hacer la crítica de la novela de costumbres casanareñas escrita por el P. Fr. Pedro Fabo bajo el título *Doctor Navascués*, aseguró categóricamente que las humoradas de D. Eduardo, uno de los protagonistas de dicha novela, cuadraban mejor á un andaluz que á un llanero, *porque los llaneros*, decía, *no son chistosos!* ¡Así se hace la crítica!

Ni se escribe de otro modo la historia. En una Memoria que escribió el Sr. Uribe Uribe sobre *Reducción de salvajes*, asegura el autor entre otros muchos dislates, que hay en Casanare unos 3,000 indios tunebos, sobre 2.000 piapocos y unos 15,000 entre goahivos, sálivas, etc. Total de indios salvajes en Casanare, según el Sr. Uribe, unos 22,000. Vuélvase á leer el Capítulo V de este folleto y se verá lo inexacto de los cálculos del Sr. Uribe. Los indios tunebos no pasarán de 300 á 500. A los 2 000 piapocos del Sr. Uribe hay que quitarles un cero. El total de salvajes casanareños, según las investigaciones de los PP. Candelarios que conocen á Casanare mejor que el Sr. Uribe, no pasará de 3,000 ó 4,000 haciendo un cálculo exagerado. Y el Sr. Uribe asigna á Casanare unos 22.000 salvajes! El censo total de la población de Casanare (entre civilizados y salvajes), apenas arroja la cifra de 22,000 habitantes.

Si los demás datos que en su Memoria presenta el Sr. Uribe U. para probar que en Colombia hay 300,000 (¡!) salvajes, son tan verídicos como los que adquirió en su rápido tránsito por Casanare, pueden los señores miembros de la Academia de la Historia comenzar á escribir la historia de Colombia con toda tranquilidad, apoyados por los datos suministrados por el Sr. Uribe Uribe. Entendemos que el Sr. Uribe U. es uno de esos miembros. ¡Así se escribe la historia!

vaba un bongo de *puro cura;* ó bien, se contentaba con invitarlo á que bajara á la playa á ver los Curas que venían del *reino.*

Sin más novedades, pasó la tarde; el sol se había puesto, y ni siquiera se veían señales de Todos-Santos. Por evitar algún funesto choque contra los troncos de árboles que suele arrastrar la corriente del río, hicimos notar al patrón la conveniencia de saltar á tierra y pasar la noche al sereno; pero Fandiño nos cerró la boca bien pronto diciéndonos que estábamos tan cerquita del pueblo que podíamos oír rebuznar á los burros. Eran las siete menos cuarto. No se oían rebuznos, ni ruido alguno fuera del periódico é isócrono chasquido de los remos, manejados con sin igual maestría por los dos indios goahivos. Rendidos de cansancio debían de ir los infelices; algo más que Fandiño, el del arremangado brazo, quien muy repantigado en la popa de la embarcación, saboreaba *chimó* de lo lindo. En cuanto á nosotros, excusado es decirlo, íbamos hechos oídos, conteniendo hasta la propia respiración para que no se perdiera, si acaso, el eco de la trompetería asnal, que, si alguna vez puede ser agradable, lo hubiera sido indudablemente en aquella coyuntura. A las siete y media saltábamos en tierra.

No es Todos-Santos un pueblo de agricultores, como Támara; ni de ganaderos, como Arauca, ni de comerciantes, como Orocué; Todos-Santos no tiene fisonomía propia; es de esos pueblos que con el andar de los tiempos han llegado á tal punto de descomposición que difícil es reconocerlos. Sin embargo, de público se dice que es un suburbio de Arauca, una cosa así como receptáculo de cuantos se hallan imposibilitados para subvenir á los crecidos gastos que demanda la vida cara de Arauca. Por lo demás, no se ve movimiento ninguno, no se nota vida, fuera del insignificante movimiento y de la efímera vida que le da el río que pasa lamiendo las casas del pueblo. Las construcciones son por lo general, como en Arauquita, de palma y de bahareque.

Al día siguiente reanudámos la navegación á las nueve en punto. Espléndida estaba la mañana, pero la brisa, tan deseada por los que navegan con velas como aborrecible de cuantos carecen de ese adminículo (adoptado también en el río Arauca), comenzó bien pronto á hacer zozobrar nuestra canoa. Repetidas veces intentámos atracar á la orilla, pero siempre sin éxito ninguno, hasta que finalmente llegámos á un rancho donde cierto buen hombre recogió la amarra que le echámos. Hallábase allí mismo un bongo que á Arauquita era conducido, con cargamento de carne y *cazabe*, según nos fue declarado; porque, francamente, no sólo declaración pero juramento necesitábamos para persuadirnos de que los montones aquellos, medio blanquecinos, medio amarillentos, sobre los cuales andaban sentados los bogas, eran montones de carne comedera en Arauquita y en Arauca, y en mil puntos más del llano! Por lo que al *cazabe* se refiere, diré que no había visto yo en mi vida vianda semejante. Habíalo oído ponderar á los indios, y no ignoraba aquel dicho de que «el cazabe á lo que se moja sabe,» pero con todo confieso que me espantaron aquellas tortas descomunales (que tocadas y gustadas parecen de aserrín esterilizado) preparadas con la fécula de la *manihot utilissima*, á la cual se le ha extraído el venenoso ácido cianhídrico.

Como á eso de las dos de la tarde hubiese amainado el viento, proseguímos agua abajo. Divísanse algunos ranchos en ambas ripas, pero especialmente en la banda colombiana; y aunque esto faltare, los ilustrísimos saurianos de térreo color y de fauces siempre abiertas (de ellos sobre la playa y de ellos sobre troncos medio podridos), hubiérannos servido de sabroso pasatiempo en esta última etapa del viaje. Merced á la fruición que sentíamos al ver estas fieras alimañas, pasámos por la hacienda *La Florida* y por el vecindario llamado *El Torno* sin percatarnos de ello. A las cuatro de la tarde del día 5 de Abril de 1905 atracaba nuestra canoa en el caño de Arauca.

CAPITULO XII

Resumen: Primeros pobladores de Arauca—Las guerras de Venezuela aumentan la población—Descripción de Arauca—Su importante comercio—Rivalidades entre Arauca y *El Amparo*—Carácter de los araucanos—Idem de los llaneros—Su religión.

Por hombre de poco seso, como soñador de sueños vanos hubiérase reputado hace poco más de un siglo á quien osara afirmar que aquella miserable ranchería de indios amontonada en las pantanosas orillas del río Arauca (mitad colombianos y mitad de Venezuela) llegaría á ser muy en breve la población más pujante y rica de los llanos colombianos. Y ciertamente que un paraje circundado la mayor parte del año de inmensos y profundos pantanos y por ende aislado en absoluto de toda comunicación y trato con el mundo civilizado; un punto perdido en los confines de una nación escasísima entonces de habitantes, y la cual cuenta su extensión territorial por millones de kilómetros cuadrados; un lugar, digo, de esta naturaleza no era ni es muy adecuado para exaltar el magín del más fiero visionario. Y no obstante, tiénese como indiscutible que en el último tercio del siglo dieciocho comenzó á afluír allí gente de toda laya, ricos ganaderos de la provincia de Barinas, humildes proletarios de Casanare y aun calculistas comerciantes de países ultramarinos; y esto en términos tales que el Visitador eclesiástico que recorrió aquellos lugares en la penúltima década de dicho siglo, erigió en parroquia la naciente «villa,» segregándola al efecto de las misiones capuchinas de Cuiloto (1). Aún predominaba entonces en Arauca el elemento indíge-

(1) Felipe Pérez (Geografía de Colombia) asegura que Arauca era ya parroquia el año de 1782. D. Joaquín Fernández, Gobernador de los Llanos, en informe fechado en Morcote á 20 de Febrero de 1786, participa al Fiscal del regio tribunal que los nuevos pobladores de Arauca habían conseguido el título de Viceparroquia. (Docum. Inéd., Colec. Cuervo).

na, pues, como puede verse en el Informe que citamos en la nota, se abogaba con empeño por la fundación con gente blanca. Pero cuando alcanzó el desarrollo en estas latitudes posible, cuando dignamente mereció el pintoresco título de villa fue á raíz de la llamada en Venezuela guerra de los siete años. El *ilustre* Guzmán había entrado triunfante y glorioso en la metrópoli venezolana, y empuñando la vengadora tizona hacía correr de espanto hasta á los pacíficos moradores de los llanos de Calabozo. Este acontecimiento político-militar (que en mayor ó menor escala se repite eternamente) no sólo determinó la formación definitiva de Arauca, sino que aumentó considerablemente la menguada población de los llanos casanareños; notorio es que casi todos los hatos y fundaciones comprendidos entre los ríos Arauca y Pauto son de gente venezolana refugiada en Casanare durante aquella época de enconos políticos. Desde entonces acá poco incremento ha tenido la villa, pues los pocos habitantes que anualmente se avecinan en ella apenas cubren el número de los que mueren consumidos por las fiebres.

Ocupa Arauca la ribera derecha del río que le da su nombre. Las grandes avenidas de este afluente del Orinoco, que inundan las sabanas en una área de muchas leguas hacen que el clima sea malsano y enfermizo. Sus calles son anchas y rectas, divididas en cuadras, pero tienen el gravísimo defecto de ser barridas más de lo justo y conveniente por las aguas del río, aumentando así la perniciosa asfixiante humedad que tántas enfermedades ocasiona. Cierto que no todas las calles sufren este contratiempo, pero tanto peor; las no inundadas sirven de confortable majada á seiscientas ó mil reses que diariamente, al anochecer, asaltan la población huyendo coléricas de las pesadas bromas de tábanos y zancudos. La villa está dividida en dos porciones por un brazo del río (el caño) por donde, en ciertas épocas del año, entran los bongos abarrotados de mercaderías de Ciudad Bolívar, ó bien de

plátanos arauquiteños, hasta atracar al hermoso puente que ambas porciones comunica. Casi la totalidad de los edificios son de construcción ligera, de *horconadura* como dicen, cubiertos unos de zinc, otros de frondes de palmera. Entre ellos sobresalen por su importancia: la iglesia, de forma elegante y sólida construcción, techada con láminas de hierro galvanizado y recientemente enriquecida con dos primorosos altares de cedro escogido, cuales no los hay en todo Casanare, obra del inolvidable y ejemplar religioso Hermano Isidoro; la casa municipal, cuyo pavimento es de mármol; y finalmente, el puente mencionado, también sólido, de madera incorruptible y techado de hierro como la casa municipal. No le falta su anchurosa plaza, aunque sin embellecimiento ninguno. ¡Qué bien quedaría en su centro (en el de la plaza) la estatua del benemérito Fernando Alvarez de Acevedo, que fue el primero que introdujo en los llanos la cría de ganado! También merece especial recuerdo el cementerio, ya que no por su fuerte cerca de alambre con púas, por estar en una islita durante casi todo el año. Cuantos fenecen en Arauca son conducidos en canoa ó bongo á su última morada!... Pero lo que verdaderamente causa espanto en esta villa es la prodigiosa multitud de establecimientos mercantiles. Pasan de sesenta (y me quedo corto), los que se ven en la calle principal. Los hay que importan mercancías por valor de seis á ocho mil pesos en oro anuales, pero por cada uno de éstos existen diez ó doce tenduchos de mala muerte, cuyos artículos vendibles, expuestos llanamente en grasiento mostrador, se reducen á medio garrafón de aguardiente, tres docenas de plátanos, dos libras y media de manteca, media arroba de arroz, siete panelas y algún frasco de polvos de la madre Celestina (a. *quinina*) para vender por reales.... sueltos. Y lo más admirable consiste en que unos y otros (según de público se dice), obtienen razonables ganancias con que venden los artículos á precios tan exorbitantes que dejan tamañitos á los más

altos de toda la República. Algo dice en pro de esta aser ción la continua afluencia de comerciantes forasteros á esta plaza. En solos cuatro meses vi llegar á Arauca cinco ó seis nuevos comerciantes de algún lastre, procedentes de Cúcuta y San Cristóbal. Desde luego que el principal reclamo que atrae á estas gentes es el famoso ganado araucano, fuente inagotable de riqueza, único venero explotado (aunque sea de un modo imperfecto) en estos llanos. Pero de esto se tratará en otro lugar.

Pasado el hermoso puente, y después de caminar diez minutos por un arrastrado camellón, hállase el famoso río, manso y cristalino en verano, bravo y turbulento en invierno. Enfrente, del otro lado, divísase el municipio venezolano de *El Amparo*, chiquito, enteco, contrahecho, pero atrevido como él solo, tal que impone la ley á su misma madre, la noble villa de Arauca. Los araucanos jamás podrán ver con buenos ojos á sus rivales los ampareños, mientras conserven éstos en su poder la áurea llave del río. Y es que el adormecido patriotismo de los primeros se rebulle y subleva al ver que se acogen al barrancoso seno venezolano los flamantes vaporcillos que surcan las aguas del Orinoco y el Arauca. Si estos vaporcillos viven, merced es á la humillada villa. Quizá será esta la causa de que más movimiento y regocijo produce en Arauca la llegada de un bongo cargado de plátanos *hartones* que todos los vapores de Ciudad Bolívar juntos. Oyese el destemplado berrido de éstos, y salvo pequeño número de comerciantes que esperan con ansia la llegada de sus mercaderías, todo el mundo permanece impasible, desentendido:—«Llegó el vapor,» se oye decir con glacial indiferencia. Mientras que al sentir el ronco sonido del *cacho* ó de la caracola, cunde la animación y el entusiasmo hasta en los más apartados rincones de la villa. Es que estas rudimentarias embarcaciones arauquiteñas arriban á tierra colombiana, á su pequeña patria, trayéndoles de juro la *comida*, el *pan*, el plátano, diré, que en Arauca,

lo mismo que en toda región intertropical americana, constituye la base de la alimentación de ricos y pobres. (1)

Para terminar, pláceme añadir dos palabras sobre los araucanos. Como toda población comercial tiene Arauca sus ribetes de cosmopolita, pero aun así (y más considerando que la mayoría de los araucanos viven en los hatos y fundaciones), no es posible negar que la fisonomía de la villa es marcadamente *llanera*. Llaneras son sus costumbres; llaneras, su religión y moral; llaneras, sus diversiones. Es claro: los araucanos son casi todos ellos originarios de los llanos de Venezuela, y, como tales, rendidos amantes del aguardiente y del juego de gallos, bailadores incansables y tañedores de tiple. Tres sentimientos principales, observa Baralt, dominan en el carácter del llanero: desprecio por los hombres que no pueden entregarse á los mismos ejercicios y método de vida, superstición y desconfianza. «Pero no se crea que los llaneros son (como alguien los ha pintado) salvajes nómadas, ni hombres descorazonados, ajenos de los sentimientos del bien y de la virtud, pero sí el germen que anima sus virtudes morales es bien distinto del espíritu dulce y celestial que vivifica á la Religión santa é inmaculada de Dios. Hasta los salvajes moradores de las selvas tienen alguna noción de lo que deben ser, y ya sea que de rechazo ha llegado á ellos el último lamento del misionero arrojado, ya sea que

(1) Refiérome particularmente al fruto del *musa paradisiaca* (Linneo), el más común y celebrado de la familia de las musáceas. Posee, no hay duda, excelentes propiedades nutritivas, pero cuéstame mucho persuadirme de que sea mejor alimento que la papa ó patata, y más aún que se le considere como el mejor reemplazo al pecho de la madre, como asegura Camacho Roldán en sus *Notas de Viaje*. Esta variedad es la más cultivada en la Cordillera y en Arauquita; así como en el llano prevalece el topocho por no necesitar de tierras fuertes para su completo desarrollo y además por su larga vida. Fuera de las expresadas, son comunes en Casanare las siguientes variedades: resplandor, cambure, manzano, goahivo blanco ó pipiare, goahivo colorado, dominico, gobierno, madura-verde.

en Casanare todo convida á conocer á Dios y obliga á practicar los santos preceptos de la caridad mutua que debe reinar entre la descendencia de Adán, mísera y necesitada, es lo cierto que hasta sus mismas aberraciones tienen aspectos nobles y sublimes.

El llanero no es indiferente, no es antirreligioso, como á primera vista parece.

....Cuando la predicación del evangelio le faltó, acomodóse él un evangelio, sano en su principio, pero recargado de prácticas y creencias groseras y supersticiosas.

Por eso vese entre los menos instruídos creer de buena fe que el amancebamiento es bueno, como creer que cuando la agonía del enfermo es larga y penosa debe atribuírse al influjo del escapulario, cruz ó rosario que tiene el enfermo, los cuales retardan la muerte del doliente con crueles padecimientos; lo mismo celebran el velorio de los muertos, resto de salvajez y superstición, como rinden culto á la Virgen María en el altarcillo de la casa; si creen en los abominables augurios de la oneiromancia y la brujería, no dejan de rezar las saludables oraciones de la Iglesia; cuando dan crédito á los *ensalmos de San Pablo*, tienen en mucha gloria también hacer largas romerías á la Virgen de Manare.

¡Cuán cierto es que, cuando al hombre le quitan la Religión, inventa una á su capricho!» (1)

---

(1) P. Fabo. Novela *Doctor Navascués*, cap. IX.

CAPITULO XIII

Resumen: Inundaciones en los llanos de Arauca—La Erica—Caminos pantanosos—Una noche en un hato—Diversidad de aves—Peripecias del viaje—Habilidades del llanero—Variedad de animales.

Inundaba la llanura el ancho suelo
Por do Arauca se arrastra majestuoso:
Es vasto mar que se desploma, el cielo;
La tierra, inmenso lago cenagoso.
Trama la bruma su tupido velo;
Punto no se halla do tomar reposo. (1)

Una de las cosas más raras y peregrinas que contar puede cualquiera que, no siendo llanero, salga de Arauca durante la estación de las lluvias, es ciertamente el no tener contratiempos ni desventuras en el viaje. Las sabanas están inundadas; los esteros cierran el horizonte; los caños, que los hay adunia, hállanse convertidos en copiosos ríos. Sólo al llanero le es dado arrostrar peligros tántos y lanzarse en medio de ellos como á su propio elemento; pero á los que no están familiarizados con ese continuo bregar, á los que no han nacido en medio de esos ajetreos peculiares de estas llanuras, hácesele sumamente penoso y molestísimo emprender un viaje de esta traza. Y voto á tal que yo no lo hubiera emprendido á no haber mediado poderosos motivos al sagrado ministerio pertinentes, pues de otro orden los tenía, aunque sólo fuera á tomar los baños de agua y sol que tánto me había recomendado un autorizado galeno como el más eficaz remedio contra las fiebres palúdicas que me traían mohino y malparado.

La Erica es el nombre de un vecindario de veinte casas que demora unas quince leguas al sur de Arauca. Con ese rumbo dejé la villa el día 3 de octubre de 1905, llevando en mi compañía á un excelente *baquiano*, llanero de nacimiento, llanero de profesión y como tál, gran conocedor de la sabana y sus caños y raudales. Acomodados

(1) *Santafé redimida*, por Enrique Alvarez. (Canto tercero).

en sendos caballos que potros cerreros parecían, franqueámos el consabido *trauquero* con que terminan todas las calles de Arauca, y nos encontrámos en la sabana. Era un pantano cenagoso, en el cual se hundían las bestias hasta la cincha. Poco después nos hallábamos delante de las cañadas que circundan el pueblo. Vano intento, loca pretensión el querer vadearlos; pues apenas se arrojó al agua el intrépido *baqueano*, comenzó á nadar el caballo. Fue preciso agenciar una embarcación ligera y en ella pasámos con las monturas. Temeridad si no locura hubiera sido salvar á nado los cuarenta ó cincuenta metros de agua que nos separaban del lado opuesto. Aún chorreaban agua las bestias cuando volvimos á ensillar para continuar la marcha por un pequeño banco no tan atascado en donde vimos las primeras *puntas* de ganado. Una gran faja de árboles y maleza que del oriente al ocaso cierra el horizonte nos dice que hemos llegado al caño de Jesús, pequeño brazo del Arauca que se desprende de éste cerca de Todos-Santos, rico en pescado pero temeroso por los muchos venerables caimanes que se arrastran en sus orillas. Afortunadamente encontrámos embarcación y no tuvimos mayores contratiempos para continuar la marcha. A un banco, que luégo se acaba, sucede un estero, pero grande, inmenso como la sabana. Da pereza (por no decir miedo, ó acaso sean ambas cosas) da pereza, digo, el arrojarse á un mar de corrompidas aguas como es el estero que forma el caño Matapalar, pero cuando á la cabeza va un llanero de pura cepa (y muchas veces aunque éste falte), no hay esteros, ni caños, ni rios, ni mares que puedan oponerse al misionero cuando va en cumplimiento de su sagrado ministerio. *Deus scit*.... Después de Matapalar, cuyo cauce apenas se reconoce por una mansa corriente, sigue el estero, y, á continuación de éste, otro caño en donde nos bañámos bonitamente sin que valieran las repetidas protestas del *baqueano*, quien me juró ser aquel el pozo más *seco* de la sabana.... A las tres y media nos apeámos en el

primer hato que encontrámos, llamado Jovito, á causa de una empalizada de *hobos* (*spondias lutea*) que rodea la majada. Mi compañero se acostó inmediatamente rendido por acceso de fiebre. Mientras nos preparaban el *almuerzo* (por de pronto con café *cerrero* nos bastaba), invité á uno de los mozos del hato á que me acompañara á ver el topochal que contiguo á la casa estaba y fue refiriéndome cómo aquel hato que á duras penas tenía hoy tres mil reses, llegó á tener no hace mucho hasta diez mil. La causa de esta diferencia la atribuía á gran mortandad ocasionada por la falta de agua. «Todos estos esteros y caños que usted ha pasado, me decía, quedan convertidos en puros terrones durante el verano. Sólo queda agua en caño de Jesús, de aquí distante cuatro ó cinco leguas.» A la sazón estaban en el hato tratando de disponer los trabajos generales para herrar la nueva cosecha de novillos. En estas faenas emplean todos los años algo más de un mes trabajando de quince peones para arriba. El topochal.... pocos atractivos tenía; noté, sí, que es insignificante la capa de tierra vegetal; inconveniente que aquí suplen aprovechando los corrales donde encierran el ganado durante los trabajos para plantar los topochos y, si acaso, algo de yuca, á que se limita la agricultura en estos sitios. No había más que hacer en el *conuco*. Quise regresar á la casa, pero el acompañante no lo consintió, diciéndome que era preciso esperar á que oscureciese porque estábamos en la *hora fatal* y nos exponíamos á ser mordidos de alguna culebra. Quién quita, dije para mí, que las culebras salgan de sus cuevas en busca de las sabandijas que á la hora del crepúsculo se ven saltar por las veredas! Cuando regresámos á la casa del hato ya estaban ocupados unos catorce chinchorros que había en una enramada; y allí dispusieron el mío por más que parecía imposible guindar más cabuyas de las vigas. No eran más de las siete; pero como en estas tierras es lujo inaudito prender una vela de sebo por la noche, no tuve más remedio que recogerme

en el chinchorro, después de rezar el Oficio Divino. La noche aquella jamás se borrará de mi memoria. ¡Ni que hubieran brotado de la tierra aquellas nubes de zancudos!...¡Con qué saña traspasaban el mosquitero una y mil veces, hasta que conseguían clavar su aguda lanceta en algo que tuviera sangre, que tuviera vida! ¡Y qué sabroso aquel eterno *tras, tras,* con que mis compañeros de cama y luz atrapaban á estos invisibles enemigos tan crueles como tenaces! Si aquello no fue «pasar la noche de claro en claro,» que venga Cervantes y lo diga.

Amaneció el día lloviendo, pero apenas comenzó el sol á hacer jirones la densa niebla que cubría la llanura, requerímos los caballos para continuar la marcha. Serían las siete.

Otra vez teníamos delante esteros y más esteros, caños y más caños; pero ¡qué caños y qué esteros! Tortas y pan pintado fueron los de la jornada precedente comparados con los de este día. Desde *Jovito* hasta *El Mono* (adonde llegámos á las once) no dimos paso en seco, y sí grandes rodeos para evitar las profundidades; y á pesar de tántas precauciones ¡cuántas veces nos llegó el agua á la cintura!

En medio de tales malandanzas deleitábanos nuestro buen Dios con encantos nunca vistos ni jamás soñados. Ya eran innumerables ejércitos de níveas garzas de cuello ondulante y vivos ojos paseándose cual ninfas acuáticas en torno de un pequeño grupo de rojas *corocoras;* ya vistosas parejas de plumaje rosado como el de la aurora, que retozaban juguetonas al lado de negros gavanes; ya, finalmente, bandadas de alcarabanes tan vocingleros como atrevidos, llenando el aire de hirientes graznidos y azotándonos alguna vez el sombrero con fuertes aletazos. Y en medio de esta perspectiva de tan dulces embelesos veíamos cruzar la sabana á no pocos venados que, gracias á su rítmico y acelerado andar, se confundían luégo con centenares de reses que pacían en las pequeñas prominencias.

Gratamente impresionados (hago merced al *baqueano* de los mismos sentimientos que yo tenía) llegámos á divisar una pequeña casita que luégo se convirtió en sórdido rancho. Era la fundación conocida con el nombre de *El Mono*, donde apenas encontrámos otra cosa que lumbre para secar la ropa. Allí mismo, junto al rancho, teníamos *El Negro*, uno de los caños que forman las cabeceras del Capanaparo, afluente del Orinoco. Por fortuna encontrámos embarcación donde pasarlo. Aún nos quedaba por salvar el imponente raudal de la *Erica;* empero ¿á qué repetir la misma cantilena? A las cinco y media de la tarde casi tocábamos el fin de nuestro viaje; sólo unos veinte metros de distancia nos separaban de la casa que debíamos habitar por algunos días, pero ¡oh ilusión! el caño en su origen llamado *Agua-Limón*, poco después *Socorrano*, más abajo caño de la *Erica*, y *Cabuyare* al rendir sus aguas al *Capanaparo;* este caño, quiero decir, lo teníamos por medio, y la embarcación con que contábamos para pasarlo había sido arrastrada por la corriente! Necesario fue volver grupas hasta topar un ranchito que habíamos dejado una legua más atrás.

Antes de abandonar el caño presencié una de las habilidades propias del llanero. Necesitaba yo una luz cualquiera para rezar el Oficio Divino. Insinué mis deseos al guía y en un abrir y cerrar de ojos soltó la cincha, tomó la montura con las manos y acomodándosela sobre la cabeza lanzóse al agua llevando además la bestia de cabestro. No habrían transcurrido cinco minutos cuando regresaba con la encomienda.

El día 5 amaneció espléndido; parecía que aquel purísimo sol de fuego iba á secar rápidamente los cien esteros que por doquiera se divisaban.

Siguiendo por la orilla derecha del caño de la *Erica* y vadeándolo media legua más abajo, llegámos á cierto ranchito situado en los linderos de *Cabuyare* y *Maporillal*, ranchito donde hallámos al enfermo que ocasionó el pa-

seo objeto de estos apuntes. Por la misericordia divina llegámos á tiempo muy oportuno para administrar al enfermo los auxilios de nuestra sacrosanta Religión. Unas horas más tarde, ya no hubiera sido tiempo. ¡Qué sabrosas son cualesquiera penalidades (aunque sean baños á destiempo) cuando al fin de la jornada recibe uno como galardón quizás la salvación eterna de un alma!

Como allí no hubiera otra cosa que hacer, recorrimos la hermosa y limpia sabana que limitan las *matas de monte* de la *Erica*, la montaña de *Cabuyare* y los palmares de *Maporillal* y llegámos sin más novedad á la fundación de D. Lorenzo Pérez, venezolano, donde pensaba demorarme algunos dias.

La casa es de las que generalmente se usan en el llano, es decir, de *horconadura*, techada con hojas de palmera, pero con la particularidad de que el bahareque está reemplazado con una especie de tablas de mapora. (1) Unicamente tiene dos departamentos, el privado de la familia, y la *sala*. En ésta me quedaba yo con los peones y con cuantos llegaban á pedir posada, que en los llanos es ley por todos observada el dar hospitalidad cristiana á quienquiera que se acerque á pedirla.

A corta distancia de la casa corre el caño de la *Erica* por cuya orilla derecha efectuaba mis diarias excursiones contemplando la gran variedad de reptiles que lo pueblan. Entre ellos sobresale por su tamaño la *baba* ó babilla, sauriano más pequeño y más feo que el mismo caimán. La pieza mejor que lográmos coger media un metro con setenta y tres centímetros de largo. Si alguna utilidad reportasen estos anfibios, podrían cogerse por millones, no sólo en este caño sino en cualquiera de la llanura. Los indios son los únicos que les dan caza para darse gusto con

(1) *Trithrinax mapora* (graciosa palmera nativa de estos llanos). Del pecíolo de sus hojas extraen una fibra muy fuerte, casi incorruptible, que en las llanuras de Arauca y Venezuela emplean para amarrar las hojas de palma real en la techumbre de las casas, sustituyendo así á la *majagua* (corteza de árbol) de la Cordillera.

la cola que es blanquísima como la carne de merluza. Durante el verano es muy frecuente ver en la sabana montones de esqueletos de babas, porque al secarse los esteros quedan muertos sobre el fango.

Pero al fin, babas dondequiera las hay; lo peculiar, lo característico de la *Erica* son los venados, los cuales triscan á placer en estas sabanas. Tan pronto se les ve pacer tranquilamente formando cuadrilla con los becerros como pasar al trotecillo por delante de la casa sin que nadie los moleste.

Encuéntrase también por estos lados la serpiente cascabel. Aunque no abunda mucho, según me aseguraron, tuve la satisfacción de ver un hermoso ejemplar. Acompañado de un niño de la casa fui cierto día á visitar el topochal que en medio de un vecino bosquecito estaba. Caminaba descuidado por entre dos hileras de plátanos preguntando alguna cosa de agricultura á mi pequeño guía, cuando repentinamente profirió éste un grito aterrador echando á correr hacia atrás. Poco después me mostraba el niño una enorme serpiente como de dos metros de larga, la cual, así que nos vio, comenzó á desprenderse del tronco de plátano donde estaba enroscada. Escuche, padre, las *maracas*, díjome el muchacho entonces. Y efectivamente, durante un breve rato percibimos el extraño ruido del crótalo.

CAPITULO XIV

RESUMEN: Recogida del ganado cerrero—El chimó—Pastoreo del ganado—*Tirada* del ganado al río Arauca.

> A pie ó sobre el caballo, que ha domado él mismo, el llanero, á veces en pelo, casi siempre con malísimos aparejos, enlaza á escape y diestramente el toro más bravío, ó lo derriba por la cola, ó á usanza española lo capea con singular donaire y brío ..
>
> (BARALT)

Si mientras permanecí en la *Erica* no hubiera tenido más recreaciones que las que me proporcionaba la diaria excursión por las márgenes del caño, el aburrimiento más desastroso me hiciera volver pronto á Arauca. Empero, no fue así; en aquellos mismos días debían iniciarse los trabajos de sabaneo encaminados á reunir una partida de novillos para la exportación; empresa titánica que demanda gigantescos esfuerzos y conocimiento profundo de las mañas y resabios del ganado cerrero; empresa donde el típico habitante de las pampas, el llanero, derrocha valor y destreza; empresa, en fin, llena de interesantes episodios.

No sería extraño á estos apuntes hacer una descripción detallada de las diferentes faces que presenta la recogida de ganado, pero traspasaría los límites de este escrito y abusaría quizá de la paciencia de los lectores.

Me limitaré á transcribir las breves notas que hallo en la cartera, las cuales dicen de esta manera:

Día 7. Aún no ha aclarado el día y ya están unos diez y ocho llaneros, que componen el peonaje, al pie de sendos caballos apurando la taza de café que les sirve una *mandanga*....

Poco después veo correr de mano en mano un pequeño objeto raro, incomprensible para quienes no están al tanto de las usanzas de la tierra. Todos meten el índice en la negra cajita y extraen de ella una sustancia pegajosa, negra y brillante con la cual se embadurnan las encías....

—Bravo chimó! refunfuña uno de la cuadrilla.

Desperézanse unos, otros sujetan al fuste las pesadas sogas, que son parte esencial del equipaje llanero y, entre donaires y chistes, montan todos á caballo.

Hora y media después desaparecen en la inmensa llanura.... Son las tres de la tarde. Allá muy lejos se divisan medio esfumadas en la bruma las siluetas de los jinetes formando una figura caprichosa. Desbarátase ésta con frecuencia y vese correr como flechas á dos ó tres bultos que fantasmas parecen. Dícenme que son llaneros que persiguen á los novillos que se desmandan.

Poco después llegan á la casa de la fundación dos hombres que traen una novilla *pegada* á la cola del caballo, novilla que será el almuerzo, la comida y la cena del peonaje, porque cuando el llanero está en trabajos de sabana no prueba bocado generalmente hasta la noche. En cambio no deja pasar dos horas sin untarse encías y dientes con el maravilloso chimó que apaga la sed y mata el hambre; más aún, el chimó le preserva de las insolaciones, así como de los enfriamientos que pudieran sobrevenirle á consecuencia de los repetidos baños en caños y esteros. Todo esto aseguran los consumidores de tan asqueroso artículo.

Mientras que los dos hombres acabados de llegar sacrifican la novilla, van acercándose pausadamente los peones que traen el ganado recogido durante la mañana.

Ya se oye el triste y monótono canto llanero que dulcemente escuchan los salvajes y fieros cornúpetos.... Los cuales son estrechados más y más por los jinetes hasta que logran encerrar á aquéllos en una barrera de carne de caballo.

Distan unos quinientos metros de la empalizada.

De pronto cesa el canto y la masa de carne y *cachos* comienza á moverse en dirección al corral. La velocidad aumenta gradualmente hasta que los peones arman gritería infernal y obligan al ganado á precipitarse dentro de la estacada....

La puerta es pequeña para que por ella pueda penetrar el formidable torrente; así que al ver obstruído el paso, recházanse los novillos de la *culata* y huyen á la desbandada por la llanura....

Y aquí es de verse la destreza del llanero. Excepto tres peones que se quedan á cerrar el *tranquero* ó puerta de la empalizada, los demás corren vertiginosamente en persecución de los fugitivos novillos; cada cual persigue al que le corresponde, según las reglas de la profesión; y una vez que el jinete logra emparejar el caballo con la res bravía, agáchase un poco, toma al bicho por la cola, hiere con la espuela al brioso corcel y con destreza sin igual, con un esfuerzo supremo, derriba al novillo haciéndole voltear sobre el espinazo.

Entonces el llanero echa pie á tierra, amarra la fiera por los remos traseros y vuelve á montar á caballo para continuar la misma faena.

Sobre el fango de la sabana yacen unos veinte novillos bramando de furor. Todos, uno á uno, deben ser llevados de grado ó por fuerza á la empalizada. En efecto, provistos de una gran soga de cuero crudo, acércanse dos peones á la primera fiera que encuentran y después de amarrarla fuertemente por los cuernos y la jeta, la rabiatan á uno de los caballos. La res forcejea por recobrar su libertad nativa, pero el caballo, diestramente guiado por el llanero, clava en el suelo las traseras patas y queda inmoble, dispuesto á aprovechar los ataques del novillo ó cualquier otro movimiento para ganar terreno en dirección al corral. De esta traza, que exige gran caudal de paciencia, van encerrando el ganado fugitivo. En tan laboriosa operación mueren algunos hermosos novillos, que dejan abandonados en la sabana para pasto de las aves de rapiña. Quiébrasele á otro una pata y lo rematan de un machetazo.

Son las seis de la tarde. Los peones se dirigen á hacer

los honores á la novilla asada y al gran sancocho que les tienen preparados.

Y hasta aquí los apuntes.

Los trabajos del día 8 fueron más tolerables. El 9 repitiéronse las escenas del primer día con la añadidura de sacar á pastoreo el ganado cautivo, que llevaba dos días sin comer ni beber. Acampados los peones á unos quinientos metros del corral con una madrina de bueyes y vacas mansas, ábrese el *tranquero*, que es invadido con ímpetu avasallador por las fieras hambrientas de libertad, para dirigirse en confuso tropel hacia la madrina. Al confundirse con ésta, comienza á rebullirse todo el ganado, y da vueltas y más vueltas fascinado por el lánguido cantar de los llaneros.

Poco después avanza á paso lento, custodiado por cinco ó seis peones.

Observé que en el corral habían quedado muertos dos novillos. Nadie se curó de ello ni siquiera para utilizar el cuero.

El día 11 yá estaba encerrado todo el ganado que se pretendía exportar; por consiguiente, dedicóse la mañana al pastoreo y la tarde á traer *atajos* de bestias con el fin de escoger las que debían montar los peones, en su viaje á Arauca y Venezuela. En resumen: trabajaron unos veinte peones durante cinco días para coger cien novillos. De éstos murieron seis á consecuencia del maltrato en la cogida. (1)

Pero ¡cuánto tienen que bregar aún los pobres llaneros para ver sus novillos convertidos en relucientes *morrocotas!* Después de dos ó tres días de continuo caminar por esteros y caños, aguantando soles y lluvias, llegarán con su ganado á Arauca, y en Arauca, al río del mismo nombre. Por este río tendrán que *tirarlo* y acaso perder en esta operación dos, cuatro, seis ó más novillos que se-

(1) Como en otro lugar he de tratar, Dios mediante, de la cría del ganado en Casanare, me abstengo ahora de consignar más pormenores.

rán robados por la corriente como tributo reclamado por los feroces caimanes. Empero, á decir verdad, nada significa esto; los llaneros gozan lo indecible en medio de estos continuos ajetreos capaces de rendir á cualquier hijo de vecino. ¡Con qué gallardía, con qué desenvoltura y desparpajo recorren la población á galope tendido dando órdenes aquí, haciendo provisión de *chimó* más allá, *tomando trago* en cada esquina é invitando á los amigos y aficionados á la *tirada* del ganado al río! Yá se ve en la playa un numeroso grupo de gente curiosa y desocupada esperando con ansiedad la llegada de las reses; yá sube por el río la pequeña flota de embarcaciones ligeras para colocarse ordenadamente en la orilla.... El ganado avanza entretanto, y al ser hostigado por veinte ó treinta jinetes, arrójase al agua en un paroxismo de furor.

El ruido producido por las fieras al caer al río; el chasquido seco y apresurado de los canaletes; los gritos de los llaneros, ora enérgicos, ora blandos y suplicantes; la actitud medio trágica de los espectadores, todo da á la escena una solemnidad tan desusada y original que nunca se borra de la memoria de quien la haya presenciado siquiera una vez en su vida.

El ganado todo cayó al río; sólo se ve la cornamenta y el hocico de las fieras. Las embarcaciones van protegiéndolas á uno de los flancos. Si alguna desfallece, tómanla los remeros por los *cachos* y la conducen á tierra.

De cinco á diez minutos tardan en ganar la orilla opuesta, momentos de ansiedad, de verdadera tortura para los circunstantes.

Pero yá están en tierra venezolana; mañana irán á Guadualito; después, á San Cristóbal; después.... ¡vaya usted á saber dónde irán después!

CAPITULO XV

Resumen: Bellezas del paisaje—Los *chigüires*—El mejor hato de Casanare—*La Pastora*—Matanzas de indios—Cacería de tigre—Desidia de los llaneros—Osos hormigueros.

El mismo día en que los llaneros conductores de la novillada rompían marcha con rumbo á la villa, me trasladé al *Socorro*, uno de los hatos más ricos y mejor organizados de la llanura araucana. Tres leguas lo separan de la *Erica*, distancia que equivale á tres horas de continuo gozar, de positivo placer. Aquí no se ven caños, ni hay que pasar esteros de consideración. La sabana del *Socorro* es bellísima; ni la afean los altos y bravíos pajonales, ni las manchas de enconosos espinos; las únicas especies de gramíneas que en ella germinan forman, durante la estación lluviosa, hermoso tapiz verde, que se transforma en plateado brillante en los últimos meses de verano. Las *matas de monte*, esos oasis deleitosos sembrados por la mano pródiga del Creador en las llanuras casanareñas, á la vez que dulcifican la monotonía de la perspectiva, proporcionan benéfica y refrigerante sombra á la gran copia de ganado caballar y vacuno que pasta en estos sitios. Y para completar cuadro tan primoroso, divísanse por doquiera pequeños esteros de belleza indescriptible, en cuyas orillas hozan y juegan y se zambullen numerosos individuos de la familia de los *cávidos*. (1)

Son éstos del tamaño de un cerdo, de hocico abultado y disforme, cerdas ásperas, negras en unos, en otros coloradas. No tienen cola, sino un ligero apéndice que parece postizo. Ejemplares hay que alcanzan respetable longevidad denunciada por la carencia total de cerdas en la parte superior. Son excelentes nadadores, y cuando son perseguidos se sumergen en el agua por breves momentos. Con estas salvedades, la configuración exterior de ta-

(1) En Casanare llámanse vulgarmente *chigüires*, nombre que corresponde al *hydrochœrus capybara*.

les cuadrúpedos es muy semejante á la de los jabalíes. Y ¡cosa rara! estos cávidos con sus pezuñas y cerdas, con sus colmillos y trompas, en una palabra, con su empaque netamente porcino, son aquí tenidos como pescado para los efectos de la abstinencia que ordena la Iglesia en ciertos días del año! Para estos días dejan cabalmente los llaneros el darse gusto con los *pejes-chigüires*. Cuando la carne está fresca no se puede comer á causa del repugnante sabor á almizcle de que está impregnada, pero aceminada convenientemente constituye un plato no despreciable que puede competir con el del mejor bacalao de Escocia.

Pero lleguemos al *Socorro*, importante propiedad del venezolano D. Víctor Machado. La casa y demás dependencias de este rico hato, que están sombreadas por gentil arboleda y amenizadas por rosales y enredaderas, son de lo mejor que se logra ver en Casanare. Todo el personal destinado al servicio de dicho hato, desde el humilde *pica-cueros* hasta el flamante mayordomo, está admirablemente distribuído entre las múltiples faenas que demanda un buen establecimiento de este género. En todo se observa el orden y aseo apetecidos. A más de treinta mil reses mayores y siete mil caballos calcúlase que asciende el ganado «socorrano,» cálculo únicamente basado en el número de novillos que se exportan cada año. Y eso que la mortandad durante el verano ó estación seca es aterradora; por dondequiera se ven esqueletos; y la causa no es otra (las más de las veces) que la sed y el hambre. De esta mortandad se originó el dicho tan celebrado en algunas regiones de Boyacá, de que en Casanare abunda tánto el ganado que lo matan para tan sólo aprovechar el cuero.

No más que un día permanecí en *El Socorro*, porque el 13 tuve que seguir á otro hato, *La Pastora*, para bautizar algunos niños é impartir los consuelos de nuestra sacrosanta religión á varios enfermos que se hallaban en el último trance de la vida.

Conservando siempre á la derecha la montaña y caño del *Socorro*, me encaminé con el guía hacia *La Bendición*, que es el nombre de otra finca de semovientes que demora á la mitad del camino que á *La Pastora* conduce (1). La casa de este hato es la antítesis de la del *Socorro*. Un sórdido rancho de los más miserables que por aquí se gastan, hállase en medio de esta rica posesión que bien puede tener (según dicen), de quince á veinte mil cabezas de ganado. Esto no llama la atención en Casanare, como tampoco la llama el ver vivir y morir en la miseria, sin más comodidades que las que puede disfrutar un *goahivo*, á sujetos que poseen una renta anual de ocho á diez mil pesos en oro.

Pero bien; desde *La Bendición* se alcanza á distinguir la casa de *La Pastora;* sólo dos leguas dista la una de la otra, y la inundada sabana que los separa se extiende uniforme hasta la ribera del Lipa. Pequeña, insignificante es la distancia, pero á más de ser terreno anegado hay que pasar tres ó cuatro caños que espantan con su fiereza é interrumpen la marcha más de lo que uno quisiera. ¡Vaya que sí espantan! Muchos deseos tenía de ir á *La Pastora*, pero á fe que no me hubiera mojado el pellejo en el último caño que pasámos de no estar de por medio la necesidad imperiosa de los enfermos que me reclamaban; porque no se trataba solamente del consabido baño, sino también del frío medio temeroso que se siente al ver muchos caimanes en un río que es necesario pasar á nado. Y lo sentí á pesar de haberme asegurado el *baquiano* que el lagarto ese «no *barajusta* á la gente de á caballo...»

La Pastora es el último hato que se topa por la parte

---

(1) Yá que repetidas veces sale á colación el vocablo éste de *caminos*, bueno será hacer notar que en los llanos llámase generalmente *camino* á la línea imaginaria que une dos puntos conocidos El camino lo hace el viajero, orientándose ya por medio de caños ó ríos, ya por *matas de monte* ó por los grandes bosques que en esta región cierran casi siempre el horizonte visible.

occidental de Arauca, no muy lejos del río Lipa, lindero que separa los bosques, sabanas y florestas de los indios goahivos de las posesiones de los blancos. Las sabanas son frescas y nutritivas como lo demuestra la excelente calidad del ganado que en ella se cría; pero por lo mismo que son colindantes con las no *cautivas* ó bravías, tienen los inconvenientes propios de éstas, á saber: las frecuentes incursiones de los indios, quienes asaetean y malogran no pequeño número de reses (1) que estiman de su propiedad; los caimanes, que pululan en tales lugares y se comen hartos becerros cuando éstos atraviesan los caños en busca de pastos; los tigres, finalmente, que llevan su insolencia hasta el punto de descuartizar las reses mansas que pasan la noche amarradas al rededor de la casa.

La cual es entre merced y señoría: ni tan elegante y espaciosa como la del *Socorro*, ni tan menguada y roñosa como la de *La Bendición*. El sitio que ocupa muy poco la favorece; asédianla por una parte el bosque y por otra varios esteros de consideración, dos cosas muy diferentes entre sí, pero que se aúnan admirablemente para arrojar sobre la, casa ejércitos invencibles de zancudos tan crueles como porfiados. Ni vale el que todas las noches se fortifique y defienda la casa rodeándola de numerosas hogueras alimentadas con panales de comején; los tales mosquitos parece que se deleitan aspirando el denso humo que semejante combustible produce. No hay plaga tan feroz y endemoniada. Lástima da ver cómo se acurrucan y se duermen junto á las hogueras, casi chamuscándose el pelo, los tiernos becerrillos!

Fuera del principal objeto de mi excursión á *La Pastora* (que fue, como queda declarado, administrar los últimos auxilios de la Religión á varios enfermos), me llevó

---

(1) No se trata únicamente de dos ó tres cabezas que necesiten para matar el hambre canina que con frecuencia devora á los indios. Como no tienen otras armas que el arco y la flecha, para matar una res hieren á varias, que suelen morir á los pocos días.

allá otro móvil que me llenaba de contento el alma sin dejarme sentir gran cosa la pesadez del camino, y era la probable visita á los indios goahivos que merodean por estos lugares. Fama llevan los de Cuiloto y del Lipa de ser muy numerosos y bravos. Más aún, habíaseme asegurado que frecuentaban *La Pastora* con el fin de cambiar las pelotas de cabuya que son su única industria conocida. Al llegar al hato quedé un tantico contrariado cuando supe que los goahivos no salían yá como antes, desde que cierto día (dos meses atrás), los habían corrido á balazo limpio, resultando de esta agresión injustificada que los indios estaban furiosos contra todo blanco.

Es decir.... la escena de siempre, escena que viene repitiéndose hace siglos: hostilízase á los pobres indios, mátanlos como á fieras, y los que escapan á la muerte.... *se ponen bravos, rencorosos*.... por lo cual es preciso acabar con ellos! Hoy como ayer se repiten los mismos hechos con no menos lujo de crueldades; ayer los ejecutaban.... *sed de hoc postea*.

Con tales preámbulos comprenderáse fácilmente el aprieto en que me vería para encontrar *baquiano* que me guiara á la *goagivera*, como por aquí dicen, no obstante mis repetidas protestas de que conmigo nada malo les acontecería. Pero en fin, por doquiera hay su legua de mal camino, dice un refrán castellano. Tratando de obviar estos inconvenientes, idee un ardid que bien merece se me perdone. Todas las noches percibíamos desde la casa el horrísono bramido del tigre, no obstante que en los últimos meses habían sido matados una docena de hermosos ejemplares (cuyos cueros estaban á la vista) en otras tántas cacerías.

En un gran bosque que orilla la margen izquierda del Lipa se oía el *ou* retemb'oroso del fiero *onca*. ¿Por qué no ir allá en són de cacería? Y conseguido esto, que no me parecía dificultoso, ¿no encontraríamos á los indios en las costas del mencionado río? Muy probable era que

sí, porque todas las noches veíamos las hogueras que ellos suelen encender para ahuyentar la plaga de zancudos. Nada; organícese la cacería, y una vez que estemos en la goagivera Dios hará lo demás.

Estos ó semejantes discursos (por más disparatados que parezcan) los comuniqué al Dr. Forero, dueño de *La Pastora*, quien los aprobó en todas sus partes, por ser complaciente y amable. Entonces él mismo comenzó á disponer la cacería para el día siguiente convocando á los peones del hato, á fin de proponerles mis antojos en lo concerniente á la cacería, pues á los indios me cuidé muy mucho de no mentarlos para nada porque no convenía. Recordóles la promesa que les tiene hecha en casos análogos, á saber, que aquel que primero disparara ó lanceara al tigre sería gratificado con la suma de veinte pesos en plata; los acompañantes recibirían cinco. Finalmente ofreciéronse cinco llaneros quienes se largaron inmediatamente á prevenir la *morocha*, lanzas y caballos.

Amaneció el domingo (no tan presto como yo deseaba), y al rayar el alba ó poco más, yá estaba despachándome del Oficio Divino y demás obligaciones perentorias. Ni me pasó por las mientes el que pudiera calentarnos el sol en la casa del hato, como sucedió en efecto.

Mas al fin salímos. Rompían marcha los peones caballeros en sendos potros cerriles, seguidos de la jauría. El Dr. Forero y el que esto escribe partímos poco después. Tôdos nos dirigíamos á Mata de Casanare (1), que es un espeso bosque de más de dos leguas de circunferencia, que suelen frecuentar los indios.

Y aconteció que no bien habíamos caminado una hora cuando inesperadamente toparon los perros con un grupo de venados, y á pesar de que en el primer acometimiento lograron alcanzar y descuartizar puntualmente á

(1) Casi no hay en Casanare bosque ó mata de monte, por insignificantes que sean, que no tengan su nombre particular; lo cual ayuda no poco para precisar puntos y distancias.

uno de los cornúpetos, la jauría continuó la persecución de los restantes, hasta que perseguidores y perseguidos desaparecieron por entre la maleza lejana; de lo que después sucedió no puedo dar cumplida noticia.

Entretanto llegámos á *Mata de Casauare*, cuyo contorno está materialmente cubierto de las osamentas de reses sacrificadas por los tigres.

Los peones miran con sumo recato por todos los lados del bosque para encontrar alguna señal cierta de que está la fiera; y en efecto, luégo me hacen ver una numerosa *zamurada* (algunos cientos de zamuros ó gallinazos) que revolotean sobre ciertos árboles de la espesura. Debajo de aquella mata, me dicen, tiene el tigre la presa que cazó anoche.

No hay más que hacer sino ordenar la gente y entablar la lucha.

Echan pie á tierra en un extremo del bosque y aseguran los caballos. Dispónense en este orden: primero el que lleva la morocha ó fusil; á los lados de éste, dos lanceros; finalmente cierran la marcha, haciendo apretado grupo con los precedentes, los otros dos hombres armados también de sendas lanzas.

De esta traza internáronse en el bosque....

¡Con qué impaciencia, con qué desasosiego esperaba yo el primer disparo de la vieja morocha para lograr ver y palpar y clasificar á la gran pantera, al jaguarete, al *leopardus ouca*, que tales nombres pertenecen al sanguinario tigre, rey de las selvas americanas! Yá me parecía tocar su luciente y sedoso pelo de manchas negras y rojas....

Y entretanto ¿qué se hicieron los desventurados goahivos? ¿Era yo cazador de fieras, como los llaneros, ó cazador de almas como cumplía á mi ministerio? Bien sabe Dios que entre estos dos extremos optara yo de buen grado por el último, pero no me estaba reservado este contento indecible. ¿Y acaso lo merecía? Cinco días estuvo por estos mismos sitios un acabado modelo de misione-

ros, el M. R. P. Fr. Manuel Fernández, actual Provincial de P. P. Candelarios; cinco días estuvo, repito, bregando de caño en caño, de estero en estero, de selva en selva, sufriendo todo linaje de penalidades y desafiando los rigores de una naturaleza bravía é inexplorada, con el solo objeto de encontrar á estos mismos indios y ganarlos para Dios (1). Indudablemente que este mismo Dios bondadoso guiaba los pasos del celoso misionero, ¿pero acaso fueron hallados los erráticos indígenas? ¿Y por qué prometerme yo encontrarlos tan de bóbilis, bóbilis?

En tales discursos divagaba mi imaginación cuando, triste y afligido, regresaba á la casa del hato.

No abandonaremos á *La Pastora* sin antes hacer notar un fenómeno inexplicable para quienes no son conocedores de las usanzas rutinarias del llano. La región araucana es acaso la que más ganado mantiene (hablo, por supuesto, de Casanare) en sus fértiles sabanas. Ahora bien, ¿quién creerá que en estos lugares es muchas veces más fácil conseguir una lata de leche condensada extranjera que un vaso de leche fresca? La causa de este fenómeno (digan lo que quieran los llaneros), no es otra que la pereza, el abandono, la rutina. Así lo observé en *La Pastora*. En este hato es el ganado tan cerril y bravo como el que más, lo cual no impide que tengan siempre la leche suficiente para el consumo de la casa y aun para hacer quesos. El método empleado para amansar las vacas es sumamente sencillo. Escogidas las vacas de mejor porte, llévanse á la casa á fuerza de soga y amárranse fuertemente á un poste. El primer día (y aun el segundo en muchas ocasiones), las reses no comen ni beben de puro bravas; pero llega el tercero y el hambre las domeña y hace tratables por regla general. Si alguna persiste en su terquedad, suéltese inmediatamente porque de lo contrario pere-

(1) Véase *Apuntes para la Historia*, del R. P. Fr. Santiago Matute. Vol. I, pág. 237 y sig. Expedición á Cuiloto.

cería. Este es el método que emplean en *La Pastora* y que podrían imitar, si quisieran, en todos los hatos.

Como mi permanencia en *La Pastora* no tenía razón de ser, toda vez que habían fracasado mis proyectos de visita á los goahivos, me restituí á Arauca, empleando en ello dos días, sin más incidentes que el fortuito encuentro de un oso hormiguero que nos proporcionó no poco divertimiento.

—Padre, un *joso*, díjome el práctico, señalando algo que yo no apreciaba lo bastante para saber de qué se trataba. Un *joso* hormiguero, repitió deteniendo el caballo.

Así era efectivamente; y lo teníamos tan cerca que bien hubiéramos podido enlazarlo con la jáquima. El bicho no se asustó con nuestra visita, y cuando le arrojábamos la soga, se alzaba con gran prosopopeya sobre las patas traseras y extendía las manos como para mostrar sus uñas largas y encorvadas como púas de rastrillo.

El oso hormiguero (*tamandua tridactyla*) es de color pardo y tiene el hocico largo, cuello grueso y cola prensil. El único ejemplar que he visto (del cual trato), mediría unos ochenta centímetros de largo. Parece que es animal inofensivo, según me aseguraron, pero el historiador Fr. Pedro Simón (*Noticias historiales*, etc., Seg. Part.), refiere que habiendo el capitán Juan Tafur atravesado con una lanza á un oso de este género, fue tan grande la sacudida que dio éste, que quebró la lanza por medio; y con la rabia y coraje en que se encendió este animal, al verse tan mal herido, dio un salto hacia las ancas del caballo, y clavó las uñas en las ancas, quedando tan prendido que no pudieron desprenderlo las muchas coces y corcovos que dio el caballo. Gracias al compañero que tenía el capitán no murió en las garras del oso. Matáronlo, finalmente, y sirvió para saciar el hambre canina de sus compañeros de armas.

CAPITULO XVI

Resumen: Excursiones de los misioneros—Visita á Guadualito (*Periquera*)—Lo que oí en mi posada—Aventuras de un borracho—Cómo entienden y practican la religión—Ignorancia religiosa—Qué hice en Guadualito—Una buena vieja—Un tipo de mala catadura—Cementerio de Orichuna—Descripción del caimán.

Trabajo ímprobo, onerosísima carga para el misionero de Casanare son las continuas visitas ó apostólicas excursiones que frecuentemente debe practicar á pueblos ó vecindades que distan no pocas veces más de veinte leguas del asiento de la misión. Ocupado en administrar los sacramentos del bautismo y la penitencia, presenciar los matrimonios que ocurren y sembrar la semilla de la divina palabra en corazones más ó menos dispuestos, pasan días y dias sin que el fatigado operario de la viña del Señor pueda volver á su querida residencia, que más amable y deseada se hace cuanto más se tarda en volver á ella; al fin, como lugar que es de relativo sosiego (que ameno jardín parece), gracias á los continuos y solícitos cuidados que le prodiga el misionero.

Y si esto acontece en cualquiera misión de Casanare, en Arauca de manera singular; porque no se limita la acción benéfica de los misioneros al territorio que tienen asignado en los llanos colombianos, sino que además se extiende á la vasta región venezolana bañada por los ríos Arauca y Apure.

En confirmación de esto, algo pudiera decir de la gigantesca expedición realizada por el P. Bruno Castillo (comenzada poco después de mi vuelta de *La Pastora* y finida en el mes de febrero del año siguiente, expedición en la cual recorrió los pueblos de La Trinidad de Apure, El Viento y Palmarito y cuantos hatos y fundaciones demoran en esas latitudes, en una área de algunos cientos de leguas cuadradas (1); pero lo dejo para el capítulo que

(1) Poco antes, en pleno invierno, había salido el mismo padre Misionero hasta cerca del Meta.

tratará exprofeso de las jiras apostólicas de los misioneros, frutos recogidos, etc. etc.

Pláceme ahora tan sólo hacer algunas remembranzas del viaje que efectué á Guadualito en los últimos días de marzo y primeros de abril, poco antes de mi regreso definitivo á la Cordillera.

Era el 28 de marzo cuando me trasladé á *El Amparo* después de la forzosa faena de embarcarme en el río y pasar abordada la bestia en que cabalgaba. En poco más de tres horas me apersoné en Guadualito en compañía del señor Gobernador civil del Distrito Páez, dentro de cuya jurisdicción debía ejercer el sagrado Ministerio.

Guadualito, por mal nombre *Periquera*, es uno de los pueblos más importantes del Alto Apure, bien se le considere desde el punto de vista histórico (en cuyo caso resalta la figura del León de Apure con sus legendarias hazañas), bien se atienda al importante papel que ahora desempeña en el movimiento comercial de esta región, y señaladamente en la industria pecuaria, base de todo negocio en el llano. Es cabecera de distrito, y, por consiguiente, asiento del Gobernador, quien tiene á sus órdenes una pequeña fuerza armada para meter en cintura á los numerosos venezolanos asilados en Arauca, ó quizás, quizás para aparentar tener la supremacía sobre esta villa que carece en absoluto de guarnición.

Si sus edificios no fueran de construcción ligera, techados con palma ó con zinc; si no tuviera á sus puertas un gran río navegable como el Apure (tributario del Orinoco); si en los patios de las casas no se alzara elegante la gentil palmera de cocos; si no se vieran, finalmente, en sus calles y linderos las consabidas cercas y empalizadas y *mangas*, ya de bambú, ya de alambre con púas (fortificaciones que denuncian al ganado); si en Guadualito, repito, faltaran estas condiciones, sería un pueblo fenómeno, una población indigna de ocupar lugar en la llanura, una cosa así como un canto rodado de las empinadas crestas

de los Andes. A esto se deberá quizá que, á *Periquera* no le falta nada de lo enunciado.

Pero no tiene iglesia; y no la tiene porque carece de sacerdote. En época no lejana Guadualito poseía su iglesita, si no muy bella y espaciosa, al menos lo bastante para cubrir imperiosa necesidad. Y ¡qué triste es un pueblo sin iglesia! ¡Qué recia cosa para el misionero hallarse en una población de relativa belleza y tener que ejercer las funciones más augustas de su Ministerio, ora en una pieza desaseada, llena de sabandijas, ora en una casa donde la virtud es un escándalo y los venerandos misterios de nuestra religión, objeto de mofa y de ludibrio!

No es esto lo que comúnmente sucede en Casanare, ni aun en los pueblos y hatos del Alto Apure; pero de todo hay en la viña del Señor.

El Gobernador del distrito ofrecióme galantemente su casa para los días que permaneciese en Periquera y ordenó que aderezasen la sala que en sus sesiones periódicas ocupa el Consejo Municipal, á fin de que me sirviera de dormitorio á la vez que de capilla donde ejerciese mi Ministerio.

La pieza en cuestión hace parte de la casa en que habita cierto sujeto que mantiene constantes é indisolubles relaciones con toda *materia espiritual*, bien se llame aguardiente, brandy, ron ó marrasquino; que así debo decirlo (Dios me perdone) para ir bosquejando algún cuadro de costumbres....

Digo, pues, que á prima noche del día de mi llegada, cuando aún el cansancio del viaje me hacía rebullir en la hamaca, noté que de la contigua pieza salían voces en progresión ascendente....

¿Tendremos chamusquina? dije para mí un tantico mal humorado.

Y á fe que no juzgaba temerariamente al suponer que el dueño de la casa, el señor N....estaría poseído de los *espíritus!*

Al principio todo se redujo á filosofar con más ó menos calor; pero en un periquete, cosa frecuente en los borrachos, cambió de conversación y dirigiéndose á un su compadre que casualmente allí estaba, le decía aludiendo al misionero vecino:

—¿Este padrecito?... (.....) Yo sí creo en Dios y adoro su providencia.... Esto es bello y sublime, caramba! Pero creer en esto de bautismos y en esas *supersticiones* que nos decía el padrecito.... eso para los tontos. Los curas!... ¡Buenas jayacas! Yo lo tengo en mi casa por compromiso; por puro compromiso. ¿No sabe, compadre, que esta pieza es del Concejo? (Silencio profundo.... El compadre debía de estar bostezando). En mi tierra conocí yo á un curita....¡ah! hombre de tomar! ¡Qué palos se pegaba!

El compadre, llanero que no participaba por ventura de las *opiniones* que *emitía* don N....protegidas con regüeldos, trató de zafarse de semejantes sandeces cogiendo las de Villadiego. Pero el casero se interpuso:—Echemos otro palito de ron, compadre.—No bebo más, compadre.—El último.—No más, compadre.—Usted me desprecia; yo soy pobre, pero delicado!

Y comenzó la gresca.

A poco rato no se oían sino gritos é insultos los más gruesos y escandalosos.

El de la casa tomó finalmente un revólver y dirigiéndolo á su propio pecho, increpaba soezmente á su compadre: —Dispára, dispára, cobarde, que te vas á hacer famoso borrando de la vida á una persona de importancia; dispára, si no yo mismo me meto las cinco *pepas* en el cuerpo para acabar de una vez con la miseria que me atormenta; dispára!...

Hubo un momento de lucha: la visita abría la puerta, pero don N....asíala fuertemente para impedir la evasión de aquélla.

Cuando me disponía á pasar á la pieza en que se ha-

llaban los contendientes, sonó un tiro de revólver. El proyectil, después de atravesar la pared de bahareque, vino á caer junto á la hamaca que acababa yo de dejar.

Pronto se presentaron los de la policía armados de sendas carabinas, los cuales, no bien fueron vistos por el furibundo don N.... abandonaron el campo, huyendo del afilado machete que les mostraba este señor. El revólver ya estaba en mi poder.

¡Y con qué autoridad, con qué elocuencia apostrofaba el compadre N.... á los celosos y *valientes* guardianes del orden!—Policías á mi casa? ¿policías violando el sagrado recinto de mi hogar?...

Poco después aparecieron de nuevo los policías, pero no tres como antes, sino triplicados; y no venían á poner al borracho en el cepo, sino á llevarme á casa del señor Gobernador; que en Periquera no hay gente que pueda entendérselas con sujetos del calibre de don N....

Y me separé con pesar profundo de aquella desventurada familia, víctima, como tántas otras, de los vicios del jefe de ella.

—Ó me caso mañana con otra mujer, ó me pego un tiro: tales fueron las últimas palabras que oí pronunciar á don N.... cuando salía de su casa; dilema que la esposa, á quien iba dirigido, escuchó como una frase tragicómica salida de los labios de un borracho.

¿Creerá quien esto leyere que la escena bosquejada fue única en los días que me detuve en Guadualito? En esta población, como en tántas otras, la llegada del misionero, un bautizo, un entierro de párvulo, un matrimonio son otros tantos motivos indiscutibles para armar marimorenas y bailes y darse á la borrachera y al Patas: para todo lo malo. Es muy natural: el misionero está en su residencia habitual. Llega un propio con una carta, que puede ser del Alcalde ó del Jefe civil ó de algún amigo de fiestas. En ella se le exige al padre que vaya al pueblo A.... donde le están esperando varias parejas que desean casar-

se según lo manda y ordena la Iglesia nuestra madre; los niños están ya coleando toros y novillos sin haber sido bautizados; los adultos todos quieren reconciliarse con Dios por medio de la Penitencia....

—Y bien, pregunta el padre al mensajero, ¿ya tienen todo listo?

—Sí, *señor Padre;* cuando yo salí del pueblo, acababan de llegar los bueyes con el aguardiente (!¡).

¡Aquí de la frase aquella tan expresiva cuanto manoseada: HUELGAN LOS COMENTARIOS!

No quisiera dar á entender con esto (y ya lo advertí en otra ocasión), que los llaneros son un hato de gente perdida. Dios me libre de semejante despropósito. Los llaneros no son malos ni siquiera indiferentes; el rescoldo de la religión lo tienen envuelto en cenizas; envíeseles un misionero que more continuamente entre ellos; él removerá ese fuego, ese rescoldo, y lo verá pronto convertido en lucientes llamas.

¡Ah! ¡si posible fuera decirlo todo!... En Casanare, como en los llanos de Venezuela, no escasean las almas sencillas, inocentes, puras, candorosas, que no conocen la malicia del pecado y que conservan durante toda la vida aquella delicadeza de corazón privilegiado que sólo se ve en el retiro del claustro. Empero ¡triste suerte la de ellas! ignoran las nociones más elementales de nuestra sagrada religión. Saben juntar las manos y elevar los ojos al cielo, pero nunca han llegado á aprender el símbolo de la fe, ni el Padrenuestro ni el Avemaría. ¿No acontece muchas veces que al llegar el misionero á una casa, á un hato, y comenzar el santo Rosario en honor de la Reina del cielo; no acontece, repito, que no haya en toda la numerosa familia quien responda á la salutación angélica? Pero basta.

—¿Que si tuve mucha ocupación en Periquera?—No faltó por la misericordia divina.—¿Bautismos?—Unos cuarenta, más que menos.—¿Confesiones?—Tres, y esto porque estábamos en los últimos días de la santa Cuares-

ma.—¿Pero sí presenciaría muchos matrimonios?—Siento decirte, caro lector, que no presencié ninguno. En esta parte de Venezuela las autoridades civiles casan y descasan á destajo; al misionero solamente lo necesitan para esto cuando alguno de los *amañados* está en peligro de muerte.

Acompañado de un tachirense patojo que me servía de guía, salí de Periquera el día 5 de abril. Bautizando aquí, oyendo relaciones de espantos allá y á cada paso descansando en gracia de mi averiado acompañante, pude recorrer todo el vecindario de Páez y pernoctar en el de Orichuna, en una casita *soropada*, habitada por una buena vieja postrada en cama. En este mismo rancho, que está oculto por una espesa *mata de monte*, refugiáronse los padres misioneros de Arauca en aquellos tristes y azarosos días de revolución. Aún me refería la excelente vieja, entre sollozos, los sufrimientos y privaciones de los padres y la manera prodigiosa de que se valió el Señor para favorecerla con los auxilios de nuestra sagrada Religión.

Ella estaba gravemente enferma, y pedía á Dios que no la dejase morir sin Sacramentos.... Pero los padres misioneros estaban presos en Arauca.... ¿Qué hacer? Sin pensar que podría morir en el camino (distaba de Arauca cuatro ó cinco leguas) dispuso que la trasladasen al pueblo en una hamaca.... Todo estaba dispuesto para cumplir su piadosa resolución, cuando hé aquí que aparecen por la sabana los deseados misioneros.... Entonces, terminó la buena vieja, no quiso Dios que yo muriera, pero me parece que no salgo de ésta.

Así sucedió en efecto: á los pocos días de mi regreso á Arauca tuve noticia de la envidiable muerte de esta felicísima vieja.

Después de conversar un rato con la dueña de la casa salí á visitar á las diversas familias avecindadas á orillas del caño de Orichuna. En uno de los ranchitos encontréme de sopetón con cierto sujeto extraño. Su vista me

turbó, porque estos solitarios paisajes no suelen ser frecuentados por personas de aquel porte. No vestía la camisa por fuera de los pantalones, como es usanza en la tierra; ni tampoco iba *en cuerpo*, esto es, con franela y calzones por toda vestimenta (que también así andan los llaneros), sino que estrenaba saco y pantalones de *manta*, y ambas prendas tan holgadas que seguramente no tendrían rival en el baratillo donde fueron adquiridas. Tendría sus cincuenta: cabello, más bien que blanco, entreverado; facciones, vulgares, muy pronunciadas; su hablar, tosco y afectado....

—¡Venerable! Soy feliz al ponerme á la orden del Venerable!

Así fue el saludo que me endilgó antes de sobreponerme del susto. Se me presentó luégo con el nombre de «doctor Cariaco, médico por las Universidades de Bogotá y Caracas»; y en cinco minutos me dijo algo más de lo que yo hubiera deseado saber. Por ejemplo, díjome que él era homeópata y que por sólo hacer bien á aquellas gentes infelices había venido á los llanos de Venezuela con dos baúles de medicinas que le importaban unas seiscientas *morrocotas*. Parece increíble, Venerable, lo que cuestan los medicamentos en el extranjero!

Esto me dijo invitándome á mirar dos bultos liados con media arroba de cabuya.

—¿De manera que todo eso es glóbulos?

—Le diré, Venerable....

Hasta el día de hoy estoy esperando contestación á mi indiscreta pregunta; porque sucedió que el *baquiano* patojo terció inoportunamente en el debate y, encarándose con el doctor, díjole sin rodeos ni circunloquios: —Atienda usted, ¿no estuvo usted viviendo en el pueblo de X....? (1).

—Sí, estuve allí algún tiempo.... ¿pues?

---

(1) X.... es una población venezolana fronteriza de Colombia.

—¡Ya decía yo que lo conocía á usted! ¿Pero entonces no era usted doctor!...

—Ciertamente, fue después cuando hice mis estudios....

—Venerable, ¿me hará el honor de aceptar una copita de vino?...

.....

Al siguiente día, á las cinco y media de la madrugada, hallábame bendiciendo el cementerio de Orichuna.(1) Asistían al acto religioso todos los moradores del vecindario. ¡Con qué recogimiento, con qué devoción estaban aquellas gentes!

Por más que el Dr. Cariaco había salido en la noche anterior para *Periquera* con el fin, según manifestó, de comprar algunos medicamentos, quiso hacer un esfuerzo para presenciar dicha bendición; y en efecto, al terminar el acto apareció montado á caballo. Al punto me suplicó que le permitiera cantar un responso que él pagaría.... y sin más comenzó á toser, escupir y berrear como no puede calcularse. Y más, terminado el responso, excitó á los presentes á que encargaran más responsos, que él los cantaría con la mayor solemnidad posible; pero como aquel mismo día tenía que llegar yo á Arauca, advertíles que lo haríamos en otra ocasión más oportuna. Terminó la función ponderando el doctor el gran poder de las almas del purgatorio y dándome el estipendio de una misa para que las benditas ánimas le ayudasen á curar sus enfermos.

(1) Tal vez será oportuno rectificar el concepto que del *cementerio* de Orichuna se habrá formado el lector. La inmensa mayoría de los habitantes de Casanare, que viven fuera de los centros de población, dan sepultura á los restos humanos sin poner el hecho en conocimiento de las autoridades civiles ó eclesiásticas. El lugar donde se verifica la inhumación varía según la piedad de los deudos ó el interés de los enterradores. En la llanura es muy común practicar la inhumación en el solar de la casa, si el cadáver es de párvulo; si de adulto, en el bosque, ó bien en una *mata de monte*. En la cordillera la hacen á la vera de los caminos.

Que estas prácticas semisalvajes dan margen á multitud de crímenes es cosa que se cae como fruta madura.

Ignoro el efecto que causarían estos actos de piedad en el ánimo de su clientela; pero alguien me dijo que el doctor pedía adelantados sus honorarios y que ningún enfermo se alentaba.

Las siete serían cuando emprendímos marcha camino de *El Amparo*, y si no hubiera sido por un pequeño extravío que sufrímos, llegáramos en dos horas al término de la jornada. El *baquiano* había alquilado un burro tan *trochador* que era maravilla verlo correr, y corriendo fuimos á dar al río Arauca, una legua más arriba de donde está la embarcación. Y á fe que estuvo bien empleada la pérdida, porque llegámos á tiempo que unos indios estaban peleando con un enorme caimán. Y «vi muchos lagartos grandes, tan gruesos en el cuerpo como un becerro.... Yo me acerté á matar el primero que se mató y vi que le echaron más de diez lanzas que ansí como daban en él saltaban como si dieran en una peña y después un criado mío fue por través del y atravesóle una lanza por medio del cuerpo, y ansí lo matamos; y muerto y sacado á tierra hallámos que tenía por cima del lomo, que le tomaba desde el pescuezo hasta la cola una concha que lo cubría todo, que era tan fuerte que no había lanza que la pasase; y debajo de aquélla que era desde el medio cuerpo abajo hacia á la tripa era como otros lagartos, y por aquella parte tenía la lanza atravesada. Tenía tres palmos de boca y por cada parte dos órdenes de dientes los más fieros que jamás vimos yo y los que conmigo estaban, aquél se desolló y comió su carne, era blanca y gentil, olía á almizcle; era buena de comer....» (1)

Así hablaban del temible sauriano los conquistadores españoles.

---

(1) *Suma de Geografía del bachiller Martín Fernández de Enciso.* (Acosta, pág. 283).

CAPITULO XVII

Resumen: Aspecto de Casanare en invierno y en verano—Los *cafuches* ó marranos de monte—Atropellos de los goahivos—Represalias—*El Deleite* y *El Palital*—Tenebrosa noche en claro—Caminando al azar—Penalidades y consuelos del misionero.

Dicho queda en alguna ocasión que el aspecto de Casanare (singularmente el de la llanura), produce sensaciones opuestas, según se le considere en la estación de las lluvias ó en la que se llama verano. No, no puede preciarse de conocer á Casanare quien lo ha visitado únicamente en cualquiera de las dos estaciones: si en invierno, podrán ponderarse los grandes y numerosos ríos, los profundos caños, los interminables esteros, la lozanía de las sabanas, la gordura del ganado; si en verano, poco de esto podrá decirse, porque los ríos, si bien aumentan en belleza, ven minorado su caudal de aguas; los caños y esteros, ó se agotan por completo, ó sólo conservan alguna que otra charca cenagosa y corrompida donde vive hacinada toda la fauna de la región; las sabanas quedan agostadas, tórridas, como si por ellas hubiera pasado el *simoum* devastador; la vegetación sólo prospera á orillas de los ríos; aquellos millares de reses tan altivas y lucidas en invierno, tórnanse apocadas y endebles durante el verano y mueren á centenares en las orillas de esteros pestilentes.

¿Quién que haya permanecido algún tiempo en Casanare no ha sido víctima de desilusiones y desengaños en esta parte? Trátase de un *guate*, de un *reinoso* que, ya declinando el invierno, viene con ánimo de establecerse en estos lugares. Después de recorrer gran parte del llano, resuélvese á edificar su casa en un paraje encantador: orillando tupido bosque de media legua en cuadro, corre un cañito que enloquece; allí tiene terrenos fértiles para la agricultura, pastos para el ganado, madera y palmas para edificar la vivienda. El nuevo colono estímase feliz, como

si el paraíso, por nadie hallado, hubiera descubierto. Mas ¡oh dolor! un compasivo llanero le advierte que el sitio por él adorado, no es muy *al propósito* para *fundarse:* el fantástico riachuelo quedará seco en el mes de enero y ni el colono ni su futuro ganado tendrán con qué apagar la sed; el agua más próxima queda á cinco leguas, gracias á un aljibe nauseabundo que tienen en el vecino hato....

Y si el novel emigrante se traslada al llano durante el verano, hallará lugares quizá más encantadores; pero la verde sabana se transformará en estero, y el cañito, en río gentil que dignamente hace la corte al pomposo Meta.

¿Cuándo iba á sospechar yo, que había recorrido casi á nado algunas sabanas de Arauca, que en estas mismas estepas había de estar á punto de perecer de sed? Pero lo vi y lo palpé al verificar el viaje de retorno á la cordillera en los últimos días de abril y primeros de mayo, cuando ya comenzaban á descolgarse los primeros aguaceros del invierno.

El cual viaje será objeto del presente capítulo, último de esta serie de excursiones, que decir más, por ahora, acaso fuera insigne gollería.

Descrita queda en los capítulos 7, 8 y 9.... la ruta que llevé cuando de Támara me dirigía á la región araucana, Tame, Macaguane, Banadía, El Totumal, Arauquita.... son nombres que no se borran fácilmente de la memoria de quienes por esos parajes han discurrido. Si por el mismo camino me hubiera restituído á los cerros tamareños, ahorrárame sin duda las presentes líneas; mas no fue así. Ante mis ojos aparecieron nuevos horizontes: primero, las sabanas solitarias del Cravo y el Casanare con sus medrosos y fantásticos paisajes; después, el Limbo, el Puerto, Corozal y otros lugares ya conocidos.

Estamos en marcha. Cuatro individuos formámos la caravana: un santandereano perdonavidas, dos guías bisoños y el que escribe. Vamos camino del Socorro, sin temor de caños ni esteros que nos atajen. Apenas encontrá-

mos uno de los primeros que mantiene algunos pozos en cuyas pestilentes aguas se zambullen centenares de *chigüires* que forman algarabía regocijada. Los guías y el santandereano, de buen humor y talante, á fuer de guates empedernidos, arremeten, cuchillo en mano, contra la numerosa colonia de cávidos, estimándolos *cafuches* ó marranos. Los mamíferos, rabiosos, defiéndense por un rato, pero al fin huyen á la desbandada dejando sobre el campo á tres de sus compañeros. El perro del santandereano persigue á la estúpida cuadrilla, pero queda tan mal parado que nos obliga á intervenir cuando ya le habían quitado sobre media libra de cuero y lomo.

Nada diré del Socorro, ni de las muchas reses que en sus inmediaciones vimos momificadas, víctimas del hambre ó la sed unas, otras de la peste.

Al día siguiente, sirviéndonos de norte los árboles y palmeras que se destacan, cual avanzadas, de las grandes montañas, nos dirigimos hacia *El Negro*, único hato existente por estos lados. Los dueños de esta finca hallábanse sobresaltados por los indios goahivos. Pocos días antes de nuestra llegada se acercaron al hato estos bravos indígenas y arrearon hacia sus guaridas una partida de bestias. Como algunas de éstas se resistiesen á pasar el río Cravo, fueron rematadas á puyazos sobre la arena. Allá estaban los despojos, y con ellos se confundieron luégo los del capitán y otro indígena que murieron á manos de los blancos.

¿Y qué decir de *El Deleite*, donde pasámos aquella noche? *El Deleite!* Un bonito *sural*, coronado por una real barraca habitada por dos personas y trece perros! Y por cierto que los canes no son muy numerosos para el servicio que deben prestar, porque frecuentemente tienen que medir sus afilados colmillos con los del león americano (*puma concolor*), vecino del tigre en estas soledades.

La tercera jornada nos condujo á *Palital*, donde nos demorámos un día para proveernos de carne asoleada, por

ser ésta la última casa que encontraríamos durante tres ó más días. Es *Palital* fundación de D. Antonio Vigot, situada en la margen izquierda del río Cravo, cuatro ó cinco leguas antes de desembocar en el Casanare. Con el Cravo van confundidos los ríos Ele y Lipa.

Dejado *Palital*, atravesámos el río en una canoa; visitámos los coposos mangos que señalan los sitios del célebre hato de D. Socorro Figueroa y después de pasar la Angostura, donde el Casanare hace caprichosa curva como queriendo unirse al Cravo, nos engolfámos en los pajonales bravíos limitados á diestra y siniestra por los expresados ríos.

El recelo que infunde lo desconocido se iba apoderando de nosotros, y unas nubes negras, que semejaban bajar á la llanura, aumentaban nuestros temores.

Pasadas dos horas comenzó la lluvia, y aun tuvimos que caminar otras dos para ganar un pequeño oasis, que se alzaba sobre un banco, semejando ramillete de verdor. En él nos guarecimos con ánimo de pasar la noche, buena ó mala, como Dios fuera servido. ¿Y qué hacer en caso tal? Ni yo me atrevía á apearme de la cabalgadura, ni los guías á descargar el reducido equipaje que llevábamos. Cobijado como estaba con el prosaico bayetón, podía sobrellevar el aguacero á caballo, pero de echar pie á tierra se anegaría hasta la última hilacha que seca me quedaba.

Con todo, la noche avanzaba, y no era cosa de pasarla en claro. Sobre una cuerda amarrada á dos árboles tendí el pesado bayetón, más el cuero de un *puma* que habían matado los *baquianos* (1). Con estos materiales construí mi casa. Los guías no estaban en mejores condiciones: habíanse despojado de los *trapillos*, como decía el santandereano, y recibían la lluvia á cuerpo desnudo.

(1) Fue cazado por uno de los guías en las inmediaciones de *Palital*. Este león sin melena medía 1,80 metros hasta el nacimiento de la cola, y ésta 70 centímetros.

A las once de la noche pudimos encontrar combustible en un tronco podrido é hicimos lumbre y café, elementos indispensables para pasar una buena noche. Los *baquianos* secaban la ropa al fuego, y el temor del tigre traía al santandereano tan á mal traer que no hubiera necesitado la ayuda del café para ahuyentar el sueño.

A la noche brumosa y desapacible sucedió un día esplendoroso; y el sol deseado brotó de la tierra como si de ella fuese fruto, según el bello símil de notable escritor peninsular. No había que perder un instante de aquel precioso día; á las seis y media volvimos grupas á *Los Patos*, primera ranchería de nuestro viaje.

La mañana fresca y risueña que sustituyó á la noche lóbrega, nos hacía caminar alegres y risueños, asustando á los venados que corrían delante de nosotros con su trasero penacho izado. Entretanto, discurría el santandereano el modo de llevarse á su tierra una manada de venados. Si usted se pone en pelotas (decíale uno de los guías) y se planta en medio de la sabana, le siguen los *bichos* como á *padrote*. (1)

Por dondequiera notábamos huellas de tigre tan grandes como de buey, y árboles descortezados por sus potentes garras.

A medio día descansámos un rato, y como amenazase llover, continuámos la marcha.

Caminábamos al azar. Ninguno de los bisoños guías se percataba de los parajes que recorríamos; en su viaje á Arauca habían pasado por allí de noche, costumbre muy extendida en el llano, para evitar el sol, por lo que no pudieron reparar en el aspecto que presentaban las *matas de monte*, ni en señal alguna que pudiera orientarlos al regreso. Solamente la última montaña de cedros y palmeras

(1) Los goahivos, tunebos y chiricoas, ponían se de esta guisa y embadurnaban su cuerpo con una substancia llamada *mara*, á cuyo olor fuerte y penetrante acudían los venados medio aturdidos y eran matados por los indios. (E. Rest. Tirado). Quizá en esto tenga origen la broma de los llaneros, de que se hacía eco el *baquiano*.

que guarnece entrambas ripas del hermoso Casanare nos marcaba con vaguedad la dirección que debíamos seguir. Mas era ya tarde para seguir discurriendo por sabanas desconocidas, y la persistente lluvia que se cernía impalpable sobre todo el horizonte nos invitaba á ranchear antes de que nos faltase la luz del sol que se hundía tras la montaña.

Nos acercámos á la orilla del río é hicimos alto bajo una ramosa ceiba que en un bajío se alzaba.

Dos indios salvajes pasaban á la posta tripulando levísima embarcación.

No había que pensar en proporcionarnos alguna comodidad, sino en pedir á nuestro buen Dios hiciera cesar la lluvia para pasar una nochebuena con café y lumbre. ¿Acaso no debo calificar de nochebuenas estas memorables pasadas en las llanuras escondidas? ¿Qué misionero no ha gustado singularísimas dulzuras en análogas circunstancias? ¡Cómo nuestro bondadosísimo Creador derrama á manos llenas sus celestiales consuelos! No parece sino que la anchura de las sabanas solitarias con toda su grandeza, y los grandes bosques con su majestuosa rusticquez son el templo del Dios vivo, reservado especialmente á los misioneros en sus viajes. Allí se siente y se toca y se ama á Dios misericordioso, consolador, amoroso, que habla al alma del misionero como un tierno padre y le muestra los tesoros de su bondad, de su amor.

Sentado en mi pobre hamaca, con el bayetón sobre la cabeza, me deleitaba con estos y semejantes pensamientos hasta que el silencio de la noche y la oscuridad en que nos dejaba la luna, cuyos últimos reflejos se quebraban contra la ceiba, me convidaron al reposo..... ....

.....

El sobresalto que me causaron las voces de alarma de los guías fue terrible. Mientras me arrojaba maquinalmente de la hamaca, provisto de un cuchillo enristrado (que en estas soledades nunca huelga), uno de los *baquia-*

nos disparó el rifle apuntando al lugar por mí desalojado. Tras esta detonación siguieron cinco más de revólver, y después un rugido como de fiera mal herida....

Lo crítico de la situación nos privó de saborear otra escena que simultáneamente se desarrollaba ante nuestros ojos. El de Santander (que á falta de hamaca habíala improvisado con un encerado amarrado por sus cuatro puntas con sendas cabuyas á las ramas de la ceiba), dábase de tumbos y costaladas las más extrañas, forcejeando por evadirse de la original hamaca desde cuyo fondo demandaba socorro con trágicos acentos. Preciso fue cortarle las cabuyas para que no muriera asfixiado.

—Qué fue? preguntó al fin el santandereano.

—Un alimal, quién sabe qué, que estaba goliendo el chinchorro del padre, contestó el de Socotá; ¿no oyó latir los perros?

Apenas recobrados de semejantes acontecimientos, volvió á turbarse la paz en nuestra ranchería. Creíamos tener encima nada menos que una tribu de indios; pero afortunadamente nada de esto aconteció; las voces y el ruido que sentíamos eran de tres hombres que se acercaron á nuestro campamento, guiando una partida de potros araucanos. Ofrecímosles una taza de café y siguieron su camino. Veinte minutos después, el atajo era baraustado por un tigre que salió de entre la maleza.

La jornada del día 4 era bastante pesada para quienes habíamos pasado la noche en casi continua vela. Teníamos que atravesar el Banco de la Osa. El río Casanare se interna hacia el sur, y Cravo, buscando el Ele y el Lipa, se abre hacia el norte hasta perderse de vista. Por esta sabana dilatada se extiende el Banco, temeroso, espeluznante, donde no se halla sombra ni agua durante seis ú ocho horas.

El sol quemó aquel día con una potencia extraordinaria: ni aun las altas gramíneas se movían por la

más leve brisa. Las bestias se empeñaban en echarse al suelo, buscando quizá la sombra por ellas mismas proyectada. Varias veces estuvimos á punto de desfallecer, y cuando nos habíamos decidido á construír un pequeño toldo que nos diera algún refrigerio, Dios quiso que se interpusiera entre el sol y nosotros una gran nube que nos libró de muchas angustias. Después de todo, aun podíamos reputarnos felices y afortunados; poco más adelante topámos con un buen señor araucano que recorría estas mismas sabanas á pie, polainas al hombro. Aquella misma noche había perdido la cabalgadura, una hermosa mula que sólo vivió algunas horas después de ser mordida por venenosa culebra.

Aún tuvieron su auge mis penas; en medio de aquellas soledades de siniestros augurios tuve la desgracia de recibir, por medio del señor antes mencionado, la infausta noticia del fallecimiento de nuestro amantísimo Pastor y Padre, el Illmo. Sr. Casas, que Dios tenga en su santa gloria.

Poco después de pasar el Banco de la Osa, pusimos término á la jornada. El sitio era delicioso, á orillas también del Casanare. Era la última noche que dormíamos al raso, porque al día siguiente llegámos á *El Limbo*, propiedad del General Vargas Santos. Por ser domingo al otro día, descansámos hasta la 1 p. m., y continuámos hasta dar vista á una fundación llamada *Santa Rita*, de unos Sres. Sánchez.

La parte más penosa del viaje estaba recorrida; pero aún nos quedaba por vencer un obstáculo no despreciable: teníamos por delante el río San Ignacio ó Tame que forzosamente debíamos pasar so pena de dar un rodeo de quince ó veinte leguas. Y lo peor del caso era que el San Ignacio venía abundoso, invadeable y no teníamos á mano embarcación alguna que nos sacara de afanes. La única canoa que en aquellos lados había, fue arrastrada por la corriente. ¿Qué hacer? El Sr. Sánchez resolvió el

problema. Él se comprometía á pasarnos en *bote*, si acaso hallábamos un buen nadador que le ayudase en la faena. Por lo original de la empresa y por no haberla presenciado yo en los días de mi vida convine gustosísimo con la propuesta de este señor á quien desde entonces comencé á llamarlo amigo.

Estamos en las riberas del San Ignacio construyendo la embarcación. Bien extendido sobre el suelo un hermoso cuero de buey, se procede á practicarle unos agujeros en todo el contorno por los cuales se pasa un *rejo* ó soga. Sin más preámbulos colocámos encima el equipaje, dos sillas de montar y otros arreos y cachivaches, con un total de peso de seis arrobas, poco más ó menos. Acto seguido hálase de la soga y toda la carga queda aprisionada dentro del cuero formando el conjunto un enorme zurrón. Arrástrase el informe bulto hacia la orilla y bótase al agua. Dos hombres dispuestos á nadar lo mantienen en una postura decente, mientras me invitan amablemente á posarme sobre el navío.

—Cruce usted los pies y las manos y procure no moverse.

Así lo hice, y el de *proa*, tomando con sus dientes un cabo que del bote pendía amarrado, comenzó á nadar arrastrando en pos de sí la embarcación. El de *popa* también nadaba é iba corrigiendo con sus manos las demasías equilibres del pasajero.

Cuatro ó cinco minutos duraría la travesía y quizá estuve otros tantos sin respirar. Como el río andaba explayado en la orilla opuesta encalló bastante antes de ganarla y hube de cambiar de vehículo, saltando del barco á las espaldas de un marinero.

Los guías y el santandereano prefirieron pasar el río montados en caballos nadadores.

Del San Ignacio nos trasladámos, salvando sabanas sin camino, á la fundación de Chaparral, y de aquí al puerto de Casanare, donde pernoctámos.

Casanare, residencia de San Salvador, San Salvador del Puerto ó Puerto de Casanare, que todos estos nombres ha llevado sucesivamente en diferentes épocas, fue fundado con indios achaguas, en 1661, por el P. Alonso Neira, jesuíta. Su primitivo asiento quedaba en la ribera occidental del río Casanare, media legua, aguas abajo, del lugar que ahora ocupa. No consta el tiempo en que fue trasladado á la ribera oriental. Si no fuera por los mil obstáculos gravísimos que se oponen tenazmente al progreso de esta región (1), parece que el Puerto debiera ser un lugar privilegiado por su ventajosísima posición y medios de desarrollo; terrenos fertilísimos para la agricultura y pastos abundantes para el ganado, un río navegable en todo tiempo y escala forzosa entre la rica región araucana y los pueblos de la cordillera. Con todo, apenas tiene quince ó veinte casitas de palma habitadas por gentes que se dedican á navegar en el expresado río, entre El Puerto y Cravo.

De la jornada que hicimos de El Puerto á Corozal, mucho malo pudiera decir; pero me contentaré con anotar que en las ocho leguas de camino no hallamos una gota de agua. El Banco de la Osa con todos sus horrores era deseable comparado con este penoso trayecto. Ocho ó diez veces mojé la punta del pañuelo en la escasa agua que quedaba en las pisadas de unos bueyes que por allí pasaron el día anterior, para mitigar primero la sed, después la fiebre, que no desapareció durante tres días.

¿Y á qué repetir los nombres de Chire, Manare, Bujío, Támara? Tres jornadas más para llegar al deseado término del viaje.

Finalmente, si alguien me pregunta por la causa que motivó tan penoso viaje, diré sin rodeos ni circunloquios que el *deber*, engrandecido por la *santa obediencia*.

---

(1) Ignoro qué tendrán de verdad aquellas palabras de Felipe Pérez en su Geografía: "¡Feliz Colombia si sus colonizadores hubieran levantado sus primeras ciudades en la pingüe región oriental!"

SEGUNDA PARTE

I

Hagamos breve paréntesis para espaciar un poco el ánimo, contemplando el curso de las misiones durante los dos años que abarca este período de excursiones y jiras apostólicas.

Ya hemos visto francamente iniciada la mejoría del castigado Casanare cuyas hondas heridas, por la última guerra causadas, iban restañándose con lentitud abrumadora, pero avanzando siempre hacia su perfecta curación. Sin perder un ápice de terreno, ensanchábase también la acción civilizadora de los misioneros, quienes habían recibido nuevas y robustas energías con la presencia del Vicario Apostólico. Ya no quedaban desposeídas de la redentora influencia del misionero sino las dos circunscripciones de Arauca y Orocué, las cuales se reintegraron sin tardanza, quedando desde entonces todo Casanare pacífico poseedor de los mismos auxilios espirituales y materiales que inicuamente le habían sido arrebatados.

Mas ¡ay! que no era obra de un día, ni de un año, reparar los estragos que en las almas había hecho la tremenda catástrofe! ¡que se necesitaban esfuerzos sobrehumanos para presenciar con cristiana resignación aquel desaliento, aquella anemia, aquel enervamiento de espíritu que se había enseñoreado del bello Casanare.... de aquel Casanare que con su sana y lozana vida, prometía, pocos años atrás, todo género de místicas consolaciones para los misioneros, y para Dios mucha gloria! Los mi-

nistros del Señor sin contagiarse de la envenenada atmósfera que respiraban, redoblan afanosos sus esfuerzos, excitando con cuantos medios les sugiere su celo por la salvación de las almas, la piedad cristiana tánto tiempo adormecida en el alma casanareña: promueven cofradías y asociaciones piadosas; celebran las funciones sagradas con mayor pompa y esplendor; recorren pueblos, vecindarios y rancherías exhortando á sus moradores á volver á Dios de todo corazón; y, finalmente, inician el movimiento instruccionista de la niñez y la juventud, como la más sólida base y la más firme garantía del éxito final y permanente.

No se olvide que hacemos una sencilla enumeración, un simple sumario. Para poder apreciar siquiera á bulto el espíritu de celo y sacrificio del Vicario Apostólico y de sus misioneros, preciso fuera hacer recuento más minucioso de los esfuerzos de voluntad, sacrificios inmensos, resignación y paciencia que entraña cada uno de los puntos enunciados ó que podían enunciarse. Véase lo sucedido con la instrucción pública. Cuando después de la última guerra llegó á Casanare el Illmo. Sr. Casas, no funcionaban en todo el territorio del Vicariato sino las escuelas privadas nocturnas que gratuita y personalmente sostenían los PP. misioneros. Quiso entonces el Vicario Apostólico reconstruír la instrucción con el establecimiento de escuelas oficiales, y trató el punto con la primera autoridad del territorio, que lo era á la sazón el Sr. Dr. D. Julio Tavera, quien se mostró animadísimo á cooperar eficazmente á los propósitos del representante de la Iglesia. ¿Pero á quién encomendar la dirección de las ocho ó diez escuelas que, por entonces, pretendíase establecer? Diligencias por aquí, exhortaciones por allá, súplicas y ofrecimientos por todas partes sin el menor resultado práctico. En Casanare reputábase vana y sin sentido la palabra patriotismo; y por consiguiente resultaban estériles las iniciativas más redentoras, los más plausibles empeños,

siempre que no llevaran por epígrafe una nómina de fácil y seguro cobro ó un pagaré al portador. Fracasaron, pues, cuantos conatos se hicieron, y en tal virtud el Illmo. Sr. Obispo, dando ejemplo del más alto civismo, renunció á los servicios de su Secretario y lo presentó al Prefecto de Casanare para que se dignase otorgarle el correspondiente nombramiento de Director de la Escuela elemental de Támara, que al punto comenzó á funcionar con aplauso de todo el pueblo. Exhortó después á los misioneros á que imitasen su ejemplo en las residencias donde había dos padres al menos, y de esta suerte quedaron abiertas las escuelas de Nunchía y Manare, y luégo las de Orocué y Arauca. Como se deja comprender, la medida era recurso supremo que en cierto modo creaba en las misiones una situación violenta; no porque ellas perdiesen con semejante expediente (que parte principalísima del ministerio de las almas es la educación é instrucción de la niñez y la juventud, al fin como patrimonio indiscutible que debe ser de la Iglesia en un país eminentemente católico), sino por ser dicha medida susceptible de interpretaciones más ó menos fundadas, que los malos habían de verter en todo caso contra el buen nombre de los misioneros. De esta manera quedaron sentadas las bases de la instrucción pública en Casanare, si no del todo sólidas, por carecer de la suprema sanción del Gobierno, dignas del aplauso más efusivo.

Por no hacernos prolijos en demasía y constar en varios informes que fueron publicados en la *Revista de Instrucción Pública*, omitimos la relación de la activa campaña que se hubo de emprender á fin de que los padres de familia (singularmente los campesinos) se moviesen á enviar sus hijos á las escuelas. A estas gentes, se le oyó decir repetidas veces al Sr. Casas, hay que hacerles el bien á la fuerza. Así andaban de reacios y porfiados.

Las mismas dificultades, los mismos obstáculos y em-

barazos que se oponían á la implantación de las escuelas militaban en contra de todo lo que se pretendía ejecutar en Casanare en gracia y provecho de él, situación verdaderamente angustiosa con la cual no podían avenirse los febriles entusiasmos del Vicario Apostólico que deseaba verlo rápidamente transformado. A esta finalidad obedeció su precipitado viaje á Bogotá, donde prometíase alcanzar de los altos poderes públicos cuanto anhelaba su paternal corazón. (Vid., cap. VI).

Aunque su salud estaba gravemente comprometida, es inexplicable la pasmosa actividad con que fue evacuando los más arduos negocios del Vicariato. Si no temiera abusar de la bondad del lector, transcribiría gustoso algunas de las páginas que el ilustre Prelado escribió relatándonos sus gestiones. En ellas aparecen (hasta cinco días antes de morir) sus diligencias, ocupaciones diarias, proyectos, ideas salvadoras referentes á su Vicariato, tropiezos y dificultades con sus remedios oportunos, éxitos obtenidos, etc., etc.; en una palabra: allí están reflejados, llenos de luz y de vida, sus aspiraciones en favor de Casanare, su celo apostólico, su profunda sabiduría, su providencia paternal. (1)

Desde la capital de la República subvenía á las necesidades de su Vicariato, propinándole remedios enérgicos apropiados á la grave enfermedad que aquél padecía; alentaba á los misioneros á proseguir su meritoria obra con creciente celo y fe inquebrantable en el resultado final de sus labores; colocaba la pública instrucción sobre más sólidas bases y enviaba recursos de todo género para acelerar la restauración de Casanare. Todo esto y mucho más

---

(1) Por estimarlo impropio de este escrito, omitimos otros asuntos gravísimos, de suma trascendencia para la religión y para la patria, que el Illmo. Sr. Casas manejó con gran acierto y que el biógrafo no podrá dejar en olvido.

hizo el Illmo. Sr. Casas, gracias á la buena acogida que hallaron en Bogotá sus patrióticas empresas, de parte del Excmo. Sr. General Reyes, quien acababa de posesionarse de la Presidencia de la República, y de su dignísimo Ministro de Instrucción Pública el Sr. Cuervo Márquez.

Hemos dicho que colocó la instrucción pública sobre bases sólidas. Ya se había consignado en el concordato adicional con la Santa Sede que ese ramo estaría encomendado, con ciertas limitaciones, á los jefes de las misiones, en el territorio de su jurisdicción; pero, como sucede en casos análogos, el determinar la extensión y alcance de tal acuerdo ha de ser motivo de especial reglamentación por medio de disposiciones ulteriores acordadas entre ambas potestades, eclesiástica y civil. Al Illmo. Sr. Casas, previa autorización del Excmo. Sr. Delegado Apostólico, le cupo el honor de intervenir en ese asunto y consiguió que los jefes de las misiones (Vicarios ó Prefectos apostólicos) de la República tuviesen la dirección é inspección del negocio escolar, con facultades omnímodas, sin más dependencia que la del Ministro del ramo, importantísima medida en la cual no sabemos qué admirar más: si las miras elevadas y cristianas del Gobierno de Colombia ó el tacto exquisito del Vicario Apostólico de Casanare.

Posesionado el Sr. Casas de este nuevo cargo, no dejó piedra por mover para corresponder con creces á la confianza ilimitada que en él, como representante de la Iglesia, había depositado el Gobierno de la Nación. Aun cuando perduraba la escasez de maestros, ya se pudo remediar con cierta holgura, merced á que los sueldos quedaban garantidos, dadas las buenas disposiciones del Gobierno y la actitud del Vicario Apostólico, que se obligó, mientras en Bogotá permaneciera, á practicar personalmente las gestiones necesarias para el cobro, así como

para la consecución y envío de útiles (1). Ausente corporalmente de Casanare, pero con el espíritu muy presente á él, dotaba á las escuelas de los útiles necesarios y estimulaba á las autoridades á prestar apoyo sin reserva á los planteles de educación, edificando locales apropiados donde no los hubiera y proveyéndolos del mobiliario correspondiente; daba prudentes consejos á los maestros é inculcábales frecuentemente sólidos preceptos pedagógicos, y por cuantos medios estaban á su alcance, levantaba el espíritu educacionista muerto en toda la inmensidad de su Vicariato. Más aún: «A fin de formar cristianamente el corazón de la niñez inculcándole de un modo objetivo el amor á la religión y la veneración y respeto que todo hombre debe tener, sobre todo el católico, á las supremas autoridades del mundo y de la Nación en su respectiva esfera de orden espiritual y temporal, vínome á la mente (escribe el celoso Prelado) el buen pensamiento de hacer colocar en todas las escuelas de mi cargo tres imágenes ó retratos: uno de Jesucristo Nuestro Señor crucificado, sabiduría increada, fuente y principio de toda verdad y ciencia; otro, á la derecha, de su Vicario augusto en la tierra, Nuestro Santísimo Padre el Papa, y el otro, á la izquierda, del Jefe supremo de la Nación, autoridad primera de ella en el orden temporal.» Al efecto, compró *sumptibus propriis* los retratos suficientes para dotar de ellos á cada una de las escuelas.

Los solícitos cuidados que prodigaba á la instrucción pública no absorbían toda su atención ni todas sus energías; quería transfundir á Casanare sangre pura y vigorosa, y con este fin elaboró una luminosa y trascendental

---

(1) Estas mismas diligencias y otras muchas que debieran practicar los maestros de Casanare para hacer efectivas sus nóminas, viene haciéndolas hasta la fecha el M. R. P. Luis Ayábar, Procurador en Bogotá de los PP. Candelarios y apoderado legal del Vicario Apostólico de Casanare.

Memoria sobre *Colonización de Casanare* (1) «que presentó al Gobierno á fin de contribuír, en cuanto estuviera de su parte, en la grandiosa obra de regeneración social del Territorio nacional que, en el orden espiritual, estaba encomendado á su cargo, por medio de la colonización de él.» En la expresada Memoria se hallan expuestas con método y claridad las ideas que S. S. Illma. abrigaba sobre colonización. En ella se trasluce el alma de su autor, hermosa, grande, sencilla, candorosa. Las colonias, sean de nacionales ó de extranjeros, civiles ó militares, penales ó mixtas, tales como las describe, organiza y reglamenta, son el tipo ideal cristiano de esta clase de establecimientos. Nada se oculta á su sagacidad asombrosa; para todo halla soluciones precisas y practicables. Con el mismo desembarazo y cordura trata las altas cuestiones sociales relacionadas con el establecimiento de colonias, como da preceptos higiénicos para los colonos, sin olvidarse del embellecimiento de las viviendas.

Cuando por vez primera circuló por estos montes y aquellos llanos el sabroso escrito de nuestro amado Pastor, comenzó á sentirse algo así como una oleada de vida y bienestar: era la esperanza que se cernía sobre Casanare anunciando tiempos mejores, añoranzas venturosas!

No es sólo esto: persuadido de que la imprenta podía ser en Casanare un medio eficacísimo para esparcir las buenas ideas y divulgar los conocimientos útiles é interesantes en provecho de sus fieles, se dirigió al Gobierno en razonada exposición, solicitando con los fines indicados ese auxiliar poderoso. No desatendió el Gobierno su petición; pero, como aconteció con las colonias, fue nece-

(1) Se publicó por iniciativa del Excmo. Sr. Presidente "á fin de darla á conocer por todos los departamentos y estimular de ese modo las inteligencias y entusiasmos de otros que con sus ideas y esfuerzos podrán contribuír también á la realización de esta magna empresa." (Vid. Carta prólogo de la citada Memoria).

sario esperar algún tiempo, mientras la Nación se reponía algo de los pasados desastres.

Más? Oigamos al Vicario Apostólico por su propia boca otro de los fines que á Bogotá lo llevaron. «Es mi deseo, decía, llevar á Casanare las aplicaciones de industrias y artes que pueda, especialmente las que se refieren al cultivo, hilado y tejido del algodón, fique y otras fibras utilísimas que allí se crían y que podían ser para aquellos pobres habitantes, ó un buen recurso para satisfacer sus propias necesidades ó un magnífico ramo de comercio en telas, cuerdas, lazos, sacos, alfombras, etc.»; y en consonancia con estos deseos, estudiaba el modo de llevarlos á la práctica; consultaba con personas entendidas en la materia; visitaba talleres y otros establecimientos y aun no desdeñaba trabajar personalmente en simplificar ora una máquina de hilar, ora una prensa de extraer las fibras del fique. ¡Ojalá, añadía, pudiera llevar á Casanare máquinas perfectas para el desarrollo de esas industrias y otras muchas que allí podrían crearse!

Terminaremos. Acaso la más honrosa y patriótica de cuantas gestiones practicó el incansable Prelado en Bogotá (1) fue aquella solicitud ó propuesta que hizo al Gobierno, firmada por él y por el dignísimo Provincial de PP. Candelarios, sobre construcción de caminos, puentes y telégrafos en todo Casanare. El Vicario Apostólico y los misioneros se comprometían onerosamente, pero sin retribución de ninguna especie, á dirigir y llevar á cabo esas empresas con insignificantes sumas que serían empleadas en los trabajadores y en otras indispensables necesidades aprobadas taxativamente por el Gobierno. ¿Por qué aparece enterrado tan patriótico proyecto? Lo ignoramos, como se ignora en Casanare cuánto deben á quien se desvivió por ellos durante ocho años!

---

(1) Hablamos de las que á Casanare se refieren directamente.

Esta lucha constante en que lo tenían las múltiples ocupaciones anejas á su elevado cargo; los incesantes afanes por ver pronto su Vicariato totalmente regenerado, y la imposibilidad física de regresar á él, fueron, entre otras, las causas que agravaron sin duda la enfermedad que padecía y que lo condujo al sepulcro el día 5 de Abril de 1906.

La prensa toda del país se deshizo en elogios de este príncipe de la Iglesia, señalándose, entre otros periódicos, *La Idea*, que publicó preciosa y extensa biografía juntamente con el retrato del difunto Obispo de Adrianópolis. «El Sr. Casas, escribía el biógrafo, parecía vivir siempre encariñado y satisfecho de la alta misión que le había tocado en la tierra. A ella vivió consagrado, haciendo cada día algo que representara un nuevo triunfo de la Iglesia Católica, así en su misión evangélica como de combate á las doctrinas contrarias....» «El Sr. Casas prestaba también una solícita atención á la misión docente, que tiene muchos puntos de contacto con la moralización de la sociedad....» «Su muerte, fiel reflejo de lo que fue su vida de merecimientos y virtudes, fue en todos sus accidentes la revelación del hombre justo.» «El Episcopado colombiano, decía *El Nuevo Tiempo*, ha perdido uno de sus miembros más conspicuos en letras y virtudes; la sociedad uno de esos personajes de carácter recto y bondadoso, que forman como categoría aparte, por la alteza de miras y por la sencillez con que las exponía, así en el seno de la intimidad doméstica como en el aparatoso escenario del libro docente; también de la benemérita comunidad de los Padres Agustinos Recoletos (Candelarios), se ha disgregado un miembro activo y luminoso que le daba realce en la más amplia significación de la palabra.

Príncipe de la Iglesia, llenaba su misión y la señoreaba muy dignamente, por cuanto al carácter episcopal unía la rectitud de un pecho sin doblez y de un entendi-

miento en la plenitud de su desarrollo. Era el malogrado Padre Casas un Obispo con corazón de niño, acciones de patriarca y entendimiento sereno, firme, culto y siempre majestuoso, con entendimiento como de ángel; el ángel voló al cielo, y el Obispo entró en el panteón de la historia, con derecho plenísimo á una supervivencia gloriosa.»

El Excmo. Sr. Presidente de la República y su Ministro de Instrucción Pública, haciéndose eco del sentimiento de toda la Nación, dictaron también encomiástico decreto de honores «á la memoria del ilustre Prelado, lamentando profundamente la pérdida del ilustre y sabio varón y recomendando sus virtudes y ejemplos, como los de un gran servidor público y enérgico trabajador en favor de la difusión de la instrucción pública de Colombia.»

R. I. P.

II

¿Quién no conocía al R. P. Fr. Santos Ballesteros el año de 1906, á la muerte del Illmo. Sr. Casas? Nadie. Su nombre era popular, pero con esa popularidad hija de la virtud y del mérito, que subyuga tanto los corazones de los humildes como de las altas clases sociales. Con el sencillo nombre de *Padre Santos*, sin más señorías ni prefacios, era conocido, respetado y universalmente amado ayer lo mismo que hoy; y es que con su bondad, dulzura, prudencia, ilustración y humildad, habíase conquistado hondas simpatías y cimentado reputación entre todos los habitantes del Vicariato. Después de haber sido párroco misionero en Arauca, Orocué, Chámeza, Támara y otros puntos de la cordillera y de los llanos; después de haber desempeñado, con aplauso general de superiores y misioneros, el importante cargo de Vicario provincial de Casanare; conocedor mejor que nadie de las necesidades, recursos, índole y costumbres de esta región; y, ante todo, misionero á carta cabal, lleno de meritísimos servicios al

Vicariato ¿quién mejor que él para llenar el inmenso vacío que dejaba el malogrado Sr. Casas? El había sufrido por espacio de catorce años con los que en Casanare sufrían; él había llorado con los que lloraban; él había enjugado muchas lágrimas y socorrido necesidades sin cuento: necesariamente debía ser él quien uniese su suerte á la de esa región querida; él debía conducir á los habitantes de ella por el áspero sendero de la vida: sólo él podía recoger la flamante bandera con tánto valor y dignidad tremolada por el llorado caudillo, para guiar á Casanare hacia la victoria, hacia su regeneración completa.

No es apetecible, en verdad, un cargo de esa naturaleza que impone onerosísimas obligaciones, disimuladas ó encubiertas con el leve tul de los honores y distinciones. En algunos puntos ó en determinados lugares, bajo ciertas circunstancias y en personas de singulares inclinaciones.... compréndese que sea halagador y provocativo el cargo de *Vicario Apostólico;* pero cuando esta alta dignidad lleva el complemento *de Casanare*.... no se le encuentra buena cara por ningún lado. Ese título no significa sino martirio, sacrificio, renuncia completa aun á los goces más puros é inocentes de la vida; porque, fuera de la enorme responsabilidad moral que entraña (y cuenta que es lo más grave del caso), el trabajo es ímprobo y constante; las privaciones, diarias, muchas veces aun de las cosas más necesarias á la vida. ¿Comodidades? Si por eso entendemos habitar por palacio lo que antes fue inmunda chichería! ó viajar en mula por caminos que no son tales!...—En cambio el Vicario Apostólico disfruta de muchos honores; su alta dignidad....—Ni sus muchos honores, ni su alta dignidad (que, de paso sea dicho, aquí es mercancía averiada) pueden librarlo, v. g., de dormir con harta frecuencia sobre un mal oliente cuero de res, cuando no en el puro suelo ó en un pringoso chinchorro. La subvención que del Gobierno recibe el Prelado se evapo-

ra y disipa en presencia de las múltiples necesidades que es preciso remediar y que no tienen más sostén ni amparo que la largueza del Vicario.

Con estos honores y estos gajes y semejantes llamativos fueron Vicarios Apostólicos de Casanare los Ilmos. Sres. Obispos Moreno y Casas y lo es actualmente el Rvdmo. P. Ballesteros. Cuando en alguna ocasión nos cupo el honor de acompañar á uno de los Prelados nombrados á la capital de la República y veíamos las extremadas muestras de consideración y delicadeza que con él se gastaban, y la admiración de parte de determinadas personas, por la elevada dignidad que representaba el expresado Príncipe de la Iglesia, provocábanos decirles al oído: Farsa, farsa, todo eso! Vayan ustedes á ver á S. S. Illma. á Casanare. Allá, allá verán lo que significa realmente ser Obispo y Vicario Apostólico de esa bella región oriental; allá tendrán repetidas ocasiones de ver al Príncipe de la Iglesia durmiendo á la pampa bajo un árbol ó empuñando jadeante el machete para trozar árboles y ramas con que poder seguir el camino· Allá encontrarán, á veces, guindados en una rama el anillo y pectoral de S. S. que estará por ventura empeñado en componer los rotos aperos de montar ó el puente averiado.

Nada de esto ignoraba el R. P. Fr. Santos Ballesteros cuando la obediencia le impuso sobre sus hombros la pesada carga. El día 13 de Marzo de 1907 entraba en la capital del Vicariato, donde se le tributó espléndido recibimiento por todo el pueblo en masa.

El nuevo Vicario Apostólico siguió imperturbable las huellas de actividad y celo impresas por su ilustre predecesor. Si en el Illmo. Sr. Casas se veía grabado en gran relieve su amor á la instrucción pública, en el Rvmo. P. Ballesteros no podía desearse más. Sus primeras medidas fueron encaminadas á divulgar en su Vicariato la instrucción primaria, ya que para ello contaba con el incondicional be-

neplácito del nuevo Ministro de Instrucción Pública, Sr. D. José M. Rivas Groot, á quien se deben en gran parte los progresos obtenidos en Casanare en el citado ramo; y de tal manera bendijo Dios esa empresa redentora que en el informe correspondiente al primer semestre de ese mismo año, tuvo el Vicario Apostólico la gran satisfacción de anunciar la creación de treinta escuelas urbanas y rurales, que funcionaban con entera regularidad y á contentamiento de todos los casanareños. A todos estos planteles suministró lo más indispensable para su buen funcionamiento: útiles, á la totalidad; mobiliario, á algunos de ellos, y esto con fondos propios, lo mismo que premios y diplomas que consigo trajo de Bogotá el nuevo enamorado de las escuelas. No se limitó á dirigir desde su habitual residencia de Támara este movimiento instruccionista: aprovechando la visita del Vicariato que iba á emprender, recorrió una tras otra la mayor parte de las escuelas de Casanare, después de haber dejado establecida en Támara una de adultos, incorporada luégo al Instituto Nacional de Artesanos.

Los misioneros, por su parte, no podían menos de redoblar sus cuidados y solicitud por el mayor bien de los fieles, al ver el luminoso ejemplo de su Jefe. Como hemos de consagrar algún capítulo á referir detalladamente las obras morales y materiales llevadas á cabo por ellos desde la última guerra, excusamos entrar en pormenores, no sin antes dejar constancia (que así lo pide el orden cronológico que llevamos) de la terrible epidemia de viruela que por segunda vez sembró el espanto y la miseria en los pueblos de la cordillera. Los misioneros no tuvieron instante de reposo durante los dos meses que duró el terrible flagelo. Hubo ocasión de administrar los últimos sacramentos á siete personas de una sola familia que estaban hacinadas en mísero rancho, de las cuales murieron algunas. Se registraron varios casos de repetir la misma enfermedad, con resultado siempre fatal, á personas que la habían padecido

el mes anterior. El Gobierno de la Nación no dejó de interesarse por la suerte de los casanareños, enviando oportunamente la vacuna necesaria por conducto de los misioneros. Estos y las Hermanas de la Caridad fueron los *únicos* que en Támara y Manare se libraron de pagar tributo á la terrible epidemia.

Así andaban las cosas del Vicariato, cuando asuntos gravísimos reclamaron la presencia del Vicario Apostólico en la lejana misión de Orocué. Los PP. misioneros que allí ejercían su sagrado ministerio tuvieron que abandonar la misión por hallarse gravemente enfermos y obedecer prescripciones facultativas (1). Urgía, pues, substituírlos cuanto antes, y á este fin se enderezaba el viaje del Rvmo. P. Ballesteros.

¿Ignoraba el nuevo Vicario que emprender un viaje á Orocué en la estación de las lluvias es resignarse de antemano á sufrir lo indecible? No podía ignorarlo, porque ya en otras ocasiones lo había hecho. Cosa recia es, en verdad, encarcelarse en incómodo bongo para navegar en todo su curso el turbulento Pauto y subir de la misma traza el caudaloso Meta, aguantando chubascos diarios, noches en claro, impertinencias de zancudos y otras fieras alimañas, é inamovilidad absoluta durante seis ú ocho días continuos; y lo peor del caso es que se habrá de regresar con crecientes penalidades y sumar algunos días más á los empleados en la bajada; y quizá, al llegar al término de tan pintoresca excursión, se tope el improvisado turista con algunas fiebres galanas mayores de toda excepción, como aconteció en este caso á nuestro Vicario Apostólico y á su digno compañero. Después de tres meses, en Agosto regresaba á Támara, dejando nuevamente establecida la misión de Orocué.

---

(1) Uno de ellos, el R. P. Fr. Eusebio Saralegui, falleció en Bogotá el día 13 de Junio de 1907.

Tánto bien como se venía haciendo por los abnegados misioneros, ya moralizando las costumbres, ya introduciendo la piedad en las familias, ya, finalmente, dirigiendo la niñez y juventud casanareñas por el camino de la virtud y del patriotismo más puro y verdadero, no podía ser visto con ojos indiferentes por el espíritu del mal, que trató de suscitar algunas dificultades á esa benéfica labor de la Iglesia y sus ministros. Los misioneros de Arauca fueron vilmente calumniados ante el Excmo. Sr. Delegado Apostólico de predicar la peregrina doctrina llamada *anticolombianismo* (!!); grosera afirmación que la sociedad entera de Arauca se apresuró á desmentir con enérgica protesta, honrosísima para los virtuosos misioneros. También en Orocué surgió cierta animosidad contra los PP. Candelarios, quienes bien pronto supieron demostrar la sinrazón de semejante indigno proceder. Pero viendo fracasadas estas dos intentonas de hostilidad á algunos misioneros, apetecióse dar una carga general á todos ellos, presentándolos ante el Gobierno Nacional, que los amparaba y protegía, como enemigos del nombre colombiano y de las glorias patrias: «en las escuelas del Vicariato Apostólico de Casanare, singularmente en las regentadas por misioneros, se omite descaradamente la enseñanza de la Historia Patria.» En estos ó parecidos términos se formuló ante el Gobierno la acusación contra los PP. misioneros. (1)

De haberse estimado necesario ó conveniente para la defensa del Vicario Apostólico y sus misioneros, fácilmente hubieran podido éstos arrojar al rostro de sus calumniadores, elocuentísimos testimonios de todo Casanare, en los cuales se abonara el patriótico proceder de los PP. Candelarios; pero nada más elocuente que los hechos, probativos hasta la demostración de la insensatez del referido

(1) Sea dicho en honor del buen nombre casanareño: ni esta ni las anteriores acusaciones procedían de hijos de esta región.

cargo. En Támara, capital del Vicariato, que debiera de ser, según las medio veladas tendencias de la acusación, el centro de la antipatriótica labor de los misioneros, nos cupo el honor de presenciar los exámenes en ese año, acompañando al Rvmo. P. Inspector. Después de dos sesiones consecutivas en que los alumnos de la escuela de varones demostraron haber aprovechado el tiempo como pudiera desear el más exigente y descontentadizo, llegó el día de la sesión solemne y distribución de premios. Toda la sociedad de Támara se apresuró á concurrir al amplio local de la escuela que se hallaba elegantemente decorado con festones, guirnaldas y alegóricas figuras hechas de musgo, hojas y flores. Al comenzar el acto, los espaciosos corredores habían sido invadidos por el pueblo. Habiendo pronunciado oportunas palabras el Vicario Apostólico, y declarada abierta la sesión, habló el P. misionero, director de la escuela, pronunciando el siguiente discurso-informe que vamos á copiar para que se vea en qué estima tienen los misioneros la instrucción pública y cómo responden á esas malévolas acusaciones de que tratamos: «Señores: Con la conciencia del deber cumplido; con la satisfacción que experimenta quien tras larga serie de incesantes y rudas faenas, logra, al fin, ver coronados sus esfuerzos, preséntome en esta noche ante vosotros, que os habéis dignado aceptar benévolos mi humilde, sí, pero espontánea invitación.

Habéis venido unos, ansiosos de ver con vuestros propios ojos el adelantamiento obtenido durante el año por vuestros hijos, por vuestros hermanos, por vuestros parientes; otros, á presenciar un acto solemne, justiciero, acto en el cual se reconoce y premia la virtud y el mérito, la *distribución de premios;* y todos á honrar con vuestra presencia la sesión de clausura de esta escuela.

Un año más hemos podido gozar en este pueblo de los sabrosos encantos de la escuela; un año más hemos visto amenizada la apacible soledad de Támara por las alegres

voces de casi doscientos niños, quienes ora cantaban el glorioso himno de la patria, ora triscaban regocijados por nuestra plaza espaciosa, dejando oír sus infantiles voces que, si continuas, parécenme á mí dulcísima armonía; si desentonadas, cien arroyuelos cantando himnos al Creador. ¡Que nunca se apague en nuestro pueblo la refulgente luz de la enseñanza! ¡Que siempre perciban nuestros oídos el agradable murmullo de los niños! ¡Que el glorioso Himno Nacional resuene diariamente en esta bendita escuela!...

Pero, señores: al ver este salón sencilla y artísticamente adornado; al contemplar esta numerosa reunión de casi todos los habitantes de Támara, unificados en identidad de pensamientos; al ver, en una palabra, que la instrucción pública en Casanare prospera de manera tan asombrosa, mi memoria evoca recuerdos amarguísimos, mi corazón siéntese lacerado en estos momentos por la dulce recordación del malogrado Ilmo. Sr. Casas, Vicario Apostólico de esta región y padre amantísimo de todos los casanareños!... ¿Por qué nuestro buen Dios no le concedió gozar del fruto de sus desvelos continuos en favor de la instrucción y educación de la niñez, de la juventud? ¿Por qué no le otorgó presenciar este y otros hermosos actos que se celebran hoy día en todas las escuelas de Casanare?

Cual otro Moisés, cual otro caudillo de Israel, estaba destinado por la Divina Providencia para guiar á su pueblo, con su consejo, con su sabiduría, con sus oraciones: no le fue dado llegar á la tierra prometida; no le fue concedido sino ver de lejos el deseado fruto de sus trabajos, de sus esperanzas!... Acatemos los sapientísimos designios de nuestro Dios, y perdonadme este recuerdo dedicado á la memoria del que fue nuestro amantísimo Pastor.

Señores: la instrucción pública prospera en nuestro pueblo. La escuela de Támara como todas las de Casanare, ha merecido, durante el período escolar que termina, la decidida y generosa protección del Gobierno Nacional;

y si la nobleza de sentimientos y singularmente la gratitud son distintivo de los casanareños, justo es que os invite á bendecir á quienes por nosotros se desvelan. Sí, imploremos bendiciones celestiales para el digno caudillo que rige los destinos de la Patria; implorémoslas para su celoso colaborador el señor Ministro de Instrucción Pública; pero implorémoslas particularmente para quien ha mirado con especial predilección, con sin igual cariño á este pueblo de Támara: á nuestro Vicario Apostólico é inspector. Su nombre no necesita de pomposos títulos, que bien podría ostentar con orgullo; su humildad es la joya más preciada que posee: bendigamos al Padre Santo. Persuadido de que la niñez y la juventud son la esperanza de la familia y de la sociedad, el género humano que renace y la patria que se perpetúa, á ellas ha consagrado su paternal solicitud, secundando varonilmente la acción del Gobierno. Imploremos, pues, bendiciones celestiales para nuestro Padre Santo; que si todos los casanareños tienen sobrados motivos para ello, á los habitantes de Támara nos obliga inmensa deuda de gratitud.

Pero no quiero, señores, abusar de vuestra benevolencia: como director que he sido de esta escuela, cúmpleme informaros públicamente de los progresos obtenidos por mis alumnos durante este año, ya que no todos vosotros habéis podido asistir á los exámenes verificados en estos días. Con setenta alumnos se cerró la matrícula en el período escolar de 1906, y en el informe que tuve el honor de leeros desde este mismo lugar que ahora ocupo, os aseguraba que aquel número aumentaría notablemente á medida que los niños (y aun los padres de familia) fueran adquiriendo lo que yo llamaba en aquella ocasión *hábito* ó *sentimiento de escuela*. Mis presentimientos los he visto *cristalizados*, como ahora se dice, en realidad consoladora. No son ya setenta los matriculados en el presente año, sino que han ascendido á noventa y cuatro. ¿No hay

motivo más que suficiente para congratularnos y para excitar en nosotros un santo orgullo á fin de mantener la escuela de Támara en el alto puesto que ocupa entre todas las de Casanare?

Escuchad ahora los nombres de los alumnos que por su extraordinaria aplicación, por su conducta ejemplarísima, por su asiduidad constante en asistir á las clases, se han hecho acreedores á este singular honor y á ser públicamente premiados. (Sigue el cuadro de honor).

Alegraos, discípulos míos muy queridos: vosotros sois mi gozo y mi corona. Continuad siempre por la senda del deber, la cual apenas habéis comenzado á hollar. Observad cuidadosamente y sin desalientos las enseñanzas que, durante este año, he venido depositando en vuestras inteligencias, en vuestros corazones y seréis felices y dichosos!

Señores: tengo que deciros aún una palabra. Un deber doloroso, una vindicación personal, muévenme á recordaros el hecho de que ya teneis noticia. Nada menos que al señor Ministro de Instrucción Pública ha llegado una calumniosa afirmación, hija acaso de la ignorancia, acaso de la mala fe. Hásenos acusado á los misioneros, directores de escuela en Casanare, de que omitimos la enseñanza de la Historia Patria! Vosotros sois testigos de lo que se enseña en esta escuela y en otras del Vicariato. Vosotros podéis dar público testimonio de que la historia patria ha merecido mis preferentes atenciones. Por eso es que esta noche, interrumpiendo la solemnidad amenísima del acto, vais á presenciar el riguroso examen de los niños en esa materia.

Y quizá sea esta la última vez que dejo oír mi humilde voz en el recinto de esta escuela; pero estad seguros de que la escuela de Támara, sus niños todos y sus sabrosos encantos quedarán eternamente grabados en lo más profundo de mi corazón.»

Aquel día se vio palpablemente, elocuentemente que en Támara se había enseñado historia patria con la misma amplitud y la misma solidez que en la escuela mejor servida de la República; como se había enseñado en Nunchía, capital de la provincia, y en Manare y en Chámeza y en dondequiera que funcionaron escuelas. Por lo que á Támara se refiere, diremos aún que esta clase mereció del jurado de calificación la más alta nota reglamentaria: el número 5, que significa *aprobado y sobresaliente*. ¡Lástima que no se hubiesen hallado presentes á este hermoso acto los detractores de los misioneros para que hubieran aprendido de los niños de Támara hechos y apreciaciones sobre la historia de Colombia, ignorados por muchos hombres que se llaman ilustrados!

Hoy día no son ya los misioneros directores de ninguna escuela de Casanare; pero lo decimos sin vanidad: aunque la instrucción pública está dignamente atendida, quizá en muchos años no se repetirán en las escuelas de niños de esta región aquellos actos solemnes y agradabilísimos que eran timbre de inmaculada gloria para los maestros y motivo de satisfacción para todos los amantes de Casanare.

III

Ni los frecuentes y penosos viajes realizados por el nuevo Vicario Apostólico durante el año de 1907, ni las múltiples ocupaciones que invariablemente acompañan y siguen á las fiestas religiosas de los pueblos, que en Casanare se celebran, por lo general en los meses de *verano*, pudieron quebrantar la resolución que había tomado de practicar visita oficial á todos los pueblos del Vicariato. En la cordillera ya no quedaba ninguno que no hubiera gustado los espirituales consuelos y bienes de todo orden, que á manos llenas derramaba por doquiera el celosísimo Prelado: justo era que participasen también de esos con-

suelos y de esos bienes los habitantes dela llanura, y particularmente los de Orocué y demás pueblos y vecindarios esparcidos en las remotas sabanas que fueron, años atrás, asiento de las célebres Misiones del Meta. El proyectado viaje á esos lados no presentaba en el mes de Febrero el cuadro aterrador de penalidades y sacrificios que presenta la navegación, forzosa en otras épocas del año; ahora podíamos hacer el recorrido por tierra, con más presteza, menos contratiempos y alguna comodidad, aunque no parezca comodidad cabalgar muchísimas leguas por adustas y solitarias sabanas sin más refrigerio que la ventura de Dios. A reflejar algunas impresiones sobre este viaje-excursión se endereza el presente capítulo.

Pore. La Plata, La Trinidad ó Parroquia son los únicos puntos poblados que interrumpen la interminable serie de sabanas, caños, ríos y bosques. Todo es llanura achicharrada en este tiempo de sequía, si se exceptúa el camino que de Támara á Pore conduce, el cual nada malo puede envidiar á las otras vías de comunicación tamareñas, y aun da cruz y raya á cualquiera de ellas, pese á la prestación personal subsidiaria que en él se evapora hace muchos años sin mejorar un punto su angustiosa postura. Sensible es en verdad que ese gran caudal de energías que supone el trabajo subsidiario de Támara haya quedado baldío por tántos años hasta el presente en que se ha empezado á emplear con economía é inteligencia. ¿Quién duda que es ventajosísimo (y lo único racional, cuando á más no se alcanza) dar anualmente al tráfico una pequeña parte de camino verdad y reparar el resto aunque sea de manera provisional, transitoria? Hablamos del camino de La Caldera, única vía que posee Támara para llevar sus productos agrícolas al exterior.

Lo fragoso del camino puede asegurarse que termina en la quebrada de Jere; siguen después otras tres ó cuatro leguas de camino aceptable, relativamente bueno, sólo

interrumpido por algunas quebradas entre las cuales sobresalen *La Curania* y *La Bayagùa*, tornadizas y traidoras, robadoras á veces de haciendas vecinas y aun de viajeros temerarios. Encadenados montículos exuberantes de vegetación hacen de repisa al inmenso cuadro de la llanura y alegran al excursionista anunciándole que la cordillera, la gran cordillera oriental andina, que se repliega hacia el Occidente cual si fuera un velo de dimensiones inmensurables que Dios acababa de alzar de sobre los llanos para que los hombres alabasen su belleza, su inmensidad, su omnipotencia.

No tarda en aparecer la noble ciudad de Pore, la que fue hace un siglo reina y señora de estos llanos y que hoy, destronada y vergonzante, cubre sus desnudeces con los harapos que la pérfida y sañuda mano de los tiempos le han dejado.

El viajero que hubiera visitado esta población en el último tercio del siglo XVIII ó primero del siguiente, aún hubiera podido solazarse recorriendo una ciudad rica y animada, *reinosa* sin dejar de ser llanera, de empedradas calles anchas y rectas; con muchos edificios de piedra, ladrillo ó tierra apisonada, varios importantes edificios públicos, tribunales, administración de correos, rentas monopolizadas (aguardiente, tabaco, pólvora, naipes); siendo además, como dice Cortés Madariaga, depósito de las especulaciones clandestinas de Guayana, frecuentado por los contrabandistas. Hubiera podido visitar la severa casa de la Gobernación, poco há destruída, patrimonio durante muchos años de los Morenos Juan Nepomuceno y Francisco; la famosa iglesia de tres naves á punto de ser entregada al culto; la espeluznante y hórrida cárcel, que, si bien es cierto que poco honor hace al ídolo de nuestros tiempos, era en aquella época la última palabra de la ciencia penitenciaria. Había entonces familias de rancio abolengo (ó que por tales pasaban), con retoños de bachilleres y doctores,

como los Molinas, Huertas, Gutiérrez, Morenos, Beltranes, Briceños, etc., etc. Y en fin, *en perspectiva* era Pore Sede episcopal; el Virrey Amar y Borbón dio los primeros pasos, á ello encaminados, el año de 1804.

Fuera de otros títulos históricos, no despreciables, que hacen de Pore una población interesante, hay otros que el patriota excursionista no puede menos de recordar. Aquí el esforzado General Joaquín Ricaurte hizo reunir los excelentes armeros de todas las misiones de PP. Candelarios para dotar de armamento al ejército que en Chire derrotó al peninsular Calzada; aquí se conservó vivo el fuego de la independencia, cuando en el resto de la Nueva Granada era extinguido por completo por el ejército expedicionario de Morillo; aquí el General Santander, «el hombre de las leyes,» logró calmar las rivalidades sangrientas de dos indomables llaneros, Galca y Moreno, aprovechando ambos bandos para engrosar el ejército libertador que á paso de vencedores se dirigía al corazón del virreinato. En Pore se proclamó—¡tiempos aciagos para Colombia!—la anexión de Casanare á Venezuela por aquel «temible llanero, corpulento y renegrido, de larga levita azul, el del pañuelo blanco puesto en forma de montera, amarrado á las quijadas y galoneado sombrero de tres picos,» árbitro algún tiempo de la suerte de Colombia; en Pore se celebró aquel ridículo pacto «de por ahora» entre el ciudadano Cura de esta capital y los comisionados del Soberano Cuerpo representativo de la Provincia, por el cual se despojaba á las misiones de sus haciendas y hatos; en Pore, finalmente, realizó su novelesca hazaña aventurera el apureño Alférez de caballería Juan B. Blanco, que casó con la célebre viuda tamareña, apadrinado por el «Sr. José Antonio Herrera, de los Libertadores de Venezuela, condecorado con el escudo de Carabobo, Capitán de infantería de la compañía de Cazadores; Dolores Colmenares, de los Libertadores de Venezuela, Capitán de caballería de la 2.ª

Compañía del *Escuadrón de la Muerte*, y Martín Ramírez, Teniente, *vivo y efectivo* de infantería de los ejércitos *liberales* (subrayamos) y Cirujano del Hospital Militar de esta ciudad de Pore.» Y en Pore dieron su vida por la patria el Dr. Frutos Gutiérrez, miembro del Congreso, el Coronel Francisco Olmedilla, Comandante Joaquín Cerda, Capitán Luis Páez; Juan Salinas, Ayudante del Libertador; Luis Abad, oficial; José María Rosillo, Vicente Cadena y otros patriotas anónimos que lucharon como héroes en la magna guerra de la independencia.

Todo esto y mucho más recordábamos al visitar las ruinas de la que fue ciudad de Pore, fundada en 1644, bien por Adriano Vargas ó por Francisco Anciso ó Enciso. Hoy ya no es nada, ni nada representa. Rectifico: hay estación telegráfica. Los hilos conductores pasan tocando las venerables ruinas de la magnífica iglesia *en construcción* (que catedral pudiera haber sido), cuyas paredes se hallan cubiertas de árboles y maleza. Dícese que en ciertas noches del año es violado el silencio misterioso que allí reina por una sonora carcajada!

Demos un adiós á tánto recuerdo y salgamos de Pore, camino de La Plata. Llanos tras llanos es lo que se ve por doquiera; á la derecha se divisa el río Pauto, protegido de espeso boscaje que espera el hacha del colono. Después de cuatro ó cinco leguas, en una larga curva que hace el río, aparece el caserío y puerto de La Plata, adonde van á parar todos los productos exportables de esta porción de los llanos y cordillera, como café, cueros, caucho, plantas parásitas, etc. Por seguir la misma dirección que los postes telegráficos, que son nuestros guías, evitámos entrar en dicho caserío; pero á las seis y media de la tarde nos acosó la noche y determinámos pasarla á orillas del río. Una hora distábamos de La Trinidad (llamada comúnmente *La Parroquia*, por la suprema razón de que nunca tuvo párroco), población de ganaderos y por ende llanera, con unos

trescientos habitantes de no muy limpia fama, y salud poco apetecible. También por aquí pasámos al día siguiente de resbalón, pero sí pudimos formarnos mejor concepto del que teníamos de su situación topográfica. Es ribereña del Pauto, su apostura simpática en extremo; sus calles hállanse embellecidas con árboles y alegres palmeras, lo mismo que el delicioso y pintoresco camino que en el paso del río termina. Fue repoblada con los escasos supervivientes blancos del extinguido Cafifí, donde estuvo emplazada en 1860, antes de la fundación de Orocué, la única Aduana nacional del Meta.

No parece el Pauto de la Trinidad el que conocimos en la cordillera; aquí se deslizan sus aguas mansas, tranquilas, sobre lecho de menuda arena, por donde se arrastran los saurianos traidores y se bañan como ninfas las esbeltas y blancas garzas y revolotean anátidos, jácanas y tucantocos.

Pasado el río, penetrámos en parajes más solitarios, más requemados é imponentes, y burlándose de esta majestad pasmosa, álzanse altivos y arrogantes los postes telegráficos, formando ora severa cadena, ora graciosa y robusta curva que se pierde en el horizonte. Todo es soledad; ni ganado se echa de ver por estos lados. La fauna, tan rica en otras sabanas, parece que huye espantada de tánta soledad; cuando mucho husmean los perros algún desdentado *cachicamo*—*dasypus tricinetus*—hermano menor del armadillo, pero más tierno y más delicado, de vivacidad sorprendente, delicioso bocado para los llaneros y vianda con mucho empeño rebuscada por los *mariscadores* de la cordillera. La forma y estructura de este dasipódido es curiosa é interesante; seméjase á un *caballo encubertado* ó á una *mula enjaezada*, que en esto no se hallan acordes los autores que tratan de estos animales. «Hay en esta tierra (refería gravemente á sus paisanos cierto bachiller conquistador), hay en esta tierra unos animales pequeños como

un lechón de un mes; éstos tienen los pies y las manos como un caballo y la cabeza como un caballo, pequeñita, con sus orejuelas; y está todo cubierto de una concha desde las orejas hasta la cola, que parece caballo encubertado; son fermosos de mirar; parece como un caballo...»

Pasemos el caño Gandul, caudaloso en invierno, y ahora sin una gota de agua con que apagar la sed. Dos horas más tarde acampámos en el hato del mismo nombre, situado junto á un estero pestilente y algunos pozos de agua más pestilente aún. En estas ocasiones resultan objetos de arte ó de mero lujo los afamados filtros del sabio y católico Pasteur y de todos los sabios del mundo entero. Y estas aguas de inmundos esteros ó de pozos *negros,* donde se revuelcan los cuadrúpedos más inmundos, donde se baña la gente y el ganado, donde se dan cita cuantos seres vivientes hay en el contorno son el único recurso, en materia de líquidos, de que disponen aquí como en muchos otros hatos de Casanare! Para dar con agua potable, es preciso ir al Guanapalo, tres leguas más allá, al cual caño nos trasladámos nosotros al día siguiente. En este mismo caño y en sus poéticas riberas pereció trágicamente un año después un tamareño distinguido que contaba numerosas simpatías en todo Casanare. Todavía no se sabe con toda certeza si fue víctima de los caimanes ó de alguna acción imprudente ó temeraria. Su cadáver apareció en la orilla del caño, mutilado horriblemente. Lo cierto es que el Guanapalo en todo tiempo es temible por su profundidad, su lecho fangoso y la multitud de caimanes que tiene en su seno y que es preciso ahuyentar á veces para pasarlo sin peligro próximo. Algo más simpático y más encantador, de belleza casi ideal, con aguas abundantes y cristalinas y su lecho de arrecife durísimo, es el Duya. Buen gusto tuvieron los indios sálivas al establecerse muchos de ellos en sus fértiles riberas, no obstante los frecuentes asaltos y tropelías de los goahivos que suelen recorrer estos parajes talando y robando cuanto pueden.

Unas siete ú ocho leguas de camino nos separaban de Orocué, la perla del Meta, población netamente indígena en sus principios (1850), lugar donde se asentaron los errantes indios sálivas, que moraron primero en Macuco y después en Guazabal, hasta que fueron corridos por el ruido de la civilización. Un punto tan estratégico para el comercio como éste no podía quedar mucho tiempo á merced de unos indios semisalvajes. Enfrente de las chozas por éstos construídas, levantáronse varios establecimientos comerciales, cuyos propietarios prometiéronse surtir de mercancía á todo Casanare (excepción hecha de la región araucana), monopolizando en cierto modo el comercio. De aquí surgieron las tres poderosas casas de comercio extranjeras de Bonnet, Francius Hermanos y Ramón Real (hoy Cornelius & Speidel). Los indios sálivas se diseminaron por las sabanas de Macuco y costas del Cravo y Duya, hasta que los PP. Candelarios formaron con ellos el pueblo de San Juanito ó Tagaste, cuyo triste fin se anunció anteriormente.

En Orocué permanecimos una semana, y durante ella administró el Vicario Apostólico ciento veinte confirmaciones, logró no sin dificultades establecer una escuela de varones y reavivó el espíritu religioso que tánto se amortigua en estas poblaciones dedicadas en cuerpo y alma al negocio.

IV

Estábamos, pues, á orillas del caudaloso Meta, testigo inmortal de los heroísmos de cien misioneros que sucumbieron gloriosamente enarbolando la enseña de nuestra religión sacrosanta.

¡Las Misiones del Meta! ¿Quién no se conmueve al recorrer estos campos de soledad agostados como por un soplo de muerte? Aquí, las venerables ruinas del célebre Macuco con su magnífica torre, todavía enhiesta, aunque

cuarteada por gruesos árboles que de entre sus sillares y ladrillos han nacido; más allá las no menos venerables de Casimena y Surimena, comidas y sepultadas por fiero bosque ó sirviendo de guarida á mil alimañas y brutos carniceros. ¿Y qué se hizo de Guanapalo, de Caviuna, de Guacacía? ¿Qué de la nobilísima ciudad de Santiago de las Atalayas, por el Capitán Antonio de Tapia fundada, y honradamente administrada por D. Pedro Ordóñez y Vargas, «Gobernador y Capitán General de ella y de sus jurisdicciones y provincias, demarcaciones, puertos y embarcaciones de la una y otra banda del río Meta, por el Rey Nuestro Señor?» ¿Qué de aquellos hermosos templos donde se reunían tres veces al día para alabar á Dios con sencillez de corazón no pocas capitanías de rudos indios que trocaron ayer el arco y la flecha del gentilismo por el dulce y tranquilo vivir de la religión del Crucificado? ¿Dónde están aquellas numerosas tribus de goahivos, sálivas, achaguas, cabres, cataros, chucunias, guaigis, maripiches y ayricos?

Todo ha desaparecido: las poblaciones se derrumbaron apesadumbradas de su soledad, y selvas impenetrables ocupan el lugar de ellas; los indios corrieron la misma tristísima suerte de sus pueblos, ó cuando mucho, han quedado míseros é insignificantes despojos que nada son ni nada representan, en comparación de lo que fueron.

Pero en medio de tánto desastre, surge fresca y lozana y colosal la figura del misionero, de aquellos heroicos misioneros que durante una larga centuria dieron calor y vida á estos indios y á aquellos pueblos. Eran unos, hijos preclaros de San Ignacio; otros, del grande Agustino. (1) Y expulsados inicua é injustamente los primeros de esta viña por ellos plantada y regada, solamente los segundos—los PP. Candelarios—supieron cultivarla con nota-

(1) No se olvide que hablamos de las Misiones del Meta.

bles aumentos; sólo ellos pudieron mantener vivo el sagrado fuego de la religión católica; únicamente los PP. Candelarios perseveraron realizando proezas, reduciendo tribus irreductibles hasta entonces y fundando nuevos pueblos, sin que mermaran en sus manos los que de la Compañía de Jesús habían recibido (1). Estos pueblos que en la fecha de la entrega (agosto de 1767) se hallaban perfectamente administrados y florecientes, eran tres: Surimena, Macuco y Casimena. Y no se crea que sólo desde entonces fueron los PP. Candelarios misioneros del Meta: antes que los jesuítas habían entrado en la jurisdicción de Santiago, fundando entre otros pueblos Isimena (1780?) y Sabana Alta.

Véase ahora lo que *plantaron* los Candelarios en lo poco que restaba del siglo XVIII.

En 1773 se inaugura solemnemente el nuevo pueblo de San Agustín de Guanapalo, fundado por el P. Miguel de los Dolores con doscientos indios maripiches y dos capitanías catequizadas de Macuco. A fines del siglo tenía ochenta y cuatro casas y seiscientos catorce habitantes indígenas.

En 1782 comienza el mismo Padre la fundación de Guacacía con cuatrocientos indios catecúmenos y algunas capitanías enteramente salvajes.

En 1784, el P. Pedro José de Cristo funda el pueblo de San José de Caviuna con doscientos goahivos por él subyugados, más tres capitanías que logra atraer del otro lado del Meta.

En 1792 el P. Pablo de la Madre de Dios establécese á orillas del caño Martimiti, en el Meta, con algunas tribus de goahivos y matajaras, fundando el pueblo de San

(1) No hay duda, dice Groot (*Hist. ecl. y civ.*, t. II), que de las órdenes religiosas á quienes se entregaran las misiones después de la expatriación de los jesuítas, la de los Candelarios— agustinos recoletos,— fue la que con más orden y arreglo manejó el negocio.

Nicolás de Buenavista, que se inaugura solemnemente cuatro años más tarde con la asistencia de las primeras autoridades civiles. El mismo día en que se recibió del Virrey el título de Cura--conversor, escribía el fundador: "Cuando comencé á fomentar esta nueva reducción (que fue el año 92) sólo tenía en ella tres parcialidades ó capitanías que se componían de gente que saqué del Ayrico y dos capitanías de gentiles matajaras que se hallaban cerca del río Meta y caño de Mucu; ahora tengo en el pueblo más de setecientas almas....»

En 1793 el ya dos veces fundador P. Miguel de los Dolores avanzó río abajo hasta la desembocadura del río Pauto, y junto al caño Cabapuni «de aguas abundantes y cristalinas,» funda el nuevo y simpático pueblo de Santa Rosalía.

Formaron, pues, cinco pueblos en un período de tiempo relativamente insignificante, porque fundar un pueblo de indios equivale á algo más que señalar con el dedo en la arena un reducido círculo é ingeniarse para que las aves de los aires se avengan á vivir en él; que aves son los indios por su nativa independencia y libertad, y sus tornadizos y volubles quereres y por la desconfianza y recelo que informan á todos sus actos.

Fue entonces, al expirar el siglo, cuando las Misiones del Meta llegaron á su completo desenvolvimiento, y lozanas y pujantes entraron en el XIX para venir á estrellarse contra aquella avalancha de patriotismo y de pasiones, de glorias y deshonras, de edificación y destrucción, de vida y de muerte.

Las Misiones del Meta tocaban á su fin. Los indígenas presintieron el cataclismo al ser despojados de sus hatos y haciendas de que se mantenían y hubieron de retirarse á sus antiguos bosques y á las playas de ríos lejanos á buscar el sustento que tampoco los misioneros podían proporcionarles. Estos, entretanto, permanecieron

aún en las misiones tratando de impedir la desbandada, hasta que al fin corrieron la misma suerte de sus indios casi todos ellos. Redujéronse las misiones á Casimena, Macuco, Surimena y Guanapalo, donde se mantuvieron hasta el año de 1825. Aún regresaron otros cuatro Candelarios á estas soledades de sus amores, pero tres de ellos murieron en la empresa, dejando clavada una cruz de madera sobre la desolada y ruinosa torre de Macuco.

Pasada la tormenta, el R. P. Joaquín Araque, que la había presenciado desde los altos picos de Morcote, informaba al P. Provincial de Candelarios con fecha de 1833, diciendo: « *Guanapalo* está en su lugar por haber aún algunos vecinos; *Macuco* se acabó por haberlo abandonado los indios; *Surimena* está también en su lugar con cuatro vecinos; de *Caviuna* no hay rastro; *Casimena* está donde mismo; de los demás, no hay ni rastro....» Es decir, que habían desaparecido, fuera de los nombrados, Isimena, Sabona Alta, Santiago, Guacacía, Buenavista, Santa Rosalía, Arimena, etc. etc.

Este fin tristísimo tuvieron las célebres Misiones del Meta!

Pasaron algunas décadas desde los sucesos últimamente referidos, y los PP. Candelarios encargáronse nuevamente de la administración espiritual de todo Casanare. Aunque ninguno de los nuevos misioneros había sido testigo de los heroísmos de sus hermanos en religión, recordaban con santa envidia las glorias y proezas de ellos; traían á la memoria el estado floreciente en que se hallaron nuestras Misiones del Meta; los pueblos por ellos fundados y santificados por venerables religiosos, muertos en olor de santidad; y poseídos de fervoroso entusiasmo, con igual celo que los de antaño y aun quizá con más heroísmo porque carecían de los elementos materiales que no faltaban á los antiguos misioneros, comienzan á recoger los despojos que habían quedado y fundan tres nuevos

pueblos en el mismo territorio del Meta. Ya anunciámos el fin tristísimo que tuvieron estas recientes fundaciones. (Vid., cap. . . .)

Concluyamos. Florecientes estuvieron las misiones; sacrificios y heroicidades practicaron los misioneros; elocuentes son los monumentos que han llegado hasta nosotros; tristeza y *nostalgia de lo antiguo* producen en el ánimo esas venerables ruinas con que frecuentemente se tropieza en Casanare; pero no es justo (y menos prudente) elogiar lo antiguo por ser antiguo aunque sea bueno, menospreciando lo que actualmente se posee. Trátase ahora no sólo de las Misiones del Meta (que casi no tienen razón de ser) sino de todo Casanare, del Vicariato Apostólico. Comparando lo que fue Casanare en el orden religioso desde sus primeras misiones hasta que de él se hicieron cargo últimamente los PP. Candelarios, con lo que tiene y es en la actualidad ¿ha perdido ó ha ganado? ¿ha retrocedido ó ha adelantado? ¿está mejor ó peor administrado? ¡Pluguiera á Dios que contestaran á estas preguntas, no reinosos descreídos, llaneros de guardarropía, que no conocen las iglesias más que por fuera y en Casanare se lamentan con ayes plañideros de las *ruinas del culto;* sino las pasadas generaciones casanareñas que vivieron en Pore, La Trinidad, Támara, Ten, Muneque, La Fragua (Moreno), Chire, Tame, Tauramena, Zapatosa, Chámeza, etc., etc., lo mismo que en la vasta región araucana. Estos pueblos nos dirían que veían pasar muchos años sin tener el consuelo de ser visitados por un ministro del Señor; responderían que aun cuando muchos ó algunos de ellos tenían derecho á cura propio, rara vez lo conseguían, y nunca de un modo permanente, porque ninguno podía ni quería avenirse á vivir entre ellos; y de los que se avenían, de los que se amañaban ¡cuántos había que trabajaban en esta viña del Señor *in destructionem et non in ædificationem!* Sí, digámoslo bien alto, ya que á ello se nos

obliga; fundados en documentos precisos y terminantes podemos asegurar sin temor á rectificación que todos los pueblos de la cordillera y aun todos los del llano están actualmente mejor administrados, más atendidos. (1)

¿Y las misiones? Pero si ya no existen los indios que las integraban ¿á qué tánto celo por las misiones? ¿Habrá alguien que se lamente de las *extinguidas* misiones y doctrinas florecientísimas de Monguí, Mongua, Tópaga y Sogamoso, v. g.? Pues algo así podríamos decir de Casanare, porque los indígenas escasean cada día más y más en esta región. Pero aparte de esto ¿será prudente, será cristiano, desamparar varios millares de cristianos necesitadísimos que viven en la cordillera y en el llano para ir en busca de un millar escaso, escasísimo, de indios refractarios á todo trato, maleados por la comunicación y guerra de los blancos, indios que hoy están en el Pauto, mañana en Orocué, más tarde en el Meta abajo, en la confluencia del Casanare, después en Cravo ó en el corazón de Cuiloto y muchas veces ni siquiera en Casanare sino en los llanos de San Martín? ¿O se querrá que los PP. Candelarios tengan cuarenta misioneros, ó algo así, para atender á las necesidades espirituales de 16,000 habitantes entre blancos y de color?

.....

Discurriendo andaban por nuestro interior estos recuerdos y tales ideas, cuando el compañero de viaje, misionero de Orocué, nos advirtió que habíamos llegado á Macuco. Reposan estas ruinas una legua al occidente de Orocué, junto á un caño de aguas perennes. La espesa selva que ha dominado el sitio, oculta casas derribadas,

(1) No se comparen estos pueblos con los del interior; allí hay clero propio, digámoslo así; aquí no lo hay ni lo puede haber; ni propio ni extraño, porque nadie quiere venir á hacerse cargo de estos pueblos. Hablemos claro.

enormes ladrillos de varias formas geométricas, piedras labradas que debieron traerse de la remota cordillera, y otros diversos materiales que han resistido la acción del tiempo sin destruírse. Por una angosta trocha que practicámos pudimos llegar hasta la torre é iglesia. Las dimensiones de ésta eran de treinta y cinco metros de larga por quince de ancha, extendiéndose á su derredor el pueblo, sobre un plano perfectamente cuadrado. Macuco fue fundado el año de 1730 por el P. Manuel Román, de la Compañía de Jesús, con varias tribus de indios procedentes del Orinoco. Fue una de las misiones que prosperó como por Dios bendecida y sin embargo nunca llegó á tener dos mil indígenas; ni más de quince ó veinte soldados de escolta; y ni una docena mal contada de *auxiliares* blancos, *á quienes estaba prohibido terminantemente vivir en la colonia* y aun ganar un jornal como *peones sabaneros* del hato que llegó á tener veintidós mil reses; y *un solo* misionero, ó dos á lo sumo de un modo eventual y transitorio. Mucho se ha fantaseado sobre el número de indios que formaban las misiones. De Macuco se han dicho estupendas barbaridades; entre otras, que había en la misión cuatrocientos individuos entre religiosos y auxiliares, capaces para la catequización de treinta mil indígenas! Y que las casas eran de cuarenta pisos como las que se construyen hoy día en los Estados Unidos, podía haber agregado el excursionista ese; que de no ser así, no se nos alcanza que ese enjambre de misioneros, criados é indios pudieran habitar en una población que tenía ciento cincuenta metros de radio. ¡Aquí de las leyes de cubicación! Véase ahora los indios que había en la citada colonia. En 1756 visitó á Macuco D. José Solano, jefe de la expedición del Meta, y nos dice que allí había 819 almas contando soldados y familias. En 1796 se practicó el inventario de la misión, y aparecen, fuera de reses y yeguas, 825 indios; el historiador Groot en un *estado* que trae correspondiente al

año de 1810, le pone 1,800 indios. Cortés Madariaga que por ese mismo tiempo estuvo en Macuco, asegura que tenía 1,300 almas entre indios y blancos. Habiéndose fundado el pueblo en 1730, nos parecen suficientes esos datos para calcular razonablemente.

Como datos curiosos apuntaremos que la iglesia de Macuco era de las más ricas de Casanare: había en ella tres magníficos retablos dorados, gran copia de ornamentos y mil setenta onzas de plata en alhajas y vasos sagrados. Poseía además la misión, según rezan los inventarios, «herrería, carpintería y otras artes con todos los aperos necesarios, los que trabajan los naturales,» más el riquísimo hato con cuyos productos se sustentaban los indios y se subvenía á las necesidades de la misión.

Para terminar, digamos algo de los felices moradores de Macuco, copiando las impresiones de un ilustre viajero (1) que visitó nuestra misión la víspera de la ruina de ella.

Los sálivas habitantes del Macuco (escribía), naturalmente festivos, son de color cobrizo claro, de elegante talla, ojos vivos y facciones bastante regulares, ágiles para el remo, sociables y gustan del aseo, ostentando el lujo en llevar su pelo lacio y abundante, atado con cordones adornados de borlas; descubren genio particular para la música, habiéndome causado la mayor sorpresa oír en el coro del templo la orquesta de indios compuesta de violines, violoncelo, flauta dulce, guitarras y triángulos; me acerqué al P. Cuervo (2) y supe por su informe que esta capilla era dimanada del reglamento de los misioneros ex-jesuítas, que se ha conservado inalterable por la escrupulosidad de los religiosos que los han subrogado en el encargo de las misiones. Cada mes paga el Macuco á sus músi-

(1) El canónigo venezolano Cortés Madariaga.

(2) El P. Pedro Cuervo de la Santísima Trinidad, Candelario.

cos para estimular á la juventud á que se aplique á la música vocal é instrumental, y con esta medida ha logrado adelantar los progresos de su capilla, solemnizando las funciones del culto con la suntuosidad digna del Dios á quien se dedican. (1)

V

Pues hemos apuntado algunos datos sobre los antiguos extinguidos pueblos que formaron las misiones del Meta, no salgamos de Orocué sin añadir otros sobre las renombradas haciendas de dichos pueblos, por misioneros fundados, sostenidos y explotados en pro y beneficio de los indígenas, digan lo que digan los caballeros de la *Mano Viva* y sus progenitores que las apetecieron, mutilaron y *extinguieron*, considerándolas erróneamente como el único bien que les faltaba para ser felices en esta vida y en la otra.

Si hubiésemos de creer al autor de las *Noticias Historiales*, sentaríamos como cosa averiguada que fue D. Fernando Alvarez de Acevedo (2) quien importó en estos llanos el primer ganado vacuno, procedente de la isla Margarita. Mediana autoridad conceden á ese escrito los críticos modernos, pero.... puntualizando lo que á nuestro asunto atañe, debemos convenir en ello. Según el P. Simón, la introducción del ganado en los llanos debió de verificarse algo después de 1540, y por otra parte se asegura que ya en ese tiempo corrían por las márgenes y llanos de Casanare y Apure, cosa de cuatrocientas mil cabezas de ganado vacuno sin amo ni perro, con la particu-

(1) *Viajes* de Cortés Madariaga, publicados poco há en el *Boletín de Historia y Antigüedades.*

(2) Su nombre aparece autorizando el traslado del primer Concilio Provincial celebrado en Bogotá: "Yo, Hernando Alvarez de Acevedo, Notario y Secretario de la Episcopal Audiencia de este Nuevo Reino...."

laridad de que entre esa plaga de animales andaban no pocos novillos, suceso que dio origen á cierta curiosa anécdota que puede leerse en la séptima Noticia historial, capítulo treinta y dos.

Rectificando, pues, lo que en otro lugar hemos dejado escrito á este respecto, añadiremos que andaba muy maduro el siglo XVII cuando el curioso que deseaba ver ganado vacuno en Casanare, debía ir por fuerza á la hacienda ó hato de Caribabari ó á la ciudad de Santiago de las Atalayas. Caribabari fue el primer hato propiamente dicho que se fundó en Casanare, y de él se derivaron después los de Tocaría y Cravo, hatos-madres que, á su vez, dieron existencia á todos los otros que posteriormente se fundaron en las misiones y aun en todos los llanos.

Concretándonos ahora á los del Meta (1), únicos que recibieron los PP. Candelarios al ser expulsados los jesuítas, diremos que fueron los tres que pertenecían á las misiones de Surimena, Macuco y Casimena, en los cuales,

---

(1) El autor de *La Iglesia y el Estado en Colombia*, al hablar de la Ley 13 de 1832, por la cual se destinaron las haciendas de Guanapalo, Macuco, Surimena y Casimena al sostenimiento de los pueblos de igual nombre, escribe: "Si no nos equivocamos, esas haciendas pertenecían antes á los jesuítas y de ellas se apoderó el gobierno español al expulsar de sus dominios á aquellos religiosos el pasado siglo." Y saca luégo una consecuencia: "La injusticia, pues, se remonta á una época lejana y no le es imputable al gobierno republicano." Con perdón del Sr. Restrepo diremos *sin temor de equivocarnos*, que el gobierno español no se apoderó de ninguna de las expresadas haciendas ni de otras, que pertenecían á los misioneros y no á la Compañía de Jesús. Las únicas que sufrieron la incautación fueron las de Caribabari, Tocaría y Cravo, las cuales no estaban destinadas directamente á ninguna misión en particular y por eso *pasaron* como propias de la Compañía. Tampoco queremos decir que fue el gobierno republicano quien se incautó de las haciendas nombradas; pero no se olvide el asesinato del General Carvajal y del Comandante Segovia porque defendían los hatos de las misiones del Meta, "que el Libertador había dado en arrendamiento al General Rafael Urdaneta."

según el inventario que nuestros misioneros recibieron de los ilustres desterrados en presencia del comisionado del Gobernador, D. Andrés de Oleaga, situada en la ciudad de Santiago, había entonces (Agosto de 1767) los siguientes ganados:

Hatos	*Número de reses*	*Número de caballos*	*Número de yeguas de cría*
Surimena	4,000	200	200
Macuco	6,900	150	142
Casimena.....	4,000	85	800
Totales	14,900	430	1,142

Al encargarse los PP. Candelarios de la administración de estos bienes, siguieron como cargo de conciencia las huellas de sus antecesores, sin apartarse un ápice de los reglamentos y usos establecidos en las misiones. El régimen administrativo de las haciendas (escribía un Padre Candelario) era sencillo y patriarcal, como convenía en unos pueblos salidos poco há del estado de barbarie. El misionero, Padre de todos, hacía de administrador: un capitán de experiencia era el mayordomo, y éste, con anuencia del teniente y doce ancianos, señalaba los peones ó sabaneros que debían cuidar las haciendas y dar cuenta de los daños que observasen. Los expresados capitán, teniente y ancianos, asociados al teniente corregidor español y al misionero, hacían los tratos de compra y venta de novillos, llevando un libro de ingresos y egresos, firmado por todos los que tenían á su cargo el cuidado de las haciendas. No se admitía persona extraña á la colonia, y para defenderla de las incursiones de los gentiles, daba el Rey á cada misionero doce fusiles, una caja

de guerra y dos pedreros para asustar á los indios con pólvora y sal.

Con este régimen verdaderamente patriarcal y á la sombra de la paz que entonces se disfrutaba comenzaron los hatos á prosperar de una manera asombrosa y los indios salvajes á aficionarse más y más á las misiones que con tánto regalo los agasajaban, haciéndolos inesperadamente propietarios de tan cuantiosos bienes.

Con la base de los tres hatos mencionados fundaron nuestros religiosos otros cinco en los pueblos de que se ha hablado en el anterior capítulo, hatos que también recibían la bendición divina para multiplicarse de modo increíble. Hasta el año de 1797 continuaron así las haciendas; pero en ese tiempo, al tratarse de fundar la nueva misión de Santa Rosalía y suplicar al Virrey que concediese el correspondiente permiso para sacar ganado de los hatos antiguos y asignárselo á la nueva fundación, se dio por autoridad superior alguna providencia no acertada respecto del manejo de la futura hacienda; pero al fin la autoridad civil fue razonable en aquella ocasión y continuaron los misioneros como administradores de los hatos. Escribía entonces el Padre Prefecto de las Misiones del Meta: Suplico se reforme la providencia para que el cabildo de españoles más inmediato á la misión señale administrador del hato que se manda formar á beneficio de los indios de Santa Rosalía; y que se mande que su cuidado sea de cuenta del P. Misionero, del mismo modo que se manejan con los otros pueblos del río Meta, tanto en los tres que recibimos á nuestro ingreso, como en los cuatro que hemos fundado nuevamente. Los progresos y notables incrementos de la conversión de los indios pende en gran parte de que se les agasaje con lienzos, carne, sal, utensilios para sus labores y otros donecillos siempre que salen de sus bosques y después de reducidos á población, que es una de las miras principales á que se destinan los

hatos; además de que con esto (con la reforma de dicha providencia) se evitan los costes de administrador, y éste al fin cuidará como mercenario, y el religioso cuida como pastor; y por esto será que Dios da tánto aumento á estos hatos, que parece increíble si no supiéramos que Dios multiplica ciento por uno. Efectivamente, después de los gastos en paramentos de iglesias, cartillas, instrumentos músicos, utensilios de los hatos, útiles de labranza para los indios, etc. etc.; después de pagar 200 pesos al corregidor (gasto novísimo), de las mortandades inevitables de vacas viejas y terneras pequeñas en el invierno, de los que matan los tigres y se engullen los güíos; después del número considerable que se paga de diezmos, y se vende ó permuta por sal, dulce, lienzos, vino y cera para la oblata y algnnas medicinas y otras necesidades de los indios, que son renglones crecidos; después de estos enormes gastos, echa Dios su bendición para que haya aumento de ciento cincuenta por uno en lo existente, comparado con lo que recibimos. Por el contrario, los hatos de P.P. Jesuítas que se aplicaron á temporalidades fueron disipadas y malversadas por seglares, porque se comenzó á convertir en sueldo de administrador lo que ayunó el misionero.» Así hablaban ya los misioneros cuando por primera vez intentaron escalar las misiones los precursores de *manos vivas*. Nada tenemos que añadir á lo trascritõ; sino que nos contentaremos con poner ante los ojos del lector un cuadro-resumen de los aumentos obtenidos por nuestros misioneros Candelarios durante los treinta años que corrieron desde que se hicieron cargo de los hatos. Y cuenta que el número de reses se regulaba «por la fierra anual y diezmo que se pagaba,» ya que no podían hacerse rodeos generales por falta de medios suficientes. Corresponde al año de 1797.

Hatos	*Número de reses*	*Número de caballos*	*Número de yeguas*
Surimena.....	13,000	432	864
Macuco.	13,000	590	1,070
Casimena.....	18,000	400	1,100
Guanapalo....	12,000	320	600
Guacacía.....	1,200	52	100
Caviuna.	900	20	60
Buenavista....	700	25	30
Santa Rosalía.	.....	.....	.....
Totales.....	58,800	1,839	3,824

Nada más podía exigirse á los misioneros Candelarios en los tiempos que corrían: fundaban nuevos pueblos, recogiendo los salvajes todavía rezagados en las llanuras del Meta; establecían nuevas haciendas de ganado, multiplicándolas prodigiosamente, y lograban no sólo evitar el desmedro de las recibidas sino aumentarlas de la manera que nos demuestra el precedente cuadro.

A desvanecer tan halagüeña perspectiva entró el siglo XIX, en cuyos primeros años aún continuaron prosperando los hatos de las misiones hasta que comenzaron á ser objeto de la codicia de señaladas autoridades que tenían tan poco temor de Dios como amor á los indígenas, cuyas eran las haciendas, y muchos deseos de medrar á costa del patrimonio de los pobres. Las arbitrariedades y rapiñas comenzaron á repetirse con tanto descaro y tan manifiesto cinismo que el Superior de los misioneros tuvo que sincerarse ante el Virrey de las graves acusaciones que, para ganar tiempo, habían lanzado contra los misioneros los auténticos expoliadores. Estos, que no eran otros sino el Gobernador de Casanare y el Prefecto del Meta,

habían privado á las misiones de las escoltas que de tiempo inmemorial tenían; excitaban á los indios á la insubordinación contra los misioneros; disponían arbitrariamente de los ganados; se apropiaban sin escrúpulo ni miramiento las bestias que deseaban, y hasta llegó el Corregidor del Meta á asignarse una pingüe renta que debía deducirse anualmente de los mismos hatos.

El Virrey hizo justicia á los Candelarios (quienes habían resignado en sus manos la administración de los hatos «objeto de la envidia y detracción») poniendo coto á los abusos de las autoridades y ordenando que dichos hatos continuasen como hasta entonces en manos de los Candelarios.

Si hemos de dar crédito á un conocidísimo *Estado* de las misiones del Meta, que se conserva en la biblioteca nacional y que publicó Groot por primera vez, no fueron pequeños los aumentos que tuvieron los hatos en el primer decenio del siglo XIX, á pesar de la guerra que se les hacía. Véase el *estado* que corresponde al año de 1810.

Hatos	*Número de reses*	*Número de caballos*	*Número de yeguas*
Surimena.....	20,000	800	1,800
Macuco.....	22,000	700	1,200
Casimena.....	24,000	700	1,900
Guanapalo....	33,600	520	879
Guacacía.....	1,200	60	30
Caviuna.....	900	70	30
Buenavista....	900	61	80
Santa Rosalía.	900	45	100
Arimena.....	900	25	25
Totales.....	104,400	2,981	6,044

La fecha del cuadro cierra la éra gloriosa de las misiones y los hatos. Desde ese entonces, además de ser escasos los documentos, entrámos en un período de agitación violentísima, que, mientras dura, todo es males y desastres, á veces, irreparables. Ya no eran los hatos propiedad de las misiones sino *primi capientis:* si hoy son de los realistas, mañana serán de los republicanos, y, al fin, no serán de nadie, porque nada habrá quedado. Poseemos un documento curioso que arroja mucha luz sobre la historia de los hatos del Meta. Corría el año de 1814, cuando el Soberano Cuerpo Representativo de la Provincia de Casanare acordó oficiar á S. E. el Gobernador, ordenándole que «como recurso para adelantar el fondo público,» llamase al Padre Candelario Fr. Pedro Cuervo, Prefecto de las misiones del Meta, para tratar «de que en calidad de por ahora se sacase á favor del Estado un número de caballos y novillos,».... «cuya resolución encarga muy particularmente Su Alteza no se haga ilusoria pero ni estrepitosa, sino bajo un temperamento político se eviten los malos resultados que prevé este cuerpo, considerando las estrechas necesidades públicas y el mérito de los religiosos cuyo desempeño no es, como se cree, absolutamente inútil.» Continúa el oficio exhortando al Gobernador á que maneje el negocio con tino y energía, y en caso de que el Prefecto no se avenga á soltar los toros, «cualquier resolución será muy conveniente.»

En efecto, estando reunidos el Excmo. Sr. Gobernador, el Excmo. Sr. Vicepresidente del Senado, el ciudadano cura de esta capital de Pore, y el Prefecto de las misiones, se *acordó* lo siguiente: 1.° Que el R. P. Prefecto pusiese á disposición del Gobierno 500 novillos cada año; 2.° Que el mismo Prefecto entregase por de pronto un número de caballos proporcionado á los que hubiese en los hatos y que entregase los últimos que quedasen, en caso de atacar á los enemigos; 3.° Que si se acercaba á

Casanare alguna fuerza armada amiga, debía entregársele mensualmente cierto número de reses gordas para matar; 4.° Que el dicho P. Prefecto sería sostenido por el Gobierno, «á fin de que el manejo de las haciendas lleve el tono necesario para su adelantamiento»; 5.° Que el mismo Prefecto estableciera inmediatamente una Caja de común donde serían depositados los caudales sobrantes de la venta de ganados, etc. etc.; 6.° Que los Padres rindieran indispensablemente cuenta de los hatos que manejaban, las cuales cuentas «serían recibidas por una multitud de hombres desinteresados en la reunión Constitucional del Serenísimo Colegio Electoral»; y 7.° Que el Gobierno estaba dispuesto á dar á los Misioneros los correspondientes suplementos, «con consideración á las escaseces del erario, que padece en muchas ocasiones.»

Tal vez no fue muy cordial el célebre *pacto* por el cual los hatos de las misiones cambiaban *legalmente* de propietario; porque el mismo día en que se celebró, el P. Prefecto solicitó un certificado para su resguardo, que decía así:

«El ciudadano Jerónimo de las Navas, Alcalde ordinario de primera nominación, certifico en toda forma de derecho, de manera que haga fe para ante los S. S. que la presente vieren y en donde fuere presentada que, habiendo hecho venir al P. Fr. Pedro de la Trinidad, Cuervo, para tratar con él, en qué modo podían dar auxilio para sostener la guerra; y estando tratando con él, pidió el Padre se consolase á los Padres Misioneros, ya que no se les daba su sueldo; y á esto respondió el Gobernador incomodado, que las misiones se reducían á vender novillos; el Padre respondió que por él fuesen á ver si había novillos; y el Gobernador dijo: que al que le viniere el sayo que se lo plante; y el Padre defendió á los indios y á los Padres cuanto le fue posible; á fin de no comprometerlos, ofreció dar anualmente 400 novillos en auxilio, ínter du-

rase la guerra, pero el Gobernador y su hermano no se conformaron; y por ser cierto doy la presente á pedimento verbal del R. P. Fr. Pedro de la Trinidad, Cuervo, Prefecto de las misiones del Meta, y firmo en Pore á 22 de Junio de 1814.

JERÓNIMO DE LAS NAVAS.»

No hay para qué indagar más sobre el paradero final de dichos bienes eclesiásticos; sólo apuntaremos que pocos años más tarde, sin usar del socorrido *temperamento político* de marras, pasaron á manos del General Urdaneta y de otros repúblicos prestigiosos, hasta que el Congreso de 1832 dispuso que el producto de esas haciendas fuera aplicado exclusivamente al sostenimiento de las misiones. Al año siguiente, el propio Congreso expidió otras leyes organizando los hatos así como las misiones, mas sin otro resultado que la buena intención, si acaso puede caber ésta en quienes disponían de bienes eclesiásticos sin intervención de la Iglesia. Terminemos este asunto con los datos que nos suministra el Secretario de Gobierno, informando al Congreso de 1847: «Los bienes de las misiones se han destruído casi absolutamente, pues el número de ganado vacuno queda reducido como á menos de 200 reses; y á nada el caballar. La desastrosa y dilatada guerra de la independencia y las revoluciones posteriores aniquilaron aquellos cuantiosos bienes.»

Este fin tuvieron las riquísimas haciendas de las Misiones del Meta.

VI

Cincuenta leguas próximamente habíamos caminado desde nuestra residencia de Támara á las históricas riberas del Meta; empero poco significaba este recorrido, importante en sí, en presencia del que aún teníamos que practicar. También en El Maní como en Chámeza y Paja-

rito, era esperada con ansia la visita del Rvdmo. P. Vicario Apostólico, ora para proceder á la apertura de las escuelas, ora para recibir de sus labios autorizados la semilla de la palabra evangélica y los consuelos consiguientes á la visita de quien es Padre y Pastor de las almas.

Allá enderezámos el rumbo el día 24 de Febrero. Casi costeando el río Meta, llegámos á Remolinos, donde comienza larguísima travesía por sabanas enteramente desnudas de vegetación arborescente, buscando la *punta* de un pobladísimo morichal que se ve como perdido en la borrosa penumbra del horizonte. En verano es el Meta punto obligado para prevenir la sed, por no encontrarse agua, ni una sola gota, en las seis ó siete leguas que hay de dicho río al pintoresco caño Güirripa, vivienda permanente de rayas, babas y caimanes.

¡El Güirripa! Un caño como otros tántos de Casanare; un río casanareño, indígena por completo, que en Casanare nace y aquí muere sin llegar á sospechar qué sean lechos de viva roca, ni corrientes impetuosas, ni blandas espumas, ni menudas pedrezuelas. El caño es un sér misterioso. Sus aguas, cristalinas ó terrosas, se arrastran perezosamente por un lecho fangoso sin el más leve murmullo, sin la menor señal de vida. Vegetación rica y lozana cubre sus orillas; y las ramas de los árboles y las frondas de las palmeras y las guaduas y los trepadores bejucos.... cruzándose y enlazándose sobre el misterioso caño, le dan un aspecto más sombrío y misterioso. Con todo, el caño es durante el verano el lugar anhelado por todo viajero, el suspirado oasis que ha perseguido con la vista por espacio de muchas horas para acampar y pasar la noche junto á él, bajo los árboles que cubren sus orillas, ó simplemente para tomar agua á la sombra vivificante. Cuatro, seis y más leguas antes de llegar á él se vislumbra la cinta verde oscura que orla su cauce; y el viajero no halla otro punto á donde dirigir, complacido, su mirada. ¿Cuánto

echaremos de aquí al caño? ¿Es muy grande? ¿Se puede pasar á caballo, ó hay embarcación? ¿No hay ninguna casa por allá cerca?... Este suele ser el interrogatorio obligado á que se somete irremisiblemente al baqueano.

Tras el Güirripa viene el Güira, y después el Cravo Sur, el hermoso y pintoresco Cravo, ya enriquecido con el grueso caudal del Nunchía, Payero y Tocaría y la belleza que le dan sus interminables bosques de palmeras y las fecundísimas tierras que baña en su larguísima carrera. A la sazón surcaban sus aguas varias canoas con carga de plátanos y otros frutos. No obstante que el agua daba hasta bien arriba de la montura, tuvimos que seguir al guía que se arrojó al río sin ascos ni remilgos; con la circunstancia agravante de que, cuando nos hallábamos en lo más crítico del caso, haciendo grotescas suertes de equilibrio.... soltó frenos el baqueano para que bebiesen agua las bestias.

Y andábamos cerca del hato Mare-mare, que por su apartamiento de otros hatos y su posición como de avanzada en las sabanas y parajes frecuentados por los indios de ambos lados del Meta, tiene cierta fisonomía peculiar. Unos trescientos metros antes de llegar á la casa, ocultada por el bosque, hállase el viajero impensadamente con un caño — Mare-mare — profundo, navegable y no susceptible de ser vadeado. En la orilla opuesta veíamos una gran canoa amarrada al tronco de un árbol; pero no veíamos ni notábamos viviente alguno. ¿Qué hacer en tal caso? Interrogámos al baqueano con una mirada de sorpresa. «Hay que tocar el cuerno para que vengan del hato á pasarnos;... y debe de estar por aquí....» añadió aquél, rebuscando en el hueco de un añoso y corpulento mata-palo.— «Aquí está (prosiguió luégo mostrándonos un cuerno descomunal); pero ¿saben ustedes tocar? que á mí no me suena!» —Trae, hombre, trae; es posible que tengamos embocadura, replicó uno de los viajeros.

Y allí permanecimos un buen rato adiestrándonos en el manejo del instrumento, hasta que, sopla que soplarás, salió el sonido potente, ronco, como una sirena de vapor.

No se hizo esperar el castellano, el llanero diré; y en breves momentos colocaron las monturas en la embarcación, nos acomodamos nosotros, y comenzó el navío á surcar las aguas del ancho *foso*.

Como en los antiguos castillos señoriales, no faltaba en Mare-mare una especie de bufón enano que daba placer y solaz refiriendo las destrezas nigrománticas ó bufonas que había llevado á dichoso término desde que, probando fortuna, se había desprendido de las montañas del *reino*. Tanto como bufón no era: llamábase apenas curandero de animales y cazador de culebras. ¡Con cuánta candidez ó tontera ó picardía (que todo podía ser) refería el asendereado guate los prodigios que había obrado en el arte de curar bestias; y cuenta que él no empleaba específico ninguno, ni aun glóbulos siquiera como el Sr. Coriaco: sabía todo un libro de conjuros, deprecaciones, *evangelios*, etc. etc., como otros tantos guates y llaneros; pero conjuros y deprecaciones que la santa Iglesia nunca autorizó, evangelios que jamás ha inspirado el Espíritu Santo.

La oración ó el «*Exorcismo á San Joaquín*» no tenía migaja de desperdicio; y tan eficaz que «bien podía curar á un toro del mal de gusanos,» aunque el exorcista «estuviera en Arauca y el toro en La Trinidad,» lo que me recordó á aquel cantar llanero que dice así: Me puse á torear un toro — Lo torié por la mitad — El toro estaba en Arauca — Yo estaba en La Trinidad. Pero volviendo á nuestro ensalmador diremos que aseguraba haber curado más de doscientos animales en circunstancias tan desfavorables con el ensalmo consabido: «*Yo te conjuro*, animales perjuros — Que creo que han de morir de uno en uno — En su misma sangre, en su misma sangre. — San Joaquín, seré yo en salvo, en salvo — San Joaquín, seré yo en salvo,

en salvo — Y creo que han de morir en su misma sangre, en su misma sangre — Y creo que han de morir de uno en uno....» Y yo creo (añadió el mayordomo del hato) y yo creo que si no le *junta* usté creolina se muere la bestia antes que los gusanos!

Pues ¡y la oración á San Pablo, ó Pablos, como él decía! Sabiéndola de memoria ó llevándola consigo escrita, cualquiera hijo de vecino podía meterse en el seno toda casta de culebras y animales ponzoñosos. No es casanareña en su origen esta *oración*, pero aquí campea como en su propia tierra. Al expresado ensalmador se la oímos de esta manera: Jesús dijo á San Pablos — Y San Pablos dijo á Jesús: — En los pies carga una luz — Y en las manos una cruz.— Líbrame de las culebras — Y animales ponzoñosos, — San Pablos, amén, Jesús.— San Pablos es tan querido — De Dios Todopoderoso — Líbrame de malos pasos — Y animales ponzoñosos, — San Pablos, amén, Jesús.— Digo estas cuatro palabras, — Las digo porque las sé, — En el nombre de San Pablos — Y de Jesús, María y José.

En Mare-mare fuimos atendidos con amabilidad y cortesía por el mayordomo del hato, á quien habíamos sido recomendados por D. Ramón Real, su propietario.

Al otro día reanudámos la marcha y divisámos junto al gran caño Surimena algunos vestigios del antiguo pueblo de indios. Entre otras notabilidades (estamos en Casanare) existe un monumental horno de ladrillos cocidos, que los indígenas no pudieron aprovechar por haber sido desperdigados por la llanura durante las violentas sacudidas de la independencia.

No escasea el agua como en otras regiones de los llanos; además del Surimena, vadeámos el Guariamena y el Curraupá y algún otro, y finalmente el río Cursiana, en cuya ribera izquierda está asentado el pueblecillo de Santa Elena de Cúrsiva, fundado no há mucho (1887) cerca de

la extinguida misión de Casimena. Las ruinas de esta antigua misión son tan interesantes como las de Macuco. Sobresale entre ellas, el magnífico templo de tres naves, del cual se conservan en regular estado las paredes frontales y algunos arcos por raíces y espeso ramaje protegidos.

Siguiendo nuestra ruta hacia la cordillera, cuando ya teníamos casi ganada la jornada diaria, tropezámos á orillas del río Chartes con una nueva fiera casanareña de las que, si abundan, no se logran ver á cada paso. Era un oso palmero que cruzaba perezosamente la sabana por la cual debíamos pasar nosotros. Al parecer, no se inmutó el estúpido hormiguero al vernos tan en su compañía; porque á cada cuatro pasos se posaba tranquilamente sobre los remos traseros y alzaba la pobladísima cola, cuya extremidad dejaba caer sobre la frente á manera de bucles desgreñados. *Myrmecophaga jubata* la llaman los naturalistas, y, quienes no lo son, *yurumí* en el Paraguay, *oso palmero* en los llanos de Colombia y Venezuela.

Pronto se divulgó en el pueblecillo del Marú la noticia de la llegada del Vicario Apostólico. Como se acostumbra en casos análogos, se mandó tocar al santo rosario para reunir el pueblo y dirigirle la divina palabra; mas después de tres toques solemnísimos, campana en mano, no se dignó acudir ni una sola vieja; sólo al terminar el rosario se presentó una señora con dos niños que venían á recibir la confirmación. Tampoco asistió nadie á las misas que celebrámos al siguiente día. En los sucesivos algo se movieron estos cristianos abandonados, tocados de la gracia divina y animados por las repetidas sacudidas de la campana; pero ¡ay, cuántos servidores tiene el diablo en estos apartados pueblecillos de Casanare! Durante los cuatro días que en El Maní permanecimos, hubo ocho comuniones, un matrimonio, seis bautismos y cuarenta confirmaciones.

Y al fin ganámos la cordillera oriental después de dos jornadas de molestísimo trotar, regular la una, y la otra pesadísima; que después de las primeras aguas que nos sorprendieron en El Maní, se puso la atmósfera insoportable, abrumadora. Si mortificante es cabalgar por los llanos en estos días de transición, que ni son de verano ni de invierno, lo es mucho más penoso por los bajos de la cordillera donde no se siente la brisa y escasea la vegetación, como sucede al llegar á Tauramena. Como en este pueblo, también insignificante, ignoraban de antemano la llegada del Rvdmo. Vicario Apostólico, nos limitamos á pasar en él la noche y hacer á estas pobres gentes el bien que permitía la premura del tiempo; y después de otras dos jornadas por caminos horribles y precipicios indescriptibles y veredas y despeñaderos sin nombre.... cuando abrumados de ver tántos y tan fieros montes y cerros y peñascales y *enterraderos*, preguntábamos al Vicario Apostólico, antiguo misionero de Chámeza, si era probable la existencia de algún pueblo por aquellas salvajes montañas.... apareció allá, en el fondo de un gran *caldero*, el *simpático* pueblo de Chámeza, con sus altos hornos y fuentes de agua salada. Pero allá también, en aquel *caldero*, en aquella sima profunda y solitaria están hace muchos años los P.P. Misioneros Candelarios, nuestros amadísimos hermanos; los Misioneros que, abnegados y prontos al sacrificio, viven en aquellos parajes apartados con envidiable contento y alegría: que para ser *criado de Dios é hijo de la santa obediencia* es lo mismo habitar en las grandes urbes que en las soledades inconcebibles de Chámeza.

De una interesante monografía sobre Chámeza, publicada por uno de los actuales misioneros residentes en esa población — el R. P. Fabo,— tomamos los siguientes datos. La fundación de Chámeza, obra de los P.P. Agustinos recoletos, data del siglo diecisiete, época en que ya

estaban establecidos nuestros Padres en la famosa ciudad de Santiago de las Atalayas. Los indígenas con que se fundó el pueblo, pertenecían á la raza *achagua* y *cusiana*, á los cuales se les agregaron luégo muchos de los habitantes de Santiago, atraídos, parte por la riqueza territorial, salinera y agrícola, y más todavía por la devoción al gran Taumaturgo de Tolentino, cuya imagen milagrosa se veneraba en Chámeza desde su fundación. Otra de las causas de la creciente población de Chámeza, prosigue el P. Fabo, consistió en el régimen de aparcería y encomienda que desarrollaron los religiosos, á cargo de los cuales estaban las salinas y los terrenos todos que hoy constituyen los municipios de Páez, Chámeza, Tauramena, Maní y Zapatosa. Xisigua, por ejemplo, era una hato de los Misioneros; á su amparo se formó el vecindario y se reprodujeron las *fundaciones* de los particulares. Así continuó Chámeza desenvolviéndose prósperamente, hasta que sucedió la guerra político-religiosa del promedio del siglo diecinueve, y se les arrancó á los Misioneros la administración de los terrenos de las misiones. Por este tiempo debió de acaecer la despoblación de nuestro Chámeza, que llegó á tal extremo, según dicen, que se cayó la iglesia, y tuvo que trasponer un vecino el milagroso cuadro de San Nicolás en el hueco que formaban unas piedras, para preservarlo de las inclemencias atmosféricas. Luégo, rehabilitada la calma, volvieron los habitantes y reedificaron el templo. En lenta progresión siguió el desenvolvimiento de Chámeza hasta hace unos doce años, cuando á causa de aproximarse los habitantes á los aljibes y fábricas de elaboración salinera, hubo de ubicarse el caserío en el punto que ahora ocupa. En este decurso se ha formado la población actual, cuyo desarrollo hubiera sido más amplio y rápido si los desastres de la guerra última no lo hubieran impedido. Con todo (y hablamos por cuenta propia), el estado actual de Chámeza es brillantísimo en todo

aquello que se relaciona más directamente con el ministerio de los P.P. Misioneros. La moralidad pública reina como en un trono; el amancebamiento ha desaparecido con su tropel de horrores, viniendo en cambio la legitimidad de los nacimientos á poner la honra individual cristiana y la legitimidad de las herencias y patrimonios; un grupo de personas decentes y trabajadoras constituyen la sociedad; y sobre todo, la instrucción pública es un hecho que hace honor á los habitantes de este pueblo. En el año próximo pasado (1908) funcionaban tres escuelas con el personal siguiente: escuela elemental de varones con asistencia media de 39 alumnos; ídem de niñas, con 10; y la rural de El Ceibal con 26 alumnos. Un total de 75 alumnos para una población de unas 1,000 almas es precioso dato que debe llenar de satisfacción á los habitantes de Chámeza, y singularmente á los P.P. Misioneros, bajo cuya inspección se halla ese importante ramo.

Durante los pocos días que permanecimos en dicha población recibieron el sacramento de la confirmación, de manos del Rvdmo. P. Vicario Apostólico, 220 niños de ambos sexos.

En Pajarito, adonde nos trasladámos seguidamente con los P.P. Misioneros de Chámeza, se confirmaron 94. Y con esta última visita dimos por terminada la excursión apostólica por estos remotos poblados y desiertos del Vicariato. Aún hubiera deseado el Rvdmo. P. Ballesteros ejercer su sagrado ministerio en los llanos que se extienden de Zapatosa á Nunchía; pero obligaciones imperiosas reclamaban su pronta presencia en Sogamoso para regresar luégo á su residencia oficial de Támara. Aquí nos hallábamos después de haber realizado desde Chámeza once jornadas, algunas de ellas de once y doce horas de continuo trotar, pasando en este corto tiempo, con rapidez extraordinaria, de los calores sofocantes de la llanura á los glaciales páramos de la cordillera andina,

brusca transición que soportan frecuentemente los Misioneros de Casanare en cumplimiento de su sagrado ministerio.

VII

Si de suyo no fuera negocio delicadísimo y lleno de espinas en todo tiempo y lugar el ministerio de las almas, habríamos de hacer una excepción del Vicariato Apostólico de Casanare; ya por la naturaleza del país, extensísimo, poco poblado, sin vías de comunicación; ya por otras gravísimas causas de orden etnológico; ya, en fin, por el doble carácter de párrocos y misioneros de que se hallan investidos estos obreros de la verdadera civilización.

No nos detendremos en ponderar las dificultades que se originan de meras causas geográficas y etnológicas, porque sobre no ser nuestro intento hacer la apología del obrero evangélico, de relieve aparecen en estas *Excursiones*. Diremos tan sólo que en su calidad de párrocos, pesan sobre ellos todas las obligaciones y cargas y sacrificios anexos á ese *beneficio,* pero sin gozar de las prerrogativas y ventajas materiales, que en otras partes se pueden disfrutar, ya como concesión otorgada á la humana flaqueza, ya como legítimo *hæc omnia,* que Dios concede á sus servidores. La vida del párroco-misionero necesariamente ha de ser en Casanare vida de privaciones y sacrificios. Ya lo anotámos en otro lugar, sirviéndonos de las palabras del Illmo. Sr. Casas, y no huelga repetirlo: en estas incultas regiones no bastan comunes disposiciones ni virtud ordinaria para desempeñar el delicado cargo de que hablamos; porque lo que podemos llamar principal materia del cargo, las *parroquias* de Casanare, no son como se las habrá figurado el cándido lector, sino medio parroquias, medio misiones, con todas las exigencias de la parroquia y sin ninguna de sus ventajas (permítasenos hablar así); con todos los cuidados y anexidades de las

misiones vivas y sus privaciones, sacrificios, heroísmos. Sí, heroísmos, porque heroísmo es renunciar noblemente, sin esperanza de humana recompensa, comodidades, distinciones, consideraciones de otro vivir más culto y civilizado, para sepultarse en estas regiones donde, si se le tiene alguna consideración (al misionero) por parte de los naturales, son infinitamente mayores las desconsideraciones, vejaciones é insultos que recibe de ciertos y determinados elementos, indignos de pisar tierra casanareña. El párroco-misionero dispuesto ha de estar siempre á recibir indiferencia ó brutal desdén á cambio del bien que en torno suyo derrama. ¡Cuántas veces tiene que reprimir su indignación cuando á espaldas suyas y en voz baja se pregunta por algunos: ¿qué hacen los misioneros en Casanare? «Cumplir una misión divina,» podrían replicar éstos, «somos embajadores de Cristo.» En efecto: ora enseñan, ora aconsejan, ora exhortan y corrigen. Por todas partes van haciendo el bien. Si no fuera por ellos, ¡cuántas almas pasarían á la eternidad sin oír hablar de Dios, sin recibir un buen consejo, una palabra de aliento, de consuelo! ¡Cuántos cristianos no pensarían jamás en su alma, si el misionero no fuera á buscarlos en su tugurio, en su choza apartada y solitaria!

Para esos *algunos,* nada significa esto; empero para el creyente; para los que estiman en su valor el precio de una sola alma; para los que tienen como artículo esencial de sus creencias la redención del humano linaje por un Dios hecho Hombre.... para éstos, digo, una sola alma redimida, un solo moribundo llevado al cielo, un solo niño regenerado con las aguas bautismales en el trance de la muerte, es más que suficiente para no considerar estéril la labor de los misioneros en Casanare. Ah! Cuando todavía señoreaba en el pueblo cristiano esta fe divina, y se veía al sacerdote ocupado en su sagrado ministerio, nadie le preguntaba cuántos caminos había hecho, cuántos

puentes había levantado, cuántos edificios construído. Hoy día precisa responder; y para gloria de Dios y satisfacción de los misioneros, aún se puede afirmar en presencia de los hechos, que no solamente han cumplido (los misioneros) con su ministerio puramente espiritual, sino que su acción, como lo hace siempre la Iglesia católica, cuyos son representantes, ha marchado en todo tiempo y lugar á la vanguardia de todo legítimo progreso.

Y aun cuando por la simple lectura de estas *Excursiones* y otras publicaciones de los R. P. Candelarios se echa de ver la labor constante y fructuosa de los misioneros de Casanare, vamos á destinar siquiera una parte de este capítulo para dejar en él anotadas, á manera de balance, algunas de las obras que se han llevado á cabo durante los cinco años que abarcan estos apuntes. Ya se ha dicho en otra parte que el Vicariato Apostólico cuenta para su administración espiritual con doce misioneros que residen en los seis centros principales de Arauca, Chámeza, Manare, Nunchía, Orocué y Támara, teniendo además á su cuidado los demás pueblos y vecindarios que comprenden sus respectivas circunscripciones.

Tomamos los siguientes datos de los registros que se llevan en cada una de las misiones. (1)

	Arauca	Chámeza	Manare	Nunchía	Orocué	Támara
Bautismos.....	600	800	977	769	790	1,198
Confirmaciones..	540	354	900	450	120	797
Matrimonios.....	100	200	300	249	130	200
Uniones ilícitas legitimadas.	60	140	150	113	90	125

(1) Por no haber podido proporcionarnos datos exactos de algunas misiones, hemos suplido ese defecto con cifras aproximadas.

Visitas á los pueblos—Uno de los capítulos más penosos para los misioneros es el concerniente á las visitas de las circunscripciones ó pueblos, vecindarios y hatos anexos. A quienquiera que lea estos apuntes le parecerá *cosa* no despreciable los viajes realizados por el autor en el corto tiempo que abarca el escrito; mucho más si agregamos que los viajes aquí relatados (que suman un total de muchas leguas), no constituyen ni la tercera parte de lo que hemos cabalgado. Ahora bien: cualquier misionero de Casanare nos lleva muchas leguas (cientos de leguas) por delante, como que su vida habitual consiste en recorrer montes y llanos con muy poco reposo. Nada más que los viajes rápidos en que se invierten *de uno á tres días* en la ida por otros tantos en el regreso, sin más objeto que auxiliar moribundos, son los siguientes que tomamos de los mencionados registros (1): En Támara, 90 viajes; en Nunchía, 15; en Manare, 40 y en Chámeza 40. Viajes de 3 á 6 leguas, etc. etc.: en Támara, 300; en Manare, 250; en Nunchía, 120; en Chámeza, 200. Omitimos los de Arauca y Orocué donde rara vez avisan á los misioneros de puntos lejanos.

Y si nos detuviéramos á describir algunos de estos viajes rápidos, improvisados, mitad en mula, mitad á pie, y á ratos gateando por cerros y lomas inaccesibles, ó vadeando ríos y quebradas; ¡cuánto no podríamos contar á ciertos *habladores* de oficio, panegiristas de la vida regalada de los frailes! ¡Cuántos trozos de *regalada* literatura, como el que va á continuación, podríamos copiar del *carnet* de esos misioneros! «Ayer llamaron á una administración al vecindario de X.... distante de esta misión tres días, según asegura el baqueano. En todo el santo día de hoy no ha cesado de llover; ¡al fin estamos en el mes de Julio!... Al día siguiente continué la marcha á pie, por

(1) Abarcan, como se ha dicho, el período de cinco años.

no ser camino para mulas, y logré, gracias á Dios, encontrar al enfermo en sus cabales y dispuesto á confesarse. La noche.... buena ¡bendito sea Dios! Y eso que por no haber por allí otra casa con paredes, me guindaron el chinchorro en la jaulita ocupada totalmente por el pobre enfermo, hidrópico rematado, y unos perros y gallinas con sus crías. Como el chinchorro ocupaba toda la extensión de la choza y el enfermo estaba debajo de aquél, no pude moverme en toda la noche por temor de pisar al moribundo que parecía morirse á cada ahoguío que le sobrevenía. Añádase que me hizo daño la única cosa que me dieron de comer y de cenar, que fue yuca de la mejor calidad que he visto en Casanare.... Al otro día salió el sol y pude secar toda la ropa que venía mojada....»

Y después de una jira tan poco apetecible como ésta (si no estuviera de por medio la gloria de Dios y acaso la salvación eterna de una alma); después de esta jira y cuando todavía están secándose, colgadas al sol, las embarradas polainas, llaman á otra administración.... si no es que son varios los enfermos que solicitan al Padre!

Fuera de estos viajes que llamamos rápidos é improvisados, hay otros que se hacen periódicamente á los pueblos y vecindarios anexos, sin exceptuar las viviendas de los indios que tienen algún roce con los *blancos*, como son los tunebos, macaguanes y ciertas capitanías de guahivos. Todos estos poblados se visitan varias veces al año, según la importancia que tienen, aun cuando el misionero no sea solicitado.

Grande es, pues, la actividad que se despliega en este Vicariato para subvenir á las necesidades espirituales de los fieles; pero no se consume toda ella en los viajes referidos. El misionero, cuando está *tranquilo* en el centro de su misión como cuando recorre sus extensas circunscripciones, va elaborando poco á poco con inquebrantable constancia, otras múltiples obras materiales de adelanto y

progreso, que realzan en gran manera las que al espíritu directamente se refieren. Y aunque al lector pueda parecer fría prosa el sencillo sumario que vamos á hacer de esas obras, omitiremos toda clase de comentarios limitándonos á consignar hechos descarnados. Principiemos por la misión de

Támara—Se han construído dos magníficos altares de cedro, pintados y dorados, avaluados en $ 30,000

Armonium nuevo. 23,000

Construcción de la sacristía, de nueva planta. 5,000

Dos cuadros al óleo del S. Corazón de Jesús y San José, de tamaño natural. 8,000

Construcción del coro de la iglesia. . . . 3,000

Varias alfombras para el presbiterio. . . 10,000

Viacrucis nuevo. 2,200

Otros objetos para el culto. 8,000

Toda la obra del cementerio (cercado de tapia alta de tierra apisonada y capilla) descontando unos 1,500 jornales 20,000

Refección de la casa cural 17,000

Reparación del colegio de las hermanas de la Caridad y construcción de un gran salón para clases y varias piezas. 82,000

Mobiliario para las escuelas (aparte del que ha cedido el municipio), útiles, premios, diplomas, etc. 20,000

Ornamentos de todas clases para el culto divino. 8,000

Nota—Gran parte de las obras enumeradas han sido costeadas exclusivamente con fondos del Vicario Apostólico y de los Misioneros; otras se han llevado á cabo con la cooperación de los fieles, y otras, finalmente, por suscripción voluntaria entre los habitantes de los pueblos respectivos; pero no creemos ofender á nadie si afirmamos que *todo* es debido á la influencia y actividad del misionero, alma de todo progreso verdadero.

Finalmente, una multitud de objetos para la iglesia, algunos de inestimable valor, obra de las siempre irreemplazables Hermanas de la Caridad. Omitimos también los gastos hechos en favor de la instrucción pública y otras obras de mera propaganda religiosa, gastos que ascienden anualmente á varios miles de pesos.

Nunchía—Ornamentos sagrados, nuevos. . 50,000

Imágenes (cuadros al óleo) del Santo Cristo, la Dolorosa, Animas y pequeña imagen del S. Corazón. 35,000

Viacrucis nuevo y otros objetos para el culto, como floreros, jarrones, candeleros, etc. etc. . . 8,000

Varias obras nuevas y reparaciones en la iglesia. 10,000

Terminación de la casa cural y construcción de dependencias. 100,000

Construcción del edificio para casa-colegio de las Hermanas de la Presentación. . . . 200,000

Otros gastos para las escuelas (mobiliario). 2,000

Y actualmente se está levantando nuevo cementerio.

Manare—Construcción de la nueva sacristía. 5,500

Reparación de la iglesia. 5,000

Ornamentos sagrados. 8,000

Viacrucis. 3,000

Otros objetos para el culto. 3,500

Nuevo altar de N. P. S. Agustín. . . . 12,000

Imagen del S. Corazón de Jesús. 8,000

Imagen de San Isidro. 11,000

Imagen de N. P. S. Agustín. 11,000

Mobiliario y otros gastos para las escuelas. 8,000

Reconstrucción y nuevo techado de la iglesia de Moreno (descontando unos 700 jornales). 40,000

Chámeza, Orocué, Arauca—Por dificultades de rápida

comunicación, no hemos podido obtener datos completos sobre estas misiones, pero nos consta que á todas las iglesias se las ha provisto de buenos ornamentos y todo lo necesario y útil para el culto. Además, en Arauca se ha embaldosado su iglesia y construído casa cural; en Orocué, construcción también de la casa cural, reparación general de la iglesia y construcción del frontis; y en Chámeza van avanzando poco á poco las obras del soberbio templo que será sin duda uno de los mejores de Casanare.

Terminemos estos apuntes bendiciendo á la divina Providencia, á vista de tántos y tan costosas obras como se han llevado á cabo en estas misiones de Casanare, región tan pobre y agostada en recursos pecuniarios, como rica y exuberante se ostenta la naturaleza.

VIII

La Instrucción Pública ha sido otro campo vastísimo en que los Misioneros de Casanare han desplegado las alas de su celo, en gracia y utilidad de esta región no menos que de toda la República. Cuanto pudiéramos decir ahora á este respecto, ya lo publicámos en ocasión reciente en un escrito que vio la luz pública en *El Correo Nacional,* y que vamos á reproducir tal como se publicó:

"Nada más conveniente, provechoso y aun necesario para quienes por interés, obligación ú otro título cualquiera deben intervenir en el importante Ramo de Instrucción Pública, que estudiarlo á conciencia, bajo sus múltiples faces ó aspectos; máxime cuando hay de por medio compromiso onerosamente contraído.

Para este estudio, la estadística es un recurso admirable, de gran valía, decisivo en muchos casos. En la estadística se hallará el adelantamiento ó el retroceso de las escuelas ó centros de educación, con las causas que los determinaron; los diferentes métodos ensayados, sus ventajas, sus defectos; los recursos con que cuentan los Mu-

nicipios; la indolencia ó la actividad de los mismos, en fin, hasta la fisonomía propia de los pueblos y familias, su amor á la cultura, á la ilustración.

Alumbrado con estas y otras muchas luces que la estadística suministra, podrá el interesado por la Instrucción Pública, ya como supremo moderador de ella, ya como colaborador modesto, podrá, decimos, obrar siempre sobreseguro; dará el giro conveniente á los diferentes planteles de educación; dejará caminos tortuosos, no exentos de peligros, esto es, métodos y sistemas fracasados, y encauzará la Instrucción Pública por los senderos que la experiencia aconseje.

Con la noble mira de utilizar estas enseñanzas en favor de la instrucción escolar de Casanare, nos encargó el actual Vicario Apostólico é Inspector de Instrucción Pública de esta región, Revdmo. P. Fr. Santos Ballesteros, que estudiásemos cuanto á la Instrucción Pública de Casanare se refiera, é hiciésemos trabajo especial sobre este ramo; empresa que llevamos á cabo con el mayor placer y buena voluntad, toda vez que se trataba de un asunto tan de nuestro agrado y de no pequeña utilidad para Casanare, á cuyo servicio espiritual y aun temporal estamos consagrados hace algunos años.

No pretendemos afirmar con esto que el resultado de nuestras investigaciones haya llenado la medida de nuestros deseos, no: los datos estadísticos é históricos sobre aquella remota sección de la República escasean grandemente á causa de los numerosos elementos de destrucción que allí conspiran á la ruina total de esta clase de documentos. Además, sólo para trasladar á este escrito las innúmeras disposiciones dictadas por el Gobierno para difundir la instrucción pública, ora en las poblaciones y vecindarios civilizados, ora entre las tribus errantes de aquellos llanos, necesitaríamos el tiempo de que ahora carecemos, aparte de que lo reputamos inoportuno, é in-

compatible con la estrechez y fines de esta correspondencia.

Haciendo, pues, omisión de todo esto, nos concretaremos á entresacar de nuestro trabajo algunos datos que den cabal idea del desarrollo é intensidad de la instrucción pública en Casanare, durante los últimos veinte años.

Puédese afirmar categóricamente que en ninguna época ha sido postergado en Casanare este gran factor del engrandecimiento de los pueblos. Hasta el año de 1890 funcionaron con más ó menos regularidad sobre ocho ó diez escuelas primarias con una asistencia media de trescientos alumnos; pero con la particularidad de que estas escuelas eran patrimonio casi exclusivo de los varones, dejando á la mujer en el inicuo aislamiento y rústica ignorancia que aun hoy día puede observarse. En 1879, v. g., funcionaron en todo el territorio siete escuelas de varones con un total de 389 alumnos, en esta forma: Támara, 98; Arauca, 70; Pore, 64; Nunchía, 61; Tame, 42; Moreno, 32; Ten, 32; y no consta que hubiese un solo plantel dedicado á la educación é instrucción de la mujer. En 1891 había diez escuelas con 336 alumnos matriculados y 222 asistentes; en 1892 el número de planteles ascendió á catorce con 288 asistentes; á lo cual hay que agregar que en este año se comenzó formalmente la catequización de los indígenas en la misión de Barrancopelado, fundada por los PP. Misioneros.

Pero creóse la Intendencia bajo la Administración del Sr. Caro, y la Instrucción Pública entró en una nueva éra de avance continuo, salvo las interrupciones ocasionadas por los disturbios políticos de 1895 y 1899.

Véase el siguiente cuadro que abarca el período de siete años comenzando del en que se inauguró la Intendencia nacional de Casanare:

Años	Escuelas rurales	Escuelas urbanas	Colegio de segunda enseñanza	Alumnos matrículados	Varones	Niñas
1893	2	25	...	584	381	203
1894	2	33	2	700	397	303
1895	...	...	1	....	....	....
1896	1	14	2	389	245	144
1897	...	12	...	423	240	183
1898	2	18	...	700	388	312
1899	...	14	...	479	262	217

En el total de alumnos no incluímos los del *Colegio de Casanare*, dirigido sucesivamente por el Sr. D. Miguel González Alvarez y el Dr. D. Oscar Rubio, y el de *La Presentación*, para señoritas, á cargo de las RR. Hermanas de la Caridad; ambos colegios contribuyeron á dar alto vuelo á la Instrucción Pública funcionando con aplauso general y el éxito más lisonjero. Lo propio decimos de las misiones de Barrancopelado, de indios *goahivos*, y San Juanito, de *sálivas*, donde se daba instrucción primaria á casi un centenar de indiecitos.

También hay que anotar en el *haber* de este septenio la construcción de dos amplios edificios, en Támara y Manare, destinados á la educación de niñas bajo la inmediata dirección de las Hermanas de la Caridad, tan abnegadas como hábiles institutoras.

Grande menoscabo sufrió la Instrucción Pública en Casanare al estallar la revolución del 95. En este tiempo sólo se abrió el *Colegio de la Presentación* y alguna que otra escuelita sostenida por los PP. Misioneros; pero disipada aquella desastrosa tormenta, comenzó de nuevo á confortarse la quebrantada instrucción, é iba reaccionando esperanzada, cuando sobrevino otra catástrofe, la del 99, que dio al traste con esperanzas é ilusiones. Los PP. Misioneros, que habían tomado la Instrucción Pública bajo su

amparo y salvaguardia, hubieron de abandonar sus puestos para comer el negro pan del destierro; dejó de sentirse la acción del Gobierno Nacional, y la Instrucción Pública enmudeció por completo.

Así continuó hasta el año de 1903 en que otra vez las heroicas Hermanas de la Caridad y los PP. Misioneros fueron los primeros en demostrar su celo por la educación de la juventud y la niñez, estableciendo á costa de no pequeños sacrificios algunas escuelas privadas.

Mas para hacer algo que pudiera remediar en parte los pasados quebrantos; para comenzar á edificar sobre ruinas, sin vacilaciones ni descaecimientos; para dar vida á un cadáver putrefacto, necesitábase una voluntad enérgica, férrea, constante, de grandes alientos; y esta voluntad púsola al servicio de la Instrucción Pública el Illmo. Sr. Casas (q. e. p. d.), y después de él, su inmediato sucesor en el Vicariato, el Revdmo. P. Fr. Santos Ballesteros.

Véanse los datos que arroja la estadística durante este tiempo de reconstrucciones:

Años	Escuelas rurales	Escuelas urbanas	Alumnos matriculados	Alumnos asistentes	Varones matriculados	Niñas matriculadas
1904	...	5	147	112	87	60
1905	...	7	163	149	108	55
1906	9	13	509	445	240	269
1907	4	24	862	763	467	395

¿No es consolador este desarrollo, esta multiplicación de las escuelas? Mas para obtener los resultados que aparecen en el cuadro ¡qué luchas no tuvo que sostener el Illmo. Sr. Casas al ser nombrado Inspector de Instrucción Pública de Casanare en 1904! Escasez de personal docente por la desconfianza que se tenía de cobrar nóminas; ca-

rencia de locales, mobiliario y útiles; indiferencia de los padres de familia por la instrucción de sus hijos: todo esto, y más que pudiera decir, contribuyó á dificultar la restauración de la Instrucción Pública en Casanare. Empero el Illmo. Sr. Casas no se doblegaba ante obstáculos de esta naturaleza.

Por de pronto, remedió la falta de maestros nombrando para desempeñar esa noble misión á los PP. Misioneros en los lugares de su residencia, y hasta se privó de los servicios de su Secretario para ponerlo al frente de una escuela; y apenas se posesionó de la Presidencia de la República el Excmo. Sr. General Reyes, se dirigió á él personalmente en demanda de protección para su Vicariato y, en especial, para la Instrucción Pública. Como era de esperarse, el Excmo. Sr. Presidente y su dignísimo colaborador, el Dr. Cuervo Márquez, facilitáronle cuanto deseaba.

Según aparece en el cuadro que acabamos de trazar, muy poco pudo gozar el nuevo Inspector del fruto de sus desvelos por la Instrucción Pública: "cual otro Moisés, cual otro caudillo de Israel, estaba destinado por la Providencia divina para guiar á su pueblo, con sus oraciones, con su sabiduría, con su celo; no le fue dado llegar á la tierra prometida; no le fue concedido sino ver de lejos el deseado fruto de sus trabajos, de sus esperanzas!...."

Cúpole esta gran satisfacción al Reverendísimo P. Fray Santos Ballesteros, digno heredero del celo apostólico de su ilustre predecesor, á quien sucedió en el gobierno del Vicariato, y consiguientemente en la Inspección de las escuelas.

En el referido cuadro resaltan los adelantos obtenidos en las escuelas en 1907, año en que se posesionó de su elevado cargo.

Véase ahora en el siguiente, el estado actual de la Instrucción Pública en Casanare:

MUNICIPIOS	Escuelas urbanas			Escuelas rurales	Número de alumnos			
					VARONES		NIÑAS	
	Varones	Niñas	Escuelas alternadas		Matriculados	Asistentes	Matriculadas	Asistentas
Arauca . . .	1	1	....	....	28	24	30	25
Arauquita. .	1(a)	....	....	....	15	9	....	....
Bujío. . . .	....	....	....	1	12	12	8	8
Chámeza. . .	1	1	....	....	33	33	12	11
El Ceibal. . .	....	....	....	1	21	18	10	8
El Maní . . .	1(b)	....	....	....	20	18	....	....
Garzas. . . .	....	....	....	1	14	14	13	13
Guayabal . .	....	....	....	1	20	20	7	7
La Trinidad.	(c)	....	1	....	13	13	25	25
La Aguada..	(d)	....	....	1	15	6	11	8
Manare . . .	....	....	1	....	13	9	17	16
Marroquín. .	....	....	1	....	13	8	7	7
Moreno . . .	1	1	....	....	18	16	27	25
Nunchía. . .	1	....	....	....	40	30	....	....
Orocué . . .	1	....	....	....	30	26	....	....
Pajarito . . .	1	....	....	....	31	18	....	....
Pore	(e)	....	1	....	16	3	20	7
Sácama . . .	....	....	1	....	17	17	9	9
San Lope . .	....	....	1	....	17	14	5	4
San Salvador	....	....	1	....	8	8	14	13
Támara . . .	1	2	....	....	65	62	63	63
Tame. . . .	1	1	....	....	40	40	35	35
Ten.	1 (f)	1	....	....	22	15	20	16
Totales. . . .	11	7	7	5	521	433	333	300

(a) Suprimida el 30 de Septiembre—(b) Suprimida el 30 de Septiembre—(c) Suprimida á mediados de Octubre—(d) Suprimida el 31 de Agosto—(e) Suprimida el 31 de Julio—(f) Suprimida el 31 de Agosto.

Tenemos, pues, que según el cuadro estadístico que precede, han funcionado este año en el Vicariato Apostólico de Casanare 30 planteles de educación con un total de 854 alumnos, que dan un 6 por 100 sobre la población del Vicariato. Pocas regiones de la República podrían gloriarse de cifras tan elocuentes si se hallasen en condiciones tan desfavorables como Casanare, porque sólo intentar establecer una simple escuelita primaria en el Vicariato de este nombre, significa entablar una lucha á muerte con un sinnúmero de dificultades, que hacen fracasar los más nobles y enérgicos esfuerzos: dificultades para conseguir un mísero local donde funcione la futura escuelita, porque contadísimos eran los Municipios que lo poseían; dificultades para hallar maestro ó director que se hiciese cargo de ella; dificultades para proveerla de útiles, sobre todo una vez entrada la estación de las lluvias; dificultades para proporcionarles humildísimo mobiliario.... Pero el incansable Vicario Apostólico de Casanare no ha vacilado en afrontar este cúmulo de dificultades. Ya parece que no hubiera más que hacer, pero ¡oh dolor! aún faltan.... los alumnos; sí, los alumnos, que, ya por las enfermedades, ya por la pobreza de sus familias, ya por la indolencia de sus padres, ya, en fin, por otras causas peculiares de aquella región, miran la escuela como una cárcel, donde pierden la libertad omnímoda de que gozan en los montes ó en los llanos. Y estas son no más que las dificultades de bulto, las que se ven y se palpan á diario; porque si el tiempo nos permitiera entrar en otro género de ellas, ¡qué de miserias descubriríamos! Dígalo el actual Inspector de Instrucción Pública, cuya labor benéfica y constante ha sido combatida por rumores mortificantes, emulaciones rastreras, acusaciones calumniosas, que no me propongo referir ahora, y que contribuyeron á hacer más meritorias las empresas del Revdmo. P. Ballesteros en favor de la Instrucción Pública. Así lo reconoce la población toda de Casanare.

Y aquí, con datos precisos que á la vista tenemos, podríamos traer á cuento las no despreciables sumas que el Vicario Apostólico ha empleado en arrendar y reparar locales, en proporcionar mobiliario, premios, etc. etc., pero no estoy autorizado para ello y temo herir su modestia.

Durante los dos últimos años se han construído por los respectivos Municipios los siguientes locales para escuelas: en Manare, 1; en San Lope, 1; en El Maní, 1; en Moreno, 2; y en Arauca, 2, más el de Nunchía, que en esta materia será la nota culminante del actual período escolar; y el cual es un magnífico edificio destinado para colegio y escuela de niñas bajo la dirección de las Hermanas de la Caridad. El Illmo. Sr. Casas dio los primeros pasos en 1904 para dotar á Casanare de este nuevo establecimiento de enseñanza, pero le tocó construírlo y terminarlo al Reverendísimo P. Ballesteros, quien ha invertido en él cuantiosas sumas del Vicariato. En esta labor fue secundado con celo y actividad constantes por el R. P. Fray Rufino Pérez, actual Misionero de Nunchía, con la cooperación de la culta sociedad de esta importante población. Si el Gobierno Nacional continúa prestando todo su apoyo á este nuevo plantel, llegará á ser con el tiempo el más floreciente de Casanare.

Queremos terminar. Intencionalmente hemos dejado para remate de este escrito el dar un testimonio público del agradecimiento que todos los casanareños conservaremos eternamente hacia el Excmo. Sr. Presidente de la República y sus dignísimos colaboradores en el ramo de Instrucción Pública, Dres. Cuervo Márquez y Rivas Groot, hasta 1907, á que se refieren los cuadros estadísticos. Lo reconocemos plenamente: de poco hubieran servido las energías desplegadas por el Inspector de Casanare y los Misioneros, si éstos no hubieran hallado siempre en tan eximios Magistrados facilidades de todo género, atenciones singularísimas y apoyo decidido y eficaz.

Sean, pues, estas líneas humilde homenaje para ellos, á quienes se deben estos avances de la educación é instrucción de la niñez, que es la esperanza de la familia y de la Patria.

Acabamos de indicar que en Nunchía se ha construído un magnífico edificio para las escuelas que han de regentar los beneméritas Hermanas de la Caridad. La llegada de las Hermanas á Nunchía y la consiguiente apertura de las escuelas fue un acontecimiento que motivó la siguiente carta que nos ha sido facilitada por *Un llanero*, y que fue dirigida por él mismo al señor Director del periódico *La Concordia*, de Santa Rosa. Dice así:

«Un paso más de avance hacia el verdadero progreso podemos contar los amantes de esta tierra casanareña; un nuevo triunfo podemos sumar con los ya conquistados, quienes nos preciamos de coadyuvar, según la medida de nuestras fuerzas, á la magna obra de la redención de nuestra amada Patria.

«Si la instrucción pública es, según el común sentir, factor principalísimo de los pueblos y naciones, razón tenemos los casanareños para señalar este año como uno de los más prósperos y venturosos. Bien conoce usted, señor Director, la marcha de la instrucción pública en Casanare durante los últimos años. Su desarrollo, aunque rápido en cierto modo, no ha sido efecto de esos entusiasmos inconscientes ó mal reprimidos que poco ó nada contribuyen en definitiva á la verdadera prosperidad de la instrucción. Tales entusiasmos son comparables á los relámpagos, que resplandecen vivamente y aun nos deslumbran por breves momentos, para dejarnos luégo, si en noche estamos, en la oscuridad más tenebrosa.

«Desde que el Gobierno Nacional confió al Vicario Apostólico de Casanare los intereses anejos á aquel importante ramo, se comenzó á velar por ellos con orden, con método, con celo, con constancia. Nada de entusiasmos

cerriles, ni estúpidos delirios, ni relámpagos deslumbradores. La instrucción pública había de desarrollarse en Casanare como se desarrollan los individuos. Hay organismos que adquieren rápido desenvolvimiento; pero así también es la vida de ellos débil, anémica, precaria. Por esto obró según el plan indicado el Illmo. Sr. Casas al hacerse cargo de la inspección escolar de Casanare, por esto, su digno sucesor, el Revdmo. P. Ballesteros, ha obtenido los frutos opimos que auguran días felices para esta noble región; por esto los Revdmos. PP. Misioneros secundan con celo y amor dignos de toda loa cuantos esfuerzos realiza el Gobierno en pro de los intereses de Casanare; por obrar, finalmente, en todo con orden, con método, con celo y constancia hemos presenciado hoy el acontecimiento, motivo de estas líneas, que leerán con gusto los amantes de esta tierra casanareña. Hablo de la llegada á Casanare de un nuevo grupo de Hermanas de la Caridad, para hacerse cargo en Nunchía de las escuelas públicas y sentar las bases de un colegio para la educación é instrucción de la juventud casanareña.

« Este acontecimiento que ha pasado casi desapercibido para gran parte de los habitantes de los llanos, debe excitar el entusiasmo y la gratitud en todo pecho noble que conserve un átomo siquiera de amor patrio. Sí; entusiasmo, para cooperar eficazmente al éxito brillante de este nuevo plantel de educación y para romper de una vez con la apatía é indiferencia por la educación sólida y cristiana de nuestros hijos, arte en que son maestras consumadas las ilustres Hermanas; gratitud, para corresponder de algún modo á los desvelos que por nosotros se han impuesto voluntariamente los Misioneros, y para hacer más dulce y llevadero el voluntario destierro á que se han sometido las distinguidas y virtuosas Hermanas, viniendo, por amor de Dios, á derramar entre nosotros celestiales tesoros de sabiduría y caridad.

«Usted, mejor que nadie, señor Director, podría ponderar justamente lo que vale y significa una empresa como la llevada á cabo en Nunchía. A mí, pobre y oscuro llanero, sólo se me ocurre decir lo mismo que hace poco me decía un buen amigo: ¡Sí que se mueven con garbo estos PP. Candelarios! Cuando no tienen misiones de indios (y ahora diz que tratan de fundar la quinta misión) edifican casas curales como las de Nunchía, Támara, Arauca, Orocué, etc., ó construyen casas para Hermanas de la Caridad como las de Támara, Manare, Nunchía, Arauca....; ó iglesias como las de Orocué, Chámeza, Moreno....; ó finalmente, promueven sociedades de recreo como la *Banda de Támara,* regalándoles los instrumentos!

«¡Pobres misioneros! ¡Y luégo vienen á decirnos algunos *guates* desvergonzados que los Candelarios no hacen nada en Casanare! Que Dios perdone á los primeros y nos conserve por muchos años á estos buenos Padres que de tierras ultramarinas han venido á nuestro país para bien nuéstro; sólo para bien nuéstro!»

Agradeciendo á *Un llanero* que hiciera públicos esos benévolos conceptos sobre los Misioneros de Casanare, añadiremos que la buena semilla derramada generosamente por las Hermanas de Nunchía está produciendo frutos consoladores. Más de ciento veinte niños de ambos sexos han recibido de ellas en el presente año escolar educación esmerada y sólida instrucción. La población de Nunchía, por su parte, también ha sabido corresponder, y corresponderá más aún en adelante, á los sacrificios que en bien de ella se han impuesto las beneméritas Hermanas de la Caridad.

IX

¿Justificaremos el epígrafe de este artículo diciendo que se trata de sucesos horrorosos de actualidad palpitante? Lo juzgamos innecesario aunque pretenderlo pudiéramos.

Fresca está aún sobre las incultas sabanas de Casanare la sangre derramada por seres infelices que apetecían vivir tranquila vida en soledades inconcebibles. Fue ayer cuando los indios salvajes de esta región pusieron en febril alarma á pacíficos llaneros que han abandonado, con tristes lamentos, sus casas, sus sementeras y parte de sus ganados á la nativa fiereza de indómitos salvajes; y fue ayer también cuando esos mismos hijos del bosque, pero hechuras de Dios, eran bárbaramente sacrificados en tropel por causas injustificables ó baladíes, cuando no por mero pasatiempo. ¿Qué tienen, pues, de insólitos los sucesos que tánta polvareda han levantado en gran parte de la República? Nada, la eterna historia de todos los tiempos: los indios pueden lanzar al rostro de la civilización abrumador pliego de agravios, de los agravios que continuamente han recibido de los blancos ó civilizados; pueden éstos justificar su proceder aduciendo su legítima defensa, la de sus personas, familias, intereses, etc. Así es que si se consulta la historia de esta rica región, siempre aparecen indios y blancos en continua reyerta. Las más de las veces son aquéllos los provocadores, porque el agravio que reciben, ó que por tál lo reputan, siempre permanece fresco en su memoria: lo disimularán por algún tiempo, en medio de su rudeza ocultarán taimadamente sus propósitos salvajes, brindarán acaso fingida amistad; pero todo lo ordenarán á proporcionarse ocasión propicia de saciar su sed de venganza en *blanco ladrón* (1), en el infeliz llanero. Gravísimos y no raros son los ejemplos en que los blancos se han

(1) Este poco honroso calificativo suelen dar los indios guahivos á los civilizados.

puesto al nivel de los salvajes con más culpable salvajismo; pero no es esto lo que ordinariamente acontece, sino que aquéllos se ven en la necesidad de repeler y aun de precaver las felonías de los bravos indígenas en virtud de su legítima defensa. Nada tienen, pues, de insólito los sucesos que motivan las líneas como verá quien leyere lo que sigue.

ALGO DE HISTORIA

Con fecha 22 de Junio de 1805, el Gobernador de los Llanos, D. José Planes, enviaba al Virrey Amar breve y alarmante reseña de las víctimas que habían hecho los salvajes durante aquellos años, y su número se eleva al de *setenta y nueve*. Aterrado el Gobernador con semejantes asesinatos que se sucedían con rapidez, solicitaba del Virrey una escolta para poner coto á estos crímenes, ahuyentando ó reduciendo á los indígenas.

En aquel mismo año de 1805 aconteció el brutal saqueo por los indios después de asesinar á cuantos blancos pudieron alcanzar con sus flechas envenenadas. Pero téngase presente que pocos años antes habían sido perseguidos estos indios implacables, con verdadero encarnizamiento; y hasta se organizaron escoltas ó expediciones que salían todos los veranos (copio un informe del Gobernador) «á perseguir y matar sin distinción á cuantos salvajes no tenían la facilidad de huír, cautivando á los que caían en sus manos.» Y si esto se hacía en cierto modo con pública sanción ¿qué extraño tiene el que los particulares obrasen con idénticos criminales procederes? Esto hizo en este mismo tiempo D. Custodio de Mendoza, vecino de Pore, quien «encerró y pasó á cuchillo una tropa de indios que de buena fe y de su propia voluntad le estaban trabajando y haciendo corrales en su hacienda de Guachiría.» Reciente es, dice otro documento de aquella época, la matanza de indios que hizo D. F. Vargas, Corregidor que fue del Partido del Meta.

Como se ve, pues, indios y blancos se peleaban encarnizadamente haciendo valer sus respectivos derechos. (1)

Veamos otros hechos más recientes, y pasando á los años de 1870 se nos viene á la pluma la célebre matanza de Caribabare, que por ser proverbial en todo Casanare vamos á referirla con algunos detalles suministrados por un testigo ocular.

D. Pedro del Carmen Gutiérrez fue el instrumento principal de la matanza. Este señor, que era venezolano, natural de Guadualito, vivió primero en Patute y San Lope; de aquí se trasladó á Caribabare, y luégo fundó hato en Corozal, donde murió. Atribúyesele la obra de la toma de agua que lame las casas de aquel vecindario, pero no hizo sino limpiar la que abrieron los PP. Jesuítas en la época de las misiones. Fue también explorador del río Casanare, donde no se había vuelto á navegar desde los tiempos coloniales.

Estando, pues, en Caribabare procuró atraerse las indias para servirse de ellas en las faenas de su hacienda, cosa que consiguió sin grandes dificultades. Pero el natural siempre feroz y sanguinario de las *goahivas*, su continuo trato con los *blancos* viciosos y corrompidos y los constantes perniciosos ejemplos que veían dondequiera, les hicieron recobrar su nativa fiereza y comenzaron á cometer sinrazones, robando y destrozando cuanto tocaban sus manos, matando gentes indefensas y cometiendo toda clase de fechorías en los caminos, casas y hatos vecinos. A tal punto dícese que llegó el mal porte y atrevimiento de estos indios, que eran un peligro general para las gentes y los pueblos como lo están siendo ahora. Destruyeron el caserío de Manica (Manare), que tenía siete casas é igual núme-

(1) Juzgamos innecesario advertir que aquí se trata generalmente de los indígenas no afiliados á las misiones; los que vivían con los misioneros eran perseguidos por sus congéneres con la misma saña y felonía que los blancos.

ro de familias, y sólo se salvaron dos personas; lo mismo hicieron en las *fundaciones* de las *Monas*, matando á los mayordomos; en *Buto*, á las puertas de Moreno, dieron un asalto en pleno día y asesinaron á varias mujeres; en los caminos hubo bastantes asaltos; de modo que desde el puerto de Casanare hasta la *Angostura*, camino de Cravo y Cuiloto, tenían que ir los pasajeros bien armados y en partidas de quince ó veinte hombres. Al mismo D. Pedro y su familia parece que tenían proyectado robarles y asesinarlos y hubieron de ocultarse.

Estos y otros sucesos que se repetían á diario con lujo creciente de feroz canibalismo, tenían sobresaltados los ánimos en todo Casanare hasta que finalmente las mismas autoridades de los pueblos, con el Prefecto á la cabeza, excitaron á D. Pedro á que se pusiese al frente de 200 hombres armados que habían reunido de Moreno, San Lope, Betoyes y Tame. D. Pedro se resistió al principio, pero luégo hubo de convenir; y ocultando á los indios sus negros propósitos, los hizo reunir en Caribabare, so pretexto de invitarlos á una gran comilona. Los incautos indios en número de 250, aceptaron tan fementida invitación y acudieron al hato de D. Pedro, todos desnudos, como acostumbran, y ansiosos de cambiar siquiera transitoriamente los frutos silvestres y sabandijas inmundas de que se alimentan, por la carne fresca y *sabrosa de la becerra gorda*....

Para asegurar más impunemente la horrible carnicería, dividieron á los indios en dos grupos: de ellos, en la propia casa del Hato; de ellas, en una ramada próxima. La matanza comenzó por los de la casa; y para que nada oyeran los otros se procedió á degollarlos....

No es posible describir escena tan horrorosa. De más de un centenar de indios que allí había, sólo uno pudo pisar el umbral de la puerta. Certera bala lo alcanzó é hirió mortalmente; pero la explosión puso en alarma á las pre-

suntas víctimas que en la ramada se hallaban. Sin embargo, pocos pudieron librarse del furor de los blancos; de los 250 indios solamente quedaron con vida siete, entre ellos dos muy conocidos en Casanare, que murieron hace pocos años; el *renco* Manuel Arauca y el indio Catorce.

No hago comentario alguno; me concreto á exponer hechos tan públicos y notorios que el mismo Gobierno tuvo que intervenir, poniendo coto á los fieros desmanes de indios y blancos con la Ley 11 de 27 de Abril de 1874, que ordenaba: «El Poder Ejecutivo mantendrá constantemente en el Territorio de Casanare y en el de San Martín, cuando lo exijan las circunstancias de incursiones de indios salvajes ú otras, una fuerza organizada de no menos de cien hombres de infantería ó caballería destinada á dar protección á las poblaciones civilizadas contra los ataques de los indios, á éstos contra los abusos ó persecuciones de los blancos y á dar seguridad á todos.» (1)

Ignoramos si se llevaron á la práctica estas sabias disposiciones del Poder Ejecutivo, pero es probable que nada fue preciso hacer á raíz de los sucesos relatados; los indios temían la repetición del sangriento drama de Caribabare; los blancos, los hechos que lo precedieron.

Sucedieron algunos pocos años de relativa calma; pero el fuego estaba latente y debía de estallar, bien en forma de volcán devastador, bien en forma de pequeños cráteres que dieron salida lenta á la cólera y mortal odio que los indios abrigaban en sus pechos.

Los PP. Candelarios, estableciendo varias misiones entre estos salvajes, lograron mantener á raya á los indómitos guahivos, pero las misiones fundadas y sostenidas con heroicos sacrificios subsistieron poco tiempo como luégo se dirá, *y otra vez comenzaron las hostilidades.*

Corría el año de 1899, año de gran desventura para

(1) Artículo 14.

la capital del Vicariato, como lo fue para todo Casanare. Cierto día en que nadie había soñado (si de día soñar se puede) que pudiera ser turbada la calma chicha de que disfrutaba el destacamento revolucionario acantonado en Támara, apareció en la plaza toda una capitanía de indios goahivos que hizo sudar cerote á los de la guardia que tranquilos se hallaban. Por fortuna para los hijos de Marte (aunque otra cosa creyeron) nō se trataba de defender parapetos ni de resistir un asalto. Erase una tropa de indios desnudos y desarmados que, acosados por el hambre, venían de los bosques de la llanura en demanda de *su Obispo*. El Illmo. Sr. Casas los agasajó cuanto lo permitió su situación angustiosa, y alegres y contentos regresaron otra vez á recorrer sabanas, bosques y ríos. Hasta aquí, nada de extraño tiene el relato; pero es el caso que casi todos estos indios que acabamos de ver en Támara, humildes, pacíficos y correctos en su porte, fueron asesinados bárbaramente poco tiempo después, en determinado hato cercano al Meta. No se han hecho públicos los motivos que tuvieran los blancos para obrar de manera tan inhumana. Sospechamos que se trataba de castigar algunos daños que los goahivos habían causado en los ganados del hato.

En 1906 se recrudecen las hostilidades. En *El Negro*, hato de la jurisdicción de Arauca, cometen los indios algunas rapiñas, que el Capitán paga con la vida. En Buenavista asesinaron los indios al joven Hoyos, natural de Tunja; y expían el crimen el Capitán Bautista, su hijo y varios *goahivos* de la misma Capitanía.

En 1907 trátase de contener los excesos que cometían los indios en el ganado de *El Tigre*, y los indios contestan á la intimación asesinando á una infeliz mujer que en el hato hallaron.

En 1908 los crímenes se han sucedido con lujo de crueldad. Primero en la fundación de Santa Catalina, á

orillas del Ariporo, propiedad de D. Luis Gualdrón. Este señor, que siempre había estado en amigable correspondencia con los indios que frecuentaban aquellos parajes, había sido amonestado repetidas veces por amigos y conocidos de que no se fiara de los solapados goahivos porque sería víctima de alguna felonía cuando menos la temiere. En efecto, por estar la fundación de Santa Catalina internada en sabanas incultas y bravías y aislada de otros hatos ó fundaciones, podía sufrir, sin esperanza de socorro, las consecuencias de algún descuido, de alguna imprudencia. Así aconteció. El día 17 de Abril una tribu compuesta de algunos 200 salvajes se presentó en pleno día á las puertas de la fundación. Rodearon cautelosamente la casa de palmas y sin perder tiempo comenzaron á lanzar una lluvia de flechas envenenadas. La defensa de la casa fue tenaz, pero nada pudo contener el ímpetu salvaje, de los *goahivos*. De cinco blancos que allí había sólo uno se salvó, D. Luis; y esto porque tuvo valor para arrancarse de diferentes partes del cuerpo una porción de flechas que lo dejaron mal herido. El resto de la familia, á saber, la esposa del Sr. Gualdrón, dos mujeres y un hombre quedaron muertos allí mismo.

El pánico cundió por los hatos y fundaciones vecinas y tratóse de organizar una expedición armada que se internase en las guaridas de los indígenas intimándoles con amenaza. Nada más que seis ú ocho blancos acudieron á la cita y emprendieron tan arriesgada empresa. Encontráronse con los indios y les hicieron algunos tiros; pero los salvajes, lejos de huír despavoridos al ruido de los *burujoe* (que así llaman á las armas de fuego), acometieron con furia á los blancos, quienes hubieron de correr á galope tendido.

Los *goahivos* se envalentonaron con este ruidoso triunfo é intentaron el asalto de otro hato.

Cuando los llaneros que en él vivían notaron la pre-

sencia de los temibles indios, encerráronse en la casa dispuestos á rechazar el asalto con varias armas de fuego que á mano tenían. Comenzaron á llover flechas sobre la casa, pero como éstas no producían el efecto apetecido resolvieron incendiarla. Los sitiados, que eran cuatro, después de luchar defendiéndose valerosamente, se batieron en retirada. Todos cuatro recibieron herida gravísima. Esto aconteció en el mes de Septiembre último.

A consecuencia de los últimos asaltos que acabamos de relatar, han sido desamparadas por sus dueños las fundaciones siguientes: *El Remolino,* de Rodulfo Bayona; *Santa Catalina*, de Luis Gualdrón; *Santa Rosa*, de Julián Cortés; *San Agustín,* de Benito Moreno; *Los Cañaotes,* de Juan Castro; y *La Candelana*, de Eduardo Hurtado. Las cuatro primeras están situadas entre los ríos Chire y Ariporo; las restantes, en el Aripón y el Guachiría.

En los últimos casos que brevemente hemos referido, hase podido observar un extraño fenómeno que está en abierta pugna con las usanzas y costumbres de los indios *goahivos*. Hasta hace un año, poco más bastaba un tiro de escopeta para poner en polvorosa á todos los indios de Casanare juntos, y sin embargo acabamos de ver con tristes y elocuentes realidades todo lo contrario: resisten el ataque de *La Florida*, desconciertan á varios llaneros provistos de armas de percusión; no se acobardan ante la ruda defensa de *Los Cañaotes*. . . . ¿Qué significa cambio tan repentino, proceder tan distinto del hasta aquí observado? Corren rumores, citándose determinados nombres propios, de que al frente de los indios van dos ó tres blancos que no há mucho se fugaron de cierta colonia penal. Y siendo así, los asaltos á fundaciones y hatos continuarán repitiéndose indefinidamente.

En vista de lo expuesto, creemos haber llegado la hora en que el Gobierno Nacional tome cartas en estos tristes acontecimientos que constituyen un peligro próxi-

mo para los habitantes é intereses de Casanare. Hasta hoy se han limitado los salvajes *goahivos* á hostilizar las fundaciones aisladas de toda comunicación; mañana pueden avanzar hasta los poblados, de los cuales no se andan muy lejos.

No sómos partidarios de que el Gobierno suministre armas y municiones á los particulares, como se ha pretendido. Si se cree llegado el caso de este género de intervenciones (que al menos es discutible), organícese debidamente una fuerza respetable con gente casanareña, conocedora del terruño y de las costumbres indígenas, tómense las precauciones necesarias y hágase todo con estudiados fines, bajo un plan enteramente civilizador, netamente cristiano. Las expediciones de este género son muy delicadas; porque la sola muerte de un indio puede ser hasta una virtud, pero cuando se hace sin autoridad legítima, puede degenerar en vil asesinato. Según nuestro modo de pensar, otros deben ser los medios que deben emplearse para reprimir los desafueros de los indios.

Por las relaciones que deben suponerse existentes entre los sucesos relatados y los PP. Misioneros de Casanare, se ha hablado también de los RR. PP. Candelarios, que constituyen una Provincia religiosa de la esclarecida Orden de Agustinos Recoletos, y cuya gloriosa historia estará siempre íntimamente ligada á la de esta región casanareña.

No se trata aquí de una vindicación, que no la necesitan, ni de una apología que en la Historia Patria está escrita con mano severa y elocuente. Tan sólo diremos alguna cosa pertinente al asunto que motiva el presente escrito.

Los PP. Candelarios, que tienen á su cargo la administración espiritual del Vicariato de Casanare, nunca han visto con indiferencia los referidos lamentables sucesos que han tenido por teatro las vastísimas llanuras orienta-

les. Decir lo contrario significa desconocer por completo la historia de las misiones de Casanare; equivale á pagar con acerba ingratitud los desvelos y sacrificios de todo género, que en épocas remotas, lo mismo que en los tiempos presentes, se han impuesto celosísimos misioneros, dignos de toda consideración y de gratitud eterna. Abrase la historia; consúltese á cuantos han presenciado de cerca ó de lejos, pero con sano criterio é imparcialidad, la obra de las misiones; interróguese si se quiere, á los mismos indígenas que hoy siembran el espanto en estas llanuras solitarias.... y la historia, con su inflexible fallo; las gentes sensatas, con su fiel veredicto; y los mismos indios goahivos con rústicas y salvajes muestras de gratitud, abonarán la conducta siempre recta, siempre evangélica de los PP. Candelarios, Misioneros de Casanare. El hábito Recoleto ha sido siempre, y lo es en la actualidad, de celo y heroísmo.

Y dicho esto, que á ningún casanareño se le oculta, ¿será preciso comprobar que los PP. Candelarios han sabido cumplir fielmente la utilísima misión que de nuevo les fue confiada hace casi veinte años, y que tánto se relaciona con los sucesos de que hemos hecho mérito? (1) ¿Será preciso amontonar pruebas para convencer á los más exigentes de que en los PP. Candelarios no recae responsabilidad alguna por lo que está aconteciendo en Casanare? Se dirá que con el establecimiento de misiones vivas entre los infieles podían haberse evitado del todo ó en parte los desmanes criminales de los indios. No lo negamos; porque si se observan las épocas en que indios y blancos se han peleado con más saña y crueldad, se notará que coinciden exactamente con la decadencia de las misiones. Este es un hecho que hiere la vista con luz meri-

(1) Trátase aquí desde la creación del Vicariato: sabido es que los PP. Candelarios permanecieron en Casanare desde los primeros años del siglo XVII hasta bien entrado el XIX.

diana. Pero, si de las misiones antiguas se trata, nadie podrá mostrar á los PP. Candelarios la llorada decadencia: *obra fue de los tiempos;* si de las misiones contemporáneas, razones poderosísimas relevan á los Misioneros casanareños de ese injusto cargo. Recuérdese lo que era Casanare al posesionarse últimamente de su administración espiritual los PP. Candelarios. Recuérdese que además de los 2,000 indígenas que vagaban errantes por estas solitarias llanuras, existían en el Vicariato otros 18,000 cristianos, igualmente diseminados en vastísimo territorio, y según nuestro particular criterio, más necesitados de los auxilios de la Religión que los mismos indígenas salvajes. ¿A quiénes atender con preferencia? porque ciertamente la mies era copiosa, abundante, y pocos y desprovistos de recursos los operarios. Nada más natural (según nuestro entender, repetimos) que remediar la urgente y extrema necesidad de los civilizados, mientras que Dios remediase la falta de misioneros y de recursos, y sin embargo el celo de seis ú ocho misioneros hace prodigios de caridad, suple la falta de otros muchos; y sin desatender la viña ya plantada, sepúltanse en sabanas inmensas, en bosques seculares buscando esos rezagados del cristianismo, oprobio de la civilización moderna.

En aquellos años estableciόse una misión de indios *goahivos* en *Barrancopelado,* otra en *San Juanito* y una tercera en *Caño de María.* Aún quedaban en Casanare las desiertas y célebres sabanas de *Cuiloto,* cuyos indios, harto valientes y temibles, fueron el espanto de Casanare durante largos años, y el M. R. P. Manuel Fernández, intrépido Misionero, celosísimo Apóstol de Cristo, cual otros hermanos suyos, emprende la arriesgada expedición de Cuiloto para fundar un nuevo pueblo de indígenas. ¿Habéis pensado algún día de vuestra vida, gratuitos detractores de los Misioneros, en los sacrificios, penalidades, privaciones que entraña el establecimiento de una misión?

¿Sabéis lo que significa renunciar á los atractivos de la vida civilizada y sepultarse en soledades inconcebibles, teniendo por única sociedad incultos y toscos salvajes cuando no fieras alimañas de los bosques? Pues allá fueron los PP. Candelarios, á donde vosotros no osaríais ir. Y allá estuvieron haciendo prodigios inauditos de valor, de sacrificio hasta el año de 1899, en que comenzó la guerra civil.

En aquel entonces fueron heridos de muerte los evangélicos pastores, y dispersado el incipiente rebaño.

Terminada la guerra, volvieron á ocupar sus puestos los mismos misioneros, pero otra vez surgió ante ellos el terrible problema. No, no es que se olvidaran un solo momento los PP. Candelarios de los infelices salvajes que en territorio de su jurisdicción se hallaban; pero si cuando se reanudaron las misiones creyó el Vicario Apostólico atender con más preferencia aún á los civilizados, mayores razones que antes obraban ahora en favor del mismo proceder. Y así se han conducido los PP. Candelarios, obedeciendo sumisos la voz del Vicario Apostólico. Entretanto, la labor de éstos ha sido fructuosa, fecunda: su benéfica influencia en Casanare se deja sentir en todas las órdenes de vida. Y acaso los Misioneros tienen ya en los blancos, no obstáculos que se opongan á la gran obra de la civilización de los salvajes, sino más bien auxiliares eficaces que secunden con agrado la obra de las misiones.

En vista de esto, el actual Vicario Apostólico de Casanare ha creído llegado el tiempo de reanudar las misiones activas, y al efecto se están dando los pasos necesarios. Ya se habían comunicado las órdenes necesarias al efecto de estudiar sobre el terreno el punto más adecuado donde fundar la misión, y disponiéndose estaba el mismo Vicario Apostólico para trasladarse personalmente á los lugares frecuentados por los indios, cuando sucesos inesperados le obligaron á dirigirse á la capital de la Repú-

blica. Pero tengamos fe y esperemos, que quizá dentro de muy poco tiempo tendremos á los temibles indios goahivos sojuzgados bajo el suave yugo del Evangelio, y cesarán los lamentables acontecimientos, materia de este escrito.

Para ello contamos con la ayuda decidida y eficaz del Gobierno Nacional, y también de los casanareños. Las misiones de este género, además de abnegados misioneros, que no faltan gracias á Dios, demandan recursos de toda especie, principalmente al establecerse la misión. Hallaremos dificultades, tropezaremos con obstáculos, acaso sean nuestros primeros enemigos quienes deberían ser los primeros en secundar nuestra labor. No importa: habremos ayudado al Gobierno Nacional en la obra de la total redención de Casanare, y en todo caso recibiremos la eterna recompensa de Dios en el cielo.

EPILOGO

1909

En el presente año de 1909 han continuado las hostilidades de manera más cruel y sangrienta. Los indígenas continuamente acosados, han pagado tributo de sangre á los blancos; y éstos á su vez han sido víctimas de la fiereza de los goahivos.

Ultimamente perecieron á manos de los civilizados los capitanes de dos tribus, llamados Ascensión y Carrillo. Pero el último suceso que da idea de la excitación de ánimos que impera en Casanare, es el que se refiere al famoso indio Isidoro, quien, después de haber estado varios años al servicio de los PP. Misioneros Candelarios y sido bautizado en la capital de la República con solemnidad extraordinaria, volvió al estado de salvajismo, llegando á ser reconocido como jefe ó capitán de una numerosa tribu de goahivos.

Observando una conducta propia á veces de blanco, de indio las más, acostumbraba á salir con su capitanía á

los hatos y fundaciones de Mata de Palma, con el fin de proveerse de sal y algún machete que los llaneros le daban como remuneración de su trabajo.

Cierto día, el indio Isidoro amaneció de mal talante y por un dácame allá esas pajas hizo colgar de un palo á una de sus tres mujeres. No murió la india; porque después de la faena se largó á Mata de Palma y refirió, vengativa, cómo el indio Isidoro *pensaba* ir á robar mazorcas á los *conucos* del hato y aun asesinar al propietario. No bien oyó el interesado la estupenda noticia (de boca de una india salvaje y enconada), resolvió salir cuanto antes del indio Isidoro; y sin más dio las órdenes convenientes á quienes debían realizar la hazaña.

Convidaron al indio Isidoro y á otro goahivo á cortar bejuco en las vegas del Guachiría. Con los dos indios se embarcaron tres blancos armados de carabinas. . . .

El indio Isidoro, suspicaz como todo salvaje, barruntó la tormenta y logró voltear la embarcación sin más efecto que inutilizar las armas.

Llegados al bosque, se internaron á cortar bejuco Isidoro y dos blancos; los otros dos quedáronse en la orilla; el blanco con la prevención de matar al indio tan pronto como oyera un disparo de arma en el bosque.

Ya en la faena del bejuco, los blancos esperaban una buena oportunidad para *salir* de Isidoro; pero éste, siempre temeroso, evitaba dar las espaldas á los presuntos asesinos; hasta que uno de éstos, yá impaciente, increpó al indio, diciéndole: «¿Qué te pasa cuñao? Trabajando poco y mirando mucho!» En esto le picó al indio un zancudo en la pantorrilla, y al agacharse para atraparlo. . . . le descargó el blanco tremendo machetazo que le separó la cabeza del tronco sin decir un ay!

Los del río permanecieron trabajando y esperando la señal; pero cuando el indio, que también temía la catástrofe, vio venir á los del bosque con las flechas y el arco

de Isidoro en las manos, quiso huír, inmediatamente recibió un balazo que lo hirió de muerte. Los pocos instantes que sobrevivió no cesó de llorar la muerte de Isidoro, su capitán: Isiroro, decía en su dialecto, Isiroro muerto, Isiroro muerto.... No habiendo más Isiroro.... Isiroro... Isiroro....

X

Por vía de curiosidad y creyendo contribuír en algo á los trabajos que sobre estadística se están llevando á cabo en toda la nación, estábamos en la empresa de allegar todos los datos posibles que sirvieran de base para poder apreciar la riqueza de Casanare en todas sus manifestaciones. Una de éstas (la más importante sin duda) es la ganadería, la única riqueza explotada por el llanero, bien que de un modo rudimentario. Si no nos urgiera dar por terminado este escrito, tendríamos la satisfacción de presentar á la nación la primera estadística completa que sobre la ganadería de Casanare se ha publicado; pero ya que otra cosa no nos es posible por el momento, queremos dejar aquí consignados los nombres de todos los hatos y fundaciones de Casanare, indicando su situación topográfica por los ríos que bañan este inmenso territorio.

Entre los ríos *Arauca* y *Cravo N* existen los siguientes hatos y fundaciones:

1. La Pastora.
2. Las Avemarías.
3. La Bendición.
4. Guaratarito.
5. El Socorro.
6. Venero.
7. Infanteras.
8. Chaparrito.
9. Jovito.
10. Hatoviejo.
11. Cabuyaro.
12. La Erica.
13. Maporillar.
14. El Rosario.
15. La Cascabel.
16. Mata de Caña.
17. Mata azul.
18. El Porvenir.

19. El Guamo.
20. El Mendero.
21. La Esperanza.
22. Chaparral.
23. Las Ahuyamas.
24. La Marranera.
25. El Negro.
26. Comoruco.
27. Palital.
28. Cañorrico.
29. Mata de Agua.
30. La Villanueva.
31. Mata de Piña.
32. El Infierno.
33. Mata Jagua.
34. Valbuena.
35. Los Algarrobos.
36. Los Vinos.
37. Mata de Ceniza.
38. Grimonero.
39. El Gavidiero.
40. El Urriolero.
41. El Boquerón.
42. Los Arrecifes.

Entre *Cravo N.*, *Casanare* y *San Ignacio.*

43. Santa Rita.
44. El Limbo.
45. El Goahivo.
46. Los Novillos ó
47. El Tigre.

Entre *San Ignacio* y *Casanare.*

48. Zaparay.
49. Otra fundación.

Entre *Casanare* y *Chire.*

50. San Rafael.
51. La Portuguesa.
52. El Rosario.
53. Guamacho.
54. Corozal (varias).
55. San Nicolás.

Entre *Chire* y *Ariporo.*

56. Llanogrande.
57. La Virgen.
58. Las Monas.
59. La Manga.
60. Caracolí.
61. La Florida.
62. El Remolino.
63. Santa Catalina.
64. Santa Rosa.
65. San Agustín.

Entre *Ariporo* y *Guachiria.*

66. La Barranca.
67. Las Gaviotas.
68. San José.
69. La Reforma.
70. Los Cañaotes.
71. La Candelaria.
72. Brito.
73. Caño Chiquito.

74. Santa Cruz.
75. La Soledad.
76. Las Guamas.
77. San José.
78. El Algarrobo.
79. Santa Ana.
80. San Pablo.

Entre *Guachiría* y *Pauto*.

81. La Curama.
82. San José.
83. El Palmar.
84. Chaparrito.
85. San Rafael.
86. Curimena.
87. El Ceibal.
88. Macarabure.
89. El Caimán.
90. San Emigdio.
91. Mata Vaquero.
92. Mata de Palma.
93. La Travesada.
94. Los Toros.
95. Guaratarito.

Entre *Pauto* y *Cravo S.*

96. El Desecho.
97. El Palmar.
98. Mata Negra.
99. La Reforma.
100. El Vigiadero.
101. La Cumay.
102. Santa Ana.
103. Toraiba.
104. Las Gaviotas.
105. Mata de Piña.
106. Las Guamitas.
107. El Médano.
108. El Gandul.
109. Barreto.
110. San José.
111. Pupure.
112. La Candelaria.
113. La Charanga.
114. El Hatico.
115. El Tigre.
116. Platanales.
117. San Miguel.
118. San Pablo.
119. El Rosal.
120. El Almorzadero.
121. San Esteban.

Entre *Cravo N.* y *Cusiana*.

122. San Rafael.
123. Santo Domingo.
124. Agua Azul.
125. Mata de Pantano.
126. La Pastora.
127. Palmarito.
128. La Porfía.
129. Palenque.
130. La Tigrera.
131. Palo-blanco.
132. Guariamena.
133. La Ceiba.
134. Mare-mare.

Entre *Cusiana* y *Upía*.

135. El Viento.
136. Chigüires.
137. Aguaclara.
138. Jubalá.
139. La Ullua.
140. Chavinave.
141. Bujumena.
142. Guariamena.
143. Iguamena.
144. Guachajumena.
145. Santa María.
146. Casimena.
147. Alta Gracia.
148. El Socorro.
149. San Pablo.
150. El Palmar.
151. Santa Elena.
152. Caribayona.

Notas—Los números 50, 51 y 52, están situados en la costa del río Chire; los 53, 54 y 55, en la costa del Casanare. Desde el número 56 hasta el 70, en la costa del Ariporo Los números 61, 62, 63 y 64, fueron abandonados por sus dueños y vecinos á consecuencia de la invasión goahiva de Abril del pasado año; lo propio sucedió después con el 60, 69 y 70. Los números 71 y 72 quedan en re el Ariporo y el Guachiría, al medio. Los hatos que más se aproximan al río Meta, son: el 92, que dista de Moreno unas 30 leguas y de 6 á 8 del Meta, y el 95 dista solamente 6 leguas.

En general, hemos procurado enumerar los hatos y fundaciones comenzando por los más próximos á la cordillera.

Resulta, pues, que son 150 los hatos y fundaciones existentes en todo Casanare. Aunque es enorme la desigualdad que en riqueza pecuaria hay entre ellos (porque mientras hay hatos que poseen de quince á veinte mil reses, existen otras fundaciones que no pasan de doscientas), podemos calcular, sobre datos prudentes que tenemos, que no pasan de 250,000 las cabezas de ganado vacuno que posee actualmente Casanare, cifra que con el caballar puede elevarse á 300,000.

Si nos equivocamos en el cálculo, será pequeño el error. Y con esto dejamos expuesta nuestra opinión, ya que tánto se ha fantaseado y se fantasea sobre la inmensa é imponderable riqueza pecuaria de Casanare.

XI

ITINERARIO Y DISTANCIAS

De El Desierto á Támara por Chita y Melo

	DE	A	HORAS
	El Desierto	Tunja	5½
	Tunja	Paipa	5
	Paipa	Sogamoso	4
	Sogamoso	Corrales	3
	Corrales	Betéitiva	2
	Betéitiva	Tasco	2
	Tasco	Lagunaseca	4
	Lagunaseca	Socotá	3
	Socotá	Jericó	4½
	Jericó	Chita	5
	Chita	El Encomendero	6
Rancho	El Encomendero	Minas	6
Id.	Minas	Buenavista	5
Id.	Buenavista	Aguablanca	6
Id.	Aguablanca	Támara	5
			66 h.

De Támara á Zipaquirá por Nunchía y El Desierto

	DE	A	HORAS
	Támara	Nunchía	6½
	Nunchía	El Gacal	4
Rancho	El Gacal	El Payero	3
Río	El Payero	Pievanegas	½
Rancho	Pievanegas	Marioquín	5
Pueblo	Marioquín	Los Topos	4
Rancho	Los Topos	Labranzagrande	4
Pueblo	Labranzagrande	Sismosá	7
Rancho	Sismosá	Alto de S. Ignacio	5
Páramo	Alto de S. Ignacio	Mongua	3½
Pueblo	Mongua	Sogamoso	4½
	Sogamoso	Paipa	3½
	Paipa	Tunja	5
	Tunja	El Desierto	5½
	El Desierto	Ubaté	5
	Ubaté	Casablanca	4
	Casablanca	Zipaquirá	3
	Zipaquirá	Bogotá (ferroc.)	....
		Total ...	73 h.

De Bogotá á Arauca por Labranzagrande y Arauquita

	DE	A		HORAS
	Zipaquirá	Támara..... ..		73
	Támara.... ...	Guaimaral... ..		7
Rancho....	Guaimaral..	Manare		5
Pueblo	Manare	Corozal..		6
Caserío. ...	Corozal	Tame		$7\frac{1}{2}$
Pueblo	Tame.	Macaguane		2
Caserío	Macaguane. ..	Salibón		$6\frac{1}{2}$
Montaña....	Salibón.	El Jujú		7
Id.....	El Jujú	San Lorenzo.....		8
Pueblo. ..	San Lorenzo.....	Buenosaires ..		$3\frac{1}{2}$
Hacienda ...	Buenosaires ...	Todos Santos.	Embarcado.	9
Pueblo.....	Todos Santos.....	Arauca .	Embarcado.	8
		Total.....		142½ h.

De Arauca á Támara por Cravo y El Puerto

	DE	A	HORAS
	Arauca.	El Socorro.....	6
Hato	El Socorro	El Negro	5
Id	El Negro	El Deleite	$3\frac{1}{2}$
Fundación .	El Deleite	Palital	$9\frac{1}{2}$
Id	Palital..... ..	Los Patos .	7
Hato	Los Patos	Chaparrote	8
Despoblado.	Chaparrote.	La Eliera	$7\frac{1}{2}$
Id..	La Eliera	X	$2\frac{1}{2}$
Id	X	El Limbo.....	8
Hato	El Limbo	Santa Rita	$5\frac{1}{2}$
Id	Santa Rita.....	El Puerto.....	6
Pueblo ...	El Puerto	Corozal	5
Caserío... ...	Corozal..... ..	Chire	4
Pueblo	Chire	Manare	4
Id.....	Manare.....	Bujío	7
Rancho	Bujío....	Támara	$4\frac{1}{2}$
		Total . ..	93 h.

De Támara á Orocué

	DE	A	HORAS
	Támara	Pore	6
Pueblo.	Pore	El Ceibal	6½
Hato	El Ceibal	La Trinidad	4
Pueblo.	La Trinidad	El Gaudul	3½
Hato	El Gaudul	Guanapalo	2
Caño	Guanapalo	Barreto	1
Hato	Barreto	Duya	2
Río	Duya	San Esteban	1½
Hato	San Esteban	Orocué	6
		Total	32½

De Orocué á Sogamoso por Chámeza y Pajarito

	DE	A	HORAS
Pueblo.	Orocué	Güirripa	3½
Caño	Güirripa	Güira	1
Id	Güira	Cravo	1½
Río	Cravo	Maremare	1
Hato	Maremare	Surimena	3
Caño	Surimena	Guariamena	1½
Id	Guariamena	Santa Elena	2½
Pueblo.	Santa Elena	El Maní	8
Id	El Maní	La Ullúa	2
Caserío	H. La Ullúa	Altagracia	2
Hato	Altagracia	Chitamena	4
Caño	Chitamena	Tauramena	4
Pueblo	Tauramena	Lechimiel	7
Rancho	Lechimiel	Chámeza	6
Pueblo.	Chámeza	Recetor	4
Rancho	Recetor	Vijua	2½
Rio	Vijua	Pajarito	2½
Pueblo.	Pajarito	Curisí	3
Rancho	Curisí	Toquilla	9
Vereda	Toquilla	Sogamoso	8
		Total	76 h.

De Támara á Sácama

	DE	A	HORAS
	Támara	La Palma.	$2\frac{1}{2}$
Rancho ..	La Palma	Ten	3
Pueblo.	Ten	Barronegro.....	3
Rancho ...	Barronegro.....	El Degredo.	$2\frac{1}{2}$
Id	El Degredo	Sabanalarga ...	$2\frac{1}{2}$
Id	Sabanalarga ..	Sácama	2
		Total.. ...	$15\frac{1}{2}$

De Sácama á Manare

	DE	A	HORAS
Pueblo. ...	Sácama	El Degredo ...	$4\frac{1}{2}$
Rancho.....	El Degredo ..	El Misnús.....	$\frac{1}{2}$
Hacienda ..	El Misnús.....	El Palmar.....	6
Vecindario..	El Palmar.....	Manare	$4\frac{1}{2}$
		Total... ...	$15\frac{1}{2}$

De Manare á Mata de Palma

	DE	A	HORAS
	Manare	Moreno	$3\frac{1}{2}$
Pueblo.	Moreno.....	Las Gaviotas ...	4
Hato	Las Gaviotas.	La Reforma	1
Id.....	La Reforma.....	Caño Chiquito...	5
Id.....	Caño Chiquito...	Las Guamas.....	$3\frac{1}{2}$
Id..... .	Las Guamas.....	*Mata de Palma*..	7.24
Id.....	Mata de Palma. .	Guaratarito.....	4
Id.....	Guaratarito.	Río *Meta*.	4
Río.....	Meta	.....	....
		Total.....	32

De Támara á Manare por Pore

	DE	A	HORAS
	Támara.....	El Tablón	3
Rancho	El Tablón.....	Pore	$3\frac{1}{2}$
Pueblo. ...	Pore	Guachiría	1
Río.....	Guachiría... ..	Brito	$1\frac{1}{2}$
Caserío. ...	Brito	Moreno	1
Pueblo.....	Moreno	Manare.....	$3\frac{1}{2}$
		Total.....	$13\frac{1}{2}$

INDICE

PRIMERA PARTE

Págs.

Prólogo. v

Capítulo I—Casanare. Descripción geográfica, poética y política. Errores sobre el censo antigno. Censo actual. Poblaciones. Aspecto religioso. Administración espiritual. Cómo lo encontraron los Padres Candelarios. Primeros trabajos de estos misioneros. Erígese en Vicariato Apostólico. Fundación de pueblos indígenas. 1

Capítulo II—Desastres de la revolución de 1899. Expulsión y regreso de los misioneros. Reanudan los trabajos apostólicos. Notable sermón del Illmo. Sr. Casas. Nuevo impulso á la instrucción pública. Circunscripciones eclesiásticas. Dificultad para la administración espiritual de Casanare. Pueblos indígenas. . . 10

Capítulo III—Támara. Su historia y censo. Su industria y sus productos agrícolas. Los misioneros fomentan la industria algodonera. Caminos: cómo los componen y cuántos comunican con el interior. Progreso y porvenir de Támara. Estado de la instrucción. . . 16

Capítulo IV—De Támara á Manare. Río Ariporo. Monos araguatos. Bálsamo de copaiba ó aceite de palo. Descripción de Manare. Carácter refractario de sus habitantes. El carate y modo de curarlo. Agricultura é industria. La Virgen de Manare. La sarrapia. Panorama de los Llanos. Moreno: historia de su fundación. Su desarrollo y decadencia. Necesidad de la presencia del misionero. 24

Págs.

Capítulo V—Visita á Ten. Datos históricos. Indios tunebos. Una entrevista con el Capitán Segundo. Sus pueblos y censo. Su porvenir. Sus posesiones. Su agricultura é industria. Farmacopea tuneba. Religión de los tunebos. Religiosidad de los tenanos. 32

Capítulo VI—Reconstrucción del Vicariato. Viaje del Illmo. Sr. Casas á Bogotá. El río Pauto. Nunchía. Ríos Nunchía, Payero y Tocaría. Aventuras de viaje. Puente de hamaca. Marroquín. *Las Barras.* Bello panorama de los Llanos. Mongua y Tópaga. . . . 39

Capítulo VII—De Bogotá á Arauca. Una pesquería en el río Tate. Dos sistemas bárbaros de pesquería. Chire y Corozal. Ríos Casanare y Tame. Tristes recuerdos. Historia antigua de una guerra entre los indios. . . 46

Capítulo VIII—Tame. Macaguane. Laguna de Macaguane. Montaña de Banadía. Una noche en Salibón. Arboles importantes. Variedad de monos. Nos hacen huír derrotados. 55

Capítulo IX—*El Venado.* Nuestra pérdida en la montaña. Los trabajos que sufrímos. Cómo nos salvámos. . . 62

Capítulo X—D. Valentín de los Santos. San Lorenzo. Su historia y agricultura. Arauquita. Feracidad de sus terrenos. Una orgía presidida por D. Valentín de los Santos. Siete días de reclusión. Indios goahivos. Causas de su longevidad y de no tener barba. Sus pueblos, su carácter y su vida. 68

Capítulo XI—Caminos de Arauquita á Arauca. Peripecias del embarque. Humoradas del patrón Fandiño. Todos Santos. El cazabe. 76

Capítulo XII—Primeros pobladores de Arauca Las guerras de Venezuela aumentan la población. Descripción de Arauca. Su importante comercio. Rivalidades entre Arauca y *El Amparo.* Carácter de los araucanos. Idem de los llaneros. Su religión. 82

Capítulo XIII—Inundaciones en los llanos de Arauca. La Erica. Caminos pantanosos. Una noche en un hato. Diversidad de aves. Peripecias del viaje. Habilidades del llanero. Variedad de animales. 88

Págs.

Capítulo XIV—Recogida del ganado cerrero. El chimó. Pastoreo del ganado. *Tirada* del ganado al río Arauca. 95

Capítulo XV—Bellezas del paisaje. Los *chigüires*. El mejor hato de Casanare. *La Pastora*. Matanzas de indios. Cacería de tigre. Desidia de los llaneros. Osos hormigueros. 100

Capítulo XVI—Excursiones de los misioneros. Visita á Guadualito *(Periquera)*. Lo que oí en mi posada. Aventuras de un borracho. Cómo entienden y practican la religión. Ignorancia religiosa. Qué hice en Guadualito. Una buena vieja. Un tipo de mala catadura. Cementerio de Orichuna. Descripción del caimán.... 109

Capítulo XVII—Aspecto de Casanare en invierno y en verano. Los *cafuches* ó marranos de monte. Atropellos de los goahivos. Represalias. *El Deleite* y *El Palital*. Tenebrosa noche en claro. Caminando al azar. Penalidades y consuelos del misionero..... 119

SEGUNDA PARTE

I—Restauración de Casanare. Esfuerzos de los misioneros. Primeras bases de la instrucción pública. Obstáculos. Celo del Vicario Apostólico. Abre escuelas públicas. Colonización de Casanare. Imprenta. Industrias y artes. Caminos, puentes y telégrafos. Muerte del Ilmo. Sr. Casas 129

II—Nuevo Vicario Apostólico. Qué es un Vicario Apostólico de Casanare. Nuevo impulso á las escuelas. La viruela. Viaje á Orocué. Calumnias contra los misioneros. Discurso en defensa 138

III—Excursión por la llanura. Estado de los caminos. Topografía del terreno. Pore. Su historia. Sus ruinas. De Pore á La Plata. La Trinidad ó La Parroquia. Cambio de decoración. El *cachicamo*. El Gandul, el Guanapalo y el Duya. Orocué..... 148

IV—Las misiones del Meta. Labor de los antiguos Padres Candelarios. Pueblos que fundaron. Destrucción de las misiones. Encárganse de nuevo los Padres Can-

Págs.

delarios de las misiones. Parangón entre las antiguas misiones y las modernas. Reflexiones. Ruinas de Macuco. Lo que fue Macuco. Impresiones de un viajero. 155

V—Haciendas de las misiones. Primer importador de ganado llanero. Primer hato de Casanare. Hatos del Meta. Régimen administrativo de las haciendas de las misiones. Efectos saludables del régimen. Aumento de ganado obtenido por los Padres Candelarios. Conatos de desamortización. Estado de los hatos en 1810. Manejos indignos del Gobierno de entonces. Fin de las haciendas de las misiones 164

VI—Visita á El Maní, Chámeza y Pajarito. El Güirripa. El Cravo Sur. El Mare-mare. Supersticiones. Algunos ríos. El oso palmero. El Maní. Tauramena. Chámeza. Pajarito 173

VII—Los misioneros párrocos de Casanare. Bautismos, Confirmaciones, Matrimonios. Visita á los pueblos. Obras que han llevado á cabo en distintos pueblos... 182

VIII—Instrucción pública. Escuelas de Casanare hasta el año 1892. Cuadro de las escuelas desde 1893 hasta 1899. Desastres de las revoluciones del 95 y 99. Restauran la instrucción pública los Padres Candelarios y las Hermanas de la Caridad. Estadística de las escuelas en los años 1904, 1905, 1906 y 1907. Esfuerzos del Vicario Apostólico en favor de la instrucción. Cuadro de las escuelas en 1908. Dificultades para establecer escuelas. Colegio de Nunchía. Elogios de un llanero 189

IX—Matanzas de indios. Asesinatos de blancos. Célebre matanza de indios en Caribabare. Vuelve á correr sangre de indios y de blancos en los años 1899, 1906, 1907 y 1908. Los criminales. Los Padres Candelarios y las misiones de Casanare 201

X—Ganadería de Casanare. Estadística de los hatos y fundaciones de Casanare. Notas. 215

XI—Itinerario y distancias 219

11787TC 438
05-16-02 32180 MS

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01244 3182